XENOS

Dan Abnett

LIBRO 1 DE LA TRILOGIA EISENHORN

WARHAMMER 40,000

timunmas

Annotation

Un ruido atronador resonó en las catacumbas en deshielo del Procesional Dos-Doce. Innumerables manos aporreando las tapas de los ataúdes. Los durmientes estaban despertando con sus cuerpos frígidos dentro de los ataúdes. Por encima de los gritos oí ruidos de pisadas. Eyclone corría. Corrí tras él, pasando una tras otra las galerías pobladas de formas frenéticas y desesperadas. Los gritos, los golpes...Que el Dios-Emperador me ayude, es algo que no olvidaré jamás. Miles de almas despertando a una muerte espantosa. Maldito Eyclone. Al infierno con él. La Inquisición actúa como una sombra vengadora, aplastando a los enemigos de la humanidad con absoluta crueldad. El inquisidor Eisenhorn se enfrenta a una enorme secta interestelar y a la fuerza oscura de los demonios que pugnan por recuperar un texto arcano de abominable poder, un antiquisimo libro conocido como el Necroteuco.

Introducción

POR ORDEN DE SU SACRATÍSIMA MAJESTAD
EL DIOS-EMPERADOR DE TIERRA
EXPEDIENTES INQUISITORIALES
RESERVADOS SÓLO PERSONAS AUTORIZADAS

EXPEDIENTE 112: 67B:AA6:Xad

Sírvase introducir su código de autorización ************* Validando...

Gracias, Inquisidor. Puede continuar.

TRANSCRIPCIÓN VERBAL
de DOCUMENTO REGISTRADO
en IMÁGENES

LUGAR: MAGINOR FECHA: 239. M41

RECUPERADO DEL MÓDULO DE MEMORIA DEL SERVIDOR
TRANSCRITO POR EL SABIO ELEDIX, FACULTAD DE LA BIBLIOTECA DE DATOS INQUISITORIA LORD OHERETICUS, FIBUS SECUNDOS, 240. M41

[*Pictorregistro de ruido en blanco sigue a*] Oscuridad, sonidos de dolor humano distante. Un destello de luz *[¿posible fuego de láser?*]. Ruido de pasos precipitados.

El pictorregistro se desplaza, rastrea, vibra. Algún muro de piedra en primerísimo plano. Otro destello, más brillante, más cercano. Quejidos de dolor [*origen desconocido*]. Un destello extremadamente brillante [*pérdida de imagen*].

[*Imagen borrosa durante 2 minutos 38 segundos; cierto ruido de fondo*.]

Un hombre [*sujeto* (i)] con túnica larga pasa gritando cerca de la fuente de imagen [voz irrecuperable]. Entorno, piedra oscura [*pos. ¿túnel? ¿tumba?*]. Identidad de (i) desconocida [*sólo visión parcial del rostro*]. El pictograbador se acerca por detrás de (i), observando cómo (i) extrae un martillo de energía que llevaba colgando bajo la túnica a la altura del muslo. Enfoca las manos de (i) aferrando el mango. Anillo de sello inquisitorial perfectamente visible, (i) se vuelve [el rostro oscurecido por las sombras], (i) habla.

VOZ (i): ¡Entra! ¡Entra en nombre de lo más sagrado! ¡Vamos y [*palabras tapadas por un estallido sonoro*] a ese monstruo bastardo hasta aniquilarlo!

Más destellos luminosos, ahora claros impactos de láser cercanos. Los filtros del pictograbador no consiguen impedir el destello [*imagen en blanco*].

[*Imagen en blanco durante 0 minutos 14 segundos; lentamente se recupera la resolución.*]

El pictograbador pasa a través de una alta entrada de piedra de alguna estancia de proporciones considerables. Piedra gris, toscamente tallada. Vista panorámica. Cuerposa la entrada y también sobre los escalones interiores. Presentan heridas espantosas, destrozados. Piedras cubiertas de sangre fresca.

VOZ EN OFF [¿(i)?]: ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¡Déjate ver!

El pictograbador entra. Dos formas humanas pasan a su lado por la izquierda, borrosas [la imagen revela que una de ellas [sujeto (ii)] es un hombre, aprox. 40 años, robusto, lleva pectoral de la Guardia Imperial [sin insignia ni identificación], importante cicatriz facial [antigua], lleva una ametralladora pesada alimentada por cinta; la otra (iii) es una mujer, aprox. 25 años, esbelta, piel teñida de azul, tatuajes y armadura ceñida de iniciado en el Culto de la Muerte Morituri, esgrime espada psíquica [aprox. 45 cm de largo].

Las formas borrosas de (ii) y (iii) salen del campo del pictograbador. El pictograbador toma panorámica en redondo, toma vista lateral de (ii) y (iii) enzarzados en un rápido combate cuerpo a cuerpo con adversarios en los escalones inferiores. Los adversarios son una mezcla heterogénea: seis humanos con implantes quirúrgicos/ biónicos, dos mutantes, tres servidores ofensivos [véase archivo adjunto para detalles de lugar], (ii) dispara la ametralladora pesada [distorsión de la banda sonora].

Dos adversarios humanos pulverizados [*el humo de la explosión desdibuja parcialmente la imagen*], (iii) decapita a un mutante, da una voltereta hacia atrás [conjetura de transcripción, pictograbador demasiado lento para seguirlo] y atraviesa a un adversario humano. El pictograbador se mueve hacia abajo [*imagen espasmódica*].

VOZ EN OFF: ¡Maneesha! ¡A tu izquierda! ¡At u iz...!

El pictograbador toma una vista parcial mientras (iii) recibe varias descargas de fuego de energía, (iii) sufre convulsiones, estalla. El pictograbador es salpicado por la sangre pulverizada [*la imagen se hace borrosa*], (ii) grita y avanza saliéndose del campo visual mientras dispara su ametralladora pesada. Repentino fuego cruzado de láser [los destellos láser ciegan la óptica del pictograbador].

[*Diversas fuentes de ruido, voces no identificadas, alguien grita.]* [*Vuelve la imagen.*] (i) está justo delante del pictograbador. Entra a la carga en la estancia amplia, sencilla, iluminada por la luz verde de las lámparas químicas [rostro iluminado por la luz durante 0, 3 segundos], Sujeto (i) identificado positivamente como el Inquisidor Hetris Lugenbrau.

LUGENBRAU: ¡Quixos! ¡Quixos! ¡Pasemos a todos por la espada y por el fuego purificador! ¡Ahora tú, monstruo! ¡Ahora tú, bastardo!

VOZ [no identificada]: Aquí estoy, Lugenbrau. Kharnagar espera. Lugenbrau (i) sale de foco. El pictograbador toma una panorámica.

La imagen da saltos. Restos humanos esparcidos por el suelo [*composición identifica al sujeto (ii) como uno de nueve cadáveres*]. Detonacione(s) importante(s) y cercana(s). La imagen tiembla. El pictograbador cae de lado.

[*Imagen en blanco durante 1 minuto 7 segundos. Importante ruido de fondo.*]

[*Vuelve la imagen.*] Lugenbrau se ve en un plano parcial a la izquierda luchando. El rastro luminoso de los golpes del martillo de energía quedan superpuestos a la imagen durante varios segundos [imagen indistinta].

El pictograbador vuelve a enfocara Lugenbrau. Lugenbrau enzarzado en combate cuerpo a cuerpo con enemigo desconocido. Movimientos demasiado rápidos para el pictograbador. Imagen borrosa. Figuras humanas [*identidad desconocida, pos. soldados enemigos]* avanzan desde la derecha. Las cabezas de las figuras humanas estallan. Las figuras caen.

[*Imagen en blanco. El pictograbador queda bloqueado. Duración desconocida.*]

[*Vuelve la imagen, imperfecta.*] Tomas inestables de suelo y muros. Reenfoque borroso. El pictograbador vuelvea enfocara Lugenbrauy adversario en combate [*el humo empaña la imagen]*. La lucha sigue siendo

demasiado rápida para la pictofuente. Mucho ruido de fondo. Una línea brillante [supuestamente una espada] atraviesa a Lugenbrau. La imagen da saltos [*cierta pérdida de imagen*], Lugenbrau cae [*la imagen se extingue*],

[*Pausa/imagen en blanco durante tiempo indeterminado*.]

[*Vuelve la imagen*.] Primer plano de rostro mirando al pictograbador. Identidad desconocida [*sujeto (iv)*]. (iv) es bien parecido, escultural, sonriente, de mirada vacía.

VOZ (iv): Hola, pequeño, soy Cherubael. Destello luminoso. Grito [*proveniente, al parecer, de la pictofuente*].

[*La imagen se extingue. Fin de la grabación*.]

UNO

Una fría bienvenida
La muerte en las catacumbas letárgicas
Algunas reflexiones puritanas

Persiguiendo al reincidente Murdin Eyclone, llegué a Hubris en el Letargo de 240. M41, según el calendario sideral imperial.

El Letargo duró once meses del año lunar de veintinueve meses de Hubris, y los únicos signos de vida eran los custodios, con sus garrotes luminosos y sus trajes térmicos, encargados de vigilar los precintos de las tumbas de hibernación.

Dentro de esas catacumbas tenebrosas de basalto y ccramita, dormían los grandes de Hubris, soñando en tristes catacumbas de hielo, esperando el Deshielo, la estación intermedia entre Letargo y Vital.

Incluso el aire era gélido. Las tumbas estaban cubiertas de escarcha y una capa de hielo tapaba la tierra sin relieve. En lo alto, constelaciones estelares titilaban en la curiosa noche permanente. Una de ellas era el sol de Hubris, ahora tan distante. Cuando llegase el Deshielo, Hubris giraría otra vez en el cálido abrazo de su estrella.

Se convertiría entonces en un globo ardiente cuando ahora era apenas un borrón luminoso.

Mientras mi cúter artillado se posaba en el campo de aterrizaje de pistas cruzadas de Punta Tumba, ya me había puesto un traje ceñido con calefacción interna y vendas de material aislante para el mal tiempo, pero a pesar de todo, el peligroso frío me cortaba como una espada. Me lloraban los ojos y las lágrimas se me congelaban en las pestañas y las mejillas. Recordé los detalles del informe cultural que me había preparado mi sabio y rápidamente bajé el visor antiescarcha tiritando mientras el aire caliente empezaba a circular bajo la máscara de plástico.

Los custodios, alertados de mi llegada por los astrópatas, me esperaban al pie de las pistas de aterrizaje. Encendieron estacas a modo de homenaje en medio de la noche helada, el aire se convertía en vapor con el

calor que salía de sus ropas. Los saludé con una ligera inclinación de cabeza y mostré a su jefe la insignia de mi cargo. Me esperaba un trineo, un vehículo color óxido en forma de flecha de veinte metros de largo montado sobre esquís y orugas.

Con él abandoné la pista de aterrizaje, dejando atrás las luces parpadeantes de señalización de mi cúter artillado en medio de la perpetua noche invernal.

Las orugas levantaban detrás de nosotros una estela de escarcha. Por delante, a pesar de las lámparas, el paisaje era negro e impenetrable. Lores Vibben, yo y tres custodios íbamos en una cabina iluminada sólo por la luz ámbar del panel de control del vehículo. Los orificios de ventilación, ocultos en los asientos de cuero, insuflaban aire caliente que olía a cerrado.

Un custodio le pasó a Vibben una placa de datos. Ella le echó una rápida mirada y me la entregó. Me di cuenta de que todavía llevaba puesto mi visor. Lo levanté y empecé a buscar las gafas en mis bolsillos.

Con una sonrisa, Vibben sacó unas del interior de su propio traje aislante. Le di las gracias con una inclinación de cabeza, me las calcé sobre la nariz y empecé a leer.

Acababa apenas de leer las últimas placas de texto cuando el trineo se detuvo.

—Procesional Dos-Doce —anunció uno de los custodios. Desmontamos tras volver a bajarnos los visores.

Copos brillantes de escarcha flotaban en la oscuridad en torno a nosotros, lanzando destellos de luz al atravesar el campo de los faros de nuestro vehículo. Había oído hablar del frío amargo, pero ruego al Emperador no volver a sentirlo nunca más. Era mordaz, atenazador y realmente sabía amargo en la punta de la lengua. Todas mis articulaciones se quejaban y rechinaban.

Tenía las manos y la mente entumecidas. Realmente espantoso.

El Procesional Dos-Doce era una tumba de hibernación situada en el extremo occidental de la gran Avenida Imperial. Albergaba a doce mil ciento cuarenta y dos miembros de la elite gobernante de Hubris.

Nos aproximamos al gran monumento y subimos haciendo crujir con nuestros pasos los escalones negros recubiertos de escarcha.

—¿Dónde están los custodios de la catacumba? —pregunté deteniéndome.

—Haciendo su ronda —me respondieron.

Miré a Vibbene hice un gesto de contrariedad. Ella deslizó la mano bajo su traje ribeteado de piel.

—¿Sabiendo que veníamos? —insistí volviendo a dirigirme a los custodios—. ¿Sabiendo que esperábamos encontrarlos aquí?

—Voy a ver —dijo uno de ellos, el mismo que nos había entregado la placa de datos. Se adelantó y subió los escalones haciendo balancear la luz fosforescente de su bastón.

Los otros dos no parecían muy cómodos.

Hice una señala Vibben para que me siguiera escaleras arriba. Lo encontramos en una terraza inferior mirando los cuerpos tendidos de cuatro custodios cuyos bastones luminosos yacían apagados a su alrededor.

—¿Co... cómo? —balbuceó.

—Hágase a un lado —le dijo Vibben sacando su arma. Su diminuta runa de color ámbar activada destelló en la oscuridad.

Saqué mi espada que emitió un zumbido al activarse.

La entrada sur de las tumbas estaba abierta y del interior salían rayos de luz dorada. Rápidamente se iban confirmando todos mis temores.

Entramos. Vibben barría el lugar de lado a lado con su pistola. La sala era estrecha y alta, iluminada por brillantes globos químicos. La escarcha ya había penetrado y empezaba a extenderse sobre el basalto pulido de las paredes.

A unos cuantos metros de la entrada otro custodio yacía muerto sobre un espejo de sangre que se iba endureciendo. Pasamos por encima de él. A cada lado se abría un pasillo que daba paso a los pabellones de hibernación, en todas direcciones se veían filas y filas de literas de hielo que llenaban las lisas cámaras de basalto.

Era como entrar en el mayor depósito de cadáveres del Imperio.

Admito que a esas alturas estaba nervioso, ansioso de acabar de una vez con una cuestión que ya duraba seis años. ¡Eyclone llevaba seis años rehuyéndome! Había pasado día tras día estudiando sus métodos y soñando con él por las noches, pero ahora podía olerlo.

Levanté mi visor.

Del techo caía agua. Agua de deshielo. Aquí dentro estaba subiendo la temperatura. En sus literas de hielo, algunas de las desdibujadas figuras empezaban a removerse.

¡Demasiado pronto! ¡Era demasiado pronto!

El primer hombre de Eyclone me salió al encuentro desde el oeste cuando iba cruzando un corredor transversal. Giré sobre mis talones con la espada de energía en la mano y le corté el cuello antes de que pudiera descargar su hacha de hielo.

El segundo vino del sur, el tercero del este y después fueron llegando más y más.

Una confusa multitud.

Mientras luchaba oí un furioso intercambio de disparos en las catacumbas que quedaban a mi derecha. Vibben estaba en apuros.

Podía oírla a través del enlace de voz de nuestras capuchas.

—¡Eisenhorn! ¡Eisenhorn!

Me di la vuelta asestando golpes a diestro y siniestro. Todos mis oponentes llevaban trajes térmicos e iban armados con instrumentos de hielo que hacían las veces de eficaces armas. Tenían los ojos oscuros y amenazadores. Aunque eran rápidos, algo en ellos daba la impresión de que actuaban como autómatas, respondiendo a órdenes.

La espada de energía, un arma antigua y elegante, bendecida por el propio Prevoste de Inx, respondía a los movimientos de mi mano. Con cinco movimientos rápidos acabé con ellos, y el vapor que emanaba de su sangre quedó suspendido en el aire.

—¡Eisenhorn!

Me di la vuelta y corrí, chapoteando por un corredor lleno de agua de deshielo. De arriba llegaron más disparos y un grito sobrecogedor.

Encontré a Vibben caída sobre una tubería de refrigeración. La sangre congelada la había adherido al plástico helado. Ocho de los sirvientes de Eyclone yacían a su alrededor. Su arma estaba fuera del alcance de su mano con el cargador agotado fuera de la empuñadura.

A mis cuarenta y dos años estándar, estoy en la plenitud, según las normas imperiales y soy joven aplicando las de la Inquisición. Toda mi vida he tenido fama de frío, de insensible. Algunos dijeron de mí que no tenía corazón, que era inclemente, incluso cruel. Pero no lo soy. No soy ajeno a las emociones ni a la compasión. Sin embargo poseo algo que tal vez mis superiores consideren como mi principal virtud: una singular fuerza de voluntad. A lo largo de mi carrera me fue muy útil servirme de esta capacidad y galvanizarme, inflexible, contra todo lo que esta desdichada galaxia pueda ponerme por delante. El dolor, el miedo o la pena son lujos que no puedo permitirme.

Lores Vibben había servido conmigo durante cinco años y medio. En ese tiempo me había salvado la vida dos veces. Se consideraba mi asistente y mi guardaespaldas, pero en realidad era más bien una compañera y una camarada. Cuando la recluté en los barrios bajos de Tornish, la elegí por su habilidad en el combate y por su fuerza brutal, pero luego llegué a apreciarla por su agudeza, su ingenio y su mente despejada.

Me quedé mirando su cuerpo durante un momento, puede que incluso hubiera pronunciado su nombre.

Apagué mi espada de energía y, devolviéndola a su vaina, retrocedí hacia las sombras que había en el extremo de la galería de hibernación. Lo único que se oía era el ruido cada vez más persistente del deshielo. Sacando mi arma secundaria de la funda de cuero que la sujetaba bajo mi brazo izquierdo, comprobé la carga y abrí un enlace de voz. Indudablemente, Eyclone estaba controlando todo lo que entraba y salía del Procesional Dos-Doce, de modo que me valí de Glossia, un lenguaje cifrado informal que sólo conocíamos yo y mis allegados más directos. La mayoría de los inquisidores se inventan sus lenguajes particulares para sus comunicaciones confidenciales, unos más complejos que otros. Glossia, cuyos principios básicos había desarrollado diez años antes, era razonablemente compleja y había evolucionado, orgánicamente, con el uso.

—Espina desea égida, bestias entusiastas abajo.

—Égida, naciendo, los colores del espacio —respondió de forma inmediata y correcta Betancore.

—Espina de rosa, abundante, junto a la media luna púrpura.

—¿Junto a la media luna púrpura? —dijo tras una pausa—. Confirme.

—Confirmado.

—¡Sendero de cuchilla delphus! ¡Dibujo de marfil!

—Dibujo denegado. ¡Dibujo de crisol!

—Égida, naciendo.

La comunicación se interrumpió. Estaba de camino. Había tomado la noticia de la muerte de Vibben tan mal como yo había supuesto. Esperaba que eso no afectara a su conducta. Midas Betancore era un hombre impetuoso, sanguíneo, y a eso se debía en parte que me cayera bien, y que recurriera a él.

Volví a salir de las sombras empuñando el arma. Una pistola naval modelo Scipio, acabada en cromado mate con empuñadura de marfil

incrustada; su peso en mi mano enguantada resultaba tranquilizador. Diez proyectiles, capaces de parar a un hombre sin fallar, iban en un cargador de muelle en la ranura que había dentro de la empuñadura. Tenía otros cuatro cargadores llenos en el bolsillo de la cadera.

No recuerdo de dónde había sacado la Scipio, pero llevaba varios años conmigo. Una noche, de esto hacía tres años, Vibben le había quitado las placas de ceramita de la empuñadura ya muy gastadas y adornadas con el Águila Imperial y el escudo de la Marina, y las había reemplazado por unas piezas de marfil que había tallado con sus propias manos. Me dijo que era una costumbre de Tornish cuando me la entregó al día siguiente. Las nuevas cachas llevaban tallada a cada lado de forma rudimentaria una calavera humana con una rosa llena de espinas que salía de una de las cuencas vacías, dejando caer unas cómicas gotas de sangre. Ella había incrustado unas piedras preciosas rojas para que se viera bien su naturaleza. Debajo de la calavera aparecía mi nombre grabado en un tosco pergamino.

Me había hecho reír. A veces incluso me había avergonzado sacar aquella arma barriobajera en un combate.

Pero ahora, ahora ella estaba muerta y me di cuenta de que había sido un honor para mí que me dedicara aquel trabajo.

Me hice una promesa: mataría a Eyclone con esta arma.

Como devoto miembro de la Inquisición de su alta majestad el Dios-Emperador, creo que mi filosofía está más próxima a la de los amalatianos. A la galaxia exterior, los miembros de nuestras órdenes les parecen todos iguales: un inquisidor es un inquisidor, un ser que provoca temor, un perseguidor. Muchos se sorprenden al saber que dentro de la Inquisición hay ideologías enfrentadas.

Sé que sorprendió a Vibben. Me pasé toda una tarde tratando de hacerle entender las diferencias, y no lo conseguí.

Reducido a su más simple expresión: algunos inquisidores son puritanos y otros radicales. Los puritanos creen y procuran imponer la doctrina tradicional de la Inquisición, trabajando para librar a nuestra comunidad galáctica de cualquier elemento criminal y malévolo: el triunvirato del mal que son los alienígenas, los mutantes y los demonios. Cualquier cosa que choque con la norma pura de la humanidad, las prédicas del Ministorum y la carta de la Ley Imperial es motivo de

atención para un inquisidor puritano. Duro, tradicional, inclemente... así es el estilo puritano.

Los radicales consideran que cualquier método es aceptable siempre que cumpla con su cometido inquisitorial. Algunos, a mi entender, realmente hacen suyos y emplean recursos prohibidos, entre ellos la propia Disformidad, como armas para combatir a los enemigos de la especie humana.

He oído sus argumentos muchas veces. Me horrorizan. La creencia radical es herética.

Soy puritano por vocación y amalatiano por elección. Las formas ferozmente estrictas de la filosofía monodominante me convencen a veces, pero hay en ellas una leve sutileza que no es para mí.

Los amalatianos debemos nuestro nombre al cónclave reunido en el monte Amalath. Nuestro cometido es mantener el statu quo del Imperio, y trabajamos para identificar y destruir a cualquier persona u organismo que pueda desestabilizar el poder del Imperio desde fuera o desde dentro. Creemos que la unión hace la fuerza. El cambio es el mayor enemigo. Creemos que el Dios-Emperador tiene un plan divino, y trabajamos en pro de la estabilidad del Imperio hasta que se dé a conocer ese plan. Deploramos las facciones y las luchas intestinas... De hecho a veces resulta una ironía dolorosa que nuestras creencias nos señalen como una facción dentro de la espiral política de la Inquisición.

Somos la inconmovible columna vertebral del Imperio, sus anticuerpos, encargados de combatir la enfermedad, la locura, el daño, la invasión.

No concibo una forma mejor de servir, ni una forma mejor de ser inquisidor.

Así queda completo mi retrato. Gregor Eisenhorn, inquisidor, puritano, amalatiano, cuarenta y dos años estándar de edad, con dieciocho años como inquisidor. Soy alto y ancho de hombros, fuerte, resuelto. Ya les he hablado de mi fuerza de voluntad y estoy seguro de que habrán notado mi habilidad con la espada.

¿Qué más puedo decir? ¿Si llevo barba? ¡No! Además tengo ojos oscuros y el pelo aún más oscuro y espeso. Estos son detalles sin importancia.

Déjenme que les cuente ahora cómo maté a Eyclone.

DOS

El despertar de los muertos
La cólera de Betancore
Las elucidaciones de Aemos

Me ceñía a las sombras, avanzando por la gran tumba con todo el sigilo de que era capaz. Un ruido atronador resonó en las catacumbas en deshielo del Procesional Dos-Doce. Puños y palmas aporreando las tapas de los ataúdes. Aullidos. Borboteos.

Los durmientes se despertaban, sus cuerpos helados, doloridos por la hibernación, atrapados en sus féretros. No había una guardia de honor de crioingenieros experimentados esperando para liberarlos, para irrigar sus órganos con biofluidos térmicos ni para inyectar estimulantes o masajear las extremidades paralizadas.

Gracias a los esfuerzos de Eyclone, doce mil ciento cuarenta y dos miembros de la clase dirigente del planeta despertaban antes de tiempo a la cruda estación del Letargo y no contaban para ello con la supervisión médica necesaria.

No me cabía la menor duda de que todos acabarían sofocados en cuestión de minutos.

Repasé mentalmente los detalles que mi sabio me había preparado. Había una sala central de control donde podría desactivar los cierres de las literas de hielo y al menos liberarlos. Pero ¿de qué serviría? Sin los equipos de resucitación necesarios, no sobrevivirían. Además, si iba hacia la sala de control, Eyclone tendría tiempo de escapar.

En el código de Glossia comuniqué este dilema a Betancore para que alertara a los custodios. Después de una pausa me informó de que grupos de choque y tripulaciones de refuerzo estaban en camino.

Pero ¿por qué? La pregunta seguía sin respuesta. ¿Por qué hacía esto Eyclone?

Una matanza masiva no era nada raro entre los seguidores del Caos. Pero tenía que haber algo más que las meras muertes.

Iba pensando en esto mientras atravesaba un pasillo en las profundidades del ala oeste del Procesional. Un golpeteo frenético venía de las literas de alrededor, y una mezcla repugnante de agua de deshielo y fluidos orgánicos salía de los drenajes y se derramaba por el suelo.

Sonó un disparo. Un disparo de láser. Me pasó a menos de un palmo y fue a atravesar la tapa de una litera de hielo que había detrás de mí. De inmediato cesó el golpeteo en esa litera y el agua que salía de la misma se tiñó de rosa.

Disparé mi Scipio catacumba abajo, sobresaltándome por el ruido que había producido.

Otros dos disparos de láser trataron de alcanzarme.

Tras cubrirme detrás de un saliente de piedra vacié un cargador completo en la galería. Los cartuchos vacíos humeaban en el aire a medida que el arma los iba expulsando. Me llegó el vapor caliente de la cordita.

Otra vez me puse a cubierto y cambié el cargador.

Algunos disparos más de láser me pasaron rozando y luego me llegó una voz.

—¿Eisenhorn? ¿Gregor, eres tú?

Eyclone. Reconocí al instante su voz aguda. No respondí.

—Estás muerto, ya lo sabes, Gregor. Tan muerto como todos ellos. Muerto, muerto, muerto. Sal de tu escondite y terminemos de una vez.

Era bueno, tenía que reconocerlo. Mis piernas realmente me empujaban a salir y ponerme al descubierto. Eyclone era tristemente famoso en una docena de sistemas establecidos por sus poderes mentales y su tono hipnotizador. ¿De qué otra manera habría obligado a estos locos de ojos oscuros a hacer su voluntad?

Pero yo tengo poderes similares y los he entrenado debidamente.

Hay ocasiones en las que se deben usar los poderes de la mente o de la voz para atraer a la presa. Y otras en las que hay que usarlos como una pistola primitiva y disparar a quemarropa.

Esta era una de ellas.

Imposté la voz, equilibré la mente y grité:

—¡Sal tú primero!

Eyclone no cayó en la trampa. Al igual que yo, tenía años de práctica de resistencia, pero sus dos matones fueron presa fácil.

El primero de ellos se puso en medio del pasillo de la galería y dejó caer su rifle láser con estruendo. La Scipio le abrió un agujero en la frente

y le voló los sesos produciendo un grotesco vaho rosado. El otro trató de retroceder, consciente de su error, y empezó a disparar.

Uno de sus disparos chamuscó la manga de mi chaqueta. Apreté el gatillo de la pistola y sentí cómo la Scipio vibraba y se sacudía en mi mano.

El disparo lo alcanzó en la cara por debajo de la nariz, le destrozó los dientes de arriba e hizo estallar el cráneo hacia ambos lados. Vaciló y cayó. Sus dedos muertos siguieron disparando el rifle láser una y otra vez, haciendo volar los correajes de los puestos de hibernación que lo rodeaban. Agua pútrida, fluidos orgánicos y fragmentos plásticos se derramaron y algunos gritos subieron de tono.

Pude oír pasos por encima de los gritos. Eyclone escapaba. Corrí tras él por las catacumbas, galería tras galería.

Los gritos, el golpeteo... que el Dios-Emperador me ayude. Jamás los olvidaré. Miles de almas frenéticas despertándose para enfrentarse a una agonía mortal.

Maldito Eyclone. Al infierno con él.

Al cruzar la tercera galería lo vi, corriendo en paralelo a mí. Al verme a su vez, se detuvo y disparó.

Esquivé los disparos. Apenas lo vi un instante: un hombre enjuto vestido con ropas térmicas de color marrón, una perilla muy cuidada y ojos llenos de maldad.

Le devolví el disparo, pero ya había echado a correr otra vez. En la siguiente galería, nada. Esperé y me despojé de la prenda exterior. Empezaba a hacer calor y la humedad era agobiante en el Procesional Dos-Doce.

Al ver qué pasaba otro minuto y no había señales, empecé a desandar la galería hasta su posición anterior, con el arma preparada. Había dado diez pasos cuando salió de su escondite y me disparó.

Habría muerto allí mismo de no haber intervenido los caprichosos dioses del destino y de la suerte.

En el momento en que Eyclone disparó, varías criocámaras se abrieron por fin y unos humanos desnudos salieron vacilantes, entre aullidos, al corredor, con las manos atenazadas por el frío. Lloriqueaban y vomitaban, enceguecidos y quemados por el frío. Los disparos de Eyclone acabaron con tres de ellos y dejaron a otro malherido. De no haber sido por ellos, esos disparos de láser habrían acabado conmigo.

Pasos precipitados. Otra vez corría.

Me abrí paso por la galería, pasando por encima de los despojos de los durmientes que sin quererlo me habían salvado la vida. La que había resultado herida, una mujer de mediana edad, desnuda y tendida en medio del agua del deshielo, se aferró a mi pierna, rogando que la salvara. El disparo de Eyclone la había destripado.

Vacilé. Un disparo de gracia le habría evitado más sufrimientos, pero no fui capaz, en cuanto se despertaran, los jerarcas de Hubris no entenderían una muerte piadosa. Me quedaría atrapado aquí durante años, paseando mi caso por todos los tribunales de su legislatura.

Me desasí de ella y seguí adelante.

¿Me creen débil, inclemente? ¿Me odian por poner mi misión como inquisidor por encima de las necesidades de un ser agonizante?

Si es así, lo entiendo. Todavía pienso en aquella mujer y detesto haber dejado que muriera lentamente. Pero si me odian, hay algo de lo que estoy seguro... de que no son inquisidores. Carecen de la fuerza moral para serlo.

Pude haberla rematado y tal vez mi alma hubiera quedado aliviada, pero eso habría representado el fin de mi trabajo. Y hay que pensar en los miles... tal vez millones... que hubieran muerto en peores circunstancias de no haber mediado mis acciones.

¿Es eso arrogancia?

Puede ser... y a lo mejor la arrogancia es una virtud de la Inquisición, de buen grado pasaría por alto una muerte con agonía si pudiera salvar a cien, a mil, a más...

La especie humana debe sufrir para que la especie humana pueda sobrevivir. Es así de simple. Pregúntenle a Aemos, el lo sabe.

De todos modos, todavía sueño con ella y con su horrible agonía. Al menos compadézcanme por ello.

Seguí avanzando por las catacumbas y después de una o dos galerías más, el avance empezó a ser lento. Cientos de durmientes había conseguido liberarse y los pasillos estaban llenos de su dolor frenético y ciego. Sorteé a los que pude, apartándome de las manos que querían asirme, pasando por encima de algunos que se retorcían indefensos en el suelo. La suma de sus quejidos y lamentos era casi insoportable. Había un olor caliente, fétido, de podredumbre y despojos humanos. Varias veces tuve que liberarme de las manos que trataban de sujetarme.

Lo grotesco es que todo este horror facilitaba el seguimiento de Eyclone. Cada pocos pasos me topaba con otro durmiente muerto o moribundo, con otro de los eliminados sin piedad por los asesinos en su desesperada huida.

Encontré una puerta de servicio forzada al final del siguiente pasillo y entré en una empinada escalera de caracol que atravesaba el edificio. Los globos químicos suspendidos de los soportes de las paredes iluminaban el camino. Desde muy arriba me llegó el sonido de disparos y subí, con la pistola en la mano y preparado, cubriendo cada vuelta de la escalera como Vibben me había enseñado.

Llegué hasta lo que una placa en la pared identificaba como el nivel ocho. Ahora podía oír el ruido de máquinas industriales y pesadas. A través de otra puerta de servicio forzada se accedía por los pasillos a la siguiente galería y a una compuerta lateral de acceso hecha de adamita gris bruñida con unas runas grabadas que la identificaban como la entrada a los principales generadores criogénicos. A través de ella salían humo y ruidos.

La cámara del criogenerador era enorme y el techo llegaba hasta la cúspide de la pirámide del Procesional Dos-Doce. El ensordecedor equipo que contenía era antiguo y de grandes proporciones. La placa de datos que me habían dado en el trinco me había informado de que los criogeneradores que controlaban las tumbas de hibernación de Hubris habían sido concebidos en un principio para equipar la flota de arcas que había transportado a los primeros colonos a este mundo. Habían sido separados y recuperados de las arcas gigantes a su llegada, y las tumbas de piedra se habían levantado en torno a ellos. Una hermandad de tecnomagos, descendientes de los ingenieros de la flota de arcas habían mantenido en funcionamiento los criogeneradores durante miles de años.

El criogenerador tenía sesenta metros de altura y estaba hecho de hierro forjado y cobre pintados con pintura al plomo rojo mate. Hacia arriba tenía ramificaciones en forma de conductos e intercambiadores de calor que se entrelazaban con los orificios de aireación del techo. El aire caliente de la sala vibraba con el ruido que hacían al funcionar. La atmósfera estaba cargada de humo y vapor y en cuanto atravesé la compuerta empezó a correrme el sudor por la frente y por la espalda.

Una mirada en derredor bastó para darme cuenta de que se habían abierto varias escotillas de inspección. La pintura roja estaba marcada y

desconchada en los bordes donde se habían introducido las palancas, y cientos de años de ungüentos sagrados y sellos mágicos leximecánicos aplicados y atendidos por los tecnomagos se habían roto.

Al mirar por las tapas abiertas vi hileras de células de bobina dos de cobre, bastidores vibrantes humedecidos con lubricante negro, centrales de conexiones eléctricas aisladas y rezumantes tuberías de hierro. Unas pinzas de extremos de metal serrados habían sido colocadas en algunas de las células, y los cables que salían de dichas pinzas conectaban con un módulo pequeño y evidentemente nuevo de ceramita sujeto en el interior del marco de la compuerta. El visor digital rúnico del módulo parpadeaba con luz ambarina.

Este era el lugar donde los hombres de Eyclone habían iniciado artificialmente el proceso de resucitación. Eso significaba que, o bien había contado con tecnomagos locales o había traído consigo expertos de otro mundo. Fuera como fuera, eso representaba recursos considerables.

Seguí avanzando y subí por una escala metálica hasta una plataforma elevada de rejilla. Allí encontré algo más, un arcón rectangular de aproximadamente un metro y medio en su borde más largo. Se apoyaba sobre cuatro pies que imitaban garras y tenía a ambos lados unas asas para transportarla. La tapa estaba abierta, y por ella salían docenas de cables y conductores que la conectaban a las entrañas del criogenerador electromecánico descubiertas por la abertura forzada de otra compuerta.

Miré el interior del arcón, pero lo que vi no me dijo mucho: tableros de circuitos y complejos elementos metálicos conecta dos por haces de cables. Además había un espacio, un hueco almohadillado en el corazón del arcón, que evidentemente estaba preparado para recibir algo del tamaño de un puño cerrado. Allí había cables sueltos y enchufes adheridos con cinta y listos para ser conectados. Era obvio que faltaba un componente clave en este misterioso aparato.

La campanilla de mi enlace de voz sonó en mi oído. Era Betancore. A duras penas pude oír un rápido informe en Glossia con el ruido del criogenerador.

—Egida, ascenso a los cielos, tres veces septuplicada, una corona con estrellas. Ángel infame sin nombre, en Espina a las ocho. ¿Pauta?

Sopesé las posibilidades. No estaba dispuesto a correr más riesgos.

—Espina, pauta halcón.

—Pauta halcón recibida —dijo con alivio.

Por el rabillo del ojo capté un movimiento apenas medio segundo después de cortar la comunicación con Betancore: otro de los hombres de ojos negros de Eyclone salió en tromba de la compuerta principal con una antigua pistola láser en la mano.

Su primer disparo, una bola titilante de luz rosada, dio contra la barandilla metálica de la plataforma donde me encontraba produciendo un estallido metálico. La segunda y la tercera me pasaron por encima al agacharme y rebotaron en el lateral de hierro forjado del criogenerador dejando unas grietas chamuscadas.

Boca abajo en el suelo, disparé a mi vez, pero el ángulo no era bueno. Otros dos disparos de láser trataron de alcanzarme. Uno fue a dar en el borde de la plataforma y dejó un agujero en la rejilla. El que me disparaba estaba al pie de la escala.

Entonces entró otro hombre en la cámara llamando al primero. Llevaba un potente rifle automático. Al verme levantó el arma, pero yo tenía un ángulo claro sobre él y lo derribé rápidamente con dos disparos que le atravesaron la parte superior del torso.

El otro estaba ahora prácticamente debajo de mí y uno de sus proyectiles atravesó limpiamente la rejilla rozando mi pie derecho.

Sin dudarlo me incorporé y salté por encima de la barandilla aterrizando justo encima de él. Ambos caímos al suelo de la cámara y el fuerte impacto hizo que la Scipio se me escapara de la mano a pesar de todo el empeño que puse en retenerla. El hombre musitaba ante mi cara en una jerga ininteligible mientras me sujetaba con fuerza por la chaqueta. Le eché una mano a la garganta mientras con la otra le sostenía la mano en la que llevaba el arma tratando de apartar la pistola láser. Dos veces la disparó contra el techo de la cámara.

—¡Basta! —ordené, modulando el tono para dejar bien clara mi voluntad mientras me introducía en su mente—. ¡Suéltala!

Así lo hizo, dócilmente, como sorprendido. Las triquiñuelas psíquicas de voluntad a menudo apabullan a los que se ven sometidos a ellas. Al ver que flaqueaba le di un puñetazo certero que lo dejó inconsciente en el suelo.

Mientras me agachaba para recuperar mi Scipio, Betancore volvió a llamarme por el enlace de voz.

—Égida, pauta halcón, ángel infame abatido.

—Espina recibida. Reanudar pauta crisol. A mi vez, reanudé la persecución.

Eyclon ese fue abriendo camino hacia las catacumbas superiores y salió a una plataforma de aterrizaje enclavada en el lado inclinado del Procesional Dos-Doce. El viento soplaba con fuerza. Eyclone iba con ocho de sus acólitos y esperaba una nave orbital para que los llevara a lugar seguro.

No tenían forma de saber que, gracias a Betancore, su medio de evacuación yacía ahora envuelto en llamas en el empiterno hielo, unos ocho kilómetros hacia el norte, tras haber sufrido un fuerte impacto.

Lo que se elevó en ese momento por encima de la plataforma de aterrizaje en medio de la ventisca nocturna, entre el rugido de sus propulsores de descenso, fue mi cúter artillado. Cuatrocientas cincuenta toneladas de aleación blindada, ochenta metros desde la aguzada proa hasta la austera popa, el tren de aterrizaje todavía extendido como las patas de una araña, se elevaron sobre la estela rojo-azulada de sus chorros de propulsión. Las potentes luces del morro bañaron la plataforma y enfocaron claramente a Eyclone y sus acólitos dejándolos enmarcados en el blanco inclemente de su luz.

Presas del pánico, algunos de ellos dispararon.

Eso era todo lo que Betancore necesitaba. La cólera que se había apoderado de él al enterarse de la muerte de Vibben todavía estaba fresca.

Las torretas con ametralladoras emplazadas en los extremos de las robustas alas giraron y barrieron la plataforma con fuego aniquilador arrancando fragmentos de roca. Los cuerpos quedaron pulverizados.

Eyclone, más inteligente que sus hombres, había abandonado de un salto la plataforma en dirección a la compuerta en cuanto vio el cúter.

Y fue entonces cuando se dio de bruces conmigo.

La sorpresa le hizo abrir la boca y yo aproveché para meterle en ella el cañón del arma de Vibben. Estoy seguro de que quería decir algo importante, pero no me importaba nada.

Le metí el arma con tanta fuerza que el protector del gatillo le destrozó los dientes inferiores. Trató de echar mano a algo que llevaba en el cinturón.

Disparé.

Tras vaciarle el cráneo y destrozarlo al mismo tiempo, el proyectil todavía tuvo fuerza suficiente para atravesar la plataforma y arrancar una

esquirla al morro acorazado del cúter que la sobrevolaba, justo debajo del parabrisas de la cabina.

—Lo siento —dije.

—No es nada —respondió Betancur por el enlace de voz.

—De lo más inquietante —dijo Aemos. Esta era su expresión más habitual. Estaba inclinado mirando al interior del arcón situado sobre la plataforma de la cámara del criogenerador. De vez en cuando estiraba la mano para tocar algo o se inclinaba para observar desde más cerca. Estos movimientos hacían que las gafas de gran aumento que cabalgaban sobre su nariz emitieran un ligero zumbido al enfocarse automáticamente.

Yo estaba a su lado, expectante, mirando la nuca de su vieja cabeza calva. Tenía la piel llena de pecas y una estrecha media luna de pelo blanco le cubría la parte posterior del cráneo.

Ubcr Aemos era mi sabio y el más antiguo de mis colaboradores. Había entrado a mi servicio cuando yo todavía no llevaba un mes en la carrera inquisitorial. Lo heredé del inquisidor Hapshant al que estaban matando las lombrices cerebrales. Aemos tenía doscientos setenta y ocho años estándar y había servido como sabio a tres inquisidores antes que a mí. Vivía gracias a importantes implantes biónicos de tracto digestivo, hígado, sistema urinario, caderas y pierna izquierda.

Estando al servicio de Hapshant había sido herido por un proyectil de pistola. Los cirujanos que lo atendieron descubrieron que tenía un cáncer avanzado y galopante en el abdomen que hasta entonces nadie había diagnosticado. Si no le hubieran disparado habría muerto en cuestión de semanas. Gracias a la herida descubrieron su enfermedad, y cortaron y repararon su cuerpo con prótesis de plástico, ceramita y acero.

Aemos se refería a aquella prueba como su «sufrimiento afortunado» y todavía llevaba colgado al cuello de una cadena, el proyectil retorcido de la pistola que a punto había estado de matarlo pero en realidad le había salvado la vida.

—¿Aemos?

Se enderezó con dificultad acompañado del chirrido de sus implantes biónicos y se volvió hacia mí, sacudiendo los pliegues verdes de la túnica bordada que llegaba hasta el suelo. Sus gafas de aumento eran el rasgo más prominente de su vieja cara. A veces me hacía pensar en algún curioso insecto con ojos abultados y una boca estrecha y aguzada.

—Un codificador de diseño singular. Un procesador en serie, de disposición similar a las unidades de impulso mental usadas por el venerado Adeptus Mecánicus para gobernar la conexión entre el cerebro humano y el dios-máquina.

—¿Has visto antes esas cosas? —pregunté, apabullado.

—Una vez, en uno de mis viajes, de paso. No presumo de tener nada más que un conocimiento superficial. No obstante, estoy seguro de que al Adeptus Mecánicus le interesaría este artilugio. Es posible que se trate de tecnología ilícita o algo derivado de aparatos que les hayan sido robados. Sea como sea, lo confiscarían.

—De todos modos, no van a saber de él. Estas son pruebas inquisitoriales.

—Por supuesto —coincidió.

Desde abajo llegaban ruidos que nos distrajeron. Los custodios de las tumbas y los tecnomagos del criogenerador iban y venían por la cámara, supervisando la descomunal y en mi opinión, inútil operación para salvar a los durmientes del Procesional Dos-Doce. La tumba entera era un hervidero de actividad y todavía no se habían apagado los espantosos gritos.

Vi que Aemos seguía las maniobras con gran interés, tomando notas en una placa de datos sujeta a su muñeca. A los cuarenta y dos años había contraído un mnemevirus que había alterado definitivamente sus funciones cerebrales y lo llevaba a recopilar información, fuera del tipo que fuera, siempre que se le presentaba la ocasión. Tenía una compulsión patológica a adquirir conocimiento, una adicción a los datos. Eso hacía de él un compañero molesto, propenso al despiste y un sabio perfecto, como ya habían comprobado cuatro inquisidores.

—Cilindros de acero soldados en frío —musitó mientras contemplaba los intercambiadores de calor—. ¿Habrá sido para otorgarle mayor resistencia al estrés ante cambios de temperatura o para facilitar la fabricación? Además ¿cuál es la amplitud del cambio térmico, dado...?

—Aemos, por favor.

—¿Hum? —se volvió a mirarme, recordando que estaba allí.

—¿El arcón?

—Cierto. Mil perdones. Un procesador en serie... ¿ya lo dije?

—Sí ¿y qué procesa? ¿Datos?

—Eso fue lo primero que pensé, entonces pensé en algunos procesos mentales, o de transferencia mental. Pero después de estudiar ambas posibilidades tengo mis dudas.

—¿Qué le falta? —pregunté señalando el arcón.

—Ah, ¿tú también lo notaste? Es de lo más inquietante. Todavía no estoy seguro, por supuesto, pero se trata de algo angular, de forma no estándar y con su propia fuente de alimentación.

—¿Estás seguro?

—No tiene orificios de admisión, pero sí de emisión. Y los enchufes tienen algo extraño. No son estándar.

—¿Son de origen xénico?

—No... humanos, simplemente no son estándar, están hechos a medida.

—Sí, pero ¿para qué? —preguntó Betancore que subía la escalerilla para reunirse con nosotros. Tenía una expresión sombría, sus ingobernables rizos negros enmarcaban su rostro delgado, de piel oscura, por lo general animado por una cordial vivacidad.

—Necesito seguir evaluando, Midas —dijo Aemos inclinándose sobre el arca.

Betancore me miró. Era tan alto como yo, pero de complexión más delgada. Sus botas, pantalones de montar y chaqueta eran de cuero negro con ribetes rojos, el antiguo uniforme de un piloto glaviano de cazas, y por encima llevaba una chaqueta corta de seda color cereza con paneles bordados iridiscentes.

Llevaba las manos enfundadas en guantes de piel ligera de bllek y siempre parecían peligrosamente próximas a las empuñaduras curvas de las pistolas de aguja que llevaba a la altura de la cadera.

—Te llevó tu tiempo llegar aquí —empecé.

—Me hicieron llevar el cúter de vuelta a las pistas cruciformes de Punta Tumba. Dicen que necesitan esta plataforma para vuelos de emergencia. Tuve que volver andando. Y también fui a ver a Lores.

—Tuvo una buena muerte, Betancore.

—Tal vez. ¿Es posible eso? —añadió.

No contesté. Sabía lo profundas que podían ser sus depresiones. Sabía que había estado enamorado de Lores Vibben, o al menos había llegado a la conclusión de que lo estaba. Sabía que las cosas no serían fáciles con él hasta que se recuperara.

—¿Dónde está ese ultramundano? ¿Ese Eisenhorn?

La voz, autoritaria, llegaba desde la cámara de abajo. Miré hacia allí. Un hombre había entrado en la cámara del criogenerador escoltado por cuatro custodios con trajes térmicos y portadores de bastones luminosos. Era alto, de piel pálida y pelo entrecano, aun que por su porte altivo se veía que era dueño de sí y arrogante. Llevaba un adornado traje térmico ceremonial de color amarillo estridente. No sabía quién era, pero algo me decía que me traería problemas.

Aemos y Betancore también lo estaban observando.

—¿Tienes idea de quién es? —le pregunté a Aemos.

—Bueno, verás, el traje amarillo, al igual que los bastones luminosos que llevan los custodios, simboliza la vuelta del sol, y por lo tanto el calor y la luz. Es identificador de un oficial de alto rango del Comité de Custodios de los Durmientes.

—Eso ya lo suponía yo —musité.

—Bueno, su nombre es Nissemay Carpel, y es un Alto Custodio, de modo que debes dirigirte a él como tal. Nació aquí, en Vital 235, hace cincuenta años estándar, es hijo de...

—¡Basta! Sabía que llegaríamos a eso tarde o temprano.

»Soy Eisenhorn —dije acercándome a la barandilla.

Me miró conteniendo apenas la ira que hinchaba las venas de su cuello.

—Arrestadlo —ordenó a sus hombres.

TRES

Nissemay Carpe!
Una luz en la oscuridad sin fin
El Pontius

Lancé a Betancore una mirada significativa para frenar su reacción y a continuación pasé tranquilamente a su lado, baje por la escalera metálica y me aproximé a Carpel. Los custodios me rodearon, pero a distancia.

—Alto Custodio —dije con una inclinación de cabeza.

Me lanzó una mirada firme pero cautelosa y se pasó la lengua por los labios finos para limpiarse la saliva.

—Quedáis detenido hasta...

—No —repliqué—. Soy un inquisidor del Dios-Emperador de la Especie Humana, Ordo Xenos. Cooperaré totalmente en todas las investigaciones que se lleven a cabo aquí, pero no puede ni debe detenerme. ¿Lo entiende?

—¿Un... inquisidor?

—¿Lo entiende? —repetí. No recurrí en absoluto a mi voluntad, no hasta ese momento. Lo haría en caso necesario, pero confiaba en que tuviera sentido suficiente como para escucharme antes. Podía ponerme las cosas difíciles, pero yo podía hacer que la situación fuera insostenible para él.

Pareció ablandarse. Parte de su cólera se debía a la conmoción que le había producido este incidente, a la que habían sufrido tantos nobles planetarios de cuyo cuidado estaba encargado. Ahora tenía que conjugar eso con la idea de estar tratando con un miembro de la institución más temida del Imperio.

—Hay miles de muertos —empezó con voz temblorosa—. Esta profanación... lo más granado de la sociedad de Hubris, violada por un... por un...

—Un asesino, un discípulo de la oscuridad, un hombre que, gracias a mí, yace muerto ahora debajo de un plástico en la plataforma superior de

aterrizaje. Lamento la gran pérdida que ha sufrido Hubris esta noche, Alto Custodio, y desearía haber podido evitarla, pero si yo no hubiera estado aquí para dar la alarma... bueno, imagine la tragedia a la que se enfrentaría ahora.

Le di tiempo para asimilar esa idea.

—No sólo este procesional, sino todas las tumbas de hibernación... ¿Quién sabe de qué habría sido capaz Eyclone? ¿Quién sabe qué era lo que se proponía?

—¿Eyclone, el reincidente?

—El fue el que hizo esto, Alto Custodio.

—Deme un breve informe sobre lo ocurrido.

—Permítame que prepare un informe y se lo traiga. Es posible que usted también pueda darme respuestas. Dentro de unas horas lo convocaré para una reunión. Creo que ahora tiene mucho de que ocuparse.

Salimos de allí. Betancore entregó a los custodios menores un registro formal de pruebas que debían guardarse para que yo las inspeccionara. En la lista figuraban el arcón y los cuerpos de Eyclone y de sus hombres. No debían ser manipulados, ni examinados siquiera, hasta que lo hubiera hecho yo. El hombre al que había herido en la cámara del criogenerador, el único que no había muerto, sería detenido y quedaría pendiente de mi interrogatorio. Betancore dejó muy claras todas esas exigencias.

Nos llevamos a Vibben con nosotros. Aemos era demasiado débil, de modo que Betancore y yo llevamos su cuerpo envuelto en plástico sobre la camilla.

Salimos del Procesional Dos-Doce por las puertas principales de las catacumbas al frío mordaz de la noche perpetua y llevamos a Vibben hasta un trineo que esperaba, pasando junto a los cientos de filas de cadáveres que los custodios colocaban sobre el suelo helado.

Mi grupo y yo nos habíamos desplegado por Hubris tan pronto como habíamos llegado, tal había sido la urgencia de nuestra persecución. Ahora tenía la impresión de que permaneceríamos aquí por lo menos una semana, más incluso, si Carpel ponía dificultades. Durante el trayecto en trineo hasta la pista de aterrizaje, hice que Aemos lo dispusiera todo para nuestra estancia.



En Hubris, durante el Letargo, mientras el noventa y nueve por ciento de la población hiberna, hay un lugar que permanece activo. Los custodios y los tecnomagos resisten la larga y cruda oscuridad en un lugar llamado la Cúpula del Sol.

A cincuenta kilómetros de la gran extensión de las Llanuras Letárgicas donde hay filas y filas de tumbas de hibernación, la Cúpula del Sol se eleva como una oscura ampolla gris en medio de la noche permanente. Allí viven cincuenta y nueve mil personas, una pequeña ciudad comparada con las grandes urbes que dormitan por debajo de la línea del horizonte esperando que el Deshielo les devuelva a sus habitantes.

Contemplaba la Cúpula del Sol mientras nuestro cúter nos llevaba hacia ella entre la ventisca. Unas pequeñas luces rojas de señalización parpadeaban sobre la superficie de la cúpula y dos de los mástiles colocados sobre la cúspide.

Betancore iba silencioso, reconcentrado. Se había quitado los ceñidos guantes para que los intrincados circuitos glavianos dispuestos como incrustaciones de plata en las palmas de sus manos y en las puntas de sus dedos pudieran conectar directamente con el sistema del cúter a través de la palanca de control.

Aemos iba en una cabina trasera, revisando manuscritos y placas de datos. Dos servidores independientes multitarca esperaban órdenes en la sala de la tripulación. En total, la nave contaba con cinco de ellos. Dos eran unidades de combate sin miembros, esclavizadas directamente a las troneras, y el otro, el servidor principal, un modelo altamente especializado llamado Uclid, jamás abandonaba sus funciones en la sala de máquinas.

Lowink, mi astrópata, permanecía en su cámara, conectado a los sistemas de voz e imagen, esperando una orden.

A Vibben la habíamos colocado en la litera de su camarote. Betancore hizo descender el cúter hacia la cúpula. Después de un intercambio de telemetría, una ancha compuerta se abrió en un lado de la cúpula. La luz que salió del interior era casi insoportable de tan brillante. Betancore accionó los antirreflectores del morro y aterrizó sobre la pista.

La superficie interior de la gran cúpula estaba cubierta de espejos. Un globo solar de efecto plasma brillaba el techo de la cúpula, bañando la ciudad con su ardiente luz blanca. La propia ciudad que se extendía debajo de nosotros parecía de cristal.

Nos posamos en la gran rada, una plataforma de metal de veinte hectáreas desde donde se dominaba la ciudad. La superficie de la plataforma parecía casi blanca por el resplandor que reflejaba. Unos pesados servidores monotarea salieron rodando y nos remolcaron hasta un silo de aterrizaje apartado de la plataforma principal donde servidores mecánicos acudieron a repostar combustible y a iniciar las tareas fundamentales de mantenimiento. Betancore no quería que nada ni nadie tocara el cúter, así que ordenó a Modo y a Nilquit, nuestros dos servidores independientes, que se hicieran cargo de las tareas y despidieran a los del lugar. Podía oírlos moviéndose alrededor de la nave, mientras los mecanismos chirriaban, intercambiando códigos de máquina entre ellos o con Uclid situado en la cabina de mandos.

Aemos se ofreció a buscarnos alojamiento en la ciudad, pero yo decidí que una litera de la nave era todo lo que necesitaba. El cúter tenía amplitud suficiente como para que nos sintiéramos cómodos en él. A menudo pasábamos semanas, o incluso meses a bordo.

Fui hasta el pequeño camarote de Lowink, situado debajo de la cabina de mando, y lo desperté. No llevaba mucho tiempo conmigo: mi anterior astrópata había muerto tratando de traducir un mensaje de disformidad hacía apenas seis semanas.

Lowink era un hombre joven, con una barriga prominente y nada saludable que colgaba de una estructura ósea muy menuda. Su cuerpo empezaba ya a deteriorarse por las exigencias de la vida de un psíquico. En su cabeza rapada se veían conexiones implantadas y grasientas que también recorrían sus antebrazos como pequeñas espinas. De algunas de estas conexiones salían cables, marcado cada uno de ellos con etiquetas de pergamino, que terminaban en la caja central de comunicaciones que había encima de su cuna. Su diminuto camarote estaba lleno de miles de cables enredados, pero instintivamente el sabía para qué servía cada uno y podía conectarlos con rapidez. El recinto olía a sudor e incienso.

—Señor —dijo. Su boca era apenas una ranura rosada y tenía un ojo vago, semicerrado, que le daba un aire de superioridad que casi hacía olvidar su natural timidez.

—Haga el favor de enviar un mensaje en mi nombre, Lowink. A la Regal Akwitane —la Regal era una nave corsaria que habíamos contratado para transportarnos al cúter y a nosotros a Hubris. Ahora nos esperaba en órbita, lista para volvernos a transportar por la disformidad—. Haga llegar al Capitán Golkwin mis respetos y dígale que por ahora permaneceremos aquí. Puede seguir su camino, no tiene sentido que se quede a esperarnos. Es posible que estemos aquí una semana o más. La forma habitual de cortesía. Dígale que le agradezco sus servicios y espero que volvamos a vernos.

—Lo haré enseguida —asintió Lowink.

—Luego quisiera que realizara otras tareas. Contacte con el principal Enclave Astropático aquí en Hubris, y solicite una transcripción completa del tráfico ultramundano durante las últimas seis semanas. Además, cualquier registro de tráfico sin licencia, de individuos que usaran sus propios astrópatas. Todo lo que puedan proporcionarnos. Y no estaría de más una pequeña amenaza diciendo que el que solicita los datos es un inquisidor. No querrán encontrarse ante un tribunal por haber retenido información.

Volvió a asentir.

—¿Va a necesitar una autosesión?

—No, todavía no, pero la necesitaré en algún momento. Le daré tiempo para prepararse.

—¿Es eso todo, señor?

—Sí, Lowink —dije disponiéndome a marcharme.

—Señor... —hizo una pausa—. ¿Es cierto que la mujer Vibben está muerta?

—Sí, Lowink.

—Ah, ya me parecía que había mucho silencio —cerró la puerta.

El comentario no era tan insensible como podría parecer. Yo sabía lo que quería decir, aunque mis propias capacidades psíquicas eran incipientes y nada evolucionadas al lado de las suyas. Lores Vibben era una psíquica latente, y durante el tiempo que había estado con nosotros había habido un constante sonido de fondo, casi subliminal, transmitido inconscientemente por su mente joven y ávida.

Encontré a Betancore fuera, de pie, a la sombra de una de las robustas alas del cúter. Estaba mirando al suelo, fumando un cigarro de hoja de Iho. Yo no aprobaba los narcóticos, pero lo dejé pasar. Se había desintoxicado

durante los últimos años, pero cuando lo conocí era un consumidor de obscura.

—Maldito resplandor —musitó entrecerrando los ojos ante aquel brillo insoportable.

—Una sobrerreacción típica. Tienen once meses de oscuridad absoluta, por eso iluminan su hábitat de una manera desmesurada.

—¿Tienen un ciclo nocturno?

—No lo creo.

—No me extraña que anden tal alterados. Luz extrema, oscuridad extrema, mentes extremas. Sus relojes biológicos y sus biorritmos deben de estar desquiciados.

Hice un gesto afirmativo. Ahí fuera había empezado a desmoronarme ante la idea de que la noche no iba a terminar nunca. Ahora tenía la misma sensación ante este mediodía permanente. En su informe, Aemos decía que el mundo se llamaba Hubris porque después de pasar setenta años estándar para llegar aquí a bordo de la flota de arcas, los colonos originales habían descubierto que las investigaciones eran incorrectas. En lugar de tener una órbita regular, el mundo que habían elegido estaba sometido a estas pautas extremas de oscuridad y luz. De todos modos se habían establecido, adoptando los métodos criogeneracionales que habían traído hasta aquí como parte de su cultura. Un error a mi entender.

Pero yo no estaba aquí para hacer una crítica cultural.

—¿Observas algo? —le pregunté a Betancore.

Hizo un gesto indeterminado abarcando la plataforma de aterrizaje.

—No reciben muchos visitantes en esta estación, el comercio está muerto, el mundo está apagado.

—Por eso fue que Eyclone lo consideró vulnerable.

—Sí. La mayor parte de las naves que hay aquí son locales, transatmosféricas. Algunas son para uso de los custodios, otras simplemente están amarradas para pasar el Letargo. He identificado a tres foráneas aparte de nosotros. Dos naves comerciales y un cúter privado.

—Pregunta por ahí. A ver si puedes descubrir a quién pertenecen y a qué han venido.

—Está hecho.

—La nave de Eyclone, la que derribaste ¿venía de aquí?

Dio una chupada a su cigarro y sacudió la cabeza.

—O bien venía de órbita o de algún lugar privado. Lowink captó su transmisión a Eyclone.

—Le pediré que me la muestre. Pero ¿podría haber venido de órbita? ¿Es posible que Eyclone tenga una nave estelar ahí fuera?

—No te preocupes, ya tenía intención de averiguarlo. Si la había, se ha marchado, y no hizo señal alguna.

—Me gustaría saber cómo llegó hasta aquí ese bastardo y cómo pensaba marcharse.

—Lo averiguaré —dijo Betancore aplastando lo que quedaba del cigarro con su bota. Sin duda pensaba hacerlo.

—¿Y qué pasar á con Vibben? —preguntó.

—¿Sabes cuáles eran sus deseos? Nunca me mencionó nada. ¿Quería que sus restos fueran devueltos a Tornish para ser enterrados?

—¿Lo harías?

—Sí, si es lo que ella deseaba. ¿Era eso?

—No lo sé, Eisenhorn. Nunca me lo dijo.

—Revisa sus efectos personales. Mira si ha dejado algún testamento o algún tipo de instrucciones. ¿Puedes hacerlo?

—Lo haré con gusto —respondió.

Para entonces yo ya estaba cansado. Pasé otra hora con Aemos en su habitación atestada, llena de placas de datos, preparando un informe para Carpel. Expuse los detalles básicos, reservándome todo lo que consideré que él no necesitaba saber. Justifiqué mis acciones e hice que Aemos las cotejara con la legislación local, pero de todos modos quería hacerlo yo mismo. Un amalatiano se precia de trabajar con las estructuras de la sociedad imperial, ni pasándolas por alto ni excediéndose en su cumplimiento. Tampoco en su integridad, como haría un monodominante. Quería que Carpel y los oficiales superiores de Hubris se pusieran de mi parte, contribuyendo a mi investigación.

Cuando mi informe estuvo completo me retiré a mi habitación. Me detuve ante la puerta de Vibben, entré y puse suave mente la pistola naval Scipio entre sus manos, apoyada sobre su pecho, y volví a cerrar la mortaja. Era suya, había cumplido con su misión. Se merecía descansar con ella.

Por primera vez en seis años no soñé con Eyclone. Soñé con una oscuridad enceguecedora y luego con una luz que se resistía a marcharse. La luz tenía algo de oscuro. Ya sé que eran tonterías, pero ésa era la

sensación que daba. Como una revelación que en realidad comunicaba una verdad más sombría, más profunda. Había destellos, como relámpagos, en los bordes del horizonte de mi sueño. Vi a un hombre hermoso, con la mirada vacía, no en blanco como las de los zánganos de Eyclone, sino vacía, como una inmensa distancia sin estrellas. Me sonrió.

En ese momento de mi vida, no tenía la menor idea de quién podía ser.

Fui a ver a Carpel al mediodía del día siguiente. Siempre era mediodía en la Cúpula del Sol, pero éste era el mediodía real según el reloj. Para entonces, Lowink, Aemos y Betancore ya habían reunido nueva información para mí.

Me afeité, me vestí de negro con botas de caña alta y una chaqueta formal de piel marrón con escamas. Llevaba al cuello la roseta inquisitorial. Quería que Carpel supiera que iba por cuestiones oficiales.

Aemos y yo bajamos de la superestructura de aterrizaje en un ascensor de jaula y encontramos a los custodios de traje amarillo que nos esperaban para escoltarnos. A pesar de la implacable luz blanca que nos rodeaba, seguían manteniendo encendidos sus bastones de luz. Proyectábamos unas sombras cortas y duras sobre el seco rocacemento de roca del vestíbulo mientras nos dirigíamos a una limusina abierta. Era un aparato enorme lleno de cromados con gallardetes que llevaban el escudo de Hubris ondeando sobre la capota. En el interior había cuatro filas de asientos tapizados de cuero detrás de la cabina del piloto situada en el centro.

Circulamos por las calles sobre ocho gruesas ruedas. Los bulevares eran anchos y, de más está decirlo, estaban brillantemente iluminados. A ambos lados había edificios con fachadas de cristal que miraban al centelleante globo solar de plasma que se veía en lo alto, como flores que buscan la luz. A lo largo de todas las calles, cada treinta metros, había lámparas químicas sobre postes ornamentados empeñados añadir su propia luz al brillo generalizado.

El tráfico era escaso, y había a lo sumo unos cuantos miles de peatones en las calles. Reparé en que la mayoría llevaba trajes de seda amarilla y que había guirnaldas de flores amarillas decorando todos los pies de las farolas.

—¿Y esas flores? —pregunté.

—De las granjas hidropónicas de la cúpula oriental siete —me respondió uno de los custodios.

—¿Qué significan?

—Duelo.

—Lo mismo que los trajes —susurró Aemos en tono confidencial—. Lo que sucedió anoche fue una gran tragedia para este mundo. El amarillo es su color sagrado. Creo que la religión local es un culto solar.

—¿El sol como Emperador?

—Es bastante común. Aquí es mucho más comprensible, por razones obvias.

La sala de los custodios era una torre de cristal cerca del centro de la ciudad y tenía un disco solar en el que estaba inserta el águila de dos cabezas en sus caras superiores. Cerca de allí estaba la capilla local de la Eclesiarquía, y varios edificios cedidos al Administratum Imperial. Me resultó curioso que estuvieran construidos totalmente de piedra negra y casi no tuvieran ventanas. Era evidente que esos siervos imperiales destinados aquí tenían tan poca afición como yo a la luz permanente.

Pasamos por debajo de un pórtico de cristal y fuimos escoltados hacia la sala principal. Estaba llena de gente, todos custodios vestidos con sus trajes amarillos, algunos funcionarios locales y tecnomagos, y algunos administrativos y servidores. La propia sala tenía las proporciones de una capilla imperial, pero era de vitrales amarillos sobre una estructura negra de hierro forjado. La atmósfera estaba bañada de una luz dorada que se filtraba por el cristal. El suelo estaba cubierto por una enorme alfombra negra con un disco solar tejido en el centro.

—¡El inquisidor Eisenhorn! —anunció uno de mis escoltas por un amplificador. El silencio reinó en la sala y todos se volvieron a mirarnos mientras nos acercábamos. El Alto Custodio Carpel estaba sentado en un trono elevado suspendido con incrustaciones doradas. Había una luz química ardiente instalada sobre el cabecero de la silla flotante. Descendió hacia mí andando entre la multitud que se apartaba.

—Alto Custodio —saludé con una cortés inclinación de cabeza.

—Están todos muertos —me informó—. Los doce mil ciento cuarenta y dos. Todo el Procesional Dos-Doce está muerto. Ninguno sobrevivió al trauma.

—Mis más sinceras condolencias a Hubris, Alto Custodio.

La sala se convirtió en un pandemónium de voces que chillaban, gritaban, vociferaban.

—¿Sus condolencias? ¿Sus malditas condolencias? —se elevó la voz de Carpel por encima del clamor general—. ¿Gran parte de la elite gobernante muere en una noche y tenemos sus condolencias para consolarnos?

—Es todo lo que puedo ofrecerles, Alto Custodio —podía sentir a Aemos que temblaba a mi lado, tomando notas sin sentido en la placa de su muñeca sobre las costumbres y la forma de vestir y las formas del lenguaje... cualquier cosa con tal de alejar su mente de la confrontación.

—¡Con eso no basta! —me espetó un joven que tenía cerca. Era un noble local, joven y bastante firme, pero su piel tenía una palidez terrible, sudorosa y los custodios tuvieron que sostenerlo cuando estuvo a punto de caer hacia adelante.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—¡Vernal Maypell, heredero de los Dalloween Cantón! —si esperaba que me pusiera de rodillas y le suplicara le esperaba una decepción.

—Teniendo en cuenta la gravedad de este suceso, hemos despertado prematuramente de su letargo a algunos de nuestros ciudadanos de noble cuna —dijo Carpel—, el hermano del Señor Maypell y dos de sus esposas murieron en el Procesional Dos-Doce.

De modo que la palidez se debía a la resucitación. Observé que cincuenta o más de los presentes presentaban el mismo aspecto agotado y enfermizo.

Me volví hacia Maypell.

—Señor —repetí—, le ofrezco mis condolencias.

Maypell explotó de rabia.

—¡Su arrogancia me deja atónito, ultramundano! Trae a ese monstruo hasta nuestro mundo, lucha con él en medio de nuestros lugares más sagrados, una guerra privada que acaba con nuestras mejores gentes y usted...

—¡Un momento! —hice uso de mi voluntad. No me importaba. Maypell calló como atontado y toda la sala quedó en silencio—, Yo vine aquí para salvarlos y para poner coto a los planes de Eyclone. De no haber sido por mi intervención y la de mis compañeros, podría haber destruido una cantidad aún mayor de sus tumbas de hibernación. No quebranté

ninguna de sus leyes. Puse cuidado en preservar sus códigos al hacer mi trabajo. ¿Qué quiere decir con eso de que traje a quí a ese monstruo?

—Hemos hecho indagaciones —respondió una mujer noble de edad avanzada. Al igual que Maypell, presentaba los síntomas de la resucitación y estaba echada sobre una litera transportada por servidores esclavos.

—¿Qué indagaciones, señora?

—Esa larga lucha con el asesino Eyclone. Cinco años ¿no es verdad?

—Seis, señora.

—Seis, de acuerdo. Lo persiguió hasta aquí. Lo atrajo hasta aquí. Lo trajo hasta aquí, como dijo el Señor Maypell.

—¿De qué manera?

—No se registró ninguna nave del ultramundo durante los últimos veinte días más que la suya, Eisenhorn —dijo Carpel revisando una placa de datos. La Regal Akwitane. Esa nave tiene que haberlo traído a él del mismo modo que lo trajo a usted, para acabar aquí su guerra sin importarles nuestras vidas. ¿Eligió usted Hubris porque era un lugar tranquilo, apartado, un lugar donde podrían poner fin a su enfrentamiento sin que los molestaran, durante la larga oscuridad?

A estas alturas yo ya estaba furioso. Me concentré para controlar mi rabia.

—¿Aemos?

—... ¿y qué tintes de silicato usan para la fabricación de esos vitrales? —estaba musitando Aemos a mi lado—. ¿Tiene una estructura blindada? Los soportes son de estilo gótico imperial temprano, pero...

—¡Aemos! ¡El informe!

Se sobresaltó y me pasó una placa de datos que llevaba en su cartera.

—Lea esto, Carpel. Léalo con atención —se lo alargué y luego lo aparté cuando hizo intento de cogerlo—. ¿O mejor lo leo en voz alta para todos los aquí reunidos? ¿Es necesario que explique cómo llegué aquí en el último momento cuando supe que Eyclone venía a Hubris? ¿Que lo supe sólo por una descripción astropática de un mensaje cifrado enviado por Eyclone hace dos meses? ¿Un mensaje que mató a mi astrópata cuando intentó traducirlo?

—Inquisidor, yo... —empezó Carpel.

Levanté la placa de datos para que todos pudieran verla, pulsando el botón que hacía que las palabras se visualizaran en la pantalla.

—¿Y qué me dice de esto? ¿De la prueba de que Eyclone llevaba casi un año planeando un ataque a su mundo? ¿Y de esto, obtenido anoche, de que una nave estelar no registrada entró y salió de su órbita para dejar a Eyclone hace tres días, pasando desapercibida a sus vigías planetarios y a los «Guardianes» custodios? ¿O del flujo detallado de comunicación astropática que su enclave local detectó pero que usted no se tomó el trabajo de rastrear ni de traducir?

Dejé caer la placa sobre las piernas de Carpel. Cientos de ojos me miraban en medio de un silencio estupefacto.

—Estaban totalmente expuestos y él lo aprovechó. No me culpe de nada salvo del hecho de haber llegado demasiado tarde para impedírselo. Como ya dije, les ofrezco mis condolencias. Y la próxima vez que se decida a enfrentarse a un inquisidor imperial —añadí—, tal vez se muestre más respetuoso. Soy comprensivo porque reconozco el trauma y la pérdida que han sufrido, pero mi paciencia tiene un límite... aunque no mi autoridad.

Me volví hacia Carpel.

—Ahora, Alto Custodio ¿podemos hablar? en privado, como creo haber solicitado.

Seguimos al trono flotante de Carpel hasta una recámara lateral dejando atrás una sala llena del murmullo de voces conmocionadas. Sólo uno de sus hombres nos acompañó, un tipo alto y rubio con un uniforme marrón oscuro que no reconocí. Un guardaespaldas, supuse. Carpel posó su trono en la alfombra y con el toque de una varita hizo que los cristales de la habitación se tintaran.

Por fin un nivel de luz razonable. Con eso me bastó para saber que Carpel me estaba tomando en serio.

Me indicó un asiento frente a él. Aemos se refugió en las sombras, detrás de mí. El hombre de marrón estaba junto a las ventanas, vigilando.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Carpel.

—Espero su total colaboración mientras llevo a cabo mis investigaciones.

—Pero la cuestión ya está cerrada —dijo el otro tipo. No aparté la vista de Carpel.

—Quiero su consentimiento para poder continuar y también su cooperación plena. Puede que Eyclone esté muerto, pero él no era más que la punta de lanza de un arma larga y peligrosa.

—¿De qué está hablando? —soltó el hombre de marrón. Seguí sin mirarlo.

—Si vuelve a hablar sin que yo sepa quién es —dije, con la vista fija en Carpel—, lo arrojaré por la ventana, y sin abrirla primero.

—Éste es el depurador Fischig, del Adeptus Arbites. Quería que estuviera presente.

Miré entonces al hombre vestido de marrón. Era un bruto corpulento, con una cicatriz brillante y rosada debajo de un ojo lechoso. A juzgar por su piel tersa y su cabello rubio, se habría dicho que era joven, pero cuando lo estudié mejor vi que tenía por lo menos mi edad.

—Depurador —saludé con una inclinación de cabeza.

—Inquisidor —respondió a su vez—. Mi pregunta sigue en pie.

Me incliné en mi asiento.

—Murdin Eyclone era un propiciador. Un hombre brillante, retorcido, uno de los más peligrosos a los que haya perseguido jamás. A veces, cazar a la presa significa acabar con su maldad. Estoy seguro de que usted tendrá experiencia al respecto.

—Usted dijo que era un «propiciador».

—Por eso era tan peligroso. Creía que la mejor manera de servir a sus obscenos señores era poner sus considerables habilidades al servicio de los cultos y sectas que las necesitaban. No tenía ninguna alianza auténtica. Trabajaba para propiciar los grandes planes de los demás. Lo que estaba haciendo aquí, en Hubris, era preparar el terreno para los planes de alguien. Ahora está muerto y sus planes se han desbaratado. Podemos dar gracias, pero mi tarea no ha terminado. Tengo que partir de Eyclone, de sus hombres, de cualquier pista que hayan dejado y seguir el rastro de cualquier fuerza oscura, más grande y secreta, que lo estuviera empleando.

—¿Y para eso necesita la cooperación de la gente de Hubris? —preguntó Carpel.

—De la gente, de las autoridades, de ustedes... de todos. Esto es una misión del Emperador. ¿Le da a usted miedo?

—No, señor, por supuesto que no —me aseguró Carpel.

—Excelente.

Carpel me entregó una insignia de oro en forma de sol. Era pesada y antigua, montada sobre una almohadilla de cuero negro.

—Esto le dará autoridad. Mi autoridad. Realice su trabajo con minuciosidad y rapidez. Sólo pido dos cosas a cambio.

—¿Y son...?

—Que me informe de todo lo que descubra. Y que permita que el depurador lo acompañe.

—Yo hago las cosas a mi manera...

—Fischig puede abrir puertas y los módulos de voz aquí, en la Cúpula del Sol, que ni siquiera su insignia puede abrir. Considérelo como un guía local.

Y tus ojos y oídos, pensé. Pero sabía que estaba muy presionado por la nobleza para que presentara resultados.

—Agradeceré su ayuda —fue mi único comentario.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Fischig yendo al grano con una mirada ávida. Me di cuenta de que querían sangre. Alguien a quien endosarle las muertes, alguien que pudieran decir que habían capturado, o al menos ayudado a capturar. Quieren participar en cualquier éxito que pueda conseguir para quedar bien a los ojos del resto de la población cuando ésta se despierte dentro de unos meses y se entere de este desastre.

No podía culparlos de ello.

—En primer lugar —dije—, al depósito de cadáveres.

Eyclone parecía dormido. Le habían envuelto la cabeza con un bonete de plástico casi cómico para cubrir la herida que le había hecho. Enmarcada en el plástico, su cara tenía una expresión tranquila, sólo una leve magulladura alrededor de los labios.

Yacía sobre una base de piedra en la atmósfera helada del depósito que había debajo del Mortuorio Uno del Arbites. Sus secuaces estaban colocados sobre piedras numeradas en torno a él, al menos aquellos a los que habían recuperado más o menos intactos. Había recipientes con rótulos, conteniendo una materia más bien líquida, contra la pared trasera, los restos de los que Betancore había liquidado con los cañones del cúter.

En aquellos sótanos, el aire tenía una tonalidad azul y fría, y la escarcha cubría los recirculadores por los que se insuflaba aire bajo cero directamente desde el desierto de hielo que rodeaba a la Cúpula del Sol. Fischig nos había proporcionado a todos trajes térmicos para la visita.

Quedé impresionado por lo que vi: tanto por el diligente cuidado y la atención con que habían recuperado y almacenado los cuerpos como por el hecho de que nadie los hubiera tocado, respetando mis instrucciones. No parece algo difícil de entender, pero había perdido la cuenta de las veces

que el celo excesivo de unos sacerdotes de la muerte o cirujanos los había llevado a iniciar las autopsias antes de que yo llegara.

La superintendente del depósito era una mujer ojerosa de unos sesenta años llamada Tutrone. Nos recibió con un mono de plástico rojo sobre un antiguo y deshilachado traje térmico. La forense Tutrone tenía un implante biónico en un ojo y manipuladores de brillante acero quirúrgico para cortar y serrar huesos incorporados a la mano derecha.

—Hice lo que usted ordenó —me dijo mientras nos conducía por la escalera de caracol hacia la fría bóveda—, pero es irregular. Las normas establecen que debo iniciar los exámenes, al menos exámenes preliminares, lo antes posible.

—Le agradezco su diligencia, forense. Terminaré pronto y después podrá seguir el protocolo.

Tras calzarme unos guantes quirúrgicos pasé entre las filas de muertos, por lo menos veinte, dictando observaciones a Aemos. Poco pude sacar en limpio de los hombres. Deduje por la complexión y el color de la piel que algunos eran ultramundanos, pero no llevaban documentos ni identificadores quirúrgicos ni clave alguna sobre sus orígenes o identidades. Ni siquiera en sus ropas había nada digno de mención... Las etiquetas de origen habían sido arrancadas o quemadas. Existía la posibilidad de iniciar una investigación forense para identificar el origen de la ropa, pero significaría un enorme derroche de recursos.

En dos de ellos encontré cicatrices recientes que indicaban que los marcadores de identidad subcutáneos habían sido eliminados por medios quirúrgicos. Los marcadores de identidad no eran una práctica local, de modo que al menos me sirvió para confirmar su origen ultramundano. Pero ¿cuál? Había cientos de planetas imperiales que usaban rutinariamente esos artilugios, y su colocación y uso era más o menos estándar. Yo mismo había llevado uno durante algunos años, cuando niño, antes de que las Naves Negras me seleccionaran y me fuera retirado.

Uno de los cadáveres tenía curiosas cicatrices en los antebrazos, profundas, aunque no demasiado, atravesando la epidermis.

—Alguien ha usado una antorcha de fusión para eliminar los tatuajes de las bandas a las que pertenecían —dijo Aemos.

Tenía razón. Una vez más sentí que lo incompleto de la información me atormentaba.

Miré a Eyclone pensando que era mi apuesta más segura. Con ayuda de la forense le corté las ropas, todas ellas tan anónimas como las de sus seguidores. Dimos la vuelta a su cadáver desnudo buscando... bueno, cualquier cosa.

—¡Ahí! —dijo Fischig inclinándose. Una marca identificadora sobre la nalga izquierda.

—El Serafín de Laoacus. Una antigua marca del Caos. Eyclone se la hizo hacer para honrar a los que entonces eran sus señores, hace veinte años. Un culto anterior, un patrón anterior. Nada que ver con esto.

Fischig me miró con expresión curiosa.

—¿Conoce los detalles de su carne desnuda?

—Tengo mis fuentes —respondí. No quería tener que contar le la historia. Eamanda, una de mis primeras compañeras, brillante, hermosa, atrevida. Ella había descubierto los detalles para mí. Ahora hacía ya cinco años que estaba en un manicomio. El último informe que había recibido decía que se había comido sus propios dedos.

—¿Pero se marca él mismo? —continuó Fischig—. ¿Lleva la marca de cada nuevo culto en el que se mete para mostrar su alianza?

Al hombre no le faltaba razón, maldita sea. Miramos con atención. Al menos seis cicatrices de láser en su cuerpo parecían haber sido marcas de otros cultos, eliminadas después de haber abandonado esas asociaciones.

Detrás de la oreja izquierda llevaba una incrustación cutánea de plata con la forma del Buboe Caótica.

—¿Y esto? —preguntó Tutrone rasurando esa zona de la cabeza con las cuchillas de sus dedos para dejarlo a la vista.

—También antiguo.

Me aparté un poco del cadáver y pensé intensamente. Cuando lo maté él buscaba algo en su cinturón, o al menos me había dado esa impresión.

—¿Sus efectos? —pregunté.

Estaban en una bandeja de metal a su lado. Su pistola láser, un transmisor de voz compacto, una caja con incrustaciones de perlas que contenía seis tubos de obscura y un encendedor, una placa de crédito, células de repuesto para la pistola y una llave de plástico. Y el cinturón, con cuatro bolsillos abotonados.

Los fui abriendo, uno por uno: algunas monedas locales; un cuchillo láser en miniatura; tres barras alimenticias calóricas; un mondadientes de

acero; más obscura, esta vez en viales inyectables; una pequeña placa de datos.

En el momento de su muerte ¿cuál de estas cosas buscaría?

¿El cuchillo? Demasiado lento y pequeño para contraatacar a un hombre que le tenía metida en la boca una pistola naval. Claro que estaba desesperado.

Y además, no había echado mano a la pistola láser que llevaba en la funda.

¿La placa de datos tal vez? La cogí y la activé, pero para acceder hacía falta una clave. Puede que encerrara todo tipo de secretos... pero ¿por qué habría un hombre de echar mano de una placa de datos al enfrentarse a una muerte segura?

—Vestigios de marcas, en el antebrazo —afirmó Tutrone mientras continuaba su examen.

Nada raro, teniendo en cuenta el arsenal de drogas que le habíamos encontrado encima.

—¿Ningún anillo? ¿Ni brazaletes o pendientes? ¿Ninguna perforación?

—Nada.

Saqué una bolsa de plástico de un dispensador que había en el carrito quirúrgico y puse en ella todos sus efectos.

—Firmará por eso ¿verdad? —preguntó Tutrone levantando la vista.

—Por supuesto.

—Usted lo odiaba ¿no es cierto? —dijo Fischig de sopetón.

—¿Qué?

Se recostó contra una piedra y se cruzó de brazos.

—Lo tenía a su merced y sabía que su cabeza estaba llena de secretos, pero se la vació con su pistola. No me duelen prendas a la hora de matar, pero sé cuándo estoy derrochando plomo. ¿Fue un ataque de ira?

—Soy un inquisidor. No me dejo llevar por la ira.

—¿Entonces qué?

Ya me estaba cansando de su tonito sarcástico.

—Usted no tiene ni idea de lo peligroso que era este hombre. No estaba dispuesto a correr riesgos.

—Parece perfectamente inofensivo —se burló Fischig echando una mirada al cadáver.

—¡Aquí hay algo! —dijo Tutrone. Todos nos acercamos. Estaba trabajando en su mano izquierda, con delicadeza, con sus escalpelos y sondas, manejando sus dedos potenciados como una costurera.

—El dedo índice de la mano izquierda. Está extrañamente lívido e hinchado —pasó un pequeño escáner por él.

—La uña es de ceramina. Artificial. Un implante.

—¿Y qué tiene dentro?

—Desconocido. Una lectura fantasma. Puede que haya... ah, ahí está... una cerradura debajo de la carne. Se necesitaría algo pequeño para abrirla.

Ajustó su dedo biónico y extrajo una sonda de metal muy fina, tan fina como... un mondadientes.

—¡Atrás! ¡Atrás enseguida!—grité.

Demasiado tarde. Tutrone había abierto la cerradura. La uña falsa saltó hacia atrás y algo salió volando de la cavidad que había en el extremo del dedo. Un gusano de plata, como el hilo de un collar, atravesó el aire como un relámpago.

—¿A dónde fue a parar?

—No lo sé —dije, empujando a Tutrone y Aemos hacia atrás—. ¿Lo ha visto? —le pregunté a Fischig.

—Por allí —dijo, sacando una pistola automática de morro corto y color negro brillante de entre sus ropas.

Eché mano de mi propia pistola, pero recordé que se la había devuelto a Vibben.

Cogí, entonces, un cuchillo de hueso que había en el carrito. El gusano volvió deslizándose hacia la luz. Ahora tenía un metro de largo y varios centímetros de grueso. Qué asquerosa brujería había causado esa expansión, no quería saberlo. Estaba hecho de metal segmentado y la cabeza era un cono sin ojos partido por una boca sibilante llena de dientes afilados como cuchillas de afeitar.

Tutrone dio un grito cuando se abalanzó sobre nosotros. La aparté hacia un lado y aquella cosa pasó restallando por encima de nuestras cabezas y fue a clavarse en un cadáver situado en una peana cercana. Se oyó un ruido espantoso de absorción, un sonido como de roedura y el gusano desapareció dentro del torso del cadáver a través de un orificio mellado.

El cadáver vibró y explotó, llenando el aire de un asqueroso vapor. El gusano salió de él como una exhalación y desapareció por el suelo. Para

entonces, Fischig había abierto fuego y había hecho volar al destrozado cadáver de la peana. El gusano había desaparecido hacía tiempo.

—Mecanismo activado al tacto —Aemos murmuraba para sí—, muy discreto, probablemente de manufactura xénica, un arma de protección, con algún sistema de alteración de masa que lo expande en contacto con el aire y lo libera, rastreando por sonido...

—¡Cállale ya! —le dije, colocándolos a él y a Tutrone contra la pared del fondo. Fischig y yo avanzamos en trayectorias paralelas a través de las filas de peanas, con las armas preparadas.

Reapareció. Cuando por fin lo vi, lo tenía prácticamente encima, cortando el aire sobre su cola metálica. En una fracción de segundo, reflexioné que así era como Eyclone había querido que muriera yo. Esto era lo que había intentado lanzar contra mí sobre la plataforma de aterrizaje en el Procesional Dos-Doce.

La rabia me hizo luchar contra aquello. De un mandoble, mi hoja desplegada entró directamente entre los dientes amenazadores y penetró por la garganta. El impacto me derribó hacia atrás. Me encontré con que tenía aquella cosa pesada, de dos metros de largo, restallando en el extremo de mi cuchillo como un látigo.

Unos disparos pasaron sobre mí. Fischig trataba de darle.

—¡Acabará por matarme, idiota!

—¡Manténgala quieta!

Con un chirrido metálico se estaba comiendo la hoja y el mango en dirección a mi mano.

Tutrone se acercó por detrás de mí y juntos luchamos por colocar aquella cosa poderosa y movediza sobre una peana. La forense activó una sierra para huesos de su mano potenciada y le cercenó el cuello con un chillido escalofriante.

El cuerpo seguía moviéndose. Tutrone lo cogió y lo sumergió en una cuba con ácido reservada para desechos orgánicos. La cabeza sibilante y el cuchillo que continuaba mordiendo siguieron la misma suerte.

Los cuatro nos quedamos mirando cómo se desintegraban aquellos restos restallantes.

Me volvía mirara la forense Tutrone y a Fischig.

—Ya sé a cuál de los dos quisiera tener cerca en una pelea —musité.

Tutrone se rió, pero no así Fischig.

—¿Qué era? —me preguntó Aemos mientras avanzábamos a toda velocidad por las calles en el vehículo de Fischig hacia el cuartel general del Arbites.

—Tú averiguaste más de lo que yo sé —repliqué—. Un regalo de sus amos, sin duda.

—¿Qué clase de amos harían una cosa así?

—Unos muy poderosos, Aemos, de la peor calaña.

Nuestra reunión, en la austera sedes del Arbites, fue breve. A petición mía, Fischig había llamado al Magus Palastemes, el jefe de los tecnomagos del criogenerador.

Echó una mirada al arcón que había en la sala de pruebas y dijo que no tenía la menor idea de lo que era.

—Gracias, eso es todo —le dije. Me volví hacia Fischig—. Haga que lo envíen de inmediato a mi nave.

—Es una prueba de Estado... —empezó.

—¿Para quién trabaja usted, Fischig?

—Para el Emperador.

—Entonces hágase la idea que yo soy él y no estará muy equivocado. Haga lo que le he dicho.

Hadam Bonz estaba esperándonos en la sala de interrogatorios. Lo habían desnudado, pero Fischig me aseguró que no habían encontrado nada importante en su ropa.

Bonz era el hombre al que yo había derribado en la cámara del criogenerador, el único de los hombres de Eyclonc que había sobrevivido aquella noche. Tenía la boca hinchada por el golpe que yo le había dado. Lo único que había admitido era su nombre.

Fischig, Aemos y yo entramos en la sala, un recinto de piedra desnuda. Bonz estaba atado a una silla metálica y parecía aterrorizado.

Y tenía razón para estarlo, pensé.

—Hábleme de Murdin Eyclone —dije.

—¿De quién? —ahora la oscuridad había desaparecido de sus ojos al romperse el hechizo de Eyclone. Estaba atónito y con fundido.

—Entonces hábleme de lo último que recuerde.

—Yo estaba en Tracian Primaris. Esa era mi patria. Era estibador en los muelles. Recuerdo haber ido a un bar con un amigo. Eso es todo.

—¿Qué amigo?

—Un capataz del puerto llamado Wyn Eddon. Creo que nos emborrachamos.

—¿Mencionó Eddon a un tal Eyclone?

—No. Dígame ¿dónde estoy? Estos bastardos no me lo quieren decir. ¿Qué se supone que he hecho?

—Para empezar, trató de matarme —sonreí.

—¿A usted?

—Soy un inquisidor imperial.

Al oír eso, el terror le hizo perder el control de sus funciones orgánicas. Empezó a implorar, a rogar, mencionar todo tipo de fechorías que no venían a cuento.

Desde el primer momento supe que no me servía para nada. No era más que un esclavo hipnotizado, elegido por sus músculos, y que no sabía nada. Pero de todos modos pasamos dos horas con él. Fischig giró lentamente un dial que había cerca de la puerta y que dejaba entrar cada vez mayor cantidad de aire bajo cero de afuera de la Cúpula del Sol. Vestidos con nuestros trajes térmicos no parábamos de hacer preguntas.

Cuando la carne de Bonz empezó a pegarse a la silla de metal supimos que no había nada más.

—Calentadlo y dadle bien de comer —dijo Fischig a sus hombres cuando salíamos de la celda—. Lo ejecutaremos al amanecer.

No pregunté si eso significaba algún momento arbitrario en el siguiente ciclo o realmente se refería al auténtico amanecer para el que faltaban seis meses, a comienzos del Deshielo.

No me importaba demasiado.

Fischig nos dejó libres durante un rato y Aemos y yo almorzamos en una taberna pública que estaba casi directamente de bajo de la Cúpula del Sol. La comida estaba agria, recompuesta de consumibles deshidratados y congelados, pero al menos estaba caliente. Unas fuentes proyectaban muros de agua por los bordes de la taberna, de modo que la luz del globo solar producía arco iris entre las mesas y los pasillos. En este lúgubre día de duelo, no había más comensales que nosotros.

Aemos estaba de buen humor. Charlaba por los codos, estableciendo conexiones que yo ni siquiera había vislumbrado. Con todos sus defectos, poseía una mente superior. Cada hora que pasaba con él aprendía nuevas técnicas.

Estaba comiendo pescado y arroz con un tenedor y revisando su placa de datos.

—Veamos el retraso en las transmisiones que detectó Lowink en los mensajes que Eyclone envió y recibió mientras estuvo en el planeta.

—Están todos cifrados. Lowink todavía no los ha descifrado.

—Sí, sí, pero piensa en el retraso. Este... ocho segundos... es de una nave en órbita... y el tiempo coincide con el período en el que sabemos que la misteriosa nave estelar de Eyclone estuvo aquí. Pero éste... durante tu enfrentamiento con él la noche pasada. Un retraso de doce minutos y medio. Eso viene de otro sistema.

Hice un alto mientras trataba de masticar un trozo de carne que parecía de metal y eché un vistazo. Antes no había dado mucha importancia a la borrosa barra lateral que bordeaba todo el mensaje astropático.

—¿Doce y medio? ¿Estás seguro?

—Hice que Lowink lo comprobara.

—¿Y eso nos da un marco de referencia?

Sonrió, contento de que yo lo estuviera.

—Tres mundos en la imagen. Todos con un retraso de entre once y quince minutos de aquí. Tracian Primaris, Kobalt II y Gudrun.

Tracian Primaris no constituyó una sorpresa. Había sido el último puerto en el que habíamos hecho escala, el último lugar donde habíamos visto a Eyclone. Y, por lo que habíamos podido sonsacar a Bonz, el lugar donde había reclutado a algunos de sus sirvientes, o a todos.

—Kobalt no es nada. Lo comprobé. Apenas una estación de vigilancia imperial. Pero Gudrun...

—Un mundo comercial de primer orden. Antigua cultura, antiguas familias...

—Antiguos venenos —terminó riendo para completar el proverbio.

Me limpié la boca con una servilleta.

—¿Podemos ser más precisos?

—Lowink está investigando para mí, en cuanto hayamos descifrado...no pretendo el propio mensaje cifrado, quiero decir los títulos codificados del texto real, lo sabremos.

—Gudrun... —me quedé pensando.

El enlace de voz sonó en mi oído. Era Betancore.

—¿Has oído hablar alguna vez de una cosa llamada el Pontius?

—No. ¿Por qué?

—Yo tampoco, pero Lowink está desmenuzando algunas de las antiguas transcripciones. En las semanas anteriores a la llegada de Eyclone, alguien estuvo mandando mensajes desde los enlaces aprobados a algún lugar de la Cúpula del Sol. Hablaron sobre la entrega de «El Pontius». Es todo muy vago e indirecto.

—¿Lo tenéis localizado?

—¿Para qué nos tienes empleados si no? Vista a Deshielo 12011, en el lado oeste de la cúpula, la zona de renta alta. Coto privado de la aristocracia.

—¿Algún nombre?

—No, son muy exclusivos y reservados sobre esas cosas.

—Nos ponemos en ello.

Aemos y yo nos levantamos de la mesa. Al darnos la vuelta encontramos a Fischig de pie. Estaba vestido con su armadura completa, con el caparazón y el casco con visor de un Arbites. Tengo que admitir que el efecto era impresionante.

—¿Van a alguna parte sin mí, inquisidor?

—En realidad íbamos en su busca. Llévenos a Vista a Deshielo.

CUATRO

Recorrido de la Cúpula del Sola toda velocidad
Vista a Deshielo 12011
Interrogatorio de Saemon Crotes

Los hubricenses más acaudalados tenían palacios de invierno en la periferia occidental de la Cúpula del Sol. Según el purificador Fischig, «disfrutaban tanto de la luz como de la oscuridad», como si fuera una concesión. Miraban hacia adentro, a la cúpula iluminada, y tenían postigos que podían abrirse para contemplar el panorama oscuro del desierto invernal. Aemos dio a entender que se trataba de algo espiritual.

Fischig desconectó su guía de seguimiento del terreno mientras nos deslizábamos por las calles, y su pesado vehículo se elevó por encima del tráfico y de los edificios. En giros cerrados sorteamos las torres de cristal y con un rugir de motores nos dirigimos al oeste.

Creo que estaba presumiendo.

En el asiento trasero, bajo las barras estábilizadoras, Aemos se sujetó con fuerza y cerró los ojos con un leve gruñido. Yo iba en la cabina, con Fischig vestido con su armadura completa y con expresión de depredador bajo el visor de su casco de Arbites.

El vehículo era un modelo imperial estándar pintado de color marrón mate que llevaba gallardetes con el símbolo solar y los cheurones y número de cola del Arbites local. Blindado como era, giraba pesadamente y el sistema antigravitatorio se esforzaba por mantenernos en el aire. Había un bolter pesado montado sobre un soporte delante de mi asiento. Miré en derredor y vi un armero cerrado lleno de escopetas de combate detrás de los asientos traseros.

—¡Déme una de ésas! —grité para hacerme oír por encima del rugido de los turboventiladores.

—¿Qué?

—Necesito un arma.

Fischig asintió e introdujo un código de seguridad en un teclado incorporado en su gruesa palanca de control, la reja del armero se abrió.

—¡Elija una!

Aemos me alcanzó una y empecé a cargarla de proyectiles.

Vista a Deshielo se elevaba ante nosotros, una terraza de lujosas viviendas de cristal y rocacemento construidas siguiendo la curva de la propia cúpula. Volamos bajo sobre jardines aterrazados haciendo que los helechos y las palmeras se inclinaran con el torbellino que producíamos al descender.

Luego Fischig desactivó los ventiladores y nos posamos sobre una amplia plataforma a ocho pisos de altura.

Saltó del vehículo llevando su escopeta. Lo seguí.

—Espera aquí —le dije a Aemos. No se lo tuve que repetir.

—¿Qué número? —preguntó Fischig.

—12011.

Bordeamos la ancha plataforma curva saltando por encima de vallas de división y de enrejados de plantas trepadoras.

El 12011 tenía la fachada de cristal y anchas puertas deslizantes de espejo.

Fischig levantó una mano como advertencia y sacó una moneda de su bolsillo. La tiró a la terraza y quedó pulverizada por nueve rayos láser.

Sintonizó su comunicador.

—Purificador Fischig a control de Arbites. ¿Me recibe?

—Lo recibo, purificador.

—Acceso a cúpula central y desactivación de defensas automáticas de Vista a Deshielo 12011. Inmediato.

Una pausa.

—Desactivación autorizada.

Hizo intención de avanzar. Lo detuve y lancé a mi vez una moneda que rebotó dos veces sobre la terraza de basalto y salió rodando hasta detenerse.

—Me gusta asegurarme —dije.

Nos aproximamos uno por cada lado de la gran ventana panorámica. Fischig probó con el deslizador, pero estaba cerrado.

Retrocedió, preparándose, al parecer, para abrirse camino a tiros.

—Es de armaplex —le dije, pasando los nudillos por el material—. No sea tonto.

Saqué de debajo de mi chaqueta la bolsa de plástico que contenía los efectos de Eyclone y busqué el cuchillo láser compacto. Antes que el cuchillo, encontré la llave de plástico.

Una probabilidad entre mil, como solía decir el inquisidor Hapshant.

Introduje la llave en la cerradura y la ventana se abrió suavemente sobre sus rieles mecánicos.

Ambos nos quedamos esperando. Desde dentro llegaban un aire perfumado y una suave música orquestal.

—¡Adeptus Arbites! ¡Dense a conocer! —dijo Fischig con voz tonante amplificada por el altavoz de su casco.

Y lo hicieron.

Un fuego rápido, de calibre pesado, hizo volar la barandilla de la terraza, decapitó los arbustos y los árboles enanos de las macetas, destrozó los macizos de flores e hizo saltar por los aires la antena de la terraza.

—¡Vosotros lo habéis querido! —gritó Fischig y entró en tromba disparando su escopeta. Los disparos eran ensordecedores.

Yo trepé por un canalón hasta el balcón del segundo nivel con la escopeta colgada del hombro por su correaje. Debajo de mí había un furioso intercambio de fuego.

Entré por una ventana con cortinas de gasa a los dormitorios principales.

En la habitación hacía un calor excesivo y estaba oscuro. Estaba decorada en terciopelo rojo y de unos altavoces ocultos salía una agradable música ambiental. La cama estaba deshecha y en un rincón, sobre un aparador dorado, había un aparato de comunicación portátil. Avancé y estudié el microteléfono. Abajo, el caos producido por Fischig hacía retemblar el suelo como una tormenta lejana.

La chica salió de una habitación contigua, supongo que un baño, y gritó al verme. Estaba desnuda y se metió bajo las sábanas para cubrirse.

La seguí con el cañón de mi escopeta.

—¿Quién está aquí?

Ella gimoteó y sacudió la cabeza.

—Inquisición —dije en un susurro—. ¿Quién está aquí?

Ella empezó a sollozar y volvió a sacudir la cabeza.

—Ocúltese. Métase debajo de la cama si puede.

De la habitación contigua llegó un silbido. Una voz llamó por un nombre.

—No conteste —le dije a la chica asustada.

Avancé lentamente hasta la puerta de la habitación contigua. Había luz en su interior y salía vapor y olor a aceite de baño. El silbido había cesado.

Tengo que reconocer que era cauto. No salió en tromba y disparando.

Abrí la puerta con el cañón de mi arma y cinco proyectiles de alta velocidad perforaron el panel de madera.

—¡Inquisición! ¡Arroje el arma!

Otros dos disparos atravesaron la puerta.

Me aparté de la puerta arrastrándome y me puse de pie con el arma entre las manos.

—Salga —dije, haciendo uso de mi voluntad.

Un gran varón tatuado y desnudo salió del baño. Tenía media cara afeitada y la otra mitad cubierta con espuma jabonosa. En una mano llevaba todavía una pistola automática Tronsvasse de gran potencia.

—Tírela —ordené.

Vaciló, como si mi voluntad no tuviera suficiente fuerza. Una mente condicionada, supuse. Nada de riesgos.

Hizo intención de apuntarme con su pistola y le volé de un tiro la media cara afeitada, lanzando su cuerpo hacia atrás por la puerta abierta a medias.

La chica seguía acurrucada, desnuda, en el extremo de la cama, temblando. Me sorprendió que no hubiera salido de su escondite al oír mi orden.

Me volví hacia ella.

—¿Cómo se llama?

—Lise B.

—¡Nombre completo! —insistí. No me interesaba ella especialmente, pero había en ella algo. Un aire. Un tono.

—¡Alizebeth Bequin! ¡Acompañante de placer! ¡Llevo cuatro Letargos trabajando en la Cúpula del Sol!

—¿Por qué está aquí?

—Pagaron por adelantado. ¡Querían una fiesta! Oh señor...

Su voz decayó y se derrumbó sobre la cama.

—Vístase y quédese aquí. Después querré hablar con usted. Avancé hasta la puerta de la habitación y me asomé al pasillo oscuro. Desde el pie de la escalera, el eco devolvía los disparos y los gritos.

Al ver mi sombra en la puerta, un hombre corrió hacia mí.

—¡Wylk! ¡Wylk! Nos han...

Un momento antes de que se diera cuenta de que yo no era Wylk lo derribé con la culata de mi arma. Cayó pesadamente.

Dos disparos fueron a dar sobre el marco de la puerta, a mi lado.

Volví adentro, y sujeté mejor el arma.

Más disparos se alojaron en la pared por encima del cabecero de la cama. Bequin gritó y se tiró de la cama.

Respondí al ataque, haciendo otros dos agujeros en la puerta. Dos hombres irrumpieron en la habitación con los ojos desorbitados y desesperados. Los dos iban en ropa interior. Uno tenía una pistola láser, el otro un rifle automático.

Derribé al del láser con un disparo directo que lanzó su cuerpo contra la pared. El hombre del rifle automático abrió fuego y sus disparos mordieron uno de los postes de la cama.

Me puse a cubierto mientras los disparos arrancaban trozos de alfombra, destrozaban espejos y hacían trizas los muebles.

Rodando busqué denodadamente dónde esconderme.

Mi supuesto asesino cayó boca abajo sobre la cama. La chica extrajo un largo cuchillo retráctil que le había clavado en la parte posterior del cuello.

—Le he salvado la vida —me dijo—. Espero que eso mejore mi situación.

Le dije a la chica que no se moviera de la habitación, y su gesto de asentimiento me dejó casi seguro de que así lo haría.

Salí al pasillo en penumbra. En el nivel inferior reinaba ahora el silencio.

—Fischig —dije por mi intercomunicador.

—Baje —me llegó su respuesta por el mismo medio.

Una escalera en espiral llevaba a un amplio vestíbulo en dos niveles. La atmósfera estaba cargada de humo que salía por las puertas de la terraza que habíamos abierto, la implacable luz diurna de la Cúpula del Sol entraba a raudales, dibujando peldaños de luz en el humo a la deriva. La pared opuesta de la estancia era una ancha persiana segmentada. Al abrirla, permitía tener una vista del desierto helado que se extendía más allá de la cúpula.

Un huracán de fuego había estropeado los costosos muebles y los accesorios decorativos. Cinco cuerpos yacían retorcidos en el suelo de la habitación. Fischig, con el visor alzado, estaba levantando a un sexto hombre y sentándolo en una silla de respaldo alto. El hombre, herido en el hombro derecho, no dejaba de chillar y llorar. Fischig lo sujetó con unas esposas a la silla.

—¿Arriba? —preguntó Fischig sin volverse para mirarme.

—Despejado —le informe.

Recorrí la estancia examinando a los muertos y los objetos diseminados sobre las mesas y los escritorios.

—Conozco a algunos de estos hombres —añadió el purificador sin que yo se lo preguntase—. Los dos que están junto a la ventana. Lugareños, trabajadores de nivel bajo. Ambos tienen una larga lista de condenas menores.

—¿Músculo contratado?

—Parece ser el estilo de su hombre. Los otros son ultramundanos.

—¿Les ha encontrado papeles?

—No, es una suposición. Ninguno tiene identificación ni marcas, y no he encontrado un solo bolsillo oculto.

—¿Y éste? —me acerque hasta donde él estaba con el prisionero al que había esposado a la silla. El hombre tosía y sé quejaba, poniendo los ojos en blanco. A menos que poseyera una fuerza aumentada artificialmente con drogas o prótesis ocultas, no era un hombre fuerte. Era mayor, de osamenta estrecha y tenía una perilla entrecana.

—Fue deliberado que no matara a este, ¿cierto? —le pregunté.

Fischig esbozó una sonrisa, como satisfecho de que hubiera reparado en ello.

—¡T... te... tengo derechos! —dijo el hombre de repente.

—Está bajo la custodia de la Inquisición Imperial —le dije con franqueza—. No tiene ningún derecho.

Guardó silencio.

—Ultramundano —dijo Fischig. Enarqué una ceja—. Su acento —explicó.

Yo nunca lo habría notado. Ésta era una de las razones por las que siempre recurría a la ayuda local cuando tenía ocasión, aunque fuera un purificador capaz de ocasionar problemas. Mi trabajo me lleva de un mundo a otro, de una cultura a otra. Leves diferencias de dialecto o

incongruencias del habla vulgar se me suelen pasar. Fischig lo había notado enseguida. Y tenía sentido. Si éste era un jefe y no un forzudo, uno de los lugartenientes escogidos de Eyclone, lo más probable era que fuese ultramundano.

—¿Su nombre? —pregunté.

—No contestaré.

—Entonces voy a esperar un tiempo antes de que le curen esa herida.

Sacudió la cabeza. Era una fea herida y era evidente que le dolía bastante, pero se resistía. Cada vez estaba más convencido de que era uno de los cabecillas. Ya no se sacudía ni se quejaba. Había puesto en marcha algún condicionamiento mental, sin duda se lo había enseñado Eyclone.

—Las triquiñuelas mentales no van a servirle de nada —dije—, en eso soy mucho mejor que usted.

—Que lo jodan.

Miré a Fischig por cortesía.

—Prepárese. —El purificador dio unos pasos atrás.

»Dígame su nombre —ordené, haciendo uso de mi voluntad. El hombre de la silla tuvo un espasmo.

—¡Saemon Crotes! —dijo con voz entrecortada.

—Godwyn Fischig —soltó el purificador involuntariamente. Se puso rojo y se apartó, aparentando buscar algo con interés.

—Muy bien, Saemon Crotes ¿de dónde es? —esta vez no empleé mi voluntad. Según mi experiencia, bastaba una sola acometida para vencer las defensas mentales.

—De Tracian Primaris.

—¿Qué ocupación tenía allí?

—Era enlace comercial del Gremio de Mercaderes Unidos de Sinesias.

Conocía el nombre. El Gremio Sinesias era una de las compañías mercantiles más grandes del sector. Tenía filiales en más de un centenar de planetas y vínculos con la nobleza imperial. Además, según me había informado Betancore esa misma mañana, tenía una plataforma de lanzamiento comercial en el nivel de aterrizaje de la Cúpula del Sol.

—¿Y qué fue lo que lo trajo a Hubris?

—Ese mismo trabajo... como enlace comercial.

—¿Durante el Letargo?

—Siempre se pueden hacer negocios. Los contratos de larga duración con las autoridades de este mundo que requieren un toque personal.

—¿Y si me pongo en contacto con su gremio, confirmarán esto?

—Por supuesto.

Rodeé la silla y me puse detrás de él.

—Entonces ¿qué fue lo que lo trajo aquí? ¿A estos apartamentos privados?

—Vine como huésped.

—¿De quién?

—De Namber Wylk, un mercader local. Me invitó a una fiesta en pleno Letargo.

—Esta vivienda está registrada a nombre de Namber Wylk —intervino Fischig—. Un comerciante, como él dice, sin antecedentes. No lo conozco.

—¿Y qué me dice de Eyclone? —le pregunté a Crotes mirándolo a los ojos. Por ellos cruzó un relámpago de terror.

—¿Quién?

—Su verdadero patrón. Murdin Eyclone. No me lo haga repetir otra vez.

—¡No conozco a ningún Eyclone! —sonaba como si estuviera diciendo la verdad. Era probable que no conociera a Eyclone por ese nombre.

Arrastré una silla y me senté frente a él.

—En su historia hay muchas cosas que no encajan. Lo encontramos aquí, en asociación con reincidentes que podemos relacionar con una conspiración planetaria. Hay cargos de asesinato que considerar, y muchos. Podemos continuar esto en circunstancias más íntimas y convincentes, o puede aumentar mi simpatía por usted dándome ahora más detalles.

—Yo... no sé qué decirle...

—Todo lo que sepa. ¿Sobre el Pontius, tal vez?

Una expresión oscura, sorprendida, cruzó por su rostro. Movió la mandíbula como tratando de formar palabras. Se estremeció. Luego se produjo una especie de detonación líquida y su cabeza cayó hacia adelante.

—¡Trono de la Luz! —gritó Fischig.

—Maldita sea —gruñí mientras me agachaba para levantar la cabeza exánime de Crotes. Estaba muerto. Eyclone había dejado salvaguardas en

el condicionamiento para que se desencadenaran ante determinadas preguntas. Era evidente que el Pontius era una de ellas.

—Un ataque, inducido artificialmente.

—¿De modo que no sabemos nada?

—Sabemos mucho. ¿Acaso no estaba escuchando? Para empezar sabemos que el Pontius es el secreto más preciado de cuantos protegen.

—Entonces, hábleme de él.

Estaba a punto de hacerlo, al menos de una forma evasiva, cuando la persiana que protegía la pared del otro lado de las temperaturas extremas del mundo exterior, estalló. Cargas ocultas se activaron al unísono. La descarga de metal se extendió hacia fuera, hacia la gélida oscuridad. La fuerza de la detonación nos arrojó a Fischig y a mí al suelo.

Un milisegundo después, el cristal hecho trizas de las puertas voló hacia nosotros llevado por la fuerza huracanada de los vientos de Letargo del exterior, una ventisca formada por millones de astillas afiladas como cuchillos.

CINCO

Huellas tapadas

Los Glaw de Gudrun

Compañeros indeseables

A pesar de que la explosión me había dejado sordo, todavía tuve la sensatez suficiente como echar mano de Fischig y rodar con él hacia fuera por las puertas de la terraza mientras los postigos de emergencia se desplomaban desde su riel del techo de madera dura. Quedamos jadeando y medio ciegos en la terraza, mientras la luz y el calor implacables de la Cúpula del Sol deshelaban nuestros cuerpos atenazados por el frío.

En todas las residencias de Vista al Deshielo empezaron a sonar las alarmas y sirenas de emergencia. Las unidades de Arbites ya estaban de camino.

Logramos ponernos de pie. Nuestras ropas y simplemente la buena suerte nos habían protegido de lo peor de la tormenta de cristal, aunque yo tenía una brecha de arriba abajo en la mejilla izquierda que habría que coser y Fischig un buen trozo de cristal clavado en el muslo entre las articulaciones de la armadura. Aparte de eso, todo se reducía a unos cuantos arañazos.

—¿Mala sincronización? —preguntó, aunque sabía que no había sido eso.

—Las cargas explotaron por lo mismo que mató a Crotes. Miró hacia lo lejos y volvió a abrocharse uno de sus guanteletes tomándose tiempo para pensar. Su cara tenía un color gris pálido, sobre todo por la conmoción, pero creo que estaba empezando a entender los recursos y capacidades de la gente a la que nos enfrentábamos. El abominable delito que habían cometido en el Procesional Dos-Doce había demostrado las proporciones de su maldad, pero él no se había dado cuenta enseguida. Ahora era testigo directo de lo que eran capaces de hacer los sirvientes fanáticos de una causa oscura, hombres decididos a morir sin vacilaciones. Y había visto de qué medios brutales podían llegar a valerse para tapar sus

huellas, usando armas psíquicas y trampas con disparador mental que hablaban de enormes recursos y de un refinamiento aterrador.

Los escuadrones de Arbites entraron en la vivienda y la aseguraron mientras los servidores médicos locales vendaban nuestras heridas. Los escuadrones de limpieza trajeron a la chica temblorosa, Bequin. Estaba envuelta en mantas y tenía la cara azul por el frío. De acuerdo con mis instrucciones, la pusieron bajo vigilancia. Ella estaba demasiado helada como para decir una sola palabra de queja.

Fischig y yo volvimos a entrar con nuestros trajes térmicos. Los equipos técnicos tardarían otras dos o tres horas en reponer los postigos exteriores. De la luz rabiosa de la terraza, pasamos por tres cortinas de aislamiento colgadas de urgencia a la penumbra azul del apartamento. La pared del fondo había desaparecido y nos enfrentamos directamente a la noche clara, cristalina, de Hubris, un paisaje gris satinado, de sombras pronunciadas y luz de fondo que se difundía desde los bordes de la Cúpula del Sol. Una vez más me encontraba expuesto al frío penetrante del Letargo y mi sangre lo sentía.

La habitación principal donde habíamos interrogado a Crotes era una cavidad vacía, ennegrecida de hollín y enjoyada por el cristal. Una gruesa capa de escarcha recubría la superficie de los muebles y desencajaba las caras de los muertos. La sangre que había hecho brotar la tormenta de cristal lucía como rubíes engastados en la oscuridad.

Paseamos los haces blancos y humeantes de nuestras lámparas en derredor. Dudaba de que fuéramos a encontrar gran cosa ahora. Era muy probable que todo documento valiosos e hubiera quemado o tal vez borrado atendiendo a la misma señal que había volado el postigo y matado a Crotes. Y también era probable que estas personas tuvieran depositada en su interior toda la información que era realmente importante, como por ejemplo engramas de memoria, o códigos mnemónicos, el tipo de técnicas reservadas por lo general para los escalones más altos de los cuerpos diplomáticos, el Administratum y las delegaciones comerciales de élite.

Eso hizo que volviera a pensar en que Crotes trabajaba para el Gremio Sinesias.

—Es un nombre bastante común en este subsector —me dijo Aemos, de vuelta ya a la apacible media luz del cúter posado en la plataforma de aterrizaje. Había estaba investigando el nombre Pontius—. Ya he encontrado más de medio millón de ciudadanos con ese nombre de pila,

otros doscientos mil que lo tienen como nombre intermedio, más otras cuarenta o cincuenta mil variantes ortográficas.

Me ofreció una placa de datos que hice a un lado, y utilicé un espejo de mano para estudiar la línea de puntos de mariposa de metal con que me habían cosido la herida de la mejilla.

—¿Y qué me dices del artículo definido?

—Tengo más de nueve mil marcas con esa conexión —suspiró. Empezó a leerlas de la lista que tenía en su placa.

—La Academia Pontius Swcllwin para Jóvenes, la Empresa de Traducción Pontius Praxitelles, la Financiera de Inversión Pontius Gyvant Ropus, el Hospital Pontius Spiegel de Microcirug...

—Ya es suficiente —me senté ante el codificador, introduciendo grupos de nombres. El visor empezó a poblarse de runas que iban y venían. Extractos de texto aparecieron enfocados. Les eché una ojeada apoyando el dedo en la barra de desplazamiento.

—Pontius Glaw —dije.

Parpadeó y me miró. Una media sonrisa de deleite erudito apareció en su cara estrecha.

—No está en mis listas.

—¿Porque está muerto?

—Porque está muerto.

Aemos se acercó y luego miró la pantalla por encima de mi hombro.

—Pero no deja de tener sentido.

Así era. Una especie de falla de lógica que tenía aspecto de verdad. El tipo de espora que un inquisidor llega a olfatear después de algunos años.

Los Glaw eran una familia antigua, una noble dinastía floreciente que había tenido un papel destacado en este subsector durante casi un milenio. Los negocios y propiedades originales de la familia estaban en Gudrun, un mundo que ya antes había llamado nuestra atención. La casa Glaw era también uno de los principales accionistas e inversores del Gremio de Mercaderes Unidos de Sinesias, al menos eso me acababa de revelar el codificador.

—Pontius Glaw —murmuré.

Pontius Glaw llevaba muerto más de doscientos años. El séptimo hijo de Oberon Glaw, uno de los grandes patriarcas de ese linaje, había sufrido el destino de los hermanos menores, es decir que le había quedado poco de valor que heredar después de que sus hermanos se lo hubieron repartido

casi todo. Su hermano mayor, otro Oberon, se había convertido en señor de la casa; al segundo le había correspondido el control del capital; el tercero había asumido la capitanía de la Milicia de la Casa; el cuarto y el quinto habían hecho matrimonios políticos y habían ingresado en el Administratum en un nivel elevado... y así sucesivamente.

Por lo que yo recordaba de la biografía de Pontius Glaw, que hacía necesaria la lectura de alguien con experiencia, Pontius se había convertido en un diletante, había malgastado su vida, su robusta virilidad, su carisma y su intelecto refinadamente educado, en todo tipo de empresas sin sentido. Había perdido en el juego una parte importante de su fortuna personal y luego la había recuperado gracias a la trata de esclavos y a las peleas organizadas. Una estela de brutalidad manchaba su reputación.

Luego, ya en la cuarentena, con la salud arruinada por años de abusos, había iniciado un camino mucho más oscuro. Siempre había existido la sospecha de que este giro se había debido a algún acontecimiento fortuito: un artefacto o documento que había caído en sus manos, tal vez las extrañas creencias de algunos de los más bárbaros luchadores a los que había esclavizado. Mi instinto me decía que esta propensión había estado siempre con él y que sólo esperaba una oportunidad para aflorar. Está documentado que toda su vida había coleccionado libros raros e incluso prohibidos. ¿En qué momento podría haber caído este apetito por la pornografía licenciosa y esotérica en lo herético y los blasfemo?

Pontius Glaw se convirtió en discípulo del Caos, un devoto de las fuerzas más abominables y obscenas que acechan a esta galaxia. Organizó en torno a sí un aquelarre y durante un período de quince años cometió actos indecibles de una perversidad cada vez más descarada.

Finalmente lo mataron, y a sus brujos con él, en Lamsarrote, en una purga inquisitorial dirigida por el gran Absalom Angevin. La casa Glaw participó en su caída, desesperada por establecer una clara distancia entre ellos y los crímenes de Pontius. Es probable que eso haya sido lo único que evitó que toda la familia cayera con él.

Un monstruo, un monstruo notable. Y muerto, tal como Aemos se había apresurado a señalar. Muerto desde hacía más de dos siglos.

Pero el nombre y la conexión de los hechos parecían demasiado obvios para pasarlos por alto.

Sin pensarlo, me dirigía la cabina y me senté con Betancore.

—Necesitaremos transporte ultramundano, a Gudrun.

—Lo arreglaré. Puede llevarme un día o dos.

—Lo más pronto que puedas.

Le envié un mensaje al Alto Custodio Carpel informándole de algunos, aunque no todos, de mis descubrimientos y diciendole que pronto partiría para continuar mi investigación en Gudrun. Estaba repasando las crónicas de casos confidenciales del inquisidor Angevin cuando dos Arbites trajeron a Bequina mi cúter. Había dado órdenes de que la dejaran a mi cargo.

Permaneció de pie en el puente de la tripulación con expresión ceñuda, en la penumbra, esposada. Llevaba un llamativo vestido y una capa ligera, pero a pesar de su ropa barata y de su evidente incomodidad, su considerable belleza saltaba a la vista. Buena osamenta, boca carnosa, ojos feroces y cabello largo y oscuro. A pesar de su evidente atractivo físico, había en ella algo casi repulsivo. Era curioso, estaba convencido de que sabía lo que era.

Echó una mirada en derredor cuando entré en el puente de la tripulación. Su expresión era una mezcla de miedo e indignación.

—¡Lo ayudé! —me espetó.

—Así fue, aunque ni se lo pedí ni lo necesitaba.

Puso cara de contrariedad. Ahora la atmósfera estaba más cargada, una sensación desagradable que me dio ganas de sacarla a empujones del cúter y acabar con ella en ese mismo momento.

—El Arbites dice que me acusará de asesinato y conspiración.

—El Arbites quiere con desesperación encontrar a alguien a quien colgarle el muerto. Desgraciadamente usted está implicada en el caso, aunque no creo que de una forma deliberada.

—¡Maldita sea! —se quejó—. ¡Esto me ha arruinado, ha arruinado mi vida en este lugar! Justo cuando me empezaban a ir bien las cosas.

—¿Ha tenido una vida difícil?

Me miró con una expresión de desdén, como poniendo en tela de juicio mi inteligencia. Soy una chica de placer, un objeto, pareció decir, lo más bajo de lo bajo... ¿cómo cree que ha sido mi vida?

Di unos pasos hacia ella y le quité las esposas del Arbites. Ella se frotó las muñecas y me miró sorprendida.

—Siéntese —le dije. Estaba haciendo uso de mi voluntad. Volvió a mirarme, como si se preguntara a qué se debía el tono divertido, y luego se

sentó tranquilamente en un banco de cuero almohadillado que había junto a la pared posterior del puente.

—Puedo asegurarme de que retiren los cargos —le dije—. Tengo autoridad para ello. De hecho, mi autoridad es el único motivo por el cual no han presentado cargos ni la han interrogado hasta el momento.

—¿Y por qué habría de hacer eso?

—Pensé que creía que se lo debía.

—No importa lo que yo crea —en su rostro apareció la tristeza cuando me miró de arriba abajo. Sentí curiosidad. Objetivamente, estaba ante una chica cuyo aspecto y espíritu vivaz la hacían deseable sin lugar a dudas. Sin embargo yo... casi tenía ganas de gritarle, de echarla, de perderla de vista. Sentía por ella un desprecio totalmente injustificado e instintivo.

—Aunque retiren los cargos, no puedo seguir aquí. Me perseguirán y me ficharán como problemática. Será el fin de mi carrera. Tendré que irme otra vez —bajó la mirada hacia el suelo y musitó una maldición—. Justo ahora que empezaban a irme bien las cosas.

—Váyase a otro sitio. Usted no es de Hubris.

—¿De este miserable pozo de mierda?

—¿De dónde es?

—Vine aquí de Tracian Primaris hace cuatro años.

—¿Nació en Tracian?

—En Bonaventure —dijo sacudiendo la cabeza. Eso estaba a medio sector de distancia.

—¿Cómo pasó de Bonaventure a Tracian?

—Yendo de un lado para otro, un poco a la deriva. He viajado mucho. Nunca estuve demasiado tiempo en un lugar.

—¿Porque las cosas se ponían difíciles?

Otra vez la mirada de desdén.

—Así es. Estuve aquí más tiempo que en ninguna otra parte. Ahora se ha jodido todo.

—Póngase de pie —le solté de repente haciendo uso otra vez de mi voluntad.

Ella hizo una pausa y se encogió de hombros.

—Decídase —se puso de pie.

—Quiero hacerle algunas preguntas sobre los hombres que la contrataron en Vista a Deshielo 12011.

—Pensé que así sería.

—Si colabora puedo hacer un trato con usted.

—¿Qué clase de trato?

—Puedo llevarla a Gudrun. Puedo darle la oportunidad de empezar de nuevo. O puedo ofrecerle un empleo, si le interesa.

Sonrió burlonamente. Era la primera expresión positiva que le había visto, la hacía más hermosa, pero eso no hizo que aumentara mi simpatía por ella.

—¿Empleo? ¿Me daría trabajo? Un inquisidor me daría trabajo.

—Así es, ciertos servicios que pienso que puede prestar.

Ella dio dos ágiles pasos hacia mí y me colocó las manos sobre el pecho.

—Ya veo —dijo—. Hasta los grandes y malvados inquisidores tienen necesidades ¿eh? Eso está bien.

—Se equivoca —respondí, apartándola con toda la cortesía de que fui capaz. El contacto físico con ella hizo que el extraño sentimiento de repulsión se acrecentara—. El servicio que tengo en mente será algo nuevo para usted. No es el tipo de trabajo al que está acostumbrada. ¿Le sigue interesando?

Inclinó la cabeza hacia un lado y me estudió.

—Es usted un tipo extraño, es cierto. ¿Son todos los inquisidores como usted?

—No.

Ordené al servidor, Modo, que le diera un tentempié y la dejé en la cubierta de la tripulación. Betancore estaba oculto entre las sombras, al otro lado de la puerta, mirándola con gesto de aprobación.

—Buen espectáculo para los ojos —murmuró, como si yo no me hubiera dado cuenta.

—¿Has olvidado a Vibben tan pronto?

Giró en redondo y me miró, tocado.

—Ese fue un golpe bajo, Eisenhorn. Sólo era un comentario.

—Te gustará menos cuando llegues a conocerla. Es una intocable.

—¿De verdad?

—De verdad. Un vacío psíquico. Es natural y no he comprobado sus límites. Casi me resulta imposible estar en la misma habitación que ella.

—Con lo guapa que es —suspiró Betancore volviendo a mirarla.

—Nos resultará útil. Si pasa ciertas pruebas voy a darle un empleo.

Asintió. Los intocables son raros, y casi imposibles de crear artificialmente. Tienen una presencia negativa en la disformidad que los hace prácticamente inmunes a los poderes psíquicos, lo cual los convierte, a su vez, en poderosas armas antipsíquicas. El efecto colateral de su vacío psíquico es la desagradable perturbación que los acompaña, las oleadas de temor y rechazo que provocan en los que encuentran a su paso.

No era de extrañar que hubiera tenido una vida difícil y sin amigos.

—¿Alguna novedad? —le pregunté a Betancore.

—He entrado en contacto con un mercante rápido llamado Essene. El armador es un tal Tobius Maxilla. Comercia con pequeños cargamentos de productos suntuarios. Llegará aquí dentro de dos días para entregar un cargamento de vinos de una cosecha especial de Hesperus, y a continuación se dirige a Gudrun. A cambio de dinero está dispuesto a hacer lugar para el cúter en su bodega.

—Buen trabajo. Entonces ¿cuándo podremos estar en Gudrun?

—Dentro de dos semanas.

Dediqué la media hora siguiente a entrevistar a Bequin, pero como sospechaba, sabía muy poco de aquellos hombres. La alojamos en un pequeño camarote al lado de la cámara de Betancore. Era apenas mayor que un cajón, y Nilquit tuvo que sacar un montón de equipamiento que habíamos almacenado allí, pero pareció contenta. Cuando le pregunté si tenía alguna pertenencia que quisiera retirar de la Cúpula del Sol se limitó a sacudir la cabeza.

Estaba revisando más datos con Aemos cuando llegó Fischig. Tenía puesto su uniforme de sarga marrón y llevaba al hombro dos pesadas mochilas que dejó caer sobre la cubierta, con gesto teatral, al subir a bordo.

—¿A qué debemos esta visita, purificador? —pregunté. Me enseñó una placa con el sello oficial de Carpel.

—El Alto Custodio le concede permiso para dejar el planeta y seguir su investigación, siempre y cuando...

Revisé la placa y suspiré.

—Voy con ustedes —dijo.

SEIS

Adivinación por autosesión
Un sueño
Incorporación al Essene

Presenté una queja formal a la oficina del Alto Custodio, pero fue sólo para impresionar. Carpel podría causarme serios problemas si trataba de marcharme sin su agente. Por supuesto que podía hacerlo, en realidad podía hacer lo que quisiera, pero Carpel me demoraría y no sabía cuánta cooperación de los ancianos y de la administración de Hubris iba a necesitar más adelante si alguna parte de esta investigación acababa en juicio.

Además, Carpel sabía que me dirigía a Gudrun, y no tenía más que enviara Fischig allí con un mandato del Arbites para investigar. Después de sopesarlo todo, decidí al fin que prefería tener al purificador Fischig donde pudiera vigilarlo.

En la tarde anterior a la fecha en que pensábamos salir hice que Lowink preparara una autosesión. No estaba muy seguro de averiguar nada nuevo a estas alturas, pero quería agotar todas las posibilidades.

Como de costumbre, utilicé para ello mi alojamiento, con la puerta cerrada e instrucciones estrictas para que Betancore evitase cualquier interrupción. Me senté en una silla de respaldo alto y dediqué alrededor de un cuarto de hora a hacer entrar mi mente en un estado de semitrance. Era una vieja técnica, una de las primeras que había aprendido cuando los tutores de la Inquisición habían detectado mi capacidad. Sobre una mesa cubierta con un paño colocada entre nosotros, Lowink dispuso las pruebas clave: algunos de los efectos personales de Eyclone, algunos otros objetos reunidos en Vista a Deshielo 12011, y algunos del procesional. También teníamos el arcón misterioso hallado en la cámara del criogenerador.

Cuando hubo comprobado que estaba listo, Lowink abrió su mente a la disformidad y filtró su arrolladora influencia a través de su arquitectura mental sumamente preparada. Este momento de transición siempre

representaba un choque, y me estremecí. La temperatura de la habitación bajó perceptiblemente, y un cuenco de cristal que había en una estantería se rompió de forma espontánea. Lowink murmuraba algo con los ojos en blanco mientras se retorcía y sufría leves espasmos.

Cerré los ojos, aunque todavía podía ver mi habitación. Lo que veía era una visualización de nuestro entorno construida por Lowink por medios astropáticos en el propio Empíreo. Todo relucía con una pálida luz azulada que le salía de dentro, los sólidos se volvieron traslúcidos. Las dimensiones de la habitación cambiaron un poco, estirándose y alabeándose como si le costara trabajo mantener su coherencia.

Fui cogiendo uno por uno los objetos de la mesa mientras la proyección de Lowink aumentaba sus cualidades psicométricas, abriendo la capacidad de mi mente a las sintonías y resonancias que tenían en la disformidad.

La mayor parte de ellos eran obtusos y oscuros, sin rastros de resonancia. Algunos estaban rodeados de unos finos zarcillos de aura, reliquias de anteriores contactos con manos y mentes humanas. El comunicador de voz de Eyclone emitió un zumbido de fantasmales murmullos distantes e ininteligibles, pero no reveló nada.

La pistola de Eyclone me picó en la mano como un escorpión cuando la toqué, y tanto Lowink como yo tuvimos dificultades para respirar. Percibí un breve regusto a muerte y decidí no volver a tocarla.

Su placa de datos, que Aemos todavía no había conseguido abrir, rezumaba un aura pegajosa, casi gelatinosa. El espesor del residuo psíquico denotaba los complejos procesos de pensamiento y los datos que se le habían adherido. No reveló nada, lo que me dejó frustrado. Lowink amplificó mi escrutinio y por fin, en un susurro, me llegó una palabra o un nombre: «daesumnor».

Lo último que inspeccioné fue el arcón. Tenía una fuerte resonancia con bandas parpadeantes de huellas de la disformidad. Nuestro contacto con él hubo de ser breve debido a la fuerza extenuante de su halo.

Hicimos sondeos, abriendo los que parecían ser tres niveles de actividad psicométrica. Uno era agudo y duro y tenía un sabor metálico. Lowink advirtió que era una reliquia del intelecto o los intelectos que lo habían fabricado. Una presencia innegablemente brillante pero malévola.

Más allá de ésta, más fría, más reducida y más densa, como una estrella muerta, apagada, había un rastro intenso, palpitante, que parecía

encerrado en el corazón mismo de la máquina.

En torno a ambas, revoloteando como pájaros, había vestigios de la agonía psíquica de los muertos en el Procesional Dos-Doce. Su ruido psíquico, quejumbroso, recorría en ondas nuestros pensamientos y absorbía nuestra fuerza emocional. Las almas muertas del procesional habían dejado su impronta psíquica sobre este aparato que había desempeñado un papel importante en su muerte.

Estábamos a punto de retroceder y poner fin a la sesión, cuando el segundo rastro, un rastro frío, distante, denso, empezó a aflorara la superficie. Al principio me sentí intrigado, luego atónito por la fuerza y la velocidad que iba cobrando. Llenó mi cabeza con una sensación nauseabunda, intolerable, de hambre.

Hambre, sed apetito, voracidad...

Salía de las profundidades del arcón, gimiente y suplicante, algo oscuro que se iba abriendo camino a través de las otras energías residuales. Vislumbré su malignidad y sentí su necesidad agotadora.

Lowink rompió la conexión. Se derrumbó en su asiento, jadeante, con la piel llena de las estigmáticas manchas de sangre de un augurio astropático llevado demasiado lejos.

Yo también lo sentí. Mi mente parecía fría, incluso más fría que el punto culminante del Letargo. Tuve la impresión de que había transcurrido mucho tiempo antes de que mis pensamientos empezaran a fluir otra vez libremente, como el agua que se va deshelando lentamente en una tubería congelada.

Me levanté y me serví una copa de amasec. Después de pensarlo mejor, también serví una para Lowink. Ningunos de los dos nos sentíamos bien después de una autosesión, pero esta vez todo indicaba que había sido peor que otras veces.

—En ese arcón había peligro —articuló por fin Lowink. Un peligro maligno.

—Lo sentí.

—Pero toda la sesión fue impropia, señor. Como si se inmiscuyera algún... algún factor... que la estropeara.

Suspiré. Sabía lo que había sentido.

—Puedo explicarlo. La chica que tenemos a bordo es una intocable.

Lowink tuvo un estremecimiento.

—Manténgala lejos de mí.

Le transmití la palabra «daesumnor» a Aemos por si le servía de ayuda en su trabajo con la placa de datos y fui a mi camarote en busca de un descanso que me permitiera recuperarme. Lowink había vuelto a su diminuta residencia debajo de la cabina. Pensé que no podríamos contar con él durante bastante tiempo.

Reuní las pruebas y las volvía guardar bajo llave en la caja fuerte del cúter, todo excepto el arcón que era demasiado grande. Cuando lo levanté para devolverlo al armario sentí el choque residual de su aura, como si hubiéramos despertado algo, algún instinto. Pensé que tal vez fueran imaginaciones de mi mente conmocionada, pero para completar la tarea me puse un par de guantes de trabajo.

Betancore se reunió conmigo poco después. Había examinado los efectos personales de Vibben sin encontrar nada que se pareciera a un testamento o unas instrucciones. Ahora necesitábamos su camarote para alojar a Fischig, de modo que colocamos sus pertenencias y su ropa en un cajón debajo de un asiento de la cubierta de la tripulación y entre los dos llevamos el cuerpo a la camilla de la enfermería. Al salir, cerré la puerta.

—¿Qué vasa hacer con ella? —preguntó Betancore—. No hay tiempo para organizar un entierro aquí.

—En una ocasión dijo que venía conmigo para ver cómo eran las estrellas. Allí es donde va a descansar.

Luego me dormí, pero a pesar de mi agotamiento di muchas vueltas. Cuando por fin llegó el sueño, me trajo pesadillas frías y desagradables. Unas nubes negras amenazadoras sobre el fondo de los relámpagos avanzaban rápidamente por cielos que no conocía, cargadas de descargas eléctricas. Arboles oscuros, y unos muros aún más oscuros y altos marcaban las lindes del sueño. Sentí el instinto, la avidez del arcón acechando desde algún punto oscuro que mis ojos se negaban a encontrar.

Unas aves carroñeras, una bandada de ellas, descendió raudamente desde lo alto del cielo llevándose consigo todo el color y manchando de gris aquel mundo onírico. Todo, salvo un punto rojo que resplandecía en el suelo gris delante de mí.

Con cada paso que daba hacia él, retrocedía. Empecé a correr. Acorde con la lógica onírica se alejó. Por fin, jadeante, dejé de correr. El punto rojo había desaparecido. Volví a sentir hambre, pero ahora estaba dentro de mí, aferrándose a mi vientre, llenando mi garganta de avidez. Las nubes que pasaban por encima de mi cabeza se congelaron de repente, quedaron

inmóviles, incluso el resplandor de los relámpagos cesó y captó unas líneas serradas, fosforescentes.

Una voz pronunció mi nombre. Pensé que era Vibben, pero cuando me volví lo único que vi fue la sugerencia de una presencia que se desvanecía como el humo.

Me desperté. Según el reloj sólo había dormido un par de horas. Tenía la garganta rasposa y la boca seca. Me bebí dos vasos de agua y volví a desplomarme sobre la cama.

Me dolía la cabeza, pero mi mente no dejaba de dar vueltas. Después de eso, no volvía dormir.

El enlace de voz sonó unas cuatro horas más tarde. Era Betancore.

—El Essene acaba de entrar en órbita —me dijo—. Podemos irnos en cuanto quieras.

El Essene estaba como inclinado encima del cuenco invertido de Hubris, recortado contra el telón de fondo de las estrellas.

Habíamos abandonado el resplandor de la Cúpula del Sol para adentrarnos en el aullido de la ventisca. La estructura del cúter se vio salvajemente sacudida cuando Betancore la sacó de las garras de los feroces vientos polares hasta que nos encontramos navegando muy por encima de un océano de vapor escarchado.

La ventisca y el blanco continente, que parecía esculpido, se fueron alejando hasta que pudimos ver las mareas, los vendavales y las corrientes, las grandes configuraciones centrífugas de fuerza titánica.

—Ahí —había dicho Betancore señalando con un movimiento de cabeza a las grandes compuertas frontales. Estábamos a noventa kilómetros, subiendo todavía a través de la aeropausa que se adelgazaba progresivamente, y ya habíamos establecido contacto visual.

Me había llevado un momento encontrarla. Una mancha oscura que distorsionaba el borde perlado de la planosfera.

Un minuto más y se convirtió en un cuerpo sólido tridimensional. Pasó otro y empezamos a ver las brillantes luces parpadeantes de su superficie.

Otro minuto más y pudimos ver las portillas. Parecía una torre colosal desprendida de sus cimientos terrestres para flotar, tranquila y a la deriva, en el vacío.

—Una belleza —murmuró Betancore que sabía apreciar estas cosas. Sus manos con incrustaciones revolotearon por encima de los controles de

vuelo y de un bandazo nos pusimos en las coordenadas correctas de aproximación. El cúter y la enorme nave intercambiaron automáticamente datos de telemetría. Las placas pictóricas de la cubierta de vuelo se animaron con el despliegue de columnas de datos.

—Un clíper de carga de la clásica configuración Isolda, de los hangares de Ur-Haveno Tancredo. Majestuoso... —musitaba Aemos mientras anotaba sus inútiles observaciones en la placa de su muñeca.

El Essene tenía tres kilómetros de largo según mis estimaciones, y sus buenos setecientos metros de profundidad en su parte más amplia. El morro parecía un cono largo y aguzado, como la torre de una catedral hecha de curvas superpuestas y llena de florones y púas de bronce. Detrás de ese frente espinoso, el casco angular se engrosaba formando robustos contrafuertes de placas de color óxido, rodeadas y remachadas con costillas de acero oscuro. De la protuberancia dorsal sobresalían numerosas torres almenadas. Unos mástiles de cien metros apuntaban hacia adelante desde el casco a modo de colmillos, y otros más cortos se proyectaban desde los flancos y desde abajo, parpadeando con sus luces de orientación. La parte trasera del juggernaut terminaba en cuatro conos ennegrecidos por el calor, cada uno lo bastante grande como para engullir a una docena de cútters al mismo tiempo.

Betancore hizo un giro y nos llevó bordeando el flanco hacia la parte trasera de la nave que daba la impresión de bambolearse mientras adoptábamos su horizontal.

Un punto luminoso se separó del Essene y salió volando delante de nosotros, emitiendo unas configuraciones luminosas de color rojo y verde: un zángano piloto para orientarnos en el acceso.

Betancore siguió ágilmente al zángano y se dirigió hacia la compuerta tal como indicaban las luces. Pasó limpiamente entre dos mástiles, atravesó las entrañas acanaladas de la nave y frenó finalmente en el lugar indicado, debajo de una ventruda escotilla flanqueada de cheurones negros y amarillos. La escotilla era una de las seis que había en la parte inferior del casco, pero ésta era la única que estaba abierta. Nos bañó una rabiosa luz anaranjada.

Tras intercambiar unos cuantos comentarios concisos con Uclid que estaba en la sala de controles, Betancore condujo el cúter hacia arriba a través de la escotilla abierta. Observé que los bordes de la boca de la

escotilla, de dos metros de espesor y rozado en algunos puntos hasta dejar el metal al descubierto, pasaban peligrosamente cerca.

A continuación hubo una serie de leves sacudidas y ruidos mecánicos contra el casco exterior del cúter. Una luz ambarina bañó el morro. Miré hacia el resplandor que venía de afuera pero vi poca cosa aparte de las siluetas oscuras de algunas grúas que levantaban carga.

Otra sacudida. Betancore accionó una fila de conmutadores y se oyó un zumbido al desactivarse la alimentación y los sistemas automáticos. Se retiró del pupitre de control y empezó a ponerse los guantes de piel.

—No tienes de qué preocuparte —dijo con una sonrisa burlona al ver mi expresión.

A decir verdad, me inquietan sobremanera las cosas que no controlo. Aunque tengo conocimientos rudimentarios y puedo conducir una nave atmosférica, no soy piloto, y no puedo compararme, ni mucho menos, con un piloto de caza como Midas. Por eso lo tengo conmigo y por eso él hace que parezca tan sencillo, aunque a veces, ante situaciones que no domino, no puedo evitar que mi cara trasunte la preocupación que siento.

Además, estaba cansado, aunque sabía que el sueño no llegaría aunque me lo propusiera, y de todos modos tenía cosas a que atender.

Aemos, Bequin y Lowink se quedarían en el cúter por ahora.

En cuanto se cerró la puerta del casco y el aire se depuró en la bodega del Essene, abrí la escotilla y salí acompañado de Fischig y Betancore.

La bodega en la que habíamos atracado era abovedada e inmensa. Recordé que era sólo una de las seis que tenía esta nave. Las superficies de las paredes y de las plataformas estaban negras de aceite y las lámparas de sodio sujetas al techo llenaban el lugar con una luminiscencia de tintes naranja. Los espacios que quedaban por encima de nuestras cabezas estaban llenos de las formas esqueléticas de las grúas y los elevadores monotarea, todos inactivos y sin vida. En el suelo había montones de materiales. El cúter estaba suspendido por encima de la escotilla del suelo, en una especie de lecho engrasado de pistones de amarre y sujeciones hidráulicas.

Atravesamos la bodega. Nuestras botas resonaban sobre las placas metálicas del suelo. Hacía frío, todavía flotaba en el aire la temperatura gélida del espacio abierto.

Betancore iba vestido, como de costumbre, con su traje de piloto glaviano y su llamativa chaqueta. Estaba contento y silbaba una melodía

indefinida. Fischig estaba impasible, rezumando autoridad en su uniforme marrón del Arbites. Lucía el disco solar dorado de su cargo en mitad del pecho.

Yo me había puesto un sobrio traje de lana gris, botas negras y guantes, y un largo abrigo de cuero azul marino de cuello alto. Había cogido una pistola primitiva del armero y la llevaba en la pistolera de cuero que tenía bajo el brazo izquierdo. Había desprendido la roseta inquisitorial y la había guardado en el bolsillo. A diferencia de Fischig, no tenía necesidad de andar pregonando mi autoridad.

Movida por unos mecanismos automáticos se abrió una escotilla de bajada por la que entró la luz. Una figura salió a recibirnos.

—Bienvenido al Essene, inquisidor —dijo Tobius Maxilia.

SIETE

Con el capitán del Essene
Un último adiós
Escrutinio

Maxilia era un mercader veterano que llevaba quince años recorriendo con el Essene las rutas desde Tracian Primaris hasta los Grandes Bancos. Me contó que al principio de su carrera, cuando los grandes gremios unidos empezaron a dominar el mercado mayorista, se había especializado en mercancías exóticas.

—El Essene es una nave mercante veloz. Me resulta mas rentable transportar mercancías suntuarias y entregarlas con carácter urgente, aunque no complete la carga.

—¿Hace usted esta ruta regularmente?

—Así lo he hecho durante las últimas décadas. Es estacional. Sameter, Hespcrus, Tracia, Hubris, Gudrun, a veces incluso Mesina. En cuanto acabe el Letargo en Hubris, habrá mucho más trabajo.

Estábamos reunidos en su lujosa sala de audiencias, saboreando un amasec reserva en grandes copas de cristal. Maxilia estaba haciendo alarde, pero era comprensible. Tenía una nave y una reputación de las que podía enorgullecerse.

—¿O sea que conoce usted bien todas estas rutas? —intervino Fischig.

Maxilia sonrió. Era un hombre vigoroso de edad indefinida, vestido con una chaqueta de faldones largos de terciopelo rojo, con anchas vueltas en los puños y una extravagante corbata de raso negro. Al sonreír dejaba al descubierto unos dientes incrustados de madreperla. Los armadores eran muy amigos de presumir, entre ellos la ostentación era una costumbre generalizada.

«Al diablo con el linaje de familia y la sangre noble —me había dicho uno en una ocasión—, es en el linaje y el pedigrí de las naves

estelares donde reside la nueva nobleza imperial.» Los armadores de naves eran la auténtica aristocracia imperial.

Al menos eso era lo que parecía pensar Maxilia. Tenía la cara cubierta de polvos blancos y en la mejilla llevaba engastado un zafiro como elemento cosmético. Su imponente peluca de dos copetes estaba hecha de hilo de plata y los pesados anillos de sello de sus dedos tintineaban al entrar en contacto con la gran copa de cristal.

—Sí, purificador, los conozco bien.

—No creo que sea necesario empezar a interrogar al capitán Maxilia todavía, Fischig —dije secamente. Betancore resopló y Maxilia rió por lo bajo. Fischig se dedicó con rabia a saborear su amasec.

Un servidor, cuyo torso y cabeza imitaban a un antiguo mascarón de proa, una mujer de prominentes pechos con serpientes doradas en el pelo, avanzó por la lujosa alfombra de Sclgioni y nos ofreció una bandeja con delicados manjares. Cogí uno por cortesía. Era una tajada perfecta de pez de plata, exquisitamente elaborada y envuelta en un hojaldre casi transparente. Betancore se sirvió varias.

—¿Es usted glaviano? —la pregunta de Maxilia estaba dirigida a Betancore. Los dos no tardaron en enzarzarse en una discusión sobre las virtudes de la famosa proa larga glaviana. No me interesaba especialmente y me dediqué a mirar el salón. Entre los objetos valiosos había una serie de retratos de la escuela de Sameter, de incalculable valor, bustos de mármol de gobernantes planetarios, una escultura luminosa de Jokaero, armas antiguas y armaduras ceremoniales de espejo de Vitria. Pensé que a Aemos le gustaría todo aquello. El viaje iba a durar más de una semana y seguramente tendría oportunidad de verlo.

—¿Conoce usted Gudrun? —preguntó Maxilia dirigiéndose a mí.

—Esta va a ser mi primera visita —dije negando con la cabeza—. Apenas llevo un año en este subsector.

—Un hermoso lugar, aunque ahora estará muy concurrido. Se está celebrando un festival de un mes de duración para conmemorar la fundación de un nuevo regimiento de la guardia. Si tiene tiempo, le recomiendo la Academia Imperial de Bellas Artes, y los museos gremiales en el Dorsay.

—Voy a estar un poco ocupado.

Se encogió de hombros.

—Yo siempre saco tiempo para algo más que trabajar, inquisidor. Pero ya sé que su cometido es mucho más extenuante que el mío.

Por más que trataba de definir al personaje, todavía no lo había conseguido. Había accedido a llevarnos como pasajeros por una modesta suma, teniendo en cuenta lo que podía haber pedido. Ya le había pagado con un bono imperial. Por lo general, a los armadores no les gusta desairara un inquisidor, aunque cobran por ello. ¿Era sólo que Maxilia quería mantener buenas relaciones con los Ordos, o simplemente era un hombre generoso?

¿Acaso tendría algo que ocultar?

No estaba seguro, pero, la verdad, no me importaba. La otra posibilidad era que pudiera creerse con derecho a algún futuro favor. De ser así, se equivocaba.



El Essene abandonó Hubris ese mismo día, realizó el traslado al empíreo sin dificultad y se lanzó a toda velocidad hacia Gudrun. Maxilia nos alojó a todos en sus departamentos oficiales, pero pasábamos la mayor parte del tiempo en el cúter, trabajando. Betancore y los servidores hicieron un examen completo de la nave. Lowink durmió, Fischig, Aemos y yo nos ocupamos del papeleo sobre las pruebas e hicimos todo tipo de conjeturas. Seguí ocultándole a Fischig lo poco que sabía sobre el Pontius, pero no pasaría mucho tiempo antes de que él mismo empezara a atar cabos.

Bequin no se relacionaba con los demás. Había tomado prestado un traje de faena de un armario y se la veía por la nave, leyendo libros que había cogido de mi biblioteca personal. Sobre todo poesía, y algunas obras históricas y filosóficas. No me importaba, siempre y cuando no se pusiera en mi camino.

Al tercer día de viaje volví a encontrarme con Maxilia y recorrimos juntos la cubierta superior. Al parecer, disfrutaba contándome historias y hablándome del origen de los cuadros que allí había con marcos de ormolueno. Vimos al mismo servidor en plena faena, pero hasta el momento no había señales de ningún otro ser viviente en toda la nave.

—Su amigo, Fischig... es un hombre muy poco dado a las sutilezas —observó por fin.

—No es mi amigo, y sí, no es nada sutil. ¿Ha estado haciéndole preguntas otra vez?

—Lo vi ayer un momento en la cubierta de proa. Me preguntó si conocía a un hombre llamado Eyclone. Incluso me mostró un retrato.

—¿Y usted qué dijo?

Me sonrió mostrando sus dientes de madreperla.

—¿Quién es el que está interrogando ahora?

—Perdone mi imprudencia.

Maxilia sacudió la mano con su puño de encaje.

—¡Olvídelo! ¡Pregunte todo lo que quiera! ¡Haga su pregunta de una vez para que podamos despejar la atmósfera!

—Muy bien. ¿Qué le dijo?

—Que no.

—Gracias por su sinceridad —le respondí con un gesto de aprobación.

—Pero le mentí.

Me volví y lo miré fijamente. Seguía sonriendo. De repente tuve la horrible sensación de haber caído en una trampa y lamenté no llevar un arma encima.

—No se preocupe. Le mentí porque es un tipo arrogante, pero a usted voy a contarle la verdad. Por nada del mundo quisiera ponerme en el camino de la Inquisición Imperial.

—Una sabia filosofía.

Maxilia se dejó caer en una butaca satinada y se alisó la pechera de la chaqueta.

—La última vez que fue a Tracian Primaris fue hace dos meses. Se habló de cierta carga y tuve algunas reuniones. Las habituales. Y ahí es donde aparece Eyclone, por supuesto que se hacía llamar por otro nombre. Vaya, olvidé el nombre que usó, pero era él. Había otros con él, un grupo bastante siniestro. Uno se llamaba Crotes, un delegado comercial. Trató de convencerme de que su hombre estaba autorizado por el Gremio Sinesias, pero eran puras patrañas aunque Crotes tenía papeles que lo aseguraban.

—¿Qué quería?

—Quería contratarme para un viaje, sin carga, a Gudrun, para recoger allí una carga y llevarla a Hubris.

—¿Naturaleza de la carga?

—Nunca llegamos a eso. Rechacé el trabajo. Era ridículo. Ofrecía un buen precio, pero yo sabía que podía ganar diez veces más con mi trabajo regular.

—Supongo que tampoco le dio el nombre de ningún contacto en Gudrun ¿verdad?

—Mi querido inquisidor, yo soy sólo un navegante, no un detective.

—¿Sabe usted quién aceptó finalmente su oferta?

—Sé quienes no lo hicieron —se enderezó en su asiento—. De vez en cuando hablo con otros capitanes, al parecer varios de ellos la rechazaron, y la mayor parte por la misma razón.

—Que era...

—Que parecía conflictivo.

Al quinto día parecía que estaba recuperando mis hábitos normales de sueño. Demasiado normales, a decir verdad, ya que Eyclone empezó a introducirse otra vez en mis sueños. Mientras dormía se me presentaba amenazador y sarcástico. No recuerdo los detalles, pero sí que su rostro burlón se quedaba prendido en mi mente cuando me despertaba.

Retrospectivamente, aunque es cierto que Eyclone se aparecía en mis sueños, no creo que fuera su rostro sonriente lo que yo recordaba.

El Essene volvió a trasladarse al espacio real y entró en el sistema de Gudrun durante la mañana del octavo día, antes de lo que habíamos calculado. Maxilia se había jactado de la rapidez de su nave en condiciones óptimas, y sin duda su orgullo estaba justificado.

Había llegado con él al acuerdo de que dejara el Empíreo en los confines del sistema, bastante cerca de las transitadas rutas comerciales que seguían la mayor parte de las naves que llegaban a Gudrun. Accedió sin problema. Sólo representaría un breve retraso.

—¿Quién era? —preguntó Bequin de pie a mi lado mientras observábamos la pálida forma de Vibben enfundada en su mortaja que se alejaba del Essene dando vueltas por el espacio.

—Una amiga, una camarada —respondí.

—¿Era así como quería acabar?

—Creo que no quería acabar —dije. A nuestro lado, Aemos y Betancore miraban apesadumbrados desde la escotilla. La expresión de Aemos era inescrutable, el rostro oscuro de Betancor ese veía angustiado y triste.

Lowink no se había unido a nosotros, tampoco Fischig, pero al volverme vi a Maxilia de pie, respetuosamente, en la parte posterior del módulo de observación, vestido de luto con un traje de seda negra y una peluca corta con cintas del mismo color. Al notar que lo había visto avanzó hacia mí.

—Espero no ser un intruso. Mis respetos a su camarada muerta.

Incliné la cabeza en señal de agradecimiento. No tenía necesidad de hacerlo, pero parecía adecuado que el capitán de la nave estuviera presente durante un entierro en el vacío.

—No estoy seguro de las formalidades que deben respetarse en estos casos, Maxilia —dije—. Pensé que esto era lo que ella habría deseado. He recitado el Credo Imperial y la Oración de los Muertos.

—Entonces le ha hecho un buen servicio. Si no le parece mal...

Le señaló a uno de sus servidores en forma de mascarón de proa plateado que traía una bandeja de copas y una jarra.

—Es costumbre hacer un brindis en honor al desaparecido.

Todos cogimos una copa.

—Por Lores Vibben —dije.

Después de aproximadamente un minuto de silencio, nos dispersamos. Le dije a Maxilia que ya podíamos iniciar la aproximación a Gudrun, y él calculó que nos llevaría dos horas llegar al sistema interior.

En el camino de regreso al cúter me encontré andando al lado de Bequin. Todavía iba vestida con el viejo mono de trabajo, pero daba la impresión de que más que ocultar su belleza la resaltaba.

—Ya casi hemos llegado —dijo.

—Así es.

—¿Cuál va a ser mi trabajo?

Todavía no le había explicado lo que era o la razón por lo cual la había reclutado. Habíamos tenido tiempo más que suficiente durante el viaje, pero supongo que lo había estado postergando. Había encontrado tiempo para mostrarle a Aemos los señoriales departamentos oficiales de Maxilia, y para jugar al regicida con Betancore. Hubiera deseado librarme de la sensación de disgusto que sentía por el simple hecho de estar al lado de la chica.

Recorrí con ella la cubierta de paseo y empecé a explicárselo. No sé cómo esperaba que se lo tomara, pero el hecho es que se lo tomó mal, quedó conmocionada, y mi respuesta fue de irritación apenas contenida.

Sabía que lo que me hacía reaccionar así era su propia naturaleza y procuré encontrar la comprensión que ella merecía.

La muchacha estaba llorando, sentada en un butacón de seda sobre el cual colgaba un enorme cuadro, una escena de caza en la que se veía a algunos nobles montados en ursadontes de pura sangre en persecución de la presa. De vez en cuando, Bequin soltaba una maldición o se lamentaba en voz baja.

Era evidente que lo que la trastornaba no era la perspectiva de trabajar para mí, sino el conocimiento fundamental de que era... anormal. De repente tenía la explicación de su vida sin amigos, sin amor, llena de infortunios y de duros golpes, y esa explicación era su propia naturaleza. Creo que hasta entonces, estoicamente, había culpado a toda la galaxia de sus desgracias, y lo que yo acababa de hacer era eliminar de golpe su defensa emocional.

Me culpé por no haber pensado bien en las consecuencias. Le había quitado la poca confianza y autoestima que pudiera tener. Le había demostrado que los esfuerzos de toda su vida por encontrar consuelo, amor y respeto eran intentos inútiles, huecos, de autodestrucción y de negación de sí misma.

Traté de hablarle del trabajo que podría hacer para mí. No estaba muy interesada. Al final, opté por acercar otra butaca y sentarme a su lado mientras ella trataba de comprender la dolorosa verdad.

Estaba allí sentado cuando recibí una señal de voz. Era Maxilia.

—¿Podría reunirse conmigo en el puente, inquisidor? Necesito su ayuda.

El puente del Essene era una amplia cámara, abovedada, con suelos y columnas de mármol rojinegro. Servidores de plata, inmaculados y complicados como esculturas, estaban situados en los puestos de mando hundidos en el suelo, manejando con sus brazos de delicado mecanismo los controles de los paneles de caoba pulida. El aire era fresco y tranquilo, y el único ruido era el suave ronroneo de los motores.

Maxilia, vestido todavía con su traje de luto, estaba sentado en un enorme trono de cuero situado sobre una gran plataforma desde donde dominaba toda la cámara. Unos miembros articulados que salían de la parte posterior del trono sostenían a su alcance las pictoplacas y consolas, pero su atención estaba fija en la enorme portilla de observación que dominaba el frontal del puente.

Atravesé la cámara desde la entrada. Todos los servidores llevaban máscaras de oro pulido con forma de rostros humanos de perfección clásica.

—Inquisidor —dijo Maxilia poniéndose de pie.

—¿Todos los miembros de su tripulación son servidores? —observé.

—Sí —dijo con aire distraído—. Son más fiables que los de carne y hueso.

No hice ningún otro comentario. La relación de Maxilia con el Essene me pareció semejante a la forma en que los Adeptus Mecánicus adoran a sus dioses-máquinas. El trato constante con esos instrumentos antiguos los había convencido de la inferioridad de la especie humana.

Seguí la dirección de su mirada y por la portilla principal de observación vi ante nosotros la esfera resplandeciente de Gudrun, un torbellino ambarino de nubes salpicado por los fantasmas verde lima de grandes bosques bajo la cobertura climática. Había profusión de formas oscuras agrupadas en el espacio que nos separaba del planeta. Me di cuenta de que eran enormes grupos de naves orbitales. Enormes acorazados anclados en el espacio, trenes de grandes naves mercantes, convoyes de naves de carga que circulaban remolcadas por naves de supervisión. Pocas veces había visto semejante actividad orbital.

—¿Hay algún problema? —pregunté.

Se volvió a mirarme con cierta ansiedad en los ojos.

—He realizado maniobras legales entrando por la ruta comercial. El control de Gudrun me detectó y me asignó una boya de anclaje en el espacio. Todos los datos pertinentes están en orden y he pagado las tarifas. Pero se me acaba de informar de que van a abordarnos e inspeccionarnos.

—¿Es normal?

—¿Normal? Desde hace diez años nadie ha sugerido siquiera la posibilidad de inspeccionar mi nave.

—¿Qué explicación han dado?

—Hablaron de seguridad. Ya le dije que había un festival de fundación en marcha. Puede ver que hay una importante flota de batalla Scarus estacionada. Creo que en este momento los militares están extremando las medidas de seguridad.

—Dijo usted algo sobre ayudarlo.

—La nave de inspección está de camino. Creo que facilitaría las cosas si salieran a recibirlo el capitán y un inquisidor imperial.

—No puedo hacer valer mis influencias, Maxilia.

Rió sin rastro de humor y me miró directamente a los ojos.

—¡Por supuesto que puede! Pero no es eso lo que le estoy pidiendo. Estando presente un inquisidor tratarán con más respeto la nave. No voy a dejar que pongan toda mi nave patas arriba.

Me quedé pensando un momento. Esto me olía a favor que tenía la sensación de que iba a pedirme. Peor aún, me parecía algo absolutamente impropio por su parte.

—Accederé a estar presente por cuestiones de orden siempre y cuando usted me asegure que no tiene nada que ocultar.

—Inquisidor Eisenhorn, yo...

—Reserve su indignación para el momento de la inspección, Maxilia. Sólo le pido que me lo asegure. Si le ayudo y después resulta que tiene usted algún oscuro secreto o una carga ilícita, tendrá que preocuparse de algo mucho peor que la Armada Imperial.

En su cara se reflejó una expresión de gran decepción. O era un actor de primera, o realmente había herido sus sentimientos.

—No tengo nada que ocultar —dijo entre dientes—. Creía que usted y yo habíamos llegado a entablar... si no una amistad, al menos una relación cordial durante este viaje. Le he ofrecido mi hospitalidad y le he proporcionado información libremente. Me duele que sospeche de mí.

—Sospechar es mi trabajo, Maxilia. Si lo he ofendido, mis disculpas.

—¡Nada que ocultar! —repitió, casi para sus adentros, y ambos abandonamos el puente.

Una lancha de la armada, de casco profundo y pintada de gris mate, se colocó al lado de la enorme Essene y se acopló a la compuerta presurizada delantera de estribor. Maxilia y yo estábamos allí para recibirlos, junto con Fischig y dos de los servidores primarios de la nave, creaciones espectaculares a base de partes mecánicas de oro y plata.

Había llamado a Fischig porque supuse que si la presencia de un inquisidor podía resultar útil, tampoco haría ningún daño tener allí a un purificador del Arbites. Betancore recibió instrucciones de vigilar que todos los demás permanecieran en el cúter.

Los cerrojos de la compuerta se desbloquearon y las fauces de la escotilla se abrieron exhalando enormes bocanadas de vapor. De la bruma emergieron doce figuras de gran tamaño. Todas vestían la armadura gris y negra del cuerpo de seguridad de la armada, con el escudo y el símbolo

sectorial de la Flota de Guerra Scarus grabados sobre el pecho y las charreteras ribeteadas de oro. Todos los rostros iban cubiertos con cascos de ceramita moldeados en forma de máscara con los visores y los recirculadores de aire en funcionamiento. Todos los hombres iban armados con rifles automáticos compactos.

El jefe del grupo se adelantó y sus hombres se agruparon detrás de él. La formación no era perfecta sino más bien desordenada, pensé, nada parecido a la rígida disciplina habitual del famoso cuerpo de seguridad de la armada. Estos hombres estaban aburridos y actuaban mecánicamente. Querían terminar pronto con las formalidades.

—¿Tobius Maxilia? —sonó la autoritaria voz del jefe, distorsionada por la máscara y el amplificador de voz.

—Yo soy Maxilia —dijo el capitán dando un paso al frente.

—Se le informó de que se procedería a una inspección de su nave. Entregúeme la lista de su tripulación y el conocimiento de embarque. Esperamos su total colaboración.

Ante una señal de Maxilia, uno de los servidores se adelantó sin el menor ruido y entregó al jefe del destacamento una placa de datos con la información que pedía.

—¿Hay algo que desee declarar antes de que empecemos la inspección? —preguntó sin mirar siquiera los datos que se le habían entregado—. Todo será más fácil si entrega lo que pueda traer de contrabando.

Yo observaba la escena. Los soldados eran doce, a todas luces insuficientes para inspeccionar una nave de las proporciones del Essene. ¿Dónde estaban sus servidores, sus unidades de exploración, sus palancas, sus llaves múltiples y sus detectores de calor?

No había nada en mi aspecto que les permitiera saber quién era yo, pero ¿cómo no habían reparado en la presencia de un Arbites?

Mi canal de voz estaba sintonizado con el cúter. No dije nada, pero lo accioné tres veces, una clave silenciosa de Glossia que Betancore podría entender.

—Todavía no se ha identificado usted —dije.

El jefe del grupo de inspección se volvió a mirarme. Sólo vi mi propia forma reflejada en su visor de vidrio tintado.

—¿Qué?

—Todavía no se ha identificado ni ha mostrado sus credenciales. Es un requisito que debe cumplirse en cualquier inspección.

—Somos de la seguridad naval... —empezó a decir con enfado mientras se acercaba a mí. Sus hombres vacilaron.

—Podría ser usted cualquiera —añadí sacando mi roseta inquisitorial—. Soy Gregor Eisenhorn, inquisidor imperial. Las cosas se hacen bien o no se hacen.

—¿Es usted Eisenhorn? —dijo.

Su voz no reflejó sorpresa alguna. Apenas una nota que me puso sobre aviso.

La alerta ya se había activado en mi garganta cuando sacaron las armas.

OCHO

Una docena de asesinos
El procurador
Mercaderes de grano de Hesperus

Maxilia lanzó un grito de incredulidad. El jefe del destacamento de seguridad y dos de sus hombres abrieron fuego.

Sus rifles automáticos compactos eran especiales para luchar a bordo de una nave y en condiciones de gravedad cero: eran armas lentas, de retroceso corto, que disparaban balas cuya punta roma no podía atravesar el casco de una nave.

Sin embargo, eran más que capaces de acabar con un simple hombre.

Me arroje hacia un lado cuando las primeras balas rebotaron sobre las paredes dejando en ellas unas feas magulladuras metálicas. Segundos después, aquello se había transformado en un caos. Todos los del grupo de seguridad estaban disparando, algunos en semiautomático. El aire se había llenado de humo y la compuerta presurizada de aire se sacudía con el ruido y los fogonazos de las armas.

Uno de los servidores de Maxilia fue decapitado y transformado en chatarra al volverse contra los atacantes. El otro también trató de avanzar para proteger a Maxilia, pero sus orugas y su torso fueron destrozados por los disparos.

Dos balas atravesaron los faldones de mi chaqueta, pero me dirigí a la puerta que había detrás de nosotros y saqué mi pistola primitiva de la funda.

Fischig también había sacado su arma y disparaba mientras retrocedía hacia la puerta. Derribó a uno de los soldados con una descarga cerrada y el hombre salió despedido en medio de una efusión de sangre, pero a continuación un disparo en el estómago hizo que Fischig perdiera pie. Doblado y cogiéndose el estómago quedó inmóvil en una esquina de la cámara.

Maxilia rugió de ira y levantó la mano derecha. Un rayo de luz enceguecedora salió de uno de sus anillos y redujo a uno de los soldados a un montón de huesos calcinados tras atravesar la armadura. Mientras los restos caían sobre las placas de la cubierta, el hombre que lo seguía alcanzó a Maxilia con una ráfaga de fuego automático y lo lanzó hacia atrás atravesando las puertas de cristal de un armario lleno de trajes de evacuación.

El resto cargó contra mi posición. Saqué fuerzas de flaqueza y disparé. Uno de mis proyectiles hizo trizas el visor del soldado que iba a la cabeza haciéndolo caer de cara al suelo.

La pistola primitiva, pensada para pasar desapercibida, tenía un cargador de cuatro proyectiles y yo llevaba además uno de repuesto en el bolsillo. Tenía siete balas y todavía quedaban nueve atacantes.

Al menos, la pistola tenía poder para detenerlos. Los cargadores sólo tenían cuatro proyectiles, pero eran sólidos y de gran calibre, cada uno del grosor de mi dedo pulgar. El cañón corto y grueso del arma rugió de nuevo y otro soldado fue derribado.

Retrocedí por el corredor pegándome a la pared. La vía de acceso a la compuerta presurizada era un pasaje ancho revestido de cables, de sección octogonal e iluminado sólo por las luces de la cubierta. Los disparos de los soldados pasaban silbando junto a mí. Volví a disparar, pero esta vez no di en el blanco. Una andanada hizo volar un relé de potencia en la pared justo a mi lado arrancando una lluvia de chispas. Me refugié en la oscuridad y noté la presión de un picaporte en mi espalda. Me volví, tiré de él y me introduje por la compuerta al tiempo que un enjambre de proyectiles se incrustaba en la pared del pasillo de acceso.

Al otro lado de la compuerta encontré un estrecho túnel de inspección de los mecanismos de acoplamiento de la compuerta presurizada. El suelo era una rejilla de metal y las paredes estaban cubiertas de redes de cables y de gruesas mangueras hidráulicas. Al final había una escala de metal que bajaba por una abertura en el suelo y subía hacia el conducto de inspección.

No había tiempo para usar la escala, el primer soldado ya había pasado la compuerta y me apuntaba con su arma. Disparé y lo alcancé en el peto de la armadura, momento que aproveché para saltar por el hueco de la escala.

Aterricé cinco metros más abajo sobre una plataforma enrejada, donde sólo había luz roja de emergencia. Los visores de los soldados tenían amplificadores visuales.

Ahora me encontraba en las entrañas de la enorme abrazadera de atraque, reptando entre enormes pistones engrasados y mecanismos hidráulicos del tamaño del tronco de abetos adultos. El aire estaba contaminado por la emanación de gases y las cadenas que se balanceaban por doquier rezumaban lubricante. Por todas partes se oía el zumbido de compresores pesados y reguladores atmosféricos.

Me puse a cubierto. Los cuatro testigos rojos de la empuñadura de mi arma estaban encendidos. Extraje el cargador usado y lo cambié por el nuevo. Cuatro luces verdes reemplazaron a las rojas.

Había ruido en el pozo de la escalera. Vi dos grandes formas oscuras que bajaban, destacadas contra la luz proveniente de arriba.

Sus visores también tenían detectores de calor, lo que se hizo evidente en el momento en que ambos empezaron a disparar hacia donde yo me encontraba. Me refugié detrás de un pistón, pero un proyectil que rebotó en el metal lubricado me alcanzó en el hombro derecho arrojándome de bruces contra el suelo. Caí de cara contra la rejilla haciendo que saltaran varias de las grapas mariposa de la herida que tenía en la mejilla y que apenas estaba empezando a cicatrizar.

Otra serie de disparos golpearon contra la ligera cubierta de metal. Nuevos rebotes alcanzaron la puntera de mi bota y el brazo, haciendo que éste golpeara contra la pared que tenía detrás. Con el impacto, la pistola resbaló de mi mano cayendo al suelo fuera de mi alcance y delatándome con las luces verdes encendidas.

Ahora eran por lo menos tres los que estaban ahí abajo, avanzando por el estrecho espacio que quedaba entre la maquinaria y disparando hacia mi posición. Avancé a gatas hasta un pistón horizontal, con los proyectiles enemigos impactando en las paredes por encima y por detrás de mí.

Pensé en recurrir a mis poderes mentales, pero no tenía posibilidad de entablar contacto visual para intentar ninguno de mis complejos trucos mentales.

Al final de la enorme abrazadera pude refugiarme junto a los deflectores y los gigantescos amortiguadores cinéticos que reducen el impacto de otra nave al golpear contra los brazos de atraque. De un

pequeño panel de control instalado en la pared entre los amortiguadores, llegaba una luz verdosa. El panel tenía una protección de plástico endurecido parecida a una cabina pública de comunicaciones y a primera vista descubrí que se trataba de un terminal de prueba y reiniciación para el mantenimiento del dispositivo de atraque. Traté de pulsar diversos iconos, pero la pequeña placa ovalada presentaba el mensaje: Terminal bloqueado. Estaban activadas las medidas de seguridad automáticas porque había una nave —el bote de las tropas de seguridad naval— amarrada en la abrazadera, acoplada a la compuerta presurizada de la cubierta.

Pude oír unos pasos por encima del ruido ambiental. El primero de los soldados bajaba por el lado de la abrazadera, siguiendo el mismo camino que había recorrido yo hasta los amortiguadores.

Saqué mi roseta inquisitorial. Además de una credencial de mi cargo es muchas otras cosas. A una presión de mi dedo pulgar se desplegó el microteclado oculto y la introduje en la ranura del terminal. Se conectó y la pantalla quedó en blanco. Mi roseta tenía nivel de acreditación imperial hasta grado magenta. Rogué que Maxilia no hubiera codificado toda la nave con sus códigos personales.

La pantalla volvió a encenderse e introduje en el terminal una orden de desbloqueo.

«Dispositivo de atraque en uso» fue la respuesta que recibí en letras verdes.

Pulsé suprimir.

Con un chirrido tumultuoso se desenganchó el mecanismo de atraque, los amortiguadores rugieron, el vapor salió con una explosión y empezaron a sonar las alarmas.

Se oyó un grito de agonía cuando el soldado que tenía en los talones fue aplastado de cintura para abajo al expandirse las diez toneladas de la camisa del pistón.

De la cubierta superior llegaron varias explosiones y el chirrido del metal desgarrado. A duras penas pude oírlas con el estruendo mecánico que había en la cámara del mecanismo de amarre.

Cuando el zumbido y las exhalaciones de los enormes pistones se apagaron y el jadeo se hizo esporádico, salí de detrás de los amortiguadores. La configuración de toda la cámara se había modificado y los enormes motores de atraque habían pasado de activos a desactivados.

Dos soldados habían sido aplastados por el pesado mecanismo, otro estaba muerto bajo la salida del vapor, abrasado dentro de su armadura por una ráfaga de vapor recalentado.

Me apoderé de uno de los rifles automáticos de la armada y volví sobre mis pasos.

Según mis cálculos, tenía que haber todavía cuatro soldados sueltos y activos. Volvía recorrer el túnel de inspección y regresé por la vía de acceso.

A lo largo de todo el corredor parpadeaban las luces de advertencia y seguían sonando alarmas amortiguadas. De repente apareció una figura a mi izquierda. Giré sobre mis talones. Era Betancore. Tenía la vista fija más allá de donde yo estaba y una de sus elegantes pistolas de aguja me apuntaba directamente. Disparó dos veces.

El característico zumbido resonó en mis oídos... y un integrante del equipo de seguridad salió trastabillando de su escondite al otro extremo del pasillo. Otro disparo y el hombre cayó de bruces.

—Vine en cuanto oí tu señal.

—¿A cuántos has matado?

—A cuatro, hasta el momento.

—Entonces es probable que hayamos terminado. Pero sigue alerta —sonreí para mis adentros. Decirle a Midas Betancore que estuviera alerta era como decirle a un perro que conservara el pelo.

—Tienes un aspecto lastimoso —me dijo—. ¿Qué diablos pasó?

Tenía la cara llena de sangre que manaba de la herida reabierta, me movía con torpeza por los arañazos que había sufrido en el hombro y además estaba cubierto de aceite del mecanismo de atraque.

—No era una inspección. Venían a por mí.

—¿Seguridad naval?

—No lo creo. Les faltaba precisión y no conocían el procedimiento.

—Pero tenían equipo, y armas... una lancha de la Armada. ¡Que el Emperador los confunda!

—Eso es lo que me preocupa.

Volvimos a la compuerta presurizada. Un obturador de emergencia había cerrado la abertura cuando mi improvisado desatraque había desprendido la lancha del lado del Essene. A través de las portillas laterales, pude ver el casco gris sesgado a nuestro lado, todavía conectado a las abrazaderas por uno de sus propios extensores de amarre, pero muy

averiado. Su cámara integral de regulación de aire había volado al desconectarse, y al menos el sector de los pasajeros estaba abierto al vacío. Si la tripulación había sobrevivido, estaría en la sección frontal, aunque probablemente indefensa. La chatarra reluciente, trozos de placas de metal y secciones cortadas del extensor estaban suspendidas en el vacío exterior.

Me acerqué a Fischig. Estaba vivo. Su uniforme de Arbites estaba bien acorazado, pero los impactos a quemarropa le habían producido heridas internas; estaba inconsciente y le salía sangre por la boca.

Betancore encontró a Maxilia al otro lado de las puertas de cristal reducidas a añicos del armario de trajes de evacuación. Se había arrastrado por el suelo refugiándose tras un baúl de guarniciones. De la cintura para abajo, su lujosa vestimenta estaba hecha jirones y habían desaparecido sus piernas.

Pero resulta que del pecho para abajo no era humano.

—De modo que por fin se le ha revelado toda mi realidad, inquisidor... —dijo, procurando sonreír. Supuse que debía sentir grandes dolores, o al menos una fuerte conmoción. Para controlar el sofisticado mecanismo biónico que era la parte inferior de su cuerpo, eran necesarias conexiones neuronales muy complejas.

—¿Cómo puedo ayudarlo, Tobius?

—Ya he llamado a mis servidores para que me asistan —dijo sacudiendo la cabeza—. No tardare en estar de pie otra vez.

Había muchas preguntas que quería hacerle. ¿Había sido esa reconstrucción la consecuencia de una vieja herida, de una enfermedad de la edad? ¿O acaso, tal como yo sospechaba, había sido voluntaria? Me guardé mis preguntas. Eran de carácter privado y no afectaban a mi investigación.

—Necesito acceso a su vinculación astropática. Necesito entrar en contacto con el mando de la flota de combate para acabar de una vez con esta cuestión. Estos hombres no formaban parte de un destacamento de seguridad naval.

—Daré instrucciones al puente para que le den el acceso que necesita. Podría ocuparse de retirar las solicitudes de inspección de mi hoja de comunicaciones.

Eso contribuiría. No creía que a los altos comandantes de la Flota de Combate Scarus les interesara tener esto pendiente.

Estaba en lo cierto, pero a medias. Al cabo de media hora me encontraba en el puente del Essene, rodeado de atentos servidores, comunicando el incidente al comando de la flota de combate por enlace astropático confidencial. No pasó mucho tiempo antes de que entablase un diálogo oral con los ayudantes de campo de la oficina del estado mayor del almirante Lorpal Spatian, quien pidió que sujetáramos el Essenea la boya de amarre de altura y esperásemos la llegada de un destacamento de seguridad y un emisario del procurador de la flota de combate.

La idea de quedarnos allí, esperando la llegada de más soldados, no me resultaba especialmente atractiva.

—Desertores, señor —me dijo el procurador Olm Madorthene dos horas después. Era un hombre enjuto, de pelo entrecano muy corto y un antiguo implante potenciador en un lado del cuello, por debajo de la oreja izquierda. Llevaba la chaqueta blanca almidonada, de cuello alto, los guantes rojos, pantalones de montar planchados y botas de cuero de caña alta del Destacamento Disciplinario de la Flota de Combate. Madorthene se había mostrado cortés desde el momento de su llegada. Me había saludado y respetuosamente había puesto su gorra blanca ribeteada de oro bajo el brazo. El destacamento que lo acompañaba estaba equipado exactamente igual que los soldados que habían abordado el Essene para matarnos, pero desde el comienzo habían dado muestras de mayor disciplina y de un orden estricto.

—¿Desertores?

Madorthene parecía incómodo. Era evidente que no le gustaba tener problemas con un inquisidor.

—De las levas de la guardia. Ya sabe usted que se está realizando una fundación en Gudrun. Por orden del Comandante General Militar, se está reclutando a setecientos cincuenta mil hombres para la Guardia Imperial a fin de formar el 50.° de Fusileros Gudrunitas. Ante las proporciones de la fundación y el hecho de que éste es el quincuagésimo regimiento formado en este ilustre mundo, está teniendo lugar una celebración de alcance planetario con los consiguientes acontecimientos militares.

—¿Y estos hombres desertaron?

Discretamente, Madorthene me llevó a un lado mientras sus hombres retiraban los cadáveres de los insurgentes de las inmediaciones de la cámara de regulación de aire y los metían en sacos. Yo había puesto a Betancore a vigilarlos.

—Hemos tenido problemas —me confió en voz baja—. La leva iba a ser de medio millón, pero el Comandante General Militar aumentó la cifra una semana antes de la fundación porque está preparando una cruzada en el subsector ofidiano, y muchos fueron reclutados casi sin aviso previo. Entre nosotros, los grandes festejos son en parte un intento de distraer la atención de esa cuestión. Ha habido algunos motines y deserciones en los barracones de la zona de la fundación. Esto nos ha tenido ocupados.

—Puedo imaginarlo. Pero ¿está usted seguro de que estos hombres eran desertores de la guardia?

Asintió y me entregó una placa de datos. En ella había una lista de doce nombres unidos a archivos biográficos y unos retratos holográficos poco claros.

—Se fugaron ayer del Barracón 74 de la Fundación, a las afueras de Dorsay. Se llevaron uniformes y armas de la Tesorería del puerto orbital y robaron una lancha. A nadie se le ocurrió oponerse a un escuadrón de soldados de la seguridad naval.

—¿Y nadie cuestionó su falta de credenciales y de códigos de vuelo?

—Por desgracia, la lancha había sido cargada previamente con un plan de vuelo y códigos de transpondedor para llegar a su anclaje de flota. De no haber sido así, los habrían descubierto hace tiempo. Es evidente que andaban a la búsqueda de una nave estelar mercante como ésta.

—¿Eran reclutas regulares? ¿Soldados de infantería?

—Sí.

—¿Y cómo podían manejar una lancha?

—El jefe del grupo —volvió a consultar la placa—, Jonno Lingaart, era un piloto orbital experimentado. Trabajaba en los ferries. Como ya dije, una lamentable combinación de sucesos.

No estaba dispuesto a dejar pasar esto. Madorthene no estaba mintiendo. Eso era seguro, pero la información que me ofrecía estaba llena de lagunas e incoherencias.

—¿Y la petición de inspección?

—La enviaron desde la propia lancha. Nada oficial. Dieron con la nave e improvisaron. Hemos detectado la fuente de la demanda de inspección hasta el emisor de voz de la lancha.

—No —dije. Retrocedió un paso, atento al creciente tono de disgusto de mi voz.

—¿Señor?

—He comprobado los registros de comunicaciones del Essene. No me revela el origen de las señales, pero revela que la petición de inspección llegó por vía astropática, no de voz. La lancha no tenía astrópata.

—Eso es...

—Es el mismo enlace astropático que adjudicó al Essene su boya de anclaje en el espacio. Se ha comprobado la autenticidad de eso. Y estos hombres me estaban buscando a mí, procurador; para matarme. Sabían mi nombre.

Se puso pálido y fue incapaz de articular una respuesta. Le di la espalda.

—No sé quiénes son esos hombres. Es posible que sean realmente reclutas, pero alguien los envió a por mí, alguien que siguió sus movimientos, les proporcionó material y transporte y autenticó su misión en esta nave. Alguien que pudo ser de la flota de combate o con acceso amplio a su operativa. No hay otra explicación posible.

—¿Está usted hablando de... una conspiración?

—No me son ajenas las maniobras clandestinas, Madorthene. Tampoco me preocupan los atentados contra mi vida. Tengo enemigos. Estas cosas son previsibles. Me demuestran que mis enemigos son más poderosos de lo que yo sospechaba.

—Mi señor, yo...

—¿Cuál es su nivel de antigüedad, procurador?

—Tengo grado uno, credencial magenta, rango equiparable al de comodoro de flota. Respondo directamente ante el lord procurador Humbolt.

Esto ya lo sabía por las insignias de sus charreteras, pero quería que me lo dijera.

—Por supuesto. Su superior no habría confiado una cuestión tan delicada a un oficial de menos rango. Tampoco quería mostrarme falta de respeto. Confío que este asunto sea aún estrictamente confidencial.

—¡Sí, señor!

El lord procurador se dio cuenta de lo... delicado de la situación. Además, cualquier infracción que se haya cometido queda suprimida por orden del Comandante General Militar para no detenerlo más tiempo de lo necesario. Sólo yo y mi escuadrón, el lord procurador y sus ayudantes de campo más próximos tenemos conocimiento de los detalles del caso.

—Entonces, preferiría que todo siguiera así. Quisiera que mis enemigos pensaran, durante el mayor tiempo posible, que el intento de asesinato fue un éxito. ¿Puedo confiar en su cooperación, procurador?

—Por supuesto, inquisidor.

—Llevará de mi parte un mensaje cifrado a su lord procurador. En él le explicaré la situación y mis exigencias. También le proporcionaré un enlace de voz encubierto para ponerse en contacto conmigo en cuanto tengan información. Cualquier información, Madorthene, aunque usted no la considere pertinente.

Me respondió con una profunda inclinación de cabeza. No agregué la coletilla de que si defraudaban mi confianza caería sobre él, sobre los ayudantes de campo y sobre el propio lord procurador como la ira de Rogal Dorn. Eso ya lo podía suponer sin necesidad de que yo le dijera nada.

Una vez que Madorthene y su tripulación hubieron abandonado el Essene, me volví hacia Betancore.

—¿Y ahora qué? —me preguntó.

—¿Cómo se siente uno cuando está muerto, Midas?

Dejamos el Essene a medianoche a bordo del cúter. Fischig, que había recuperado la consciencia, se quedó a bordo de la nave de Maxilia, recuperándose de sus dolorosas heridas en la enfermería automática y espectacularmente equipada del Essene.

Maxilia había accedido a mantener anclada la nave por el momento. Yo accedí a cubrir todo lo que dejara de ganar mientras permaneciese inactivo. Tenía la sensación de que podría llegar a hacerme falta una nave en cualquier momento, y además si el Essene partía de repente, daría al traste con la historia de que estábamos todos muertos.

Esto lo hablé con Maxilia en la cámara del puente. Él estaba sentado en su trono, tomando sorbos de amasec mientras sus servidores le reconstruían penosamente los miembros inferiores.

—Lamento que esté tan metido en esto, Tobius.

—Pero yo no —dijo—. Éste ha sido el viaje más interesante que he hecho en mucho tiempo.

—¿Está dispuesto a quedarse hasta que me ponga en contacto con usted?

—Usted paga bien, inquisidor —dijo riendo—. La verdad, estoy contento de ayudarle a servir al Emperador. Además, ese zoquete de

Fischig necesita mejor atención de la que pueden ofrecerle en esa mísera sala médica de su cúter, y puede estar seguro de que no voy a irme a ninguna parte antes de que él haya abandonado mi nave sano y salvo.

Abandoné el puente, casi encantado por la generosidad de espíritu de Maxilia. Es posible que hubiera razones para tener tanta disposición a ayudarme, y entre ellas, sin duda, el miedo a la Inquisición, pero la verdad, estaba seguro de que se debía a que había redescubierto el placer de la interacción con otros seres humanos. Se apreciaba en sus ganas de conversar, de mostrar sus tesoros artísticos, de ayudar, de ser hospitalario...

Llevaba demasiado tiempo solo, entre sus máquinas.

Betancore cambió los códigos del transpondedor del cúter en cuanto salimos de la bodega del Essene. Teníamos algunos identificadores alternativos en la memoria del codificador. Durante los últimos meses, y durante nuestra estancia en Hubris, nos habíamos presentado como un transporte oficial de la Inquisición, sin tratar de ocultar nuestra identidad.

Ahora éramos una delegación comercial de Samcter, especializada en cosechas de cereales genéticamente fijadas y esperábamos interesara las familias nobles de Gudrun en las cosechas de mantenimiento fácil, a prueba de plagas, ahora que la fundación los dejaba escasos de mano de obra.

Betancore estableció contacto con el Control de Gudrun, dio nuestra identidad y solicitó una ruta y un permiso para aterrizar en Dorsay, la capital septentrional. Respondieron sin vacilación. Otro comerciante que llegaba a la ciudad para el festival.

Pasamos a través de los enormes componentes de la Flota de Combate Scarus anclados en el espacio: filas de naves de transporte de tropas de formas grotescas y vientres hinchados; enormes destructores con aguzados arietes de proa luciendo orgullosos el águila imperial; grandes naves de batalla, fríos y grises gigantes ortogonales del espacio, erizados de troneras; fragatas largas, ágiles y crueles como avispas de la madera; naves escuela de combatientes, que montaban guardia.

El espacio postorbital estaba atestado de naves de transporte, remolcadores, lanzaderas de abastecimiento, cúters mercantes, pesados elevadores de servicio y esqueléticas plataformas de carga. A estribor, los mercantes rápidos, las enormes embarcaciones de los gremios, los híbridos de los bucaneros. El Essene estaba entre ellos, en alguna parte.

Las boyas luminosas parpadeaban, señalando las agrupaciones y los niveles de los puestos de anclaje, llenando la noche como otra constelación que impedía ver las autenticas estrellas.

Betancore nos llevó sin dificultad entre el tráfico hacia la brillante ionosfera de cristal, metiéndonos entre las altas nubes opalescentes. Cruzamos la línea fronteriza entre la noche y el día mientras el planeta giraba, de camino hacia Dorsay, donde el amanecer indicaba el comienzo de otro día más del Festival de la Fundación.

NUEVE

En Dorsay
Las fuerzas del mercado
En busca de Tanokbrey

Dorsay no estaba despertando porque había estado despierta toda la noche. Por las calles, avenidas y canales, en los altavoces sonaban marchas militares, y en todas las superficies disponibles podían verse serpentinas y estandartes.

Ya había hecho una lectura rápida del resumen de Aemos sobre el planeta: Gudrun, capital del subsector helicano, sector Scarus, Segmentum Obscurus. Asentamiento humano desde hacía tres mil quinientos años. Gobierno feudal de poderosas casas nobles cuyo poder e influencia se extendía por otras tres docenas de mundos del subsector helicano. Tracian Primaris, ese abigarrado centro industrial y comercial, era el mundo más densamente poblado y productivo de la región, pero Gudrun era el corazón cultural y administrativo, y era vox pópuli que la riqueza de las casas nobles en su conjunto rivalizaba con el valor comercial de la producción de las colmenas tracianas.

Tal como la vimos en nuestro vuelo de aproximación, Dorsay relucía como una piedra de luz blanca en el amanecer. Era una ciudad costera, situada en el borde de una laguna alimentada por el mar, a horcajadas sobre el poderoso río Drunner. Desde las portillas del cúter pudimos ver, al girar, unos puntos blancos que eran los barcos de vela que surcaban la gran laguna. Más allá de la extensa mancha blanca de la ciudad podían verse enormes empalizadas y emplazamientos en las verdes colinas y en los acantilados, que correspondían a los barracones del regimiento recién fundado.

Betancore aterrizó en Campo Giova, el puerto municipal de Dorsay. Estaba construido sobre una isla larga y estrecha de la laguna que daba a la ciudad. Por una prima espacial, las naves pequeñas como la nuestra eran bajadas mediante pesados elevadores monotarea y alojadas en

compartimentos en forma de panal excavados en la roca de lava porosa de la isla.

Mientras Lowink se quedaba en el cúter, Midas, Aemos, Bequin y yo nos preparábamos para ira Dorsay. Nos vestimos con ropas sencillas y anónimas: azul oscuro para Aemos, traje negro de buena tela y chaqueta larga de cuero para Betancore y para mí, y un vestido largo de crepé azul porcelana con un chai de encaje color crema para Alizebeth Bequin. Tras vencer su reticencia, había conseguido que Betancore buscara entre las pertenencias de Vibben ropas adecuadas para Bequin.

Al parecer, a ella no le importaba que fueran de una mujer que estaba muerta.

Bajo los toldos rojos agitados por la brisa mañanera, los muelles de la isla estaban repletos de pasajeros que esperaban ser transportados a tierra firme. Formamos cola entre grupos de mercaderes, dignatarios visitantes y tripulantes de la flota que gozaban de un permiso. Músicos ambulantes y buhoneros sacaban provecho de ese público cautivo.

Por fin alquilamos uno de los esquifes que se alineaban en el muelle. Se trataba de un aerodeslizador largo, abierto, en forma de lanza y con asientos para seis personas, incluido el timonel. Tenía el casco pintado de color violeta brillante y la popa se apoyaba sobre los generadores antigravitatorios. Con ella nos deslizamos por la laguna, dos metros por encima de las aguas picadas y espumosas.

Dorsay surgió ante nosotros. Ahora que estábamos a su nivel pudimos apreciarla en toda su majestuosidad. Los edificios, que se levantaban por encima del agua sobre pilotes y columnas de basalto, estaban construidos de ciclópeos bloques de piedra perfectamente encajados, tenían las fachadas encaladas y los tejados de cobre de color cardenillo. Las gárgolas bostezaban en el remate de los canalones o se enroscaban en torno a las bajadas de los desagües. Las plantas superiores tenían balcones con barandillas hechas de cobre reluciente, muchos de ellos cubiertos con marquesinas. Unos puentes de piedra con arcos o pasarelas de metal comunicaban los edificios vecinos, sobrevolando a veces los canales que hacían las veces de calles. Bordeando los canales había aceras de piedra a nivel del agua para la circulación de los peatones.

Como había abundancia de éstos, el lugar estaba lleno de vida, de movimiento, de color y de ruido. Una vez llegados al centro de la ciudad

nuestro paso por los canales se hizo más lento por el tráfico de otros esquifes, transportes acuáticos colectivos, balandras privadas y motoras.

Por encima de nuestras cabezas, en los niveles de tráfico elevado, todo era un ir y venir de vehículos atmosféricos. En todas partes había banderines y estandartes en honor de la Flota de Combate Scarus y de los regimientos de la guardia gudrunita, especialmente del 50º de Fusileros.

Como de costumbre, Aemos no paraba de mascullar cosas mientras tomaba nota de los detalles de Dorsay en la placa de su muñeca con su consabido afán de acumular conocimientos. Estuve un momento observando sus movimientos nerviosos, su entusiasmo juvenil ante las novedades. Como resultado de su uso obsesivo y compulsivo de la placa, ésta tenía el teclado desgastado.

Midas Betancore estaba alerta, como siempre. Sentado en la parte delantera del esquife antigravitatorio no dejaba de observarlo todo, como Aemos, pero los detalles de los que él tomaba nota eran más pertinentes y de utilidad más inmediata que los de mi viejo sabio, sin duda.

Bequin se limitaba a sonreír, reclinada en su asiento, mientras la brisa hacía revolotear su chai. No creo que jamás hubiera llegado a Gudrun por sus propios medios. Este era el epicentro de la cultura del subsector, el brillante mundo que ella siempre había soñado y del que había deseado formar parte.

Dejé que se lo pasara bien, el trabajo duro vendría después.

Tomamos un apartamento en el Dorsay Regency. Consideré conveniente contar con una base de operaciones en tierra firme. Betancore taladró los marcos de las puertas con una herramienta manual e instaló sensores con destellos disuasorios incorporados. También conectamos las puertas interiores. Se dieron instrucciones estrictas a los servidores para que no entraran durante nuestra ausencia.

Desde el balcón encalado, bajo una marquesina de color púrpura desteñido, estuve observando y escuchando la Marcha de los Adeptos difundida por los altavoces distribuidos por las calles.

Abajo, el canal era un hervidero. Vi pasar un esquife repleto de guardias borrachos, vestidos todos ellos con sus nuevos uniformes rojo y oro. Hombres del 50° de Fusileros Gudrunitas que armaban jaleo y se arriesgaban a morir ahogados mientras disfrutaban de las últimas horas en su mundo. En cuestión de días estarían metidos en una nave de transporte de tropas con destino a quién sabe qué horror en otro subsector.

Uno de ellos cayó al canal mientras trataban de bajar a tierra. Sus camaradas lo sacaron y lo bautizaron con el contenido de una botella de licor.

Aemos se acercó a mí y me mostró una placa de datos con un mapa.

—El Real Gremio de Mercaderes Unidos de Sinesias —dijo—. Su sede central está a cinco calles de aquí.

El Gremio Sinesias tenía uno de los locales más impresionantes del distrito comercial de Dorsay. Un ramal del Gran Canal pasaba por debajo del pórtico de cristal coloreado del edificio principal, de modo que los mercaderes visitantes podían entrar con sus esquifes y desembarcar a cubierto en un muelle de recepción alfombrado.

Nuestro esquife antigravitatorio nos llevó hasta allí y desembarcamos entre una multitud de comerciantes de Mesina, altos, delgados y elegantemente vestidos, de mercaderes de Sameter con lujosos y pesados sombreros y velos y de obesos banqueros de las colmenas tracianas.

Bajé a tierra y me volví para ofrecer la mano a Bequin, cosa que me agradeció con una cortés inclinación de cabeza mientras salía de la embarcación. No le había dado muchas instrucciones. Los aires y el porte aristocráticos eran una aportación espontánea. Aunque aún sentía rechazo por ella, a cada momento que pasaba la admiraba más. Desempeñaba su papel a la perfección.

—Sus nombres y ocupaciones aquí, caballero, señora —nos requirió un chambelán del Gremio al acercarnos. Iba lujosa mente vestido con brocados y dorados, como todos los sirvientes del lugar, en lugar de orejas tenía unos potenciadores aumenta dos y nos ofrecía una pizarra y un estilete.

—Mi nombre es Farchaval y soy un mercader de Hesperus. Esta es lady Farchaval. Venimos a negociar contratos de grano con las casas importantes de este mundo y nos dijeron que el Gremio Sinesias puede hacer la intermediación.

—¿Tiene usted un corresponsal en el gremio, Señor?

—Por supuesto. Mi contacto era Saemon Crotes.

—¿Crotes? —el chambelán hizo una pausa.

—Oh, Gregor, estoy tan aburrida —dijo Bequin de repente—. Todo esto es tan lento y tan tedioso. Quiero volver a pasear por los canales. ¿Por qué no vamos y tratamos con aquellos señores tan atentos del Gremio Mensurae?

—Más tarde, querida —dije, encantado y sorprendido por su improvisación.

—¿Ha visitado usted... otro gremio antes? —preguntó el chambelán con premura.

—Fueron muy agradables. Me sirvieron té soliano —intervino Bequin.

—Permítanme que los acompañe —dijo el chambelán sin pérdida de tiempo—. Sin duda Saemon Crotes es uno de nuestros agregados más importantes. Les conseguiré una audiencia enseguida. Mientras tanto, pónganse cómodos en esta sala. Haré que les sirvan té soliano.

—¿Y bizcochos de nafar? —sugirió Bequin.

—Por supuesto, señora.

El chambelán salió y cerró las dobles puertas de la lujosa sala de espera. Bequin me miró y rió entre dientes. Confieso que yo me reí con ganas.

—¿Cómo se le ocurrió?

—Usted dijo que éramos mercaderes ricos que esperaban lo mejor. Simplemente me estaba ganando el sueldo.

—Siga así —le aconsejé.

Echamos una mirada a la sala. Las ventanas, con cortinas de gasa, tenían diez metros de altura y daban al Gran Canal, pero estaban aisladas para evitar el ruido exterior. Ricos tapices cubrían las paredes entre óleos de la Escuela de Samcter que hubieran hecho las delicias de Maxilla.

Poco después entró un servidor trayendo una bandeja. La dejó sobre una mesita auxiliar de mármol y volvió a salir.

—¡Té soliano! —dijo Bequin con entusiasmo levantando la tapa de una tetera de porcelana—. ¡Y bizcochos de nafar! —añadió con una sonrisa mientras se comía el primero.

Me sirvió una taza y saboreó la suya de pie junto a la chimenea, con una elegancia muy propia.

El representante del gremio llegó un momento después. Era un hombre pequeño, de pelo crespo, con un traje amplio y demasiadas joyas. Lucía con orgullo la marca del Gremio Sinesias en la frente.

Su nombre era Mácheles y esa marca indicaba que era propiedad del Gremio.

—¡Señor Farchaval! ¡Señora! de haber sabido que estaban ustedes aquí habría cancelado otras reuniones. ¡Perdonen mi tardanza!

—Está perdonado —dije—, pero me temo que lady Farchaval pueda estar a punto de perder la paciencia.

Al oír esto, Bequin bostezó.

—¡Oh, eso me disgusta! ¡No es nada bueno! —Mácheles golpeó las manos y acudieron los servidores.

—¡Dadle a la dama todo lo que solicite! —les indicó Mácheles.

—Veamos... ¿hojas de vorder? —dijo Bequin.

—Enseguida —ordenó Mácheles.

—¿Y una bandeja de trufas de birri? ¿Salteadas en vino?

No cabía en mí de asombro.

—¡Enseguida! ¡Vamos, vamos! —jadeó Mácheles apurando a los servidores para que salieran de la sala.

Me adelanté y dejé mi taza sobre la mesa.

—Ahora nos ocuparemos de lo nuestro, señor. Represento a mercaderes de grano de Hesperus, una asociación importante de mercaderes de grano.

Le entregué mi credencial holográfica que, por supuesto, era falsa. Betancore y Aemos la habían hecho recurriendo a los profundos conocimientos generales de Aemos y a los conocimientos particulares sobre Hesperus recogidos en sus entrevistas con Maxilla.

Mácheles pareció muy impresionado por mi identificación.

—¿De qué dimensiones es la asociación a la que nos referimos, señor?

—Abarca todo el continente occidental.

—¿Y su oferta?

Extraje de mi bolsillo un tubo de muestra.

—Una cepa de gen estable de cereal que podrían manipular fácilmente sus terratenientes ahora que se quedan sin mano de obra. Es una verdadera maravilla.

Volvieron a hacer su entrada los servidores trayendo lo que Bequin había pedido.

—Los otros gremios están haciendo ofertas por este producto —dijo la mujer mientras mordisqueaba la suave carne del birri—. Espero que el Gremio Sinesias no deje escapar esta oportunidad.

Mácheles agitó el tubo de muestra y lo estudió.

—¿Se trata —preguntó bajando la voz—, de un cultivo xénico?

—¿Constituiría eso un problema? —pregunté.

—¡No, señor! Oficialmente no. La Inquisición es muy estricta al respecto, pero precisamente por eso nos ocupamos de garantizar la discreción en nuestras entrevistas. Los edificios del gremio están protegidos contra rastreadores, rayos interceptadores y ladrones de voz.

—Me complace saberlo. Entonces ¿no resultaría difícil comercializar un cereal de xenocultivo?

—Por supuesto que no. Ha y empresas colectivas ansiosas de asegurarse buenas cosechas. Especialmente las conseguidas en invernadero mediante tecnología alienígena.

—¡Bien! —mentí—. Pero quiero los mejores beneficios. Saemon me dijo que debía dirigirme en primer lugar a la Casa Glaw.

—¿Saemon?

—Saemon Crotes, el delegado del Gremio Sinesias con quien traté en Hesperus.

—¡Ah, sí! Desea usted que le concierte una entrevista comercial con la Casa Glaw?

—Creo que eso fue lo que dije, ¿no es así?

Salimos del muelle del Gremio Sinesias veinte minutos después. Bequin todavía iba saboreando el birri.

En cuanto nuestro esquife se alejó del edificio, el receptor de voz que llevaba incorporado en el puño de la chaqueta empezó a parpadear.

—Eisenhorn —respondí.

—Acabo de aceptar un mensaje de Tobius Maxilla. ¿Quiere oírlo? —dijo Lowink.

—Sólo un resumen, Lowink.

—Dice que la nave que llevó a Eyclone de Gudruna Hubris III está anclada aquí. Es la nave corsaria Scaveleur. Su capitán, un tal Effries Tanokbrey, ya se encuentra en el planeta.

—Envía una señal a Maxilla y agradécele su información, Lowink —dije.

Ahora ya conocía la identidad de la misteriosa nave estelar de Eyclone.

Nos encontrábamos almorzando en una taberna de la zona comercial desde donde se veía el Puente de los Carnodontes cuando Mácheles envió a sir Farchaval un mensaje de texto confidencial mediante un zángano de voz.

El zángano, una unidad esférica de metal, achatada por los polos, tenía apenas el tamaño de una naranja pequeña. Llegó a la terraza en la que nos encontrábamos zumbando como un insecto libador, fue pasando de mesa en mesa a la altura de las cabezas movido por sus diminutos propulsores hasta dar conmigo. Entonces se quedó sobrevolando, tintineó y reflejó su mensaje holográfico contra mi vaso de cristal: el escudo del Gremio Sinesias, seguido de un texto formal y obsequioso invitando a sir Farchaval y a sus acompañantes a una reunión en la hacienda de los Glaw al día siguiente por la tarde. Debíamos reunimos con Mácheles en el edificio del gremio a las cuatro, donde nos estaría esperando un medio de transporte.

El zángano siguió proyectando el mensaje hasta que yo corté el rayo con un movimiento de la mano y pronuncié una aceptación verbal que registró. Cuando hubo acabado, se alejó volando llevándose su mensaje.

—¿Cómo nos encontró? —preguntó Bequin.

—Un rastro feromónico —respondió Aemos—. Seguramente los sistemas maestros del edificio del gremio les habrán tomado una muestra durante su visita y habrá venido buscando hasta encontrar la equivalencia del registro de sus sensores.

Los mensajes por zánganos de voz eran práctica común en los mundos imperiales de alta tecnología como éste. Me dio una idea.

—¿Dices que el gremio parecía no poner ningún reparo a trabajar con material xénico? —se interesó Betancore levantando su copa de vino para beber un sorbo.

—Por ahora nos concentraremos en la Casa Glaw —dije tras asentir —. Es lo que más nos interesa. Pero no voy a olvidarme de Sinesias. Cuando hayamos acabado, todo el peso de la Inquisición caerá sobre sus transacciones.

Bequin estaba mirando al hermoso puente ornamental que formaba un arco sobre la corriente del Drunner.

—¿Qué son esas criaturas? —preguntó. Había efigies de piedra de unos grandes depredadores cuadrúpedos decorando cada arco. Eran unas bestias enormes, con cuerpos semejantes a los de los mastines, colas muy pobladas y unos hocicos largos de los que sobresalían los colmillos.

—Carnodontes —respondió Aemos, encantado como siempre de poder compartir sus considerables conocimientos—. El animal heráldico de Gudrun. Aparecen en muchos escudos y emblemas por aquí y

simbolizan la noble autoridad del mundo. Ahora son muy escasos. Los han cazado hasta casi extinguirlos. Creo que sólo quedan unos cuantos que viven en libertad en la tundra septentrional.

—Tenemos un día para nosotros —les dije poniendo fin a aquella charla improductiva—. Hagamos buen uso de él. Encontremos a ese capitán Tanokbrey.

Betancore enarcó las cejas y estaba a punto de decirme lo difícil que iba a resultar aquello cuando le expliqué mi idea.



Recurrimos a una oficina administrativa de un canal secundario cercano al Ooskin y pagamos un mensaje por zángano de voz. Era una breve consulta al capitán de la nave corsaria Scaveleur sobre la posibilidad de un traslado transplanetario. El empleado que me atendió aceptó el texto y el pago sin comentarios y cargó el mensaje en uno de las tres docenas de zánganos de voz que permanecían inactivos en una bandeja detrás de su asiento. Luego consultó sus archivos de datos, recuperó el rastro feromónico de Tanokbrey que el capitán había registrado en la oficina de inmigración de la ciudad y lo instaló. El zángano elegido se elevó y con un zumbido salió flotando de la oficina.

En la calle, Betancore arrancó el speeder aéreo que había alquilado y partió en pos de él.

Existía la posibilidad de que nos condujera hasta nuestra presa, pero si conseguía despistar a Betancore, teníamos motivos para confiar en que Tanokbrey se pondría en contacto con nosotros. Al fin y al cabo era un capitán mercante en busca de oportunidades de negocios.

Aemos, Bequin y yo los seguimos en un esquife antigravitatorio público, sin perder el contacto por voz con Betancore. En el canal había más tráfico que nunca, y el Arbites local, así como los destacamentos de seguridad naval, andaban vigilantes. Aquella misma tarde estaba prevista una importante cabalgata ceremonial y estaban preparando el recorrido. Ya empezaban a juntarse las muchedumbres sobre los puentes y las aceras y por todas partes habían desplegado estandartes y guirnaldas de bienvenida.

Betancore nos esperaba en una acera del barrio de Tersegold, una zona de Dorsay famosa por sus tabernas y clubes. Dejé a Bequin y Aemos en el esquife.

—Allí —dijo, señalando un antiguo establecimiento con un arco en la fachada—. Lo seguí hasta el interior. Lo entregó en la quinta mesa a la izquierda. Tanokbrey es el hombre alto con chaqueta roja. Si no me fallan las cuentas, hay dos hombres con él.

—Regresa y manténte alerta —le indiqué.

La taberna estaba oscura y llena de gente. La música y las luces reverberaban en el techo bajo y el aire estaba cargado de olor a sudor, humo, lúpulo y a efluvios inconfundibles de obscura.

El zángano de voz que yo había enviado salía por la puerta cuando entré. Hizo una pausa, entregó su mensaje y salió volando. Un texto sucinto me informaba de que el Scaveleur no estaba disponible.

Abriéndome camino por entre la apiñada clientela, localicé a Tanokbrey. Su chaqueta roja era de la mejor seda, y llevaba el crespo pelo negro trenzado y atado con cintas sobre la nuca. Tenía una cara hosca, de pocos amigos. Estaba acompañado por un par de tripulantes corrientes vestidos con trajes de cuero muy ceñidos.

—¿Capitán Tanokbrey?

Se volvió hacia mí lentamente y no respondió. Sus camaradas fijaron en mí sus miradas hostiles.

—¿Sería posible que habláramos en privado? —sugerí.

—¡Váyase al cuerno!

Me senté de todos modos. Sus hombres me miraron atónitos y envarados. Me di cuenta de que a Tanokbrey le bastaría con un gesto.

—Permítame que empiece por una pregunta sencilla —comencé.

—Empiece por largarse —replicó. Ahora me miraba con una mirada cáustica, sin interrumpir el contacto visual, y observé que tenía la mano izquierda metida bajo la chaqueta.

—Parece usted nervioso. ¿A qué se debe?

No hubo respuesta. Sus hombres se removieron inquietos.

—¿Algo que ocultar?

—Estoy aquí tranquilamente tomando una copa y no quiero interrupciones, ahora lárguese.

—¡Qué poco amistoso! Bueno, si estos caballeros no van a concedernos la privacidad que pedí, seguiré como si no estuvieran. Espero

que no le resulte embarazoso.

—¿Quién diablos es usted?

Esta vez fui yo quien no respondió. Aparté la mirada de él.

—Su pago por el anclaje en altura es ilegal —dije por fin.

—¡Eso no es cierto!

No lo era, ni tampoco lo que dije a continuación. Eso no tenía importancia. Lo que pretendía era ponerlo nervioso.

—Y su manifiesto de embarque está incompleto. Es posible que los controles de Gudrun deseen incautarse de su nave hasta que se subsanen esas irregularidades.

—Bastardo mentiroso...

—Es muy sencillo. Hizo usted un viaje a Hubris que no está registrado, y tampoco la carga que transportó. ¿Cómo van a calcular los derechos de importación?

Su silla retrocedió uno o dos centímetros.

—¿A qué fue usted a Hubris?

—No fui; ¿quién dijo que hubiera ido?

—Elija: Saemon Crotes, Nambcr Wylk.

—No los conozco. Se equivoca de hombre, miserable bastardo. ¡Y ahora desaparezca!

—Entonces Murdin Eyclone. ¿Qué le parece él? ¿No con trató sus servicios?

Eso lo decidió. Hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza.

El hombre que estaba junto a él saltó de su asiento y en su mano enguantada apareció una rotunda porra.

—Déjela caer —ordené sin abrir la boca.

La porra cayó al suelo tras rebotar en la mesa.

Un segundo después la tenía en mi mano. Crucé con ella la cara de su propietario y lo hice caer de lado al suelo. Luego, con un revés, la descargué sobre la oreja izquierda del otro tripulante que quedó tendido cuando largo era en el suelo al pie de la mesa.

Me volvía sentar, mirando a Tanokbrey, con la porra en la mano. En su cara, que ahora estaba tan gris como sus ojos, se reflejó el pánico.

—Eyclone. Hábleme sobre él.

Su brazo izquierdo se movió dentro de la chaqueta y lo golpeé en el hombro con la porra. Por desgracia, me di cuenta de que llevaba una armadura debajo de la seda.

Se tambaleó por el impacto, pero eso no impidió que levantarla el brazo con una pistola láser de cañón corto en la mano.

Empujé la mesa hacia él y el tiro salió desviado, alcanzando en la espalda a un rufián que se cruzó en su trayectoria. La víctima se desplomó derribando consigo otra mesa.

A esas alturas, el disparo y la conmoción habían atraído la atención de toda la taberna. Todo eran gritos y confusión.

No presté atención. Tanokbrey disparó otra veza través de la mesa volcada y yo me escurrí hacia un lado, chocando con cuerpos que iban y venían.

El capitán trató de huir, abriéndose camino a codazos y patadas entre la multitud hacia la salida. Pude ver a Betancore, pero la aglomeración le impidió bloquear la salida de Tanokbrey.

—¡Apártense! —grité, y la multitud se abrió como una compuerta.

Tanokbrey ya estaba fuera, corriendo hacia el muelle que había al final de la calle. Se volvió y disparó. Los peatones gritaban y corrían. Alguien recibió un empujón y cayó al canal.

Tanokbrey saltó a un esquife, disparó contra el conductor de alquiler que se le opuso, apartó el cadáver del timón y, encañonándola, obligó a la tripulación a tirarse al canal

El speeder aéreo de Betancore estaba sobre su soporte a mi izquierda. Lo puse en marcha y salí a toda marcha por el canal en persecución de Tanokbrey.

—¡Espera! ¡Espera! —oí que gritaba Betancore. No había tiempo.

La huida de Tanokbrey produjo un gran revuelo a lo largo del atestado canal. Lanzó su esquife contra el tráfico que venía en dirección contraria haciendo que la embarcación modificara el rumbo, la filigrana decorativa que adornaba el casco negro del esquife ya estaba mellada y rozada por una docena de impactos. La gente de la orilla y de otras embarcaciones chillaba y le gritaba mientras él se abría camino. En el punto en que aquel canal se cruzaba con uno principal, trató de aumentar la ventaja con un acelerón brusco. Una lancha rápida de correo que venía corriente abajo viró en el último momento, golpeó con fuerza contra el muelle y salió despedida con el casco destrozado mientras el conductor volaba por los aires.

Fui conduciendo el speeder entre el endiablado tráfico en pos de Tanokbrey. Quería ganar altura y pasar a un nivel donde poder aumentar la

velocidad sin temor a chocar, pero la placa antigravilatoria tenía una unidad reguladora que impedía subir a más de tres metros de altura. No tenía tiempo para averiguar dónde estaba el regulador y cómo desactivarlo. Dirigí el speeder entre esquifes que iban y venían, autobuses acuáticos que llenaban el agitado canal y otros speeders que pasaban como flechas.

Por delante podía oír el sonido lejano de las bandas militares. Tanokbrey salió disparado de la intersección con el Gran Canal y se encontró de lleno con el desfile vespertino. Un lento río de esquifes, barcazas militares y vehículos de escolta llenaba el canal a todo lo ancho. Las embarcaciones estaban llenas de jubilosos guardias imperiales y de oficiales, de atronadoras bandas regimentales y de dignatarios de la flota de combate. El aire estaba poblado de banderas y estandartes de las compañías, de águilas imperiales y de carnodontes gudrunitas. Una barcaza tenía la forma de un carnodonte enorme y dorado del que se sujetaban hombres de la guardia entre gritos de entusiasmo. De los cañones de mil rifles láser pendían guirnaldas que agitaba el viento. Las aceras y los puentes del Gran Canal estaban bloqueados por civiles que vitoreaban.

El esquife de Tanokbrey chocó contra el flanco de una barcaza de tropa y sobre él cayeron gritos e improperios mientras trataba de dar la vuelta. Desde la orilla, el público le arrojaba frutas, piedras y otros proyectiles.

Mientras maldecía a los furiosos soldados, rodeó con su esquife la popa de la barcaza, en un intento de abrirse camino a través del canal.

Yo ya estaba cerca, tratando de evitar el enfado de la multitud. Las embarcaciones que participaban en el desfile hacían sonar contra él sus alarmas y sirenas cuando se cruzaba en su camino. Un soldado de una de las barcazas saltó al esquife para tratar de desviarlo, y de una patada Tanokbrey lo tiró al agua antes de que pudiera afirmarse en cubierta. Eso puso las cosas todavía peor. Los improperios y la furia fueron en aumento. El desfile se transformó en un enorme desorden y docenas de guardias furiosos se apostaron en las barandillas de sus barcazas tratando de alcanzarlo.

Mientras forzaba la marcha de su esquife para alejarse de ellos, chocó contra una balsa que llevaba a la banda de una compañía. Varios músicos cayeron al agua por el impacto, y el orgulloso himno imperial que habían

estado tocando se disolvió en una cacofonía de notas equivocadas y ritmos interrumpidos.

Algunos soldados airados dirigieron contra él su pequeño esquife e hicieron que su embarcación se balanceara peligrosamente al tratar de abordarlo. Tanokbrey echó mano de su arma.

Ese fue su postrer error. Reduje la marcha y aterricé a la orilla del canal. Ya no tenía sentido continuar la persecución.

Tanokbrey disparó dos veces sobre la multitud y luego veinte o más rifles láser recién estrenados abrieron fuego desde una barcaza vecina, haciéndolos pedazos a él y a su esquife. La unidad reguladora explotó, diseminando fragmentos del casco por la superficie de las aguas agitadas y una columna de humo negro se elevó entre los estandartes.

Los jóvenes reclutas del 50° de Fusileros Gudrunitas habían conseguido la primera victoria de su carrera militar.

DIEZ

Un conflicto de jurisdicción
La Casa Glaw
A la caza de los secretos

Mucho después de medianoche seguía tratando de conciliar el sueño en mi habitación del Dorsay Regency. Bequin y Aemos ya hacía horas que se habían retirado a sus dormitorios. La luz que se reflejaba desde el canal formaba una serie de ondas argentadas en el techo de mi habitación en penumbra.

—¡Egida, espina de rosa! —me llegó súbitamente el susurro de Betancore a través de mi terminal de voz.

—Espectros, invasivo, sarmiento espiral.

Ya había saltado de la cama, me había calzado los pantalones y las botas y me estaba poniendo la chaqueta de cuero sobre el torso desnudo. Salí al vestíbulo del apartamento con mi espada de energía en la mano.

Betancore estaba junto a la pared del otro extremo, una pistola de aguja en cada mano. Me señaló la puerta principal.

Eran buenos y silenciosos, pero los dos podíamos ver un leve movimiento a través de las grietas que había alrededor de la puerta contra la luz del fondo del pasillo.

Una ligera vibración del picaporte me dijo que alguien estaba manipulando la cerradura. Betancore y yo nos colocamos contra la pared a uno y otro lado de la puerta. Cerramos los ojos y nos tapamos los oídos. Cualquier forzamiento de la puerta dispararía las cargas disuasorias, y no queríamos acabar ciegos ni sordos.

Se abrió una rendija en la puerta. No estalló ninguna carga. Nuestros visitantes habían detectado y neutralizado las medidas de seguridad. Eran mejores de lo que yo había supuesto en un primer momento.

Un fino tubo telescópico introducido por la grieta se extendió lentamente. Un sensor óptico que tenía en el extremo empezó a explorar los alrededores, inspeccionando la habitación. Tras hacer un gesto a

Betancore, avancé, cogí la varilla y tiré con fuerza al tiempo que activaba mi espada de energía.

Un cuerpo golpeó contra las puertas, arrastrado por mi fuerte tirón a la varita espía y entró trastabillando. De un salto me puse a horcajadas sobre el caído, quien, a pesar de la sorpresa, logró escabullirse con un juramento y lanzar un puñetazo. Tuve una vaga impresión de un hombre delgado y fuerte vestido de cuero muy ceñido.

Ambos rodamos por el suelo, luchando, tirando un sofá y derribando un candelabro. Mi adversario me tenía bien sujeto por la muñeca que sujetaba el arma.

Le di un puñetazo en la garganta con la mano izquierda.

Se desplomó, presa de náuseas. Yo me levanté justo a tiempo para oír una voz potente que decía:

—Depongan las armas, ahora.

Una figura de poca estatura, jorobada, estaba de pie en la puerta abierta. Betancore tenía las dos pistolas apuntándola, pero las estaba bajando lentamente a su pesar.

La figura había hecho uso de su voluntad. Yo me resistía su influjo, pero era demasiado para Midas. Las pistolas de aguja cayeron sordamente sobre la alfombra.

—Ahora usted —dijo nuevamente, volviéndose hacia mí—. Desarme esa espada de energía.

Pocas veces he tenido ocasión de sentir el efecto de la manipulación de un psíquico. La técnica era diferente de la que yo empleaba, y su fuerza de voluntad era indudablemente potente. Me preparé para el enorme esfuerzo de una lucha telepática.

—¿Se resiste? —preguntó la figura. Un cuchillo de energía mental se introdujo en mi cerebro haciendo que me balanceara hacia atrás. Supe de inmediato que había quedado superado. Estaba ante una mente antigua, poderosa, experimentada.

Un segundo acceso de dolor vino a sumarse al primero. El hombre al que había dejado ahogándose estaba ahora de rodillas, otro psíquico, más poderoso que el primero al parecer, pero con mucho menos control o técnica. Su ataque penetró mi cráneo y me hizo gritar de dolor, pero lo bloqueé mientras retrocedía y aparté su mente ávida con un desesperado y desenfocado golpe seco.

Las furiosas ondas psíquicas sacudían las ventanas y hacían vibrar los muebles. Los cristales se hicieron trizas y Betancore cayó al suelo gimiendo. La figura contrahecha dio otro paso adelante y me hizo caer de rodillas con renovados asaltos mentales. Sentí que me salía sangre de la nariz. Se me nubló la vista. Seguía sujetando firmemente la espada.

De repente, terminó. Alertados por el ruido, Aemos y Bequin habían entrado corriendo en la habitación. Bequin lanzó un grito. Su vacío mental, irrumpiendo abruptamente en el torbellino telepático, desvaneció de repente la energía, como un vacío que aspira el corazón de una hoguera.

La figura contrahecha gritó y vaciló, sorprendida. Yo me lancé hacia él, lo levanté y lo lancé pesadamente hacia el otro extremo de la habitación. Parecía frágil, pero pesaba más de lo que se habría supuesto por su tamaño.

Betancore recogió sus armas y encendió la luz.

El hombre al que había arrastrado a través de la puerta era poco más que un joven, corpulento, con un cráneo largo y rapado y una boca que era apenas una línea. Estaba tirado junto a la ventana, semiinconsciente. Llevaba un traje de cuero negro muy ceñido adornado con arneses. Bequin le quitó el arma que llevaba bajo el brazo.

El otro, el jorobado, se levantó lenta y dolorosamente. Sus viejos miembros rechinaban a la vez que protestaban. Vestía prendas largas y oscuras y además llevaba las manos delgadas enfundadas en guantes de satén negro, de los pliegues de sus vestiduras sobresalía gran número de llamativos anillos. Se echó para atrás la capucha.

Era muy viejo y su rostro castigado, surcado de arrugas parecía el hueso de una fruta. Su cuello, visible por encima del traje, dejaba entrever el trabajo de potenciación que indudablemente encerraba su cuerpo retorcido por la edad.

Sus ojos me miraron desde unas profundas cuencas, cargados de una furia desapasionada.

—Ha cometido un error —dijo entre dientes—, un error fatal, sin duda —extrajo un pesado amuleto y lo levantó para que pudiera verlo. El sello que llevaba grabado era inconfundible.

—Soy el inquisidor Commodus Voke.

—Bienvenido, hermano —dije sonriendo.

Commodus Voke se quedó mirando mi roseta durante unos segundos interminables y luego apartó la vista. Podía sentir las palpitaciones

psíquicas de su rabia.

—Tenemos un... conflicto de jurisdicción —dijo por fin acomodándose la ropa. Su asistente, que estaba otra vez de pie, me miraba torvamente desde un rincón de la habitación.

—Pues resolvámoslo —ofrecí—. Explíqueme por qué invade mis apartamentos en medio de la noche.

—Mi trabajo me trajo a Gudrun hace ocho meses. Una investigación en marcha, algo complejo. Un corsario había llamado mi atención, un tal Effries Tanokbrey. Estaba empezando a cerrar mi red en torno a él cuando algo lo hizo salir huyendo y lo mataron. Un cruce de datos me llevó a descubrir que un mercader de grano llamado Farchaval había tenido algo que ver con ese incidente.

—Farchaval es el nombre que uso aquí, en Gudrun.

—¿Le parece adecuado representar una farsa y ocultar su verdadera identidad? —dijo con tono burlón.

—Cada uno tiene sus métodos, inquisidor —respondí.

Nunca había conocido al gran Commodus Voke, pero su fama lo precedía. Un puritano insoportable de ética rígida, casi en la línea dura de los monodominantes de no ser por sus notables capacidades psíquicas. Creo que lo que más se adaptaba a sus creencias era una especie de doctrina toriana. Había servido como novicio con el legendario Absalom Angevin trescientos años atrás, y desde entonces había tenía una participación clave en algunas de las purgas más implacables y despiadadas de la historia del sector. Sus métodos eran abiertos y directos. El sigilo, la cooperación y los subterfugios eran conceptos que le repugnaban. Se valía de toda la fuerza de su categoría y del miedo que producía, para ir a donde le placía y exigir cualquier cosa a cualquiera con tal de conseguir sus fines.

Según mi experiencia, el método de mano dura, de imponer el terror, cierra tantas puertas como las que abre a puñetazos. Francamente, no me sorprendió que llevara ya sus buenos ocho meses en este planeta.

Me miró como si yo fuera algo con lo que había estado a punto de tropezar.

—Me molesta ver a inquisidores que se aferran a las formas blandas, taimadas, de los radicales. Eso es herejía, Eisenhorn.

Eso me produjo un sobresalto. Como ya he dicho, me precio de tener ideas bastante puritanas. Línea dura, inflexible a mi manera, pero lo

bastante flexible como para hacer mí trabajo eficazmente. ¡Y sin embargo, aquí estaba Voke tachándome de radical! Y en ese momento, junto a él, me sentí tratado casi como si fuera el más extremo y peligroso de los horusianos, el más artero e intrigante de los recongregacionistas.

Traté de pasarlo por alto.

—Necesitamos compartir más información, inquisidor. Algo me dice que su investigación tiene algo que ver con la Casa Glaw.

Voke no dijo nada ni mostró reacción alguna, pero sentí que su asistente se ponía tenso detrás de mí.

—Nuestras investigaciones se interfieren —proseguí—. Yo también estoy interesado en la Casa Glaw —en pocas palabras expuse lo relativo a las actividades de Eyclone en Hubris y expliqué la conexión con los Glaw y con Gudruna través del misterioso Pontius.

Había conseguido despertar su interés.

—Pontius no es más que un nombre, Eisenhorn. Por otra parte, Pontius Glaw lleva mucho tiempo muerto. Yo serví al digno Angevin en la purga que acabó con él. Yo mismo vi su cadáver.

—Y a pesar de todo, está investigando a los Glaw.

Respiró hondo, como si estuviera tomando una decisión.

—Después de la erradicación de Pontius Glaw, la Casa Glaw hizo grandes esfuerzos por distanciarse de esta herejía, pero Angevin, que su alma inmortal descanse en paz, siempre sospechó que la corrupción era más profunda y que la familia no estaba libre de ella. Se trata de una casa antigua y poderosa. Es difícil sacar a la luz sus secretos, pero no los he perdido de vista a lo largo de los últimos doscientos años. Hace quince meses, investigando una alianza religiosa en Sader VII, descubrí algunos indicios de que esa alianza, y algunos otros grupos minoritarios, estaban relacionados por un culto secreto y antiguo extendido por muchos mundos. Algunos indicios me trajeron a Gudrun y me pareció demasiada coincidencia que aquí estuviera precisamente la casa ancestral de los Glaw.

—Ahora estamos avanzando —dije, sentándome en una silla de alto respaldo y poniéndome una camisa que Bequin me trajo de mi alcoba. Aemos sirvió seis vasos de amasec de una frasca que había en el vestidor. Voke cogió el que le ofrecieron y se sentó frente a mí, bebiéndolo a sorbos y en actitud contemplativa.

Su asistente rechazó el vaso que le ofrecía Aemos y permaneció de pie.

—Siéntate, Heldame —dijo Voke—. Tenemos muchas cosas que aprender aquí.

—Seguí el rastro de una conspiración controlada por un notable propiciador —continué—, una conspiración basada en un crimen execrable. El rastro me llevó a Gudrun y a los Glaw. Usted hizo lo mismo con otra célula herética...

—En realidad, con otras tres —corrigió.

—Tres, entonces. Y se encuentra usted con una organización mucho mayor. Tal como están las cosas, los dos nos acercamos a lo mismo desde puntos opuestos.

Se pasó por los labios una lengua diminuta, pálida, y asintió.

—Desde mi llegada a Gudrun he desarraigado y quemado dos células heréticas. Tengo prácticamente la certeza de las actividades de otras nueve, tres de ellas de aquí, de Dorsay. He dejado que sigan con sus ritos mientras las observo. Llevan meses preparándose, al parecer, para algún acontecimiento. De repente, hace algunas semanas, cambiaron su forma de actuar. Debe de haber sido aproximadamente en el momento de su enfrentamiento en Hubris.

—Lo que se proponía Eyclone también era algo de gran envergadura, con grandes preparativos. Sin embargo, en el último momento, algo salió mal o tuvieron que cambiar los planes. Aunque lo derroté y acabé con él, sus planes se vinieron abajo por el hecho de que no llegara el Pontius. ¿Qué ha descubierto en sus investigaciones sobre la Casa Glaw?

—Les he hecho un par de visitas en tres meses, en ambas ocasiones hicieron todo lo que estaba en sus manos para respondera mis preguntas. Me dejaron revisar su hacienda y ver sus archivos. No encontré nada.

—Me temo que haya sido porque sabían que se enfrentaban a un inquisidor. Mañana, sir Farchaval tiene una cita de negocios con los Glaw en su hacienda.

Se quedó reflexionando sobre mis palabras.

—La Inquisición tiene el deber de mantenerse firmemente unida contra los archienemigos de la especie humana. En este espíritu de cooperación esperaré a ver qué consigue con sus dudosos métodos. Supongo que muy poco.

—Dentro de este espíritu de cooperación, Voke, compartiré con usted todo lo que averigüe.

—Hará algo mejor. Los Glaw me conocen, pero no así a todos mis discípulos. Heldane irá con usted.

—No me parece oportuno.

—Insisto. No voy a echar por tierra años de trabajo porque otro agente como usted pisotee todo lo que he conseguido. Exijo la presencia de mi propio observador sobre el terreno o no colaboraré.

Me tenía cogido, y lo sabía. Una negativa cerrada equivaldría a reconocer mi enfoque radical, inescrupuloso, y yo no tenía el menor deseo de enfrentarme con otro miembro de la Inquisición, especialmente con alguien tan poderoso e influyente como Commodus Voke.

—Entonces más le valdrá seguir exactamente mis instrucciones —dije.

Salimos de Dorsay hacia la hacienda de los Glawa las cuatro de la tarde siguiente. Otra vez nos vestimos de mercaderes acaudalados pero sin ostentación. A Bequin y a mí nos acompañaban Aemos, Betancore y Heldane, el hombre de Voke. Me complació ver que Heldane había conseguido adaptarse bastante bien a la ropa de un simple civil. El y Betancore se harían pasar por nuestros guardaespaldas y escolta, y Aemos representaría el papel de un biólogo genético.

Mácheles y otros cuatro delegados lujosamente ataviados del Real Gremio de Mercaderes Unidos de Sinesias nos esperaban en la central del gremio. Habían preparado una lanzadera atmosférica.

La lanzadera, un brillante vehículo en forma de flecha que llevaba el escudo del gremio, despegó de la plataforma de aterrizaje que había en el tejado del edificio del gremio y ascendió suavemente hacia el cielo. Mácheles nos informó que iba a ser un viaje de dos horas. Un servidor del gremio circulaba por la cabina lujosamente amueblada con bandejas de refrescos.

Mácheles nos explicó cuál iba a ser nuestra agenda: una cena formal con los representantes de la Casa Glaw esa noche, estancia de una noche y luego, al día siguiente, un recorrido por la hacienda. Después de eso, las negociaciones si ambas partes seguían interesadas.

Volábamos hacia el oeste, tierra adentro, dejando atrás el inestable clima costero y adentrándonos en un paisaje soleado de llanuras de pastoreo, suaves colinas y bosques bien cuidados. La línea plateada y

sinuosa del Drunner atravesaba el paisaje allá abajo. De vez en cuando se veían pequeños asentamientos, explotaciones rurales, una ciudad mercado compacta con una gran torre de la Eclesiarquía. También ocasionalmente veíamos otros vehículos aéreos a lo lejos.

En el horizonte occidental empezó a dibujarse la silueta oscura de una cadena montañosa. El atardecer hacía que se difuminaran las nubes. La región próxima a las colinas era ondulada, y poco a poco fue transformándose en un paisaje más majestuoso y escarpado, de espesos bosques en las cumbres y profundos valles.

Mácheles señaló, ufano, que ya estábamos sobrevolando la propiedad de los Glaw.

Pocos minutos después vimos la mansión destacándose sobre las oscuras montañas; era una casa de tres pisos construida en estilo neogótico sobre una elevación del terreno y desde cuyas cien ventanas se dominaba un profundo valle. La fachada de piedra blanca relucía con una luz fantasmagórica en el crepúsculo. A ambos lados de la estructura principal había unas extensas alas construidas en diferentes épocas. Una de ellas conducía a los establos y demás edificios de piedra construidos en las lindes del bosque que supuse serían los alojamientos de la servidumbre. La otra bordeaba la cima de la elevación y estaba dominada por una cúpula a la que el sol arrancaba un brillo dorado. El lugar era enorme y, sin duda, laberíntico. En su interior habría cabido la población de una ciudad pequeña.

La lanzadera aterrizó en un gran patio de piedra detrás de la casa. Al lado del patio, en lo que parecían unas caballerizas reconvertidas, había otras tres lanzaderas estacionadas en hangares con talleres de mantenimiento bien equipados.

Desembarcamos en el patio. El aire era frío y una brisa nocturna traía consigo una lluvia intermitente. El viento silbaba en los grupos de árboles que había detrás de las casa. Pesados nubarrones bordaban el cielo de la noche por encima de las montañas.

Unos sirvientes vestidos con libreas verde oscuro acudieron presurosos para recoger nuestro equipaje y abrir grandes para guas con los que protegernos de la llovizna. Algunos guardias uniformados de la casa de los Glaw vigilaban el patio. Con su aire altanero y confiado dentro de sus largos chubasqueros color verde esmeralda y sus cascos de plumas plateadas me dieron la impresión de unos experimentados veteranos.

Los sirvientes nos escoltaron junto con los emisarios del gremio hasta un atrio con suelo de baldosas negras y blancas al que la luz daba una tonalidad argentada. Del alto techo abovedado pendían docenas de enormes lámparas de cristal. En las puertas, más guardias. Realmente la milicia de los Glaw era considerable.

—Bienvenidos a la Casa Glaw —dijo una voz femenina.

Una mujer de buena planta y alto linaje cuyo rostro empolvado reflejaba la despreocupación propia de la nobleza, se acercó a nosotros. Llevaba un majestuoso vestido negro, largo, de falda amplia y adornado con bordados, y un gran tocado con dos picos de redecilla negra y perlas atado bajo el mentón con una ancha cinta negra.

Mácheles y los representantes del gremio hicieron ceremoniosas reverencias y nosotros cinco saludamos con unas inclinaciones de cabeza más sobrias.

—Lady Fabrina Glaw —anunció Mácheles. Se acercó, los sirvientes vestidos de verde formaban una estela humana detrás de ella.

—Señora —dije.

—Sir Farchaval. Es un placer conocerlo.

Nos acompañó en un breve recorrido por la casa. Pocas veces había visto semejante extravagancia y tanta riqueza fuera de una corte imperial...o de los aposentos de Tobius Maxilla. Unos ágiles perros de caza nos acompañaban trotando a nuestro lado. Lady Fabrina nos señaló algunos cuadros antiguos, en su mayoría retratos al óleo, pero también algunas obras hololíticas exquisitas, así como vividas miniaturas de psicopintura. Su ilustre familia... tíos, abuelos, primos, matriarcas, señores de la guerra. Ahí estaba Vernal Glaw con el uniforme de la milicia de la casa. Allí estaba Orchese Glaw recibiendo a la casa real de Sameter. Más allá, los hermanos Lutine y Gyves Glaw en una cacería. Allí también el gran Oberon, con el uniforme de comandante imperial y una mano apoyada sobre un antiguo globo de Gudrun.

Los emisarios hicieron las obligadas exclamaciones de admiración. La propia Fabrina daba la impresión de estar haciendo algo programado. Representaba el papel de anfitriona. AI fin y al cabo no éramos más que mercaderes de grano y esto era un deber, una obligación.

Vi a Aemos tomando notas subrepticiamente. Yo también estudié todo con atención, en especial la geografía de la casa. En un gran pasillo, el suelo estaba cubierto por las pieles bastante gastadas de tres carnodontes

con los miembros extendidos, las grandes fauces de enormes colmillos y los ojos amenazadores inmovilizados en actitudes furiosas. Incluso en este triste estado, el tamaño y el poder de estas criaturas hablaban por sí mismos.

—Antes los cazábamos, pero ahora sólo quedan unos pocos —señaló Fabrina Glaw en un aparte al ver mi interés—. Fue en la antigüedad hace mucho tiempo. Por entonces la vida era mucho más feudal. En la actualidad la Casa Glaw mira enteramente hacia el futuro.

A la hora de la cena, en la gran sala de banquetes, se nos unieron Urisel Glaw, el comandante de la milicia de la casa, y su hermano mayor, Oberon, que era el actual lord Glaw. Pero la cena no era sólo en nuestro honor. Un primo de la familia Glaw y sus allegados habían acudido de visita desde el ultramundo, y también otras delegaciones comerciales y un opulento armador de naves llamado Gorgone Locke.

No me sorprendió. La visita de unos comerciantes de granos, aunque vinieran acompañados por el prestigioso Gremio Sinesias, no era ocasión para un banquete formal. Lo más apropiado era incluirnos en un acontecimiento de más envergadura. Sin duda se nos quería impresionar.

Asistí con Bequin y Aemos. Aquí no tenían cabida ni los sirvientes ni los guardaespaldas, de modo que Betancore y Heldane habían sido conducidos a nuestros departamentos donde se les había servido la cena. Eso iba bien a mis planes.

Había cuatro mesas largas en el salón con gran profusión de carnes asadas, frutas e incontables manjares. Por todas partes circulaban atentos mayordomos y personal de servicio, ofreciendo bandejas y llenando copas. En las esquinas de la estancia montaban guardia unos severos miembros de la milicia de la casa con uniformes verdes de brocado y cascos de plata relucientes.

Nos colocaron en la tercera mesa, con un contingente de mercaderes de ganado de Gallinate, una ciudad del continente meridional de Gudrun. Nuestra categoría nos hacía merecedores de la compañía de Lady Fabrina, el capitán Terronce, de la guardia de la casa, y un hombre muy conversador llamado Kowitz, responsable oficial de la Casa Glaw para las compras de productos.

Lord Oberon y su hermano, Urisel, presidían la mesa principal junto con su primo visitante, el capitán mercante Locke y un anciano eclesiarca llamado Dazzo. Kowitz me contó de muy buena gana que el eclesiarca

Dazzo representaba a una orden misionera de Damasco, un mundo fronterizo del subsector, a la que patrocinaba la Casa Glaw.

La verdad, era difícil hacer callar a Kowitz. Cuando los mayordomos le volvieron a llenar la copa, siguió hablando, e identificó a todos los demás grupos de huespedes. La Casa Glaw tenía intereses en mundos de todo el subsector, y banquetes regulares como este ayudaban a que todo siguiera funcionando.

En un momento dado me las ingenié para endosárselo a Aemos, el único hombre a quien creía capaz de hablar más que él. Los dos se enzarzaron en una compleja discusión sobre la balanza comercial del subsector.

Yo no perdía de vista la mesa principal. Urisel Glaw, un hombre corpulento y abotargado, dedicaba mucha atención a Gorgone Locke. Examiné a Urisel minuciosamente. Había algo en él, entre otras cosas su cara ancha, hinchada y su pelo liso y engominado, que hacían que se pareciera mucho a los retratos de su misterioso e infame antepasado Pontius. Bebía con prodigalidad y reía con una risa húmeda, fácil, las bromas del armador. Sus dedos gruesos y fuertes tiraban del cuello con galones de su uniforme para dar cabida a su generosa papada.

Lord Oberon era un hombre alto y delgado, con unos pómulos que sobresalían en su cara como dos acantilados por encima de una perilla en forma de horquilla. En su fisonomía eran evidentes las características familiares de los Glaw, pero tenía un aire más majestuoso y distinguido y no había en él muestras de la languidez displicente de su hermano menor. Lord Glaw se pasó la noche conversando alegremente con su primo ultramundano, un cretino joven y presuntuoso de risa estridente y los modales estereotipados de la corte. Sin embargo, daba la impresión de que el que más le interesaba era el callado eclesiarca, Dazzo.

También observé al armador. Gorgone Locke era un gigante huesudo con ojos hundidos y sombríos. Llevaba el largo pelo rojo atado en la nuca y adornado con abalorios, en su sobresaliente mentón apuntaba una barba plateada. Me preguntaba cuál sería su nave y de qué se ocuparía. Pensé en ponerme en contacto con Maxilla y hacer averiguaciones.

El banquete duró hasta después de medianoche. Tan pronto como fue posible sin faltar a la cortesía, nos retiramos a nuestras habitaciones.

Los Glaw nos habían asignado un conjunto de habitaciones en el ala oeste. Fuera se había levantado un viento que aullaba al bajar por el tiro de

la antigua chimenea. La lluvia tamborileaba en las ventanas y puertas que se sacudían y golpeaban empujadas por las ráfagas.

Heldane estaba solo en la sala de estar cuando volvimos. Estudiaba varias placas de datos que tenía abiertas sobre una mesa y levantó la vista cuando entramos.

—¿Y bien? —le pregunté.

El y Betancore habían hecho barridos del ala inmediata mientras nosotros cenábamos. Me mostró los resultados. La mayoría de las habitaciones tenían cables espía, ladrones de voz y unos cuantos pictosensores, además habían instalado una compleja red de sistemas de alarma. Heldane había preparado una pequeña interferencia para evitar el espionaje en nuestras habitaciones.

—Comparaciones —dijo, mostrándome una superposición de dos gráficos en una placa de datos—. Las zonas verdes son las partes de los edificios a las que mi maestro tuvo acceso durante sus visitas. —Voke había tenido la gentileza de proporcionarme informes de sus inspecciones.

—Superpuestos, en rojo, podemos ver los resultados de los barridos que conseguimos hacer su hombre y yo esta noche.

Había discrepancias considerables. Era posible que Voke hubiera abierto todas las puertas que había encontrado, pero aquí se veían áreas fantasma a las que no había tenido acceso porque no sabía de su existencia.

—¿Esto son sótanos? —pregunté.

—Sin duda son construcciones en el subsuelo —respondió Heldane. Tenía una voz blanda, débil que parecía salir con dificultad de la pequeña abertura de su boca—. Junto a las bodegas del vino.

Las cortinas volaron hacia adentro al abrirse una ventana exterior. Betancore, con su ceñido traje negro mojado por la lluvia trepó hacia el interior. Se quitó los guantes y las botas adherentes y desató el correaje de su equipo.

—¿Qué has encontrado?

Chorreando y aterido bebió una copa de licor que le alcanzó Bequin y me mostró las anotaciones de su escáner.

—El tejado está erizado de alarmas. No me atreví a explorar demasiado a pesar de mis sensores y aparatos de interceptación. Hay habitaciones debajo del ala oeste de las que el inquisidor Voke no tenía ni

idea. Al parecer hay una red de túneles que las comunican con el ala oeste por debajo del patio.

Dediqué unos minutos más a repasar los detalles y luego me dirigía mi habitación a cambiarme de ropa.

Me puse un traje ceñido de entramado de plástico color negro mate que aislaba del calor, además de una capucha ajustada y unos guantes acolchados. Luego me coloqué un arnés alrededor del torso y llené los bolsillos con un osciloscopio, un juego de llaves múltiples, un cuchillo retráctil, una antorcha tubular, dos unidades de interceptación y un escáner portátil. Me coloqué el auricular de la unidad de voz en el oído, debajo de la capucha, introduje una pistola automática en la funda sujeta al pecho y dos cargadores de repuesto en el bolsillo del muslo y por último guardé mi roseta inquisitorial en un bolsillo a la altura de la cadera.

Era una misión en la que corría el riesgo de que me descubrieran. La roseta sería mi comodín, y lo jugaría en caso de que fuera necesario.

Volvía la sala de estar y me puse los guantes y botas adherentes que había usado Betancore.

—Si no regreso antes de una hora, podéis empezar a preocuparos —les dije.

Afuera me esperaban la oscuridad, la lluvia y los embates del viento.

Los muros de la casa estaban empapados y eran viejos. En algunos lugares la pintura estaba desconchada. Tenía que moverme con mucho cuidado para asegurarme de que las almohadillas adherentes de mis guantes y mis botas se sujetaran con seguridad.

Avancé por el lateral de la casa guiándome por el tacto hasta que pude trepara un saliente de los canalones. Me había atado la placa de datos de Betancore al antebrazo izquierdo para poder consultarla con facilidad. La pequeña pantalla iluminada presen taba un modelo tridimensional del edificio y un localizador inercial incorporado a la placa desplazaba el mapa y mantenía centrada mi ubicación en todo momento.

A pesar de la lluvia, oí el crujir de unas pisadas sobre la grava dos pisos más abajo. Me pegué a los ladrillos y desconecté la placa de datos para que la luz verde de la pantalla no me delatara.

Dos hombres de la milicia de la casa pasaron por debajo de mí con sus chubasqueros, iluminados por las ventanas de la planta baja. Se refugiaron en el porche y poco después vi el fogonazo de un mechero o una cerilla. Ahora me llegaba un olor empalagoso a obscura.

Estaban prácticamente debajo de mí y no me atreví a moverme hasta que se fueran. Esperé. El frío y la postura forzada que me había visto obligado a adoptar hacían que se me entumecieran las articulaciones.

La lluvia arreció y el viento sacudió los árboles invisibles de los empinados bosques que había detrás de la casa. Podía oír a los hombres hablando allí abajo, y alguna risa ocasional.

Esto no iba a salir bien. Estaba perdiendo el tiempo y casi no sentía las piernas.

Me centré, respiré hondo para tranquilizarme e hice uso de mi voluntad.

Encontré sus mentes, dos rastros cálidos en medio del frío, por debajo de mí. Las percibía blandas y borrosas. Indudablemente sus respuestas estaban atenuadas por los efectos narcóticos de la obscura. Sería difícil arraigar fuertemente unas sugerencias, pero serían vulnerables a la paranoia.

Me abrí camino con mi voluntad, jugueteando con sus ansiedades.

En cuestión de segundos abandonaron el refugio del porche susurrando animadamente e iniciaron un trote por el patio.

Aliviado, descendí por el muro apoyando el peso del cuerpo contra el saledizo de una ventana y los pies en un soporte que encontré en el canalón.

Una vez en el suelo, me ceñí a la sombra del ala oeste y avancé por el patio. El minucioso reconocimiento de Betancore había revelado la presencia de detectores de láser en torno a la caseta del guarda, y otros que hacían el recorrido desde los macizos de los extremos hasta la pileta de una fuente que había en el patio. Aunque no podía verlos, estaban marcados con precisión en la placa y no tuve más que pasar por encima de ellos uno tras otro, todos salvo el último, que pasaba a la altura de la cintura y que esquivé agachándome.

Mi objetivo eran los hangares de las lanzaderas situadas en el extremo más lejano del patio trasero. Los barridos habían revelado un punto de acceso a la red subterránea precisamente allí. Betancore había encontrado otros, pero estaban en áreas privadas de la casa o en el sector de servicios, como la cocina, las cámaras frigoríficas y la despensa.

Las puertas de los hangares estaban cerradas y dentro no se veían luces. Subí por el muro de piedra y me desplacé por el tejado. En la cumbre de cada uno de los hangares había un respiradero para la salida de

los humos de los escapes. Con mi cuchillo retráctil conseguí abrir un panel de metal haciendo palanca sobre él y me introduje por la abertura.

Al mirar hacia abajo vi que el corto conducto de metal iba a dar encima de una de las lanzaderas estacionadas. Me dejé caer y quedé a horcajadas sobre el vehículo en medio de la penumbra del lugar.

Bajé de la nave y la rodeé. Una pequeña compuerta en la pared daba acceso al taller de servicios que daba a su vez a un almacén de repuestos. El suelo de ferrocemento estaba manchado de aceite y tenía que avanzar con cuidado en la oscuridad para no chocar con tornos, bandejas de herramientas o cadenas de sujeción.

Consulté la placa de datos. El acceso estaba en el fondo del almacén de repuestos.

Esta era una puerta para tomársela mucho más en serio. Tenía un cierre de ceramita a prueba de manipulaciones, una alarma de tambor y un teclado para introducir códigos.

Suspiré, aunque nunca pensé que fuera a resultar fácil. Iba a tener que aplicar un desactivador para evitar que se desencadenara una alarma o señal de acceso. Luego tendría que utilizar el escáner y buscar y configurar un código utilizable. Si tenía suerte podían ser diez minutos, si no, podía llevarme horas.

Me quité los guantes adherentes para poder manipular las herramientas con más facilidades, hice una pausa. De repente tuve una idea. Mi mentor, el poderoso Hapshant, no tenía habilidades psíquicas propias. Un monodominante hecho y derecho, que el Emperador lo tenga en la gloria. Sin embargo, había creído fervientemente en el instinto visceral. Me decía que no había nada de malo en que un siervo del Emperador se dejase llevar por su instinto. En su opinión, se trataba de sensaciones provocadas por el propio Emperador.

Introduje la palabra «daesumnor» en el teclado. La cerradura se activó y la puerta se abrió.

Una escalera limpia, cálida, bien ventilada, mucho más nueva que las estructuras principales de la mansión, me condujo al sistema subterráneo. Había una lámpara protegida cada tres metros en las paredes. De acuerdo con el diagrama y según mis cálculos, debía estar unos diez metros bajo tierra avanzando por el ala este. Me quité la capucha para oír mejor.

«Daesummor» abrió otra compuerta y me encontré en un largo pasillo con puertas de escotilla en uno de los lados. Por una que estaba abierta

salían voces y olor a humo.

Avancé sigilosamente y rodeé la puerta para poder echar una mirada al interior.

—... garantizado dentro de dos semanas —decía una voz.

—¡Lo mismo dijiste hace un mes! —le respondió otra voz con sorna —. ¿Qué sucede? ¿Estás tratando de aumentar tus tarifas?

La habitación era una especie de salón o estudio. Las paredes estaban cubiertas de estanterías de madera llenas de libros y placas con precisión de archivo. Las lámparas del techo y algunos difusores cerrados de cristal colocados ante las estanterías emitían una luz tenue. Me trajeron a la memoria las unidades de entorno protector y controlado que usaban las bibliotecas imperiales para el uso de textos especialmente antiguos y valiosos.

La sala estaba alfombrada, y al rodear la puerta pude ver a cuatro hombres sentados alrededor de una mesa baja en asientos semejantes a tronos. Uno estaba de espaldas, pero por los pliegues de su chaqueta, que caían sobre los brazos del sillón, supe que era Urisel Glaw. Frente a él, recortado en su asiento, estaba el armador Gorgone Locke. A los otros dos no los conocía, pero tenía la sensación de que habían estado presentes en la cena. Todos tenían copas de licor en la mano, y uno de los desconocidos estaba usando una pipa de agua para inhalar obscura. Había varios objetos sobre la mesa, algunos envueltos en terciopelo, otros desenvueltos y desplegados. Parecían lápidas de piedra, algún tipo de reliquias antiguas.

—Sólo trato de explicar la demora, Glaw —dijo Locke—. Son una cultura con la que resulta bastante difícil tratar en los mejores momentos.

—Por eso te pagamos —dijo Glaw con una risa burlona. Se inclinó hacia adelante y jugueteó con una de las lápidas.

—Pero no aguantaremos mucho más. Hemos invertido mucho en esto. Tiempo, dinero, recursos. Para ello hubo que retrasar o cancelar otros negocios, algunos de ellos muy especiales para nosotros.

—No se verá defraudado, señor —dijo el hombre de la pipa de agua. Era un individuo de complexión débil, calvo, de ojos de un azul desvaído y vestido con un traje negro muy sencillo—. El origen arqueoxénico de estas piezas habla por sí solo. Los saruthi son serios en su oferta.

Urisel inició una respuesta y se puso de pie. Me oculté y me alejé por el pasillo. El código de Eyclone abrió la puerta que había al final y entré en una bóveda amplia y circular. A ambos lados había más escotillas con

la misma forma. Ante mí se elevaba un arco más amplio protegido por una pantalla de energía en lugar de puerta.

Me apresuré a esconderme al lado de la columna en el momento en que alguien desactivó la pantalla de energía desde dentro. Una figura salió y se dio la vuelta para volver a levantar la pantalla. Era Kowitz.

Lo cogí por detrás, apretándole la garganta con el brazo para que no pudiera hablar mientras con la otra mano le sujetaba el brazo derecho. Gorgoteó y forcejeó. Le di un empujón e hice que se golpeara la cabeza contra el marco de la puerta.

Kowitz cayó inerte. Lo arrastré a través del portal de energía abierto. Un control instalado en la pared interior volvió a cerrar la pantalla.

La cámara era larga y de techo bajo. El aire controlado por un climatizador era seco. Me di cuenta de que era una especie de capilla, con piso de piedra y nave rectangular que desembocaba en algo que me pareció un altar. Por lo demás, la estancia no tenía ninguna otra particularidad ni siquiera asientos o reclinatorios. Unas lámparas encastradas en el techo iluminaban el lugar. Dejando a Kowitz en el suelo recorrí el resto de la capilla y examiné el altar más de cerca.

Tenía dos metros de altura y estaba hecho de una sola pieza de obsidiana negra. La piedra vidriosa parecía brillar con una luz interna. En su parte superior había un sagrario de unos treinta centímetros cuadrados. Abrí la tapa con cuidado valiéndome de la hoja de mi cuchillo. Sobre el fondo de terciopelo había una intrincada esfera. Parecía un trozo de cuarzo en bruto del tamaño de un puño cerrado, con circuitos internos de oro y cables entrelazados de una manera compleja. Algo parecido a una desmesurada piedra preciosa en bruto que estuviera engarzada de una manera estrafalaria.

Giré sobre mis talones al oír un ruido detrás de mí.

Kowitz, con la cara cubierta por la sangre que le salía de la herida de la frente, me apuntaba con una pistola láser. Estaba pálido, furioso, confundido.

—Aléjate de Pontius, escoria —dijo.

ONCE

Revelaciones
Una diversión de la nobleza
Pacificación 505

No era éste el mejor lugar para quedar atrapado. Ahondé en mis reservas de concentración y, sin movimiento físico alguno, le asesté un golpe justo en medio de los ojos.

Una descarga psíquica como aquélla, especialmente desde tan cerca y con una línea de visión tan clara, debería haberlo derribado con la fuerza de una maza, pero Kowitz ni siquiera pestañeó.

—No hagas que te lo repita —dijo, levantando el arma hasta apuntarme en la cabeza.

Aquella estancia estaba psíquicamente protegida. Tenía que ser eso. Eso, o que algo estaba absorbiendo las energías psíquicas del propio aire.

—Se trata de un malentendido, Kowitz —insistí—. Salí a dar un paseo y debo de haberme despistado.

Era una tontería, pero quería distraerlo y mantener su mente ocupada.

—No lo creo —dijo entre dientes. Mientras tanto rebuscaba a sus espaldas con la mano que le quedaba libre tratando de encontrar el panel de control de la entrada donde había una alarma.

Esperé, en cualquier momento tendría que volverse involuntariamente para orientar sus movimientos.

Cuando el gesto se produjo, me lancé hacia adelante y hacia abajo, sacando mi pistola automática.

Miró hacia atrás al tiempo que gritaba y disparó, pero apuntó demasiado alto y el tiro fue a rebotar en la pared del otro extremo.

Agachado como estaba, le disparé dos veces a la garganta y lo hice caer contra el escudo de energía que crepitó con el impacto.

Kowitz cayó boca abajo en el suelo y a su alrededor empezó a formarse un charco de sangre.

Eché mano del control de la puerta. Una runa de color ámbar parpadeaba. El bastardo había conseguido pulsar algo. Golpeé el desactivador de la puerta.

Nada.

Introduje la palabra «daesumnor” en el teclado. Nada.

Me di cuenta de que estaba en una situación muy difícil. Supuse que Kowitz había activado una alarma de bloqueo total.

Urisel Glaw y varios hombres de su milicia aparecieron al otro lado de la puerta reverberante. Podía verlos tratando de ver lo que pasaba dentro y gritando.

Me aparté de la puerta y cogí la pistola láser de Kowitz. Cuando la puerta se abriera, usaría las dos armas para abatir al primero que tratara de entrar.

Entonces algo psíquico, oscuro y de un poder monstruoso, se introdujo en mi mente desde algún punto situado a mis espaldas y perdí la conciencia.

Al volverme me encontré con un rostro que me miraba. Era un rostro hermoso de mirada vacía. Empezó a decir algo, pero luego entró en combustión y se deshizo, y me di cuenta de que no era más que un sueño. Por fin de desperté del todo a un mundo en el que todo era dolor.

—Ya basta. No lo mates —dijo una voz. También oí una risa y un temblor de espantosa agonía me atravesó el cerebro, los pulmones y el abdomen.

—¡Dije que ya basta! ¡Locke!

Entonces se oyó una maldición. La agonía se redujo y lo único que quedó fue un entumecimiento y, en el fondo, un dolor punzante.

Tenía los miembros extendidos y los tobillos y las muñecas apresados por unos grilletes que me mantenían sujeto a una enorme cruz de madera. Me lo habían quitado todo, el equipo, el arnés, la capucha, el auricular, todo excepto las mallas de mi traje y las botas. Tenía en los labios, la boca, el mentón y la garganta, algo que sólo podía ser sangre coagulada, y de la nariz manaba todavía sangre fresca.

Abrí los ojos. Un puño carnoso sostenía mi roseta inquisitorial delante de mi cara.

—¿Reconoce esto, Eisenhorn?

Escupí sangre.

—¿Creyó que podría venir y andar por todas partes a su antojo, presentar este escudo y hacer que todos tembláramos de miedo?

Urisel Glaw apartó la roseta y me miró fijamente.

—Las cosas no funcionan así con la Casa de Glaw. No nos asustan los de su calaña.

—Entonces es que... son unos mentecatos —dije.

Con un golpe en la frente de su mano abierta hizo que mi cabeza diera contra la cruz.

—¿Cree que sus amigos van a venir en su ayuda? Los hemos cogido a todos. Están en las mazmorras justo debajo de donde estamos nosotros.

—Hablo muy en serio —dije—. Otros saben que estoy aquí. Y supongo que usted no querrá problemas con un representante de la Inquisición, por más que piense que lo tiene a su merced.

Glaw aproximó más su cara a la mía y sus manos se cernieron sobre mí.

—No se preocupe. No es que subestime a la Inquisición, es sólo que no la temo. Ahora tengo algunas preguntas que quiero que me responda...

Se enderezó y retrocedió. Vi la sucia piedra de la celda donde nos encontrábamos, una compuerta de doble cerrojo en una esquina a la que conducían algunos escalones de piedra. Lord Oberon Glaw y el fumador de obscura de la biblioteca estaban al pie de los escalones mirando con atención. El armador Gorgone Locke estaba por allí cerca, a horcajadas sobre un mugriento banco de madera. Tenía un extraño aparato en la mano derecha, un guante de metal segmentado cada uno de cuyos dedos terminaba en una púa fina como una aguja.

—Está equivocado, Glaw. Es de usted de quien se esperan respuestas.

Urisel Glaw hizo un gesto a Locke que se levantó y avanzó hacia mí flexionando el guante.

—Eso es un látigo neural estrousino. Nuestro amigo, el señor Locke es todo un experto en su aplicación. Estuvimos encantados cuando se ofreció para efectuar el interrogatorio.

Locke me cogió por la garganta con la mano en la que no tenía guante, me empujó la cabeza hacia arriba y su puño enguantado desapareció hacia abajo, fuera de mi campo visual.

Un segundo después, unas punzadas de dolor me atravesaron los pulmones y el corazón y empecé a sentir espasmos en la tráquea. Estaba ahogándome.

—Los hombres cultos como usted lo saben todo sobre los puntos de presión —dijo Locke en tono coloquial—. También los estrousi, pero ellos no se limitan a presionarlos, prefieren quemarlos. Estudié durante un año aproximadamente con uno de sus torturadores sagrados. Este punto, por ejemplo, el que lo está ahogando, también le está paralizando el aparato respiratorio y el corazón.

Apenas podía oírlo. Sentía la sangre golpeteando en mis oídos, veía un estallido de luces de color y se me nublaba la vista.

Retiró el guante. El dolor y el ahogo cesaron.

—De la misma manera puedo pararle el corazón, quemarle el cerebro, dejarlo sordo. Siga jugando, pues.

Con toda la fuerza de que fui capaz le sonreí y le dije que su hermana había dicho que yo hacía el amor mejor que él.

El guante se cerró sobre mi cara y las agujas se me clavaron en las mejillas. Un dolor sordo me corrió por la cara. Volvía perder la conciencia durante un momento.

—¡...no lo he matado! —oí decir a Locke mientras iba recuperando la conciencia y un dolor lacerante me atravesaba la cara.

—¡Mírelo! ¡Mírelo! ¿Dónde está ahora esa sonrisa presuntuosa, insignificante bastardo?

No respondí.

Locke se aproximó tanto que su frente tocó la mía y lo único que podía ver eran sus ojos.

—La acción de las agujas —se burló mientras me echaba su asqueroso aliento a obscura sobre la boca—. Apenas toqué algunos puntos de tu cara. No volverás a sonreír.

A punto estuve de decirle que no tenía muchos motivos para hacerlo, pero en lugar de eso eché la cabeza hacia adelante y le mordí la boca.

Su grito, transmitido por nuestro contacto, me sacudió las mandíbulas. Saltó la sangre mientras sus puños me golpeaban repetida y desesperadamente en la cabeza y en el cuello. Su largo pelo rojo se soltó y los extremos adornados con cuentas restallaban alrededor de mi cabeza. Por fin consiguió desprenderse, rugiendo. Escupí la sangre que me llenaba la boca y un buen trozo de su labio inferior.

Sujetando con la mano desnuda la boca destrozada, Lock ese echó hacia atrás, enfurecido y luego se lanzó sobre mí. Me dio dos brutales

puntapiés en el vientre y en la cadera y me golpeó con tanta fuerza en la mejilla que a punto estuvo de romperme la columna.

Luego sentí cómo se me clavaban las agujas en las costillas del lado izquierdo y una agonía asfixiante se apoderó de mí.

Locke no dejaba de gritarme obscenidades a la cara. Una vez más perdí el sentido.

Volví en mí con un malestar espantoso, jadeando, mientras Urisel arrancaba a Locke de mi lado y lo arrojaba hasta el otro lado de la celda.

—¡Lo quiero vivo! —rugió.

—¡Mire lo que me ha hecho! —se quejó Locke de una manera casi ininteligible a través de la sangre y de los labios destrozados.

—Deberías haber tenido más cuidado —intervino Oberon Glaw acercándose. Se inclinó para estudiarme y yo miré su cara altanera, leonina, poderosa e impositiva.

—Está medio muerto —gruñó con fastidio—. Estúpidos, os dije que quería respuestas.

—Hágame usted las preguntas —dije con voz entrecortada. Lord Oberon enarcó las cejas y se quedó mirándome.

—¿Qué fue lo que lo trajo a mi casa, inquisidor?

—El Pontius —respondí. Fue una apuesta y no tenía muchas esperanzas, pero siempre existía la posibilidad de que la mera palabra hiciera que se autodestruyesen como había hecho con Saemon Crotes en la Cúpula del Sol de Hubris. Tal como sospechaba, no fue así.

—¿Vino usted de Hubris?

—Allí interrumpí el trabajo de Eyclone.

—Fue abortado de todos modos —dijo lord Oberon apartándose de mí.

—¿Qué es el Pontius? —pregunté tratando sin éxito de centrar mi voluntad. El dolor que sentía era avasallador.

—Si usted no lo sabe, es difícil que yo se lo diga —respondió Oberon Glaw.

Se volvió a mirar a Urisel, a Locke y al fumador de obscura.

—No creo realmente que sepa nada sobre el genuino. Pero quiero estar seguro. ¿Puedo confiar en que haga bien su trabajo, Locke?

El armador asintió. Volvió a acercarse a mí, flexionando el guante, y me introdujo una aguja en la cabeza por detrás de la oreja.

Sentí que el cerebro se me quedaba entumecido. Casi me resultaba imposible concentrarme.

—La aguja de mi dedo índice está apuntando exactamente al surco parieto-occipital —me gritó al oído—, influyendo sobre el mismísimo centro. No puede mentir, sea lo que sea. ¿Qué sabe sobre el genuino?

—Nada...—tartamudeé.

Removió la aguja y dentro de mi cabeza el dolor se volvió lacerante.

—¿Cómo se llama usted?

—Gregor Eisenhorn.

—¿Dónde nació?

—En el mundo de DeKere.

—¿Su primera conquista sexual?

—Tenía dieciséis años, una doncella en la escuela...

—¿Su temor más oscuro?

—¡El hombre de la mirada vacía!

Todas las respuestas eran sinceras, involuntarias, pero cuando de buenas a primeras dije eso, yo mismo me sorprendí.

Locke no había terminado. Volvió a remover la aguja y me introdujo otras en la nuca hasta que sentí el cuerpo paralizado y un frío me corrió por las venas.

—¿Qué sabe usted del genuino?

—Nada.

Sin quererlo, empecé a sollozar de dolor.

Gorgone Locke siguió interrogándome cuatro horas más... Cuatro horas que yo sepa, porque más allá de eso no recuerdo nada.

Cuando desperté estaba sobre un suelo helado de rocacemento. El dolor y la fatiga atenazaban cada átomo de mi ser. Casi no podía moverme. Nunca hasta entonces había soportado semejantes extremos de dolor y desesperación. Jamás me había sentido tan próximo a la muerte.

—Tranquilo, Gregor... estás entre amigos... —esa voz, Aemos. Abrí los ojos. Uber Aemos, mi sabio de confianza me estaba mirando con una expresión desolada que ni sus ojos potenciados podían ocultar. Tenía una magulladura en la cara y sus vestiduras estaban desgarradas.

—No te muevas, viejo amigo —me encareció.

—Tú me conoces, Aemos —dije y me senté lentamente. Fue un trabajo enorme. Varios grupos musculares se negaban a moverse y estaba a punto de vomitar.

Miré en derredor y lo vi todo borroso.

Estaba echado en el suelo de una celda circular de rocacemento. Había una compuerta en un lado y una salida enrejada en el otro. Aemos estaba en cuclillas cerca de mí, y Alizebeth Bequin, con la ropa desgarrada y sucia, agachada detrás de él, mirándome por encima de su hombro con genuina preocupación. Al otro lado de la celda estaba Heldane, con los brazos cruzados, y detrás de él, encogidos, estaban Mácheles y los otros cuatro emisarios del Gremio Sinesias que nos habían traído hasta aquí. Todos estaban pálidos y tenían los ojos enrojecidos, como si hubieran estado llorando. No había ni rastro de Betancore.

Aemos vio mi expresión y dijo:

—Egida insustancial, antes el diluvio —en perfecto Glossia. Lo que significaba que Betancore había logrado burlar a los que habían conseguido encarcelara todos los demás. Una pequeña buena noticia al fin.

Me puse de pie, gracias a mi determinación y sobre todo a la ayuda de Aemos y Bequin. Seguía vestido únicamente con mis calzas y botas; tenía el torso, el cuello, los brazos y la cabeza bañados en mi propia sangre y lleno de magulladuras producidas por los micropinchazos. Gorgone Locke había hecho su trabajo a conciencia.

Gorgone Locke lo pagaría caro.

—¿Qué sabéis? —pregunté cuando recuperé el aliento.

—Podemos darnos por muertos —dijo Heldane con franqueza—. No me extraña que mi maestro deje este tipo de trabajo a suicidas radicales como usted. Ojalá no hubiera aceptado acompañarle.

—Gracias por eso, Heldane. ¿Alguien más desea añadir algo personal?

Aemos sonrió.

—Estamos en una mazmorra debajo del ala oeste, en la parte trasera, casi debajo de los bosques. Irrumpieron en nuestros departamentos cuando ya hacía casi tres horas que te habías ido y nos redujeron a punta de pistola. Memoricé minuciosamente la ruta que seguimos hasta este lugar y la comparé mentalmente con el mapa de Midas, de modo que estoy bastante seguro de nuestra situación.

—¿Qué diablos le hicieron? —preguntó Bequin limpiando las heridas de mi pecho con un trozo de su vestido.

Hice una mueca de dolor y me di cuenta de por qué su vestido estaba tan destrozado. Había estado limpiándome las heridas mientras yo estaba

inconsciente.

Un montón de trozos de tela empapados de sangre atestiguaba su dedicación.

—Vinieron hace una hora y lo dejaron aquí, con nosotros. No dijeron una sola palabra —añadió Heldane.

—¿Es usted realmente un inquisidor, sir Farchaval? —preguntó Mácheles acercándose.

—Así es, mi nombre es Eisenhorn.

Mácheles empezó a sollozar y el resto de emisarios hicieron lo mismo.

—Estamos muertos. ¡Nos ha conducido a la muerte!

Sentí algo de piedad por ellos. El Gremio Sinesias estaba podrido hasta los tuétanos, y éstos eran hombres corruptos, pero sólo estaban metidos en esto porque yo los había engañado.

—¡Silencio! —les ordenó Heldane.

Se volvió a mirarme y me deslizó algo diminuto que sacó del puño de su traje. Una pequeña cápsula roja.

—¿Qué es?

—Admylladox, una dosis de diez gramos. Tengo la impresión de que la necesita.

—No consumo drogas.

Me la puso en la mano.

—Admylladox es un analgésico y aclara la mente. No me importa si consume o no drogas, quiero que la tome por si se abre esa puerta.

—Miré hacia la puerta.

—¿Por qué?

—¿No ha estado nunca en un reñidero?

Los Glaw ya me habían sacado todo lo que habían podido. Ahora me querían muerto. A mí y a mi grupo. Y eso significaba diversión.

La compuerta se abrió con un chirrido cuando debía estar amaneciendo. Entró una luz desvaída, grisácea que fue reemplazada casi de inmediato por una luminiscencia inclemente, brillante, artificial.

Hombres de la milicia de la Casa Glaw, con su armadura completa, irrumpieron en nuestra celda y nos sacaron por la puerta con sus escudos de energía y sus psicolátigos.

De pronto nos encontramos fuera, parpadeando bajo la luz, mientras la compuerta se cerraba a nuestras espaldas.

Miré en derredor. Estábamos en un amplio anfiteatro semicircular cubierto por una cúpula, sin duda la cúpula dorada que habíamos visto al llegar. El suelo era de tierra y musgo húmedo, por las paredes desnudas de piedra de diez metros de altura trepaban los liqúenes. En lo alto estaban la Casa Glaw en pleno y sus huéspedes, sentados en empinadas gradas y mirándonos con atención. Vi a Urisel Glaw, a lord Oberon, a Locke, a lady Fabrina, al eclesiarca Dazzo, al hombre de la pipa. Terronce, el capitán de la milicia, que había estado en nuestra mesa durante la cena, estaba al frente de una guardia de honor de casi cuarenta hombres de la comitiva. Todos llevaban armaduras verdes, cascos de plata con penachos e iban armados con rifles automáticos. Más de doscientos miembros vociferantes del clan Glaw, el personal de la casa, la milicia y los sirvientes completaban el público. Habían estado despiertos toda la noche, bebiendo y practicando todas las actividades capaces de convertirlos en una hienas hiperactivas y sedientas de sangre a la llegada de la mañana.

Haciendo caso omiso del ruido pasé revista al conjunto. Había troncos de árboles diseminados en distintos puntos, y pequeños afloramientos de piedra que transformaban la arena en una especie de paisaje.

Por allí cerca había un surtido de armas oxidadas. Mácheles y sus hermanos ya habían corrido hacia ellas y se habían provisto de espadas cortas melladas y lanzas despuntadas.

Me acerqué y cogí una daga con empuñadura en forma de cesta y una guadaña extrañamente curva con una hoja interna serrada.

Las sostuve en las manos sopesándolas.

Heldane se había hecho con una daga y un hacha de mango largo, Bequin con un escudo de mimbre y un cuchillo. Aemos se encogió de hombros y no cogió nada.

Los abucheos y los gritos crecían en intensidad a nuestro alrededor hasta que en un momento dado se hizo el silencio y del auditorio surgieron exclamaciones de asombro.

El carnodonte medía seis metros desde el hocico hasta la restallante cola. Novecientos kilos de músculos, tendones, piel rapada y colmillos lacerantes.

Salió de detrás de unos troncos de árboles, arrastrando tras de sí una pesada cadena sujeta a un collar de púas. Tomó impulso, saltó y derribó a Mácheles.

Mácheles, emisario del Gremio Sinesias, gritaba mientras lo despedazaba. Sus gritos y aullidos se prolongaron mucho más de lo que parecía posible teniendo en cuenta las partes de su cuerpo que el carnodonte había desgarrado. Tal vez haya sido mi imaginación horrorizada, pero me pareció que los gritos sólo se interrumpieron cuando de él ya no quedaba más que una caja torácica desollada arrastrada por el enorme depredador entre el musgo ensangrentado.

Los otros emisarios gritaban y corrían. Uno se desmayó.

—Estamos muertos —volvió a decir Heldane levantando sus armas.

Tragué la cápsula que me había dado, pero no hizo que me sintiera mucho mejor.

Con las enormes fauces chorreando sangre y arrastrando la cadena, el carnodonte se dirigió hacia los otros emisarios.

Bequin dio un grito.

Un segundo carnodonte salió de la jaula y saltó hacia donde estábamos nosotros. Noté que era algo mayor que el primero cuando vino directo hacia mí.

Encogiéndome, salté hacia la derecha y el felino hundió las garras en el musgo para frenar su caída, cayendo más allá de lo que había calculado y escarbando a su alrededor. Ambas criaturas emitían gruñidos sordos, subsónicos que resonaban en sus cavernosas gargantas y atronaban el aire.

El más grande de los camodontes dio la vuelta y volvió a arremeter contra mí cuando apenas había conseguido ponerme de pie. Salté hacia atrás. Heldane acudió por el flanco con su atención puesta en mí y descargó su hacha sobre el costado del animal.

El carnodonte lanzó un grito sofocado y restalló la cola, lanzando al hombre de Voke volando sobre la arena, con el traje rasgado por las marcas paralelas de las zarpas a la altura del torso. De un salto me aparté y logré ponerme detrás de unos árboles retorcidos.

El primero de los carnodontes había derribado a otro de los emisarios. La conmoción del impacto y las heridas que le produjo dejaron al hombre sin voz y no emitió sonido alguno mientras su cuerpo inerte era arrastrado y despedazado.

Las criaturas tenían hambre, como podía inferirse de lo mucho que se les notaban las costillas. Un factor a nuestro favor era que cuando cobraban una pieza su interés se centraba primordialmente en consumirla. Las largas cadenas los sujetaban a unos postes clavados en el suelo cerca

de sus jaulas y les permitían moverse con libertad por toda la arena. Era evidente que las cadenas estaban calculadas estrictamente para que no pudiera escapar de la arena y atacar al público.

Haciendo restallar la cola a diestro y siniestro, el depredador de mayor tamaño daba vueltas en torno a la arena, observando con sus ojos profundos y oscuros a los humanos que tenía a su alcance. Bequin se había refugiado junto con Aemos en un hueco excavado en una esquina, valiéndose de su frágil escudo y de un contrafuerte del muro para protegerse, pero el público, implacable, les arrojaba monedas, botellas y trozos de comida para hacerlos salir. Querían diversión. Querían sangre.

El carnodonte, resoplando y arrojando espuma por la boca, se lanzó a la carrera hacia Bequin y Aemos. El mero peso de su cuerpo los mataría, estaba seguro de ello. Salí de mi escondite para interceptarlo de lado; la multitud aulló y empezó a golpear el suelo con los pies.

Vaciló en su arremetida al darse cuenta de que yo le salía por el flanco, ya empezaba a darse la vuelta cuando lo corté con la guadaña. El viejo gancho le arrancó la piel del costado y le produjo una gran herida sangrante a la altura de las costillas. Arremetió con furia contra mí lanzándome un zarpazo. Salté hacia atrás y volví a atacar con la guadaña en la esperanza de, cuando menos, herirlo en la garra ya que él podía saltar mucho más que yo. Entonces se lanzó hacia adelante lanzando un estremecedor rugido.

Simplemente me dejé caer de espaldas, quitándole la oportunidad de derribarme y partirme los huesos. De repente lo tuve encima, y con una garra me desgarró el pecho. Tenía la cabeza baja y las fauces abiertas, dispuestas para arrancarme la cabeza. Desesperado y enceguecido ataqué con mi arma procurando alcanzarlo en el vientre, que era su parte más vulnerable.

Impensadamente me encontré con que ya no tenía su peso en cima. El carnodonte se sacudía, con un quejido terrible y sofocado y yo ya no tenía la daga en la mano.

La empuñadura sobresalía de la quijada de la bestia. La hoja le había atravesado la boca, cerrándosela. Se daba golpes con las patas, tratando de liberarse, tratando de arrancar el arma, sacudiendo la cabeza como un caballo al que molesta una mosca.

Me puse de pie. De las heridas recién abiertas me corría la sangre por el pecho. De repente vi a Heldane atravesando mi campo visual, con la

túnica desgarrada flotando tras él. Descargó el hacha sobre el lomo del gran carnívoro, rompiéndole la espina dorsal con un gran crujido. El carnodonte cayó presa de espasmos, sacudiendo las patas y revolcándose en el suelo. Heldane volvió a golpearlo con el hacha, esta vez en el cráneo.

El público atronaba el circo con sus gritos. De todas partes llovían proyectiles sobre nosotros. Heldane se volvió a mirarme con una asesina sonrisa de triunfo.

En ese momento, todo el peso del otro carnodonte cayó sobre él desde atrás, haciéndolo caer de bruces al suelo.

Había dado cuenta de los otros emisarios, de todos excepto del que se había desmayado y yacía inerme donde había caído. Se lanzó sobre el indefenso Heldane, destrozándole el cuero cabelludo y desollándole la espalda.

Con un grito gutural corrí hacia él y clavándole la guadaña detrás de las orejas tiré hacia atrás. La hoja curva clavada en la carne me permitió apartarle la cabeza durante un segundo. Luego una botella arrojada con puntería me golpeó en un lado de la cabeza derribándome y haciéndome soltar la guadaña.

La criatura se volvió, dejando a Heldane convertido en una piltrafa de cara contra el suelo. Conseguí ponerme de pie nuevamente y la emprendía puntapiés con él.

—¡Eisenhorn! —me llegó el grito de Bequin. La chica venía corriendo desde el otro lado del animal y me tiró su cuchillo por encima del lomo de éste. Perturbada por su grito, la bestia se volvió y le tiró un zarpazo que destrozó su exiguo escudo y la lanzó al suelo.

Me monté a horcajadas sobre el lomo del carnodonte y le clavé una y otra vez la daga en el cuello. Daba la impresión de que la daga apenas penetraba en el grueso pellejo.

Se debatía, tratando de desprenderse de mí cuando vi la guadaña colgando de su cabeza, por detrás de la oreja. Me apoderé de ella y enganché la hoja bajo el collar de púas.

Ahora la criatura estaba frenética y tiraba con fuerza de la cadena. Ensarté la punta de la daga a través de un eslabón de la cadena en dirección a la paletilla. A continuación hice palanca con el arma con toda la fuerza de que era capaz.

El eslabón se abrió y la cadena se partió. Entonces el carnodonte corrió hacia adelante algunos pasos, rugió y dio un salto.

Limpiamente superó la altura del muro y cayó en medio de la multitud que empezó a chillar. Yo seguía unido a él por la guadaña cuyo mango sujetaba con todas mis fuerzas. Cuando aterrizamos sobre las gradas salí despedido hacia adelante y fui a caer sobre el público que huía presa del pánico.

La bestia, enloquecida, cargó contra los asistentes arrojando al aire formas inertes, desmembradas y chorros de sangre. El pandemónium había retemblar la cúpula.

Me puse de pie, haciendo a un lado a los que caían sobre mí y chocaban conmigo en su frenética huida. Empezaron a oírse disparos a través del anfiteatro. En las gradas superiores, pude ver a la milicia que corría disparando contra el carnodonte mientras Terronce y otros hombres se ponían a salvo escapando por una salida lateral. Los disparos de la milicia alcanzaban a la muchedumbre.

Salté por encima de varias gradas y derribé a puñetazos a dos sirvientes que quisieron detenerme. Desde arriba, dos guardias de la casa descendían corriendo con sus rifles automáticos preparados para disparar contra la criatura que corría libre entre el público.

Derribé a uno con una lanza psíquica cargada con pura furia y adrenalina y le arrebaté el arma que llevaba en las manos. Antes de que su compañero pudiera volverse ya lo había abatido y caía por encima de la barandilla hacia la arena.

Miré hacia los asientos donde habían estado los nobles de la Casa Glaw y sus invitados. Lord Glaw, Locke y el fumador de pipa ya habían desaparecido y los guardias llevaban casi en volandas a lady Fabrina y al eclesiarca. Pero Urisel Glaw estaba todavía allí, dando voces a sus hombres por encima del tumulto. Me vio.

—La Inquisición no tendrá clemencia —le grité, aunque no estaba seguro de pudiera oírme.

Urisel me miró fijamente durante un momento y luego volvió a gritar órdenes mezcladas con juramentos y centró su atención en el carnodonte. La bestia ya había superado los asientos de la plebe y ahora estaba destripando a un miembro de la milicia de la casa. En su pellejo se veían las heridas producidas por múltiples disparos.

Urisel echó mano de una escopeta de caza que le alcanzó uno de sus hombres. Apuntó con cuidado al carnodonte y disparó.

La pesada arma rugió y la enorme bestia cayó hacia atrás con el pecho abierto por el disparo. Con su gran peso aplastó las piernas de un guardia.

La multitud seguía huyendo, pero el alboroto bajó de tono lo suficiente como para que se oyeran las campanas que habían empezado a sonar. Eran campanas metálicas accionadas por medios eléctricos. En las profundidades de la gran mansión sonaron otras alarmas. Urisel bajó su rifle e indicó a algunos de sus hombres que averiguaran a qué se debía aquello. Aquellos espectadores que no estaban demasiado borracho su obnubilados por el terror miraron inquietos a su alrededor.

Se oían ruidos distantes, inexplicables. No me paré demasiado a preguntarme sobre ellos. Urisel estaba apuntando otra vez, pero ahora me apuntaba a mí. Di un salto justo antes de que toda una sección de las gradas de madera saltara por los aires.

Me puse de pie. Urisel estaba recargando el arma de caza de gran calibre y Terronce corría hacia mí seguido por algunos de sus hombres.

Terronce disparó. Yo apunté hacia arriba y le volé la cabeza partiendo en dos su yelmo con penacho de plumas.

Urisel se disponía a disparar. Afirmó la escopeta sobre el hombro y me buscó entre la multitud.

En ese momento sonaron a mi espalda algunos disparos. Tres miembros de la milicia que estaban junto a la barandilla vacilaron y cayeron, Urisel Glaw salió despedido hacia atrás, mientras su escopeta disparaba descontrolada hacia la cúpula. La multitud empezó otra vez a arremolinarse frenéticamente mientras los soldados que quedaban apuntaban hacia arriba tratando de dar con este nuevo tirador.

Me volví y lo vi enseguida. Midas Betancore estaba apostado sobre la pendiente de un tejadillo que había por encima del foso, al otro lado de la arena. Sus pistolas de aguja, una en cada mano, volvieron a lanzar sus mortíferos disparos sobre las gradas anteriores. Algunos miembros de la casa y varios guardias cayeron. Un guardia basculó sobre la barandilla y cayó a la arena. Otro se aferró a un extremo desprendido durante un segundo antes de resbalar y caer también.

El resto de la guardia ya había identificado a Midas y disparaba contra él con sus rifles automáticos. Los disparos arrancaban trozos de tejas que se transformaban en polvo, pero Midas se movía, con paso seguro, sobre el tejadillo de terracota. Enfundando sus armas, se deslizó

hasta el extremo del tejadillo, se sujetó del borde con ambas manos y ejecutó un balanceo que le permitió descender por debajo de la galería a las gradas que empezaban a vaciarse.

Los guardias lo seguían, disparando a lo loco y matando a miembros de la vociferante multitud.

Corrí hacia la barandilla.

—¡A cubierto! ¡A cubierto! —grité a Bequin y Aemos que estaban abajo. Estaban ocupados tratando de arrastrar el ensangrentado cuerpo de Heldane hasta la relativa seguridad de los muros de la arena. Corrí hasta un guardia caído y saqué de su correaje unos cuantos cargadores más.

Algunos disparos me pasaron rozando, pero la mayoría iban dirigidos contra Midas. Me refugié detrás de algunos asientos y de los cuerpos de las víctimas del carnodonte y abrí fuego hacia las gradas disparando ráfagas cortas contra la milicia. Respondieron a mis disparos y empezaron a saltar astillas de madera y trozos de carne de mi improvisado refugio. Midas se movía otra vez y volvía a disparar.

Las alarmas seguían sonando, pero ahora, por encima de este ruido y de los gritos de la multitud que huía pude oír ruido de disparos y explosiones sordas.

A estas alturas, el anfiteatro estaba casi vacío. Sólo quedaba un puñado de guardias que intercambiaban disparos con Midas por encima de la arena. El ruido de las explosiones y de lucha que llegaba desde los terrenos que rodeaban la casa crecía en intensidad.

Llegué al palco donde habían estado sentados los miembros de la familia. Hacía ya tiempo que los Glaw y sus huéspedes se habían marchado. La escopeta de caza de Urisel yacía en el suelo y su asiento estaba manchado de sangre. Midas lo había alcanzado con al menos uno de sus disparos.

Me abrí camino hasta la escalera de salida con el rifle automático bien sujeto bajo el brazo. Los cuerpos de dos miembros del servicio aplastados por la avalancha estaban tirados allí.

Urisel Glaw no había llegado muy lejos ya que sangraba profusamente de la herida que tenía en el hombro. Me oyó llegar y tambaleándose disparó una pequeña pistola primitiva por el oscuro túnel y a continuación desapareció.

Con la culata del rifle bien sujeta bajo el brazo avancé buscando en la oscuridad del húmedo túnel de piedra. Una arcada a la izquierda daba a la

escalera que conducía a las mazmorras. A la derecha había una compuerta que daba acceso al cuerpo principal de la casa.

Empujé la puerta con el cañón del rifle automático.

Urisel salió de la escalera que llevaba a las mazmorras gritando y me empujó desde atrás hacia la puerta.

Di de cara contra ésta y el rifle automático se disparó tres veces al escapárseme de la mano.

Sin intentar siquiera volverme, me agaché y eché mano a lo que había detrás de mí. Cogí un pliegue del uniforme y derribé a Urisel Glaw de espaldas contra la pared. Lanzó un grito.

Le asesté un puñetazo con la izquierda que lo hizo trastabillar y a continuación un derechazo que le rompió los dientes. Me envolvió en un abrazo del oso y ambos retrocedimos algunos pasos antes de que lograra recuperarme, darle un puntapié en las piernas para apartarlo y finalmente golpearlo con todas mis fuerzas en el esternón.

Con eso acabó la pelea para él. Le apreté la garganta con una mano y le golpeé el cráneo contra la pared del túnel.

—¡No habrá redención para ti, pecador! —le espeté en plena cara— ¡Ni para tu maldita casa! ¡Aprovecha sabiamente tu último aliento y revélame tus verdades o la Inquisición te hará sufrir tormentos que ni el propio Gorgone Locke ha imaginado jamás!

—Tú... —gorgoteó entre sangre y flemas mezcladas con restos de dientes rotos—. Ni siquiera puedes sospechar la miseria que la Casa Glaw puede desencadenar sobre el Imperio. Nuestro poder es demasiado grande. Arrancaremos a ese Emperador bastardo de su trono dorado y lo arrastraremos y le haremos comer estiércol. Los mundos del Imperio arderán ante Oberon y Pontius. Se exaltar á la Gran Oscuridad de Slaanesh...

No me importaban demasiado sus divagaciones heréticas, pero la mención de aquella blasfemia demoníaca me revolvió el estómago e hizo que se me helara la sangre en las venas. Lo derribé de un golpe y miré en derredor en busca de algo con que atarle las muñecas.

Más allá del túnel, la Casa Glaw se sacudía como si estuviera en medio de una zona de guerra.

Midas Betancore apareció en la boca del túnel y me vio atando a Urisel Glaw a una tubería de la calefacción con las cuerdas de una marquesina. Enfundó sus pistolas de aguja y vino junto a mí. Oí cómo

activaba su enlace de voz e informaba de su posición. Del otro lado sonó una respuesta sucinta.

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

—Una acción naval de la Flota de Combate Scarus —replicó con aire satisfecho.

Midas estaba fuera, en medio de la oscuridad, cuando los hombres de Glaw capturaron a Aemos, Bequin y Heldane. Para entonces ya hacía dos horas que yo debería haber vuelto y él había salido de las habitaciones para ver qué me había pasado. La milicia se había desplegado por toda la hacienda para buscarlo, pero Midas es la clase de hombre al que no se encuentra a menos que él quiera que lo encuentren. Había burlado a los grupos de búsqueda, se había introducido en el anexo de comunicaciones de la casa y había enviado un informe cifrado, breve pero elocuente, directamente a Commodus Vokc que estaba en Dorsay.

La respuesta de Vokc había sido inmediata y decidida. La familia Glaw había detenido por la fuerza a un miembro de la Inquisición Imperial y a sus colaboradores. Voke no necesitaba más excusa que ésa.

Sus exigencias, que no admitían una negativa, habían pasado por encima de los jefes del Almirante de la Flota Espacial y de toda la jerarquía, y se habían dirigido directamente al propio Comandante General Militar. Antes de media hora, el Comandante General había movilizado un destacamento de la seguridad naval y lo había puesto a las órdenes de Voke.

Como inquisidor, sé que tengo el derecho y la autoridad necesarios para exigir respuestas de apoyo, incluso a un Comandante General Militar, y lo he hecho en algunas ocasiones, pero con todo quedé impresionado por el respeto y el miedo que despertaba en hombres de rango tan alto el viejo inquisidor.

Voke se caracterizaba por dar pasos tan osados como éste, era propio de sus métodos aplastantes. Sólo había necesitado una pequeña excusa para caer sobre la Casa de Glaw con la ira proverbial de Macarius, y yo se la había dado.

O al menos, mi captura. Una parte de mí estaba segura de que esta muestra de influencia y autoridad era la forma que tenía Commodus Voke de consolidarse como un varón alfa dentro de la escala inquisitorial.

No me importaba. En realidad me alegraba. El derramamiento de sangre sobre la arena pudo habernos salvado, pero sin el asalto jamás

habríamos conseguido vencer a la milicia y salir con vida de la hacienda de los Glaw.

El nombre en clave de la operación fue «Pacificación 505», correspondiendo la cifra a la identificación topográfica de la Casa Glaw. Las tropas habían llegado antes del amanecer en cuatro naves de desembarco, ocultándose entre los desniveles del terreno para evitar el eficaz sistema de sensores de la Casa Glaw.

Las naves se mantuvieron ocultas tras las cercanas colinas mientras el sol subía en el horizonte, aproximadamente a la hora en que nosotros languidecíamos en la celda, para permitir que un destacamento de la seguridad naval se adelantara y abriera por medios electrónicos vías de acceso en las defensas que rodeaban la gran casa. Para entonces ya estaban dentro del alcance del equipo personal de voz de Betancore que les había hecho llegar información logística y una visión desde dentro del despliegue de la milicia.

Aproximadamente en el mismo momento en que el primer carnodonte había salido de su jaula, las naves de desembarco habían iniciado su avance desde detrás de un soto para atravesar el valle hacia la casa. La fragata ligera imperial Defensa de Stalinvast, reasignada por el almirante Spatian según instrucciones del Comandante General para mantener una órbita geosincrónica por encima del objetivo/Glaw/505, había destruido los hangares de lanzamiento de detrás del patio con disparos muy certeros de sus baterías.

Dos naves de desembarco, con cargas de humo y granadas antipersonales habían descendido frente a la casa principal haciendo estallar todas las ventanas. Cuarenta soldados con las armaduras negras de seguridad naval habían hecho entonces un desembarco de asalto y atacado la fachada principal. Sorprendidos, más de setenta hombres de la milicia de la casa habían tratado de detenerlos.

Las otras dos naves de desembarco se dirigieron a la parte trasera de la casa y desembarcaron a sus tropas en un patio todavía iluminado por las ruinas en llamas de los hangares. Al cabo de tres minutos, un combate de artillería sacudía los cimientos de la Casa Glaw. Para entonces las alarmas ya estaban sonando.

La Casa Glaw tenía cerca de cuatrocientos hombres en su cuerpo de guardia, por no mencionara los novecientos del personal, muchos de los cuales sabían manejar armas. La milicia de los Glaw estaba formada por

hombres bien entrenados, veteranos bien protegidos con sus armaduras balísticas y sus cascos de plata, armados con rifles automáticos, stubber pesados y granadas. Un ejército hecho y derecho. Conozco a más de un comandante de la Guardia Imperial que ha tomado ciudades, hasta planetas enteros, con un ejército así. Éstos además tenían la ventaja de conocer el terreno. Conocían la disposición, los puntos fuertes y las debilidades de la antigua hacienda.

La seguridad naval los anuló. La elite de la Flota de Combate Scarus, provista de armas antiabominación color negro mate y haciendo gala de una férrea disciplina, conquistó y limpió la gran mansión habitación por habitación.

Hubo algunos focos de resistencia. Los soldados perdieron tres hombres en un fuego cruzado, prácticamente a bocajarro, en torno a la zona de la cocina. Una incursión suicida de dos soldados de Glaw armados con cargas explosivas pulverizó a otros cuatro y se llevó consigo veinte metros del extremo del ala este.

Veintidós minutos después de que empezara el asalto, la milicia había perdido a casi trescientos hombres.

Numerosos miembros de la familia y personal de menor rango huyeron hacia los bosques y valles que había detrás de la casa.

Unos cuantos consiguieron escapar. La mayoría fueron atrapados y más de treinta murieron bajo el estrecho círculo de la Guardia Imperial que acordonaba la hacienda. Estos hombres, dos mil en total, eran reclutas de la fundación, fusileros gudrunitasa quienes habían sacado de sus barracones y embarcado hacia el interior para tener un sorpresivo bautismo de fuego incluso antes de abandonar su patria.

La sangrienta resistencia de la milicia de los Glaw tenía como objetivo dar a sus nobles tiempo para escapar. El primo ultramundano de los Glaw y su comitiva fueron arrinconados por los fusileros gudrunitas en el camino de atrás de la casa, arrestados y luego masacrados cuando trataron de huir. Otros mercaderes y huéspedes que habían asistido a la cena se rindieron a las fuerzas que los cercaban.

Varias naves orbitales salieron de entre los árboles donde habían estado ocultas tras el ataque principal, alzando el vuelo desde hangares secretos que había en los bosques detrás de la casa. Una fue derribada en el aire por un soldado con un lanzacohetes. Otras dos habían recorrido cinco

kilómetros valle abajo cuando fueron incineradas por el vigilante Defensa de Stalinvast.

Otra, un modelo rápido y fuertemente blindado, logró evadir la vigilancia y se encaminó hacia el oeste. El Defensa de Stalinvast lanzó un trío de cazas en su persecución que por fin logró derribarla en mar abierto. Sólo semanas de trabajo forense podrían revelar quiénes viajabana bordo de esas naves, y ni siquiera así había garantía de obtener respuestas válidas. Lo más seguro es que lord Glaw, lady Fabrina, Gorgone Locke, Dazzo, el eclesiarca y el hombre de la pipa estuvieran entre ellos. Lo cierto es que ninguna de esas personas estaba entre la escoria angustiada cercada por la guardia o la seguridad naval.

Noventa minutos después de haber comenzado Pacificación 505, el mayor Joan Moakells de seguridad naval dio la misión por terminada con éxito.

Sólo entonces apareció la lanzadera en la que viajaba Commodus Voke.

DOCE

En las ruinas de la gran mansión Murmuraciones Sublevación

Era mediodía, pero la tormenta nocturna no se había disipado y una lluvia caprichosa privaba al cielo de color y apagaba el fuego que aún persistía en algunas partes de la casa de los Glaw. Ahora una ruina imponente, ennegrecida se levantaba en lo alto de la colina con las ventanas rotas, los tejados hundidos, las vigas al aire y un penacho de humo gris y blanco elevándose hacia el ciclo. Yo estaba sentado en el patio, apoyado contra el guardabarros de un transporte de tropas de la Guardia Imperial, tomando de vez en cuando un sorbo de una frasca de amasec. Tenía la cabeza gacha. Necesitaba atención médica y analgésicos, un restaurador psíquico, una buena comida, cirugía neural para los cientos de heridas que me había infligido Locke, un baño, ropa limpia...

Y más que nada en el mundo, necesitaba una cama.

Las tropas pasaban ante mí, aporreando acompasadamente con sus botas la piedra húmeda. Por todas partes se oían órdenes. De vez en cuando un caza pasaba por encima de mí y me hacía vibrar el diafragma con el rugido de sus motores.

Mi cabeza era un hervidero. En mi inconsciente había fragmentos que se reunían y se combinaban para separarse a continuación en mil pedazos. Cada vez me despertaba sobresaltado. El hombre de la mirada vacía estaba allí, en el fondo de mi cabeza. No quería pensar en él y no conseguía encontrarle un lugar en este caso, pero su imagen permanecía. Por un momento tuve la certeza de que estaba al otro lado del patio, junto a la puerta de la cocina, sonriéndome. Parpadeé para alejarlo.

Todavía estaba cubierto de sangre, sudor y suciedad. El dolor y la fatiga me envolvían como un sudario. Un cabo de la seguridad naval había encontrado nuestras pertenencias confiscadas en las habitaciones de Urisel Glaw y me había puesto una camisa y mi chaqueta de cuero con mangas

desmontables. El cabo me había entregado mi roseta inquisitorial y me aferraba a ella como si fuera un tótem.

Los hombres ansiosos del 50° de Fusileros Gudrunitas empujaban al personal de la Casa Glaw a través del patio. Los prisioneros llevaban las manos en la nuca y algunos sollozaban.

Alguien se deslizó a mi lado sobre las frías piedras y se inclinó contra la grasienta carrocería del transporte.

—Ha sido una noche larga —dijo Midas. Le pasé la frasca y echó un buen trago.

—¿Dónde están Aemos y la chica?

—La última vez que los vi, Aemos andaba por ahí tomando notas. No he vuelto a ver a Alizebeth desde que los sacamos del anfiteatro.

Hice un gesto de asentimiento.

—Estás medio muerto, Gregor. Deja que pida una lanzadera para que te lleve de vuelta a Dorsay.

—Todavía no hemos terminado —dije.

El procurador Madorthene me saludó al aproximarse. Ahora no llevaba su blanco y almidonado uniforme. Con la armadura negra de la seguridad naval parecía más corpulento e imponente.

—Hemos hecho un rastreo físico —dijo.

—¿Oberon Glaw?

—Ni rastro de él.

—¿Gorgone Locke? ¿El eclesiarca Dazzo?

Negó con la cabeza.

Le ofrecí la frasca con un suspiro. Para sorpresa mía, la cogió, se sentó con nosotros y bebió un trago.

—Probablemente estén todos reducidos a cenizas en la nave en la que trataban de escapar —dijo—. Pero voy a decirle una cosa. Antes de acabar con las dos naves que huían por el valle, el Defensa de Stalinvast estaba seguro de que no había en ellas señales de vida.

—Señuelos —indicó Betancore.

—El glaviano tiene razón, apostaría algo —agregó. Luego se encogió de hombros—. Claro que una buena armadura puede ocultar las señales. Nunca lo sabremos.

—Lo sabremos, Madorthene —le aseguré.

Tomó otro trago de la frasca, me la devolvió y se puso de pie acomodándose la armadura de una sola pieza.

—Me alegro de que seguridad naval pudiera prestarle un servicio esta vez, inquisidor Eisenhorn. Espero que esto le haya devuelto la fe en la flota de combate.

Levanté la cabeza y asentí brevemente.

—Estoy impresionado de que haya venido en persona a supervisarlo, procurador.

—¿Bromea usted? ¡Después de lo que pasó en el Essene, el almirante hubiera pedido mi cabeza!

Se alejó. Me caía bien. Un hombre sincero que hacía todo lo que podía en medio de los intereses políticos enfrentados del comando de la flota de combate y la Inquisición. Más adelante llegaría a apreciar enormemente la honestidad y la discreción de Olm Madorthene.

Una frágil figura contrahecha atravesó el patio y se detuvo junto a mí.

—Ahora veamos ¿qué métodos son los más prudentes? —preguntó Commodus Voke con gesto burlón.

—Dígamelo usted —repliqué, poniéndome de pie.

Voke había traído consigo casi cincuenta hombres, todos vestidos de negro, muchos con implantes potenciadores. Requisaron de la noble casa todo aquello que pensaron podía ser una prueba. Cajones de papeles, libros, placas de datos, artefactos y pictoplacas fueron trasladados a los transportes que esperaban.

Yo no estaba de humor para discutir. El dolor y la fatiga me embotaban los sentidos. Que Voke se valiera de su séquito para hacer el penoso trabajo de recuperación.

—La lluvia y el fuego han borrado, mojado o destruido mucho material —dijo a Voke un sabio de rostro severo llamado Klysis mientras yo entraba con el otro inquisidor en la deteriorada casa—. Otra gran parte está cifrada.

Penetramos en el sistema subterráneo y conduje a Voke hasta la cámara con escudo de energía en la que Glaw me había atrapado. Todavía había muestras de la sangre de Kowitz en el suelo. El artefacto había desaparecido del altar.

—Se refirió a él como el Pontius —le dije a Voke. La estancia ya no estaba psíquicamente protegida, de lo que deduje que los efectos psíquicos los había producido el propio Pontius, lo mismo que el ataque mental que me había derribado, estaba seguro de ello.

Me apoyé contra la pared de la cámara y armándome de paciencia le conté a Voke lo más importante de cuanto había averiguado.

—Es evidente que la misión de Eyclonea Hubris, relacionada con el Pontius, era importante para ellos, pero Oberon Glaw me dijo explícitamente que dicha empresa había sido abortada... cancelada, porque algo más vital había entrado en escena. Se referían a ello como el genuino.

—Eso explicaría por qué su enemigo Eyclone fue abandonado —musitó—. Después de todos sus preparativos, los Glaw faltaron a su promesa de entregar el Pontius.

—Eso tiene sentido. Obviamente Dazzo y el armador Locke estaban muy implicados en esto del genuino. Tenemos que averiguar más cosas sobre ellos. Estoy seguro de que lo que se traían entre manos guardaba relación con cierto material arqueoxénico. Mencionaron a los saruthi.

—Una raza xénica de fuera del subsector —dijo el sabio de Voke—. Es poco lo que se sabe de ellos y está prohibido el contacto. La Inquisición tiene pendientes varias investigaciones, pero su espacio está inexplorado y como no salían de su mundo, otras cuestiones más importantes pospusieron dichas investigaciones.

—Pero es probable que un corsario como Locke haya establecido líneas de contacto con ellos.

Klysis y Voke asintieron.

—Se investigará —dijo Voke—. El Ordo Xenos debe poner en marcha una indagación sobre los saruthi. Pero por ahora la cuestión está cerrada.

—¿Cómo se explica eso? —pregunté con una risa desdeñosa. Voke fijó en mí sus ojos redondos.

—La Casa Glaw ha sido destruida y sus principales miembros y conspiradores están muertos. Con ellos se han perdido elementos preciosos para su causa. Fuera lo que fuese lo que planeaban, se ha acabado.

Ni siquiera pensé en discutir con él. Voke no tenía la menor duda de lo que decía y, en mi opinión, ése era su principal fallo.

Estaba equivocado, por supuesto. El primer indicio llegó diez días después. Yo había vuelto a Dorsay con mis colegas y había pasado varios días bajo los cuidados del Hospicio Imperial, en el Gran Canal, donde trataron mis principales heridas y lesiones. La mayor parte de los cortes y laceraciones eran superficiales y se curaron a su debido tiempo. Lo que

Locke había hecho conmigo había dejado cicatrices más profundas. Había lesiones neurales que afectaban a mi sistema, y muchas de ellas no tenían remedio. Los potenciadores del Oficio Medicalis de la flota de combate me sometieron a microcirugía para reparar los transmisores nerviosos que tenía rotos en la columna vertebral, el tórax, el bulbo raquídeo y la garganta. Me implantaron más de sesenta secciones de fibra nerviosa y ganglios artificiales. Había perdido mucha sensibilidad en la tráquea y el esófago, y los reflejos del lado derecho de mi cuerpo estaban adormecidos. Con mi cara no pudieron hacer nada: los sistemas neurales habían quedado profundamente dañados. La promesa de Locke había sido cierta. Nunca volvería a sonreír, ni tendría demasiada expresividad. Ahora mi rostro, impasible, no era más que una máscara de carne.

Aemos me visitaba todos los días y no paraba de traerme placas de datos y libros antiguos a la habitación privada que tenía en el Hospicio. Había establecido una relación de trabajo con los socios de Voke (Klysis era sólo uno de los diecisiete que Commodus Voke tenía a su servicio), y no hacía más que absorber los datos que le pasaban. Tratamos de obtener información sobre los confederados de Glaw, pero era muy poco lo que se conseguía a pesar de que todos los sabios de Vokc trabajaban en ello. Locke era una figura sombría, casi mítica, de nombre y fama muy extendidos por el subsector helicano, pero no pudimos averiguar nada sobre su origen, su carrera, sus relaciones, ni siquiera el nombre de su nave. Dazzo era otro enigma.

La Eclesiarquía no tenía registro alguno de un clérigo con ese nombre. Sin embargo, recordé que Kowitz me había dicho durante el banquete que Dazzo tenía vinculaciones con una orden misionera patrocinada por los Glaw en el mundo fronterizo de Damasco, y Damasco era un lugar real, de eso no había duda, un inhóspito planeta fronterizo en los mismísimos confines del territorio del subsector helicano, uno entre cien lugares perdidos, muy poco visitados. Desde el punto de vista astrogeográfico, estaba apenas a unos meses de viaje en barrena de las regiones ignotas de los misteriosos saruthi.

Lowink acompañó a Aemos en una de sus visitas en cuanto recuperó las fuerzas, y extrajo de mi mente una imagen del hombre de la pipa que plasmó psicométricamente en una pictoplaca virgen. La imagen, aunque algo borrosa, era bastante buena, y fue copiada y entregada a todas las secciones de las autoridades de investigación, pero nadie lo identificó.

Lowink también pudo recuperar una imagen del Pontius por los mismos medios. Dejó atónitos a cuantos la vieron, excepto a Aemos, quien confirmó de inmediato que el extraño artefacto tenía el tamaño y las dimensiones exactas para encajar en la cavidad del arca de Eyclone, la que habíamos recuperado en el Procesional Dos-Doce. Tal como habíamos conjeturado, esto era lo que Eyclone había estado esperando. Para eso se había llevado a cabo la matanza masiva en las catacumbas de hielo de Hubris.

—Urisel Glaw habló de Pontius como si todavía estuviera vivo —le dijea Aemos—. No cabe duda de que algo con una gran fuerza física me derribó en la cámara donde estaba guardado el Pontius. ¿Sería posible que estuviera vivo, en cierto sentido, alguna parte de él, tal vez alguna esencia psíquica capturada en ese artefacto?

Aemos asintió.

—La tecnología imperial más avanzada permite mantener cierta sensibilidad después de una gran lesión física o incluso después de la muerte. Pero que esa tecnología esté al alcance de una familia como los Glaw, por poderosa que sea...

—Tú dijiste que se parecía a alguno de los misterios del Adeptes Mecánicus.

—Es cierto —respondió—. Es muy inquietante. ¿Acaso el abominable crimen de Ilubris fue un intento de insuflar energía vital vulnerable a este artefacto? ¿De descargar en el Pontius un poder inconmensurable?

A la tercera mañana vino a visitarme Fischig. Sus heridas ya estaban curadas y parecía pesaroso de haberse perdido el episodio de la Casa Glaw. Trajo consigo una placa antigua de valor incalculable, una colección de inspirados versos compuestos por Juris Sathacine, sacerdote confesor de uno de los generales de Macarius. Era un regalo de Maxilla, de su colección privada.

Se reanudó la fundación interrumpida por el incidente de los Glaw. Los nuevos miembros de la Guardia Imperial embarcaron en los transportes de tropas de la flota que esperaba en órbita y tuvieron lugar las últimas ceremonias. El Comandante General Militar ya estaba ansioso por empezar su expedición al conflictivo subsector ofidiano y tenía la sensación de que ya se habían dedicado demasiados recursos humanos y materiales a esta insignificante cuestión local.

Al décimo día, la cuestión ya no parecía tan local. Por enlace astropático llegaron noticias de incidentes en todo el subsector: una serie de bombardeos sobre Tracian Primaris; el secuestro y destrucción de una nave de pasajeros que iba a Hesperus; una colmena exterminada por una toxina viral en Mesina.

Esa noche surgió una estrella brillante y fugaz en el ciclo sobre Dorsay. El Ultima Victrix, un acorazado de cuatrocientas mil toneladas había explotado en el punto en que estaba anclado. La explosión produjo graves averías en cuatro naves cercanas.

Una hora más tarde quedó claro que el incidente tenía una importancia mucho mayor. No se sabía exactamente cómo, ni siquiera la inteligencia de la flota de combate lo sabía, pero la explosión había sido erróneamente interpretada como un ataque enemigo por varios componentes de la flota. Una escuadrilla de fragatas bajo el mando de un capitán llamado Estrum se había desplazado para entrar en combate, y varios destructores de la falange de avanzada las habían confundido con naves intrusas y habían abierto fuego contra ellas. Durante veintisiete espantosos minutos, la Flota de Combate Scarus combatió contra sus propias naves en las líneas de anclaje de los navios y transportes de tropas de la armada. En un momento dado, al parecer desoyendo las órdenes contrarias, Estrum se separó y, junto con un grupo móvil de quince naves, partió hacia la disformidad para perseguir «al enemigo». El almirante Spatian salió a darle caza con una flotilla de ocho cruceros pesados. El resto de los elementos de la flota se afanaba por recuperar el control y subsanar aquella destrucción sin sentido.

Llegó a mis oídos que el Comandante General Militar había tenido tal ataque de furia que tuvo que ser sedado por su médico privado.

—Eso no sucede así como así —dijo Betancore. Estábamos en mi habitación privada, junto a las altas ventanas, contemplando la ciudad. Descargas espectrales de energía y explosiones, una de las cuales había dejado en el cielo una huella como la de una estrella fugaz, marcaban la noche.

—Las flotas de combate imperiales se cuentan entre las organizaciones más ordenadas y disciplinadas que surcan el espacio. Una confusión como ésta no se produce así como así.

—Del mismo modo que los desertores no se apoderan así como así de una nave y de uniformes y saben el nombre de alguien cuya nave abordan

por casualidad ¿verdad? Nuestro enemigo invisible está haciendo patente su influencia. Vokc habló sobre un culto madre que controlaba muchas células y sectas menores. Reconoció que los Glaw eran los responsables de esta conspiración. Yo no estoy tan seguro. Podría estar implicada una autoridad todavía superior.

Urisel Glaw permanecía en la Basílica Imperial. Había sido sometido a horas de intensos interrogatorios y torturas desde su captura, pero no había soltado nada.

Fui a verlo esa noche. Voke y sus interrogadores seguían trabajando, ahora con una especie de urgencia.

Lo tenían en lo que sólo podría describirse como una mazmorra, a noventa metros por debajo de la enorme fortaleza de piedra gris. Todos los demás que habían sido tomados prisioneros durante el asalto a la Casa Glaw estaban también encerrados allí. Para vigilar e interrogar a todos, Voke había solicitado la cooperación del Arbites local, soldados del ejército regular de Gudrun y funcionarios del Ministorium. Todos trabajaban en coordinación con su propio personal.

Al llegar en una lanzadera, fui recibido por un hombre alto, de pelo gris y vestido con un largo abrigo marrón al que acompañaban dos servidores. Lo reconocí enseguida. El inquisidor Titus Endor y yo teníamos aproximadamente la misma edad y ambos habíamos estudiado con Hapshant.

—¿Ya estás recuperado, Gregor? —preguntó estrechándome la mano.

—Lo suficiente como para continuar mi trabajo. No esperaba verte aquí, Titus.

—Los informes de Voke sobre el caso Glaw han inquietado al oficio subsectorial de nuestra orden. El Gran Señor Inquisidor Rorken ha indicado la necesidad de una revelación total. La incapacidad de Voke para sacar algo de Urisel Glaw le ha molestado. Se me ha ordenado que asistiera, y no sólo a mí. Schongard también está aquí, y Molitor viene de camino.

Suspiré. Con Endor, amalatiano como yo, podía trabajar, aunque hay un proverbio que dice que muchos inquisidores en un caso... Schongard era un monodominante rabioso y, para mí, un estorbo, y Konrad Molitor era la clase de radical que para mí no tenía cabida en la orden.

—Esto es insólito —dije.

—Es cuestión de conexiones —explicó Endor—. Lo que ha salido a la luz aquí gracias a tu trabajo y al de Voke es un enorme rompecabezas que tiene conexión con docenas de casos e investigaciones diferentes. Quemé a un hereje en Mariam hace dos semanas, y entre sus efectos encontré documentos que lo relacionaban con los Glaw. Schongard está detrás de unos textos blasfemos que está seguro llegaron al subsector en las naves de carga del Gremio Sinesias, Molitor... bueno, quién sabe lo que está haciendo, pero no cabe duda de que guarda relación con esto.

—A veces —le dije—, tengo la sensación de que trabajamos los unos contra los otros. ¡Surge esto y, vaya! Unimos las piezas del mismo misterio. ¿No podríamos haber acabado con este enemigo y con su estructura hace un mes o dos si hubiéramos intercambiado información?

Endor se rió.

—¿Acaso estás cuestionando la forma de trabajar de la Inquisición más elogiada, Gregor? ¿Métodos consagrados hace años? ¿Estás cuestionando los motivos de otros miembros de nuestra orden?

Sabía que estaba bromeando, pero yo me mantuve serio.

—Estoy censurando un sistema en el que ni siquiera confiamos los unos en los otros.

Descendimos, escoltados, a las profundidades del bloque de la prisión.

—¿Y qué pasa con Glaw?

—No dice nada —dijo Endor—. Lo que ha aguantado hasta ahora habría hecho derrumbarse y hablara la mayoría de los hombres, o al menos les habría hecho rogar la muerte o tratar de matarse. Pero él resiste, casi de buen humor, casi arrogante, como si esperara vivir.

—Y tiene razón. Jamás firmaremos su sentencia de muerte mientras tenga secretos.

Los hombres de Voke estaban trabajando con Glaw en una celda maloliente y pintada de rojo. Glaw era una ruina humana. Sólo lo mantenía vivo la pericia en la aplicación de las técnicas usadas para torturarlo.

Extraer una respuesta de la mente de los herejes es el deber más alto de un inquisidor, y yo no reparo en medios, pero de esta manera resultaba inútil. De habérmelo dejado a mí, la tortura física habría cesado hacía días. Una mirada bastaba para saber que Urisel Glaw estaba decidido a no hablar.

Yo lo habría dejado solo, tal vez durante semanas. A pesar de su agonía, nuestra atención constante hablaba a las claras de nuestra desesperación y eso le daba las fuerzas que necesitaba para resistir. El silencio y el aislamiento hubieran minado su voluntad.

El inquisidor Schongard se apartó de la mesa a la que estaba sujeto Glaw y se arrancó los sucios guantes quirúrgicos. Era un hombre corpulento con pelo castaño ralo y una máscara escalofriante de metal negro fijada quirúrgicamentea su cara. Nadie sabía si esa máscara cubría alguna herida espantosa o era simplemente un capricho. Unos ojos oscuros, extraviados, inyectados en sangre se fijaron en Endor y en mía través de las hendiduras oblongas del metal.

—Hermanos —susurró. Su voz flemática nunca abandonaba ese tono bajo, misterioso—. Su resistencia es sin duda la más dura con la que haya tropezado. Voke y yo estamos de acuerdo en que se debe de haber hecho algo enorme con su mente que le permite cerrarse a las manipulaciones. Hemos probado con sondas psíquicas, pero todo ha sido inútil.

—Tal vez deberíamos pedir al Astropathicus que nos proporcione a uno de sus adeptos de primera línea —dijo Voke detrás de mí.

—No creo que haya un bloqueo mental —dije—. Se verían huellas del condicionamiento. Lo más probable es que nos gritara que parásemos porque sabría que no puede darnos la respuesta.

—Tonterías —susurró Schongard—. Ninguna mente no manipulada podría soportar esto.

—A veces dudo de que mis colegas sepan algo sobre la naturaleza humana —dije sin alterarme—. Este hombre es un fanático. Este hombre pertenece a la nobleza. Ha tenido la visión de la oscuridad que nosotros tememos y conoce la sensación del poder. La promesa de lo que se juegan él y sus colaboradores basta para galvanizarlo.

Me acerqué hasta la mesa y entonces miré a los ojos sin párpados de Glaw, de su boca salían sanguinolentas burbujas cuando me sonrió.

—Prometió el derrumbamiento del mundo, la aniquilación de miles de millones de seres humanos. Se jactó de ello. Lo que persiguen los Glaw es tan grande que nada de esto importa. ¿No es cierto, Urisel?

La respuesta fue un gorgoteo.

—Esto no es más que una situación difícil —dije, apartándome del hereje con un gesto desdeñoso—. Sigue adelante porque sabe que lo que le espera hará que todo esto haya valido la pena.

—¿Puede haber algo así? —dijo Voke despreciativo.

—Yo creo que lo que dice Eisenhorn tiene sentido —intervino Endor —. Glaw proteger á sus secreto hagamos lo que hagamos porque esos secretos le serán recompensados mil veces.

Schongard sacudió su cara enmascarada con aire dubitativo.

—Yo estoy con el hermano Voke. ¿Qué podría compensar las prolongadas y refinadas torturas de la Inquisición?

No respondí. No sabía la respuesta, pero tenía cierta noción de su magnitud, y la sola idea me helaba la sangre.

Si albergaba alguna duda sobre la supervivencia de la autoridad de los Glaw, quedó disipada en el curso de la semana siguiente. Campañas de sabotaje explosivo, tóxico y psíquico recorrieron los mundos del subsector como si todas las células secretas y oscuras del mal, ocultas dentro de la sociedad imperial se pusieran al descubierto, arriesgándose a que las descubrieran al recurrir a sus grupos locales, como si estuvieran orquestadas por algún poder superior. O bien lord Glaw y sus cómplices habían escapado a la destrucción, o bien formaban parte de una elite regente invisible que ahora movilizaba a todas las camarillas ocultas en más de veinte mundos sublevados.

—Hay otra explicación —me dijo Titus Endor mientras asistíamos a misa en la Catedral Imperial de Dorsay—. Con todo su poder e influencia, los Glaw no eran la cúspide de su pirámide conspiradora. Todavía había otros por encima de ellos.

Era posible, pero yo había visto cara a cara la arrogancia de los Glaw. No eran de los que se someten a otro señor. Al menos no a un señor humano.

Para entonces, la inquietud se había adueñado también de Gudrun. Había habido un bombardeo sobre una ciudad del sur, y un asentamiento agrícola del oeste había sido exterminado por una toxina neural vertida en su red de abastecimiento de agua. La flota de combate Scarus todavía estaba tratando de recuperarse del golpe que se le había infligido desde dentro, y el almirante Spatian había vuelto con las manos vacías de su misión de reagrupar a las unidades de la flota presas del pánico. El grupo móvil del capitán Estrum simplemente se había desvanecido. Yo había intercambiado mensajes con Madorthene, quien me dijo que nadie en la comandancia de la flota dudaba ya de que la destrucción del Ultima Victrix y el caos subsiguiente hubieran sido otra cosa que sabotaje. La

influencia de nuestro enemigo alcanzaba incluso al interior de la propia flota de combate.

Luego, dos colmenas enormes de Tracian Primaris se sublevaron abiertamente. Miles de trabajadores contaminados por el contacto corrupto del Caos se echaron a las calles, quemando, saqueando, ejecutando. Ostentaban sin tapujos los obscenos distintivos del Caos.

Los planes del Comandante General sobre una cruzada al interior del subsector ofidiano quedaron pospuestos indefinidamente. La flota de combate Scarus levó anclas y se dirigió a toda velocidad a reprimir la sublevación traciana.

Pero eso fue sólo el comienzo. Surgieron disturbios en los suburbios de la capital de Sameter y, un día más tarde, se desató una guerra civil en Hesperus. En ambos casos era evidente la contaminación del Caos.

A este período deplorable, vergonzoso, se lo denomina en las historias imperiales como el Cisma Helicano. Duró ocho meses y murieron millones en enfrentamientos directos entre estos tres mundos, por no mencionar los cientos de incidentes menores en otros planetas, entre ellos Gudrun. El Comandante General tuvo su santa cruzada, aunque estoy seguro de que no esperaba hacerla contra la población de su propio subsector.

Las autoridades, e incluso mis respetables colegas inquisidores, parecían sorprendidos hasta el punto de la paralización por este estallido sin precedentes. El archienemigo de la especie humana actuaba a veces de una manera abierta y brutal, pero esto parecía un desafío a la lógica. ¿A qué se debía que después de lo que habían sido siglos de cuidadosa organización secreta los cultos clandestinos se hubiesen levantado al unísono, exponiéndose a la ira de las fuerzas imperiales?

Para mí, la respuesta era el genuino. La resistencia casi jubilosa de Urisel Glaw a nuestros métodos me convencieron. Nuestro acérrimo enemigo estaba embarcado en algo de tanta envergadura que estaba dispuesto a sacrificar todas las fuerzas secretas del subsector para mantener al Imperio ocupado.

Quedé totalmente convencido de que sería preferible que ardieran todos los planetas a que aquel «genuino» se llevara a cabo. Y ése fue el motivo de mi viaje a Damasco.

TRECE

Damasco
Oualm Septentrional
Sanctum

Bajo un cielo plúmbeo, ferruginoso, los bosques de árboles globo se movían llevados por el viento.

Parecían densos rebaños de ganado bulboso avanzando por las extensas planicies pedregosas, y el ruido que producía el roce de unos con otros parecía el golpeteo de los cascos.

Y sin embargo eran árboles pustulosos, frondosos globos de celulosa inflados por gases más livianos que el aire producto de los procesos de descomposición que tenían lugar en su interior. Iban a la deriva llevados por el viento y arrastraban tras de sí sus sistemas radiculares. A veces, la presión de uno de estos árboles globo con otro hacía que expulsaran el aire con una mezcla de chillido y quejido a través de sus fibrosos esfínteres. Por encima del rebaño arbóreo flotaban penachos de gas.

Subía una meseta baja donde la piedra y la grava azuladas estaban cubiertas de líquenes amarillentos. Un par de árboles globo solitarios, ejemplares jóvenes, correteaban por la cima plana de la colina. En el centro de la meseta había un monolito de rocacemento que indicaba el lugar donde habían aterrizado los primeros colonos que llegaron a Damasco. La acción de los elementos había desgastado la inscripción. De pie junto al monolito me volví lentamente y contemplé el paisaje. Colinas de piedra negra al oeste, espesos bosques de árboles globo en el amplio valle fluvial que se extendía hacia el norte, leguas de bosques de espinos hacia el este, cerca del lugar donde habíamos tomado tierra, y volcanes rugientes coronados de fuego al sur, a lo lejos, manchando el aire con columnas de sulfuroso humo marrón. Nubes de pequeños murciélagos de los pastos volaban en círculos sobre los bosques disponiéndose a posarse para pasar la noche. Una luna desabrida, llena de cicatrices se elevaba en el cielo distorsionada por la densa atmósfera color ámbar.

—Eisenhorn —me llegó la voz de Midas por el auricular. Volví a bajar la pendiente de la meseta abrochándome la chaqueta para protegerme de la brisa nocturna. Midas y Fischig esperaban junto al speeder que se habían pasado dos horas desembalando y armando tras sacarlo de la bodega del cúter. Era un modelo antiguo, sin artillería, y no se había usado desde hacía tres años. Midas estaba cerrando la capota de uno de los motores.

—De modo que por fin lo has hecho funcionar —dije.

—No es más que chatarra. Tuve que hacer que Uclid le cambiara los relés. No le quedaba un solo cable sano.

Fischig no miraba el speeder con mucho entusiasmo.

Yo casi no lo usaba. En la mayor parte de los mundos a los que íbamos había medios de transporte. No había contado con que Damasco estuviera tan... despoblado.

Según los archivos, había por lo menos cinco asentamientos coloniales, pero no habíamos visto ni señal de ellos desde órbita y nadie había respondido a nuestros mensajes de voz o astropáticos. ¿Acaso la población humana de Damasco se había extinguido en los cinco años transcurridos desde la última actualización de los archivos?

Habíamos dejado a Aemos, Bequin y Lowink en el cúter al que habíamos hecho descender a orillas de una ancha cuenca fluvial y luego habíamos ocultado cuidadosamente con una red de camuflaje. Midas había elegido un lugar de aterrizaje desde el cual se podía llegar con nuestro speeder a algunas de las colonias locales, pero lo bastante alejado como para evitar que nos vieran mientras descendíamos. Tobius Maxilla nos esperaba a bordo del Essene en órbita de altura.

Midas encendió los motores del vehículo y nos alejamos del cúter oculto hacia la última posición registrada del asentamiento humano más próximo.

Un amasijo de arbustos se removía en torno al speeder mientras avanzábamos por terreno escarpado, donde árboles anclados por sus raíces extendían hacia lo alto sus ramas llenas de bolsas de gas luchando contra el suelo y la gravedad en medio del viento. Los murciélagos de los pastos, pequeños mamíferos de alas membranosas, revoloteaban alrededor. Unos planeadores más grandes, enormes criaturas sin cabeza que eran todo alas y cola, giraban silenciosamente dejándose llevar por las corrientes térmicas muy por encima de nosotros. el paisaje era abrupto, quebrado y

tenía la tonalidad azulada del pedernal. El aire era oscuro y nocivo y de vez en cuando teníamos que usar máscaras de recirculación del aire.

Seguimos el río espumoso y salobre a lo largo de veinte kilómetros y luego dejamos las anchas torrenteras y empezamos a subir por el terreno desigual y rocoso, por desiertos esculpidos formados por afloramientos rotos de pedernal, matorrales de helechos amarillos y polvorientos y mares de liqúenes que temblaban ante las embestidas del viento. La fea luna seguía subiendo en el cielo aunque todavía había luz diurna.

Midas tuvo que parar el vehículo en un lugar donde una bandada de murciélagos de los pastos mucho más grandes levantó el vuelo en medio del camino asustada por el ruido de los motores. Eran gigantes grisáceos con el lomo abombado, hocicos como troncos y una patas largas y delgadas que terminaban en unas almohadillas enormes. Sus patas parecían demasiado largas y enclenques para aguantar semejante volumen, pero pensé que al igual que la flora local, esos torsos hinchados contenían vesículas de gas que los soportaban.

Huyeron bufando, con gran estrépito, hacia los bosques de helechos. El speeder se había atascado. Midas salió y manipuló los rotores del turboventilador durante algunos minutos hasta que el mecanismo volvió a ponerse en marcha. Mientras esperábamos, Fischig y yo estiramos las piernas. Fischig se subió a una roca ígnea y jugueteaba con las correas de su recirculador de aire mientras observaba cómo las candentes ráfagas azules de una tormenta de meteoritos cortaban el sombrío cielo en el horizonte occidental.

Miré a través de los bosques de helechos. Los murciélagos cantaban y revoloteaban entre la quietud de las frondas. El viento había cambiado y una manada boscosa de árboles globo irrumpió por entre los helechos produciendo un chirrido cacofónico al arrastrar el viento sus globos y sus sistemas radiculares entre las plantas arraigadas.

Avanzamos otros diez kilómetros y llegamos a un valle estrecho de suelo sedimentario espeso, negro y húmedo. Allí la vegetación era más rica y más elástica; cabelleras de serpiente y brillantes lirios puntiagudos de los pantanos, tréboles, colas de caballo, desgreñadas cabelleras de doncella, altas cicadas festoneadas con bromeliadas epifíticas y madejas de gnetófitas rastreras. Nubes de diminutos insectos zumbaban en los húmedos pantanos y a lo largo de los cursos de agua, unos avispones con alas centelleantes poblaban el aire húmedo como enjoyadas dagas.

—Ahí —dijo Fischig mirando atentamente. Nos detuvimos y nos apeamos del speeder. Una extensión cenagosa próxima a la carretera había sido en una época un campo cultivado y los esqueletos oxidados de dos máquinas excavadoras estaban medio enterrados en el blando suelo.

Un poco más allá pasamos un monolito hecho de pedernal. Tierras de Gillan, decía una inscripción en gótico bajo.

Sin darnos cuenta dejamos atrás la ciudad y tuvimos que regresar. No había sino ruinas de unos cuantos muros cubiertos de malas hierbas y de exuberantes gnetófitas. Hacía cinco años ésta había sido una comunidad de ochocientos habitantes. Una exploración nos permitió encontrar fragmentos metálicos y partes de máquinas rotas enterradas en el suelo.

Fischig encontró el monolito cubierto por cicadas pegajosas en el extremo norte del recinto de la ciudad. Lo habían hecho de una madera fibrosa del lugar, un símbolo tallado que era uno de los asquerosos e inconfundibles glifos del Caos.

—¿Una declaración? ¿Una advertencia? —preguntó Fischig en voz alta.

—Quémelo de inmediato —le dije.

El enlace de voz sonó. Era Maxilla, desde órbita.

—He estado diseccionando el paisaje como usted pidió, inquisidor —informó—, la atmósfera está interceptando mis escaners, pero ya estoy llegando. Sólo hice un barrido de la región volcánica que está al sur de ustedes. Es difícil saberlo porque está activo, pero creo que hay signos de estructuras y máquinas en funcionamiento.

Señaló el lugar en el rudimentario sistema de navegación del speeder. Otros setenta kilómetros, aproximadamente la ubicación de otros de los posibles asentamientos indicados en nuestros mapas.

—Es bastante lejos, y ya queda poca luz —dijo Midas.

—Volvamos al cúter. Partiremos hacia el sur al amanecer.

Por la noche, mientras dormíamos, algo se acercó al camuflado cúter y disparó las alarmas. Salimos armados en busca de los intrusos, pero no encontramos ni rastro, ni tampoco de árboles globo a la deriva.

Al amanecer nos pusimos en marcha hacia el sur. La región volcánica, cuyos picos humeantes se erguían ante nosotros, estaba densamente poblada de helechos y espinos. Hacía un calor insoportable ya que los gases malolientes, recalentados, se infiltraban en los pantanos por las grietas del suelo volcánico. Tras media hora de adentrarnos en los bosques

sulfurosos, sudábamos profusamente y utilizábamos los recirculadores de agua casi constantemente.

Por debajo del pico de uno de los conos más grandes, los escáners rudimentarios del vehículo detectaron signos de actividad mientras subíamos una larga cuesta de roca volcánica desecada. Fischig, Midas y yo bajamos del speeder y trepamos por un afloramiento de pedernal para tener una vista mejor con nuestros catalejos.

A la sombra del cono había un gran asentamiento... antiguas estructuras hechas de piedra y de madera, la mayoría en ruinas, y viviendas modulares más modernas construidas en ceramita. Allí había maquinaria, generadores y otros sistemas pesados funcionando bajo toldos de lona alquitranada. Se habían levantado parapetos de tablero antiaéreo reforzado sobre estructuras metálicas para proteger el lugar de la lluvia de cenizas. Frente a las principales unidades habitacionales había tres motos y dos vehículos pesados de ocho ruedas. Algunas figuras se movían por el lugar, demasiado distantes como para tener una buena resolución.

—La última exploración no mostró indicios de actividad volcánica en esta región —me recordó Midas, repitiendo una observación que había hecho Aemos a nuestra llegada.

—Mirad allí —dije señalando una parte del asentamiento que se encontraba sobre la ladera del cono más grande—. Esos edificios antiguos están parcialmente enterrados en cenizas solidificadas. El asentamiento original es anterior a la actividad.

Midas sacó unas placas de mapa de su bolsillo y fue pasando el índice.

—Qualm Septentrional —dijo—. Una de las colonias, una ciudad minera.

Nos quedamos observando durante quince o veinte minutos, tiempo suficiente para sentir que el suelo se estremecía y ver una lengua blanca de fuego líquido que salía de uno de los conos. Empezaron a sonar las alarmas en el asentamiento, allí abajo, pero pronto se desactivaron. El aire llevó hasta la ciudad una lluvia de cenizas húmedas y ascuas candentes que se depositó como una nieve negra sobre los tableros.

—¿Por qué insistirán en trabajar en este lugar con la amenaza constante de una erupción? —se preguntó Fischig.

—Acerquémonos más para echar una mirada —sugerí.

Después de cubrir el speeder con algunas ramas partimos por el valle arbolado. Entre los helechos plumosos y los duros espinos, el terreno estaba lleno de hongos, algunos de ellos cubiertos de una capa brillante. Aunque caminábamos con cuidado no pudimos evitar levantar nubes de esporas y soredia.

Yo llevaba puesta la chaqueta negra con mangas desmontables, Fischig vestía su armadura y llevaba el casco enganchado en el cinturón, Midas vestía como de costumbre, aunque había reemplazado su chaqueta color cereza por una corta, de faena, azul oscura. Todos nos confundimos entre las sombras del bosque.

Yo todavía no sabía con certeza a qué había venido Fischig. Después de Gudrun, daba la impresión de que la misión que le había asignado el Señor Custodio Carpel ya había terminado, pero se había negado a regresar a Hubris. Al parecer compartía mi idea de que la cuestión distaba mucho de estar resuelta.

Cruzamos el lecho de un río de aguas someras cubierto de vapor proveniente de las filtraciones del suelo y llegamos silenciosamente hasta la linde norte del asentamiento. Ahora se podía oír con claridad el ruido de los generadores y el traqueteo distante de las perforadoras de rocas. Unos guardias vestidos con pantalones de faena color caqui debajo de segmentos claveteados y ennegrecidos de armadura recorrían de un lado a otro un terraplén construido donde terminaban los árboles, acompañados de grandes cígnidos macho sujetos con largas cadenas. Estos cánidos eran unas bestias rechonchas de cuyas fauces salían unas lenguas enormes y mucha baba. Los guardias que los sujetaban llevaban rifles láser cortos de reciente factura colgados del hombro por su correaje. Tenían la cara cubierta con unos pesados recirculadores de aire de color negro. Grupos de trabajo, algunos de cuyos componentes se habían despojado de todo salvo sus calzas para aliviar el calor, se afanaban por eliminar las cenizas candentes de los tableros antiaéreos con mangueras y cadenas de cubos.

Midas señaló hacia un lugar donde el extremo del asentamiento había sido protegido con detectores de movimiento y minas antipersona. Todo había sido desactivado. Los temblores constantes habían hecho que estos elementos defensivos resultaran inútiles, pero era indudable que persistía el aura que yo había percibido desde que habíamos empezado a acercarnos. Un velo psíquico rodeaba perfectamente a Qualm Septentrional.

Saqué mi catalejo y recorrí con él el poblado. Más guardias, muchos más, y docenas de obreros cubiertos de mugre, descansaban junto a la entrada de un módulo especialmente grande. Varios supervisores iban de un lado a otro entre los grupos de trabajo manteniendo breves conversaciones y tomando notas en placas de datos. Ocho trabajadores salieron del cobertizo llevando unas bandejas largas, parecidas a camillas de lados altos, cubiertas con envolturas de plástico transparente. Usé el zoom para ampliar la imagen y examinar mejor las caras de los supervisores. No reconocía ninguno de ellos. Todos eran hombres de rostro severo y aspecto erudito vestidos con monos grises impermeables.

Algo enorme atravesó de repente mi campo visual. Para cuando tuve tiempo de reaccionar y de ajustar el aumento, ya estaba fuera de mi vista y se había metido en el cobertizo. Durante un instante quedó prendida en mi memoria la imagen de algo brillante, casi chillón, metálico, y de un manto flotante y tenue.

—¿Qué diablos era eso? —susurré.

Midas me miró, bajando su catalejo. En su cara había verdadero miedo. Fischig también parecía perturbado.

—Un gigante, un gigante astado de metal enjoyado —dijo Midas—. Salió de la morada modular de la izquierda y fue directamente hacia el cobertizo. ¡Por el Dios-Emperador que era inmenso!

Fischig lo corroboró con una inclinación de cabeza.

—Un monstruo —añadió.

Los volcanes volvieron a rugir, y una lluvia de cenizas abrasadoras se abatió sobre el poblado. Retrocedimos para refugiarnos entre los espinos. La actividad de los guardias aumentó.

—Espina de rosa —me llegó a través del comunicador.

—Éste no es un buen momento —susurré.

Era Maxilla. Transmitió una última palabra y cortó.

—Sanctum.

Sanctum era una palabra cifrada en Glossia que yo le había enseñado antes de abandonar el Essene. Quería que él permaneciera en una órbita próxima para ofrecernos cobertura en caso necesario además de las ventajas de un sensor encima de nuestras cabezas, pero sabía que tendría que desaparecer en el momento en que alguna otra nave entrara en el sistema. Sanctum significaba que había detectado una o más naves que

emergían del Immaterium hacia el espacio real y tenía que retirarse a una órbita de ocultación detrás de la estrella local.

Esto significaba que todos nosotros quedábamos en el planeta librados a nuestra suerte.

Midas me tiró de la manga y señaló al poblado. El gigante había vuelto a aparecer y estaba bien a la vista a la entrada del cobertizo. Medía más de dos metros de altura y estaba cubierto por una capa que parecía hecha de humo y seda. Su armadura profusamente decorada y su casco astado eran una mezcla sorprendente de oro cincelado, amarillo limón y púrpura brillante, además del color rojo de la sangre fresca, oxigenada. Con su antigua armadura, daba la impresión de que el monstruo hubiera estado inmóvil en ese lugar durante mil años. Con sólo mirarlo inspiraba terror y repugnancia, una sensación involuntaria de miedo que a duras penas podía reprimir.

Un Marine Espacial, un miembro del corrompido y maldito Astartes. Un Marine del Caos.

CATORCE

Una historia de represión
El corsario
Regreso a las colinas llameantes

—No hemos estado ociosos —me dijo Bequin con un mohín cuando volvimos al cúter. Era mediodía y la cuenca fluvial se estaba llenando de bamboleantes árboles globo arrastrados desde la planicie de piedra por el viento. Iban a la deriva sobre los guijarros y hundían las raíces aéreas en el agua.

Bequin llevaba unos pantalones de faena y el recirculador de aire colgado al cuello, además iba armada con una pistola automática. Mientras Midas y Fischig ocultaban el speeder debajo de la red de camuflaje, me condujo a la sala de la tripulación y señaló con su arma a un hombre delgado, sucio, encadenado a un gancho de carga y esposado. Tenía el pelo apelmazado y su ropa, un conjunto de andrajos remendados, estaba rígida por el barro. Me echó una mirada feroz a través de un mechón desgreñado de pelo mojado.

—Eran tres, tal vez más —me dijo Bequin—. Vinieron a espiarnos usando los árboles globo como cobertura. Los otros huyeron, pero conseguí traer a éste.

—¿Cómo? —pregunté.

Ella me echó aquella mirada con la que me advertía que no siguiera subestimándola.

—¿Los intrusos de la noche pasada? —pregunté en voz alta. Bequin se encogió de hombros.

Me puse frente al cautivo.

—¿Cómo te llamas?

—No habla mucho —me advirtió Bequin. Le dije que se fuera.

—¿Nombre? —volví a preguntar.

Nada. Esperé un momento, me concentré y luego envié con suavidad una sonda a los recónditos confines de su mente.

—Tymas Rhizor —tartamudeó.

Bien. Otro pequeño embate a su mente que cedía lentamente. Eran palpables los niveles de miedo y de cautela.

—De la diosa Gillan Su Tierra.

Pasé a conversación normal, sin sondearlo ya mentalmente.

—¿Las Tierras de Gillan? ¿Realmente quieres decir las Tierras de Gillan?

—Dije Gillan Su Tierra.

—¿Las Tierras de Gillan?

—Así es —asintió.

—Protogótico, con matices de cambio generacional —dijo Aemos acercándose—. Damasco fue colonizado hace algo más de quinientos años y estuvo aislado durante bastante tiempo. Es posible que la población no haya prosperado, pero la lengua ha perpetuado vestigios de formas lingüísticas más antiguas.

—Entonces ¿es probable que este hombre sea un nativo, un colono?

Aemos asintió. Observé que nuestro cautivo miraba ora mi cara, ora la de Aemos, tratando de seguir nuestra conversación.

—¿Naciste aquí, en Damasco?

Puso cara de no entender.

—Nacer ¿aquí?

—Sí, Gillan Su Tierra. Tierra de Diosa antes trabajo.

Me volvía mirara Aemos. De esta manera podríamos tardar años.

—Yo puedo hacerlo —dijo Aemos—. Pregunta.

—Pregúntale qué pasó con la Tierra de Gillan.

—¿Merced os pido, cómo acaeció la pérdida de Gillan Su Tierra?

Su historia era de una simplicidad penosa elaborada por la ignorancia de un hombre cuya especie había trabajado el suelo yermo de un mundo fronterizo generación tras generación. Las familias, como él las llamaba, presumiblemente los clanes de los colonos originales, habían trabajado la tierra hasta donde podía recordar, y hasta donde abarcaba la memoria de sus antepasados. Había cinco comunidades agrícolas y dos canteras o minas que proveían de material para la construcción y combustible fósil por una parte de las cosechas. Eran gentes devotas, dedicadas a alimentara la Diosa Tierra... La Tierra de Dios, aunque no cabía duda de que por Dios entendían el Dios-Emperador. Hacía apenas cuatro años, después de la

última encuesta de la que teníamos registros, eran más de nueve mil los colonos que vivían en las comunidades de Damasco.

Pero entonces llegó la misión. Rhizor decía que esto había sucedido hacía tres años. Llegó una nave con una pequeña orden de eclesiarcas de Mesina. Su intención era establecer allí una base y educar espiritualmente a los abandonados colonos. En total eran treinta sacerdotes. Reconoció el nombre de Dazzo. Arcipreste Dazzo lo llamaba él. También llegaron otros ultramundanos, no sacerdotes como Dazzo y sus hermanos, sino hombres que trabajaban con ellos. Por la descripción que hizo de ellos parecía tratarse de geólogos o de ingenieros de minas. Concentraron su atención en las canteras de Qualm Septentrional. Después de un año aproximadamente, la actividad aumentó. Empezó a haber un constante ir y venir de naves. Se reclutó a los colonos, sobre todo a los varones fuertes de las comunidades agrícolas para trabajar en las minas, muchas veces por medios brutales. A los eclesiarcas no parecía importarles. Al decrecer su población, los asentamientos agrícolas empezaron a languidecer y a decaer. Nadie ayudaba a su mantenimiento. Una enfermedad, posiblemente traída desde fuera de su mundo, acabó con muchos de ellos. Luego empezó la actividad volcánica, de repente, sin previo aviso. Todos los campesinos fueron obligados a servir en las minas, como si la tarea fuera ahora mucho más urgente. Rhizor y muchos como él trabajaron hasta el límite de sus fuerzas y luego consiguieron escapar para vivir como animales en los bosques de espinos.

De modo que Dazzo y su misión habían venido a Damasco, habían esclavizado a la población para que trabajara para ellos y ahora estaban empeñados en extraer algo del territorio que rodeaba Qualm Septentrional. Era probable que la actividad volcánica se hubiera producido por una explotación minera irresponsable.

Volví a sondear su mente... tembló de miedo al sentir el contacto psíquico... y le mostré una imagen de Dazzo. Ansiosamente confirmó su identidad. Luego una de Locke, otra cara que le resultaba conocida y que miró con mal disimulado odio. Locke había estado al frente de los hombres que habían obligado a los granjeros a trabajar para ellos. Su crueldad había dejado una huella perdurable. Le mostré las caras de Urisel y Oberon Glaw.

No conocía a ninguno de los dos. Por último visualicé una imagen del fumador de la pipa de agua.

—Malahite —anunció tras reconocerlo de inmediato. Según Rhizor, el fumador de obscura de ojos acuosos era Girolamo Malahite, jefe de los prospectores e ingenieros.

Fischig, que se había unido a nosotros durante la conversación, preguntó sobre el monolito de madera fibrosa que habíamos encontrado en la Tierra de Gillan. La pena se reflejó en la cara de Rhizor. El monolito señalaba la fosa común donde los ultramundanos habían sepultado a todos los que habían ofrecido resistencia.

Midas me llamó a la cabina de mando. Le dije a Aemos que diera de comer a Rhizor y lo siguiera interrogando.

Midas estaba sentado en el trono de cuero del piloto y tenía sobre las piernas rollos de papel impresos en la impresora eléctrica.

—No me extraña que Maxilla se haya ocultado —dijo como preámbulo—. Mira esto.

Los rollos eran un registro de la transcripción del tráfico astropático y de voz que Midas había podido obtener de las naves en órbita. Pasó un dedo enguantado por las abigarradas columnas de cifras y texto.

—Distingo por lo menos doce naves ahí arriba, puede que más. Es difícil precisar la cifra. Esto de aquí, por ejemplo, puede ser un intercambio entre dos naves o puede ser que una misma nave se repita.

—¿Código?

—Eso es lo increíble. Todo en estándar imperial, el código de la armada denominado Textccpto.

—Es bastante corriente.

—Y mira aquí —dijo tras asentir. El modelo de pregunta y respuesta es el de una nave capitana que comprueba que los componentes de su flota han llegado todos al espacio real. Es una estructura imperial típica. Militar... una de las nuestras.

—¿Una flota amistosa?

—Tal vez no. Mira aquí, el identificador del comandante... ese nombre ese traduce como Estrum.

—El capitán extraviado.

—El capitán extraviado... tal vez no tan extraviado después de todo. Tal vez... pirata. Todo el incidente en el anclaje de Gudrun, el reconocimiento erróneo, el pánico... podría haber sido todo una maniobra para hacerse con naves que le eran leales.

—Pero sigue transmitiendo en código imperial estándar.

—Si sólo sus oficiales forman parte del engaño, no querrá alertara las tripulaciones.

Una hora más tarde, una gran lanzadera con una escolta de naves de combate se desprendió de la flota y aterrizó en Damasco. El transporte aterrizó en Qualm Septentrional, y las naves de combate sobrevolaron dos veces en círculo la zona antes de volver a su nave nodriza. Desde el cúter pudimos oír el bramido de sus propulsores sobrevolando las mesetas y los valles. Midas se apresuró a reducir al mínimo los sistemas del cúter para que no pudieran detectar por casualidad nuestro instrumental.

Aemos se pasó casi toda la tarde hablando con Rhizor que pareció más tranquilo y dispuesto a colaborar después de haber comido. Cuando la luz empezó a decaer al aproximarse la noche, Aemos vino a buscarme.

—Si buscas una forma de entrar, ese hombre podría ayudarte.

—Continúa.

—Conoce las minas y las excavaciones. Estuvo trabajando allí bastante tiempo. He hablado largamente con él y parece seguro de poder llevarte a una red de cuevas que comunican con la estructura de la mina.

Nos pusimos en marcha con el speeder después de que oscureciera. Fischig conducía guiándose por el explorador de terreno en lugar de las luces. Eso hacía que avanzáramos más lentamente pero con mayor discreción. Yo iba sentado a su lado y Bequin y Rhizor iban detrás. Habíamos discutido un poco sobre quiénes de nosotros debíamos ir, pero al final lo había decidido yo. El speeder sólo tenía espacio para cuatro, y aunque Midas era el luchador más eficaz de mi grupo, incluso más que el purificador en mi opinión, lo quería al mando del cúter, listo para responder. Además, Bequin tenía recursos propios que yo consideraba vitales para nuestra misión.

Nos llevó un buen rato encontrar otra vez el camino hacia la región del Qualm Septentrional y no llegamos hasta bien avanzada la noche. Las nubes cubrían el cielo, ocultando la luna y las estrellas, y la única luz era el resplandor de las montañas volcánicas que proyectaban sobre las nubes bajas una bruma roja y cambiante. El aire era espeso a causa de las emanaciones sulfurosas.

Dejamos el speeder oculto en un hoyo y marcamos su posición con una señal. A continuación nos encaminamos al oeste dando un rodeo por las afueras de la zona, por las «colinas llameantes» como las llamaba Rhizor.

Las criaturas nocturnas parloteaban y chillaban en la oscuridad. Algo más grande y más lejano aulló. Mientras nos abríamos camino entre los espinos nos dimos cuenta de la implacable luz artificial que bañaba todo el poblado. Los volcanes rugían.

A Rhizor le llevó poco tiempo encontrar lo que estaba buscando, una serie de pozas pequeñas y poco profundas medio llenas de aguas geotermales. La superficie gelatinosa de las pozas se removía y burbujeaba y el lugar estaba plagado de insectos atraídos por el calor. Rhizor se introdujo con cuidado en la poza más grande y rodeó una enorme piedra que estaba cubierta de liqúenes fosforescentes de color naranja. Detrás de ella, disimulada por los espinos y las cicadas, había una cavidad estrecha. Por lo que pude entenderle, ése había sido el camino por el que había conseguido escapar de las cadenas de esclavos.

Comprobamos las armas y el equipo y nos dispusimos a entrar. Yo había abierto el armero del cúter y había cogido todas las armas fáciles de transportar que pudiesen darnos una buena potencia de fuego. Llevaba mi espada de energía, una pistola automática en la cartuchera debajo de la chaqueta, y una carabina láser con una lámpara compacta debajo del cañón. Además llevaba la mochila llena de otros elementos. Bequin había guardado su pistola automática y había cogido un cuchillo de hoja plana y también una lámpara. Le había dado a Fischig una ametralladora pesada pero bien conservada que al parecer lo dejó muy complacido. Tenía también su pistola Arbites y una mochila llena de munición de repuesto para la ametralladora. Rhizor no había querido un arma. de todos modos, estaba seguro de que nos dejaría en cuanto nos hubiera puesto en camino.

La cavidad nos permitió introducirnos en fila india. Yo abría el camino con Rhizor detrás de mí, luego Bequin y Fischig cerraba la marcha. Hacía un calor endiablado en el estrecho pasadizo rocoso, y los gases sulfurosos nos obligaban a usar nuestros recirculadores. Rhizor no tenía recirculador, pero se ató un pañuelo húmedo tapándose la nariz y la boca. Eso era lo que usaban los esclavos mientras trabajaban en las minas.

El pasadizo recorría una trayectoria en círculo y subía un poco a medida que se iba internando en la montaña. Por momentos era tan empinado que teníamos que trepar por el suelo desigual de la cueva. Dos veces tuvimos que despojarnos de nuestras mochilas para pasar por lugares muy estrechos.

Al cabo de una hora empecé a sentir el zumbido opresor del velo psíquico que rodeaba a Qualm Septentrional. A medida que nos adentrábamos en él yo iba atento al sonido de posibles alarmas o de actividad, pero no se oía nada. Aun sin saberlo, Bequin ya estaba haciendo su trabajo creando un punto muerto que nos permitía avanzar sin ser notados. Procuré en todo momento que ninguno de nosotros nos apartáramos demasiado de su aura de influencia.

La chimenea volcánica estaba erizada de formas de vida adaptadas a ese medio caliente y rico en sustancias químicas: cazadores ciegos, parecidos a sapos, escarabajos transparentes, moluscos albinos y arañas que parecían hechas de oro blanco. Un ciempiés pálido y gordo, tan largo como mi brazo se apresuró a ocultarse deslizándose sobre la roca caliente en un cruce.

Cada varios minutos la tierra temblaba y del techo caían rocas sueltas y polvo mientras que por el sinuoso pasadizo circulaban corrientes de gases calientes.

El pasadizo se amplió presentando señales de excavación. Unos postes de madera de espino soportaban el techo y en cada seis de ellos había clavados unos tableros señalizadores con números escritos con tiza. Rhizor trató de explicar dónde estábamos. Hizo todo lo que pudo, y al fin logré entender que nos encontrábamos en una sección de la mina en la que se había trabajado y después había quedado abandonada. También dijo otra cosa, pero no conseguí entenderla. Nos llevó hasta el final de una sección, un túnel largo, apuntalado y yo iluminé con mi lámpara una cavidad que había sido excavada en el esquisto y la arenisca. Bequin se puso de rodillas y limpió la arenisca suelta del suelo con la mano. Dejó al descubierto unas baldosas antiguas de una sustancia metálica sin brillo que no pude identificar. Las baldosas estaban perfectamente colocadas aunque eran de forma octogonal irregular. Eran extrañamente asimétricas, con algunos lados excesivamente largos y sin embargo encajaban a la perfección. No encontramos ninguna explicación posible, y la configuración que tenían empezó a resultar muy inquietante.

AI fondo de la cavidad podía verse un trabajo de cantería muy antiguo. Yo no soy ningún experto, pero la piedra, un material brillante con trozos de mica, no parecía del lugar. Era evidente que se habían recortado partes con barrenas y con haces de corte.

—Esto es antiguo —dijo Fischig. Pasó la mano por la superficie hendida de la piedra—, pero los desperfectos son recientes.

—Las tumbas radiales —señaló de repente Alizebeth Bequin. Me volví hacia ella—. En Bonaventure —explicó, recordando su patria—. Había unos famosos lugares antiguos en las colinas occidentales hechos por razas anteriores al hombre. Estaban dispuestas en círculos radiales, como ruedas. Solía ir allí cuando niña. En un tiempo habían estado decoradas, supongo, pero las superficies habían sido cortadas, saqueadas en épocas posteriores. Esto se le parece.

—Hay muchos que trafican con lo que consiguen saqueando las tumbas —dijo Fischig—. Y si se trata de artefactos xénicos, se castiga con penas importantes.

Yo había oído a Glaw y a sus secuaces mencionar materiales arqueoxénicos. Si éste era un yacimiento que tuviera alguna relación con los aún misteriosos saruthi, eso explicaría el hecho de que siguieran trabajando allí a pesar de los volcanes.

¿Qué se habrían llevado de aquí? ¿Qué valor tenía para ellos?

¿Qué valor tenía para los saruthi?

Volvimos sobre nuestros pasos hasta llegar a la grieta principal pasando por otras tres cavidades abandonadas. En cada una de ellas encontramos signos de las antiguas piedras, y cada una de ellas había sido expoliada como la primera.

Llegamos al final de la grieta donde una escalera metálica subía a través del andamiaje hasta una abertura en la roca, diez metros más arriba.

Subimos y nos introdujimos en otro túnel donde no tardamos en oír el ruido de las perforadoras. Aquí la atmósfera estaba más despejada y pudimos prescindir de nuestros recirculadores. Un aire frío, que supuse venía de la superficie, circulaba por el túnel. Con sumo cuidado seguimos adelante, cruzando la boca de una caverna gigante que, muy probablemente, había sido un depósito de magma. Las paredes estaban pulidas y fundidas por el calor.

Nos agachamos y miramos hacia el interior. Vimos grupos de hombres y mujeres, indudablemente parientes de Rhizo, formando una cadena de cestas para eliminar restos de rocas de la superficie de trabajo. Había por lo menos una docena de aquellos guardias bestiales con sus armaduras negras y claveteadas. Uno iba recorriendo la línea formada por los esclavos y los animaba con un electrolátigo.

Miré con más atención, tratando de entender mejor el trabajo que hacían. Dos esclavos damasquitas trabajaban con taladros atravesando la pared rocosa y dejando al descubierto un gran lienzo de la antigua pared. Otros esclavos, la mayoría mujeres, trabajaban muy cerca los unos de los otros sobre la sección descubierta, sacando a la luz tallas de intrincado diseño con pequeños picos, leznas y brochas.

Una serie de gritos recorrió la línea de los guardias y nos escondimos en las sombras del túnel. Enfrente de nosotros, las lámparas se movieron y balancearon cuando un grupo de hombres bajó por el túnel desde la superficie hasta el interior de la caverna. Tres eran guardas, dos supervisores vestidos de gris con placas de datos y los otros eran Gorgone Locke y el fumador de pipa Girolamo Malahite.

Así se confirmó mi sospecha de que algunos miembros de la camarilla de los Glaw habían escapado vivos de la destrucción de la casa. No cabía duda de que la flota traidora de Estrum había desempeñado su papel en esa salvación.

Locke iba vestido con un traje de cuero con placas de blindaje incorporadas. Su boca mostraba todavía la herida que yo le había infligido. Se lo veía taciturno.

Malahite llevaba el mismo traje negro con el que lo había visto la vez anterior. Estaba de pie, estudiando placas de datos y conversando con los supervisores de la excavación y con el jefe de la guardia antes de volverse para examinar un tramo descubierto de material arqueoxénico. Los trabajadores esclavos trataban de no ponerse en su camino.

Intercambió unas cuantas palabras con los hombres que lo rodeaban y el jefe de la guardia salió apresuradamente para volver con una voluminosa sierra radial. La herramienta arrastraba tras de sí cables y tubos que la conectaban a un sistema de abastecimiento de agua y energía que iba desde el túnel a los generadores y bombas que había en la superficie.

La sierra se puso en marcha, bombeando un chorro de agua sobre su hoja para mantenerla limpia y fría. El jefe de la guardia introdujo con cuidado la hoja en la roca. La radial cantaba lúgubremente mientras se abría camino. En cuestión de segundos había liberado una parte de la talla. Por lo que pude ver, las tallas estaban hechas sobre bloques de piedra independientes y lo que él hacía era rebanar las caras esculpidas separándolas del resto de la piedra. Cortó otras dos y se las entregó con

gesto reverente a Malahite que después de estudiarlas las devolvió para que las envolvieran en plástico y las colocaran en unos transportadores de madera. Aquellas piezas se parecían mucho a las antiguas lápidas de piedra que había visto en aquel estudio privado de la Casa Glaw.

Se oyó un crujido. El jefe de la guardia había cortado otra lápida pero se había roto en varios pedazos. Dejó la sierra y empezó a juntar los fragmentos frenéticamente mientras los que estaban a su alrededor maldecían y gritaban. Locke entró en escena.

De una fuerte patada tiró al hombre al suelo y allí continuó pateándole mientras el otro trataba de protegerse la cara y pedía compasión. Malahite recogió los fragmentos.

—¡Te dijimos que tuvieras cuidado, bastardo inútil! —gritaba Locke.

—Puede arreglarse —le decía Malahite al armador—. Puedo fundirlo y unirlo.

Locke no escuchaba. Volvió a golpear al hombre y luego lo levantó y lo tiró contra la pared mientras seguía maldiciendo y el otro gimoteaba y pedía clemencia.

Locke dejó al pobre desgraciado, a continuación cogió la sierra y describiendo con ella un arco, lo desmembró.

Era inhumano. Los gritos de agonía llenaron el lugar. Todos los esclavos gemían y gimoteaban, e incluso los guardias apartaron la vista asqueados. Locke estaba allí con su sonrisa asesina mientras la sangre lo salpicaba.

A continuación dejó la sierra humeante en el suelo, a sus pies, y volviéndose hacia otro de los guardias le señaló la sierra.

—Asegúrate de hacerlo mejor —le dijo con desprecio.

De muy mala gana, el guardia recogió la sierra y se puso a la labor.

Locke, Malahite y sus acompañantes se marcharon al cabo de diez minutos, seguidos por una cadena de esclavos que llevaba los cajones de madera que habían llenado con las lápidas. Esperamos unos cuantos minutos y luego los seguimos por el túnel.

Desde delante nos llegaba luz diurna, aunque escasa y desvaída. El túnel subía hasta lo que supuse era el gran módulo del cobertizo que había visto desde mi posición de reconocimiento. Por allí había trabajadores en turno de descanso y guardias vestidos de gris que iban y venían. En aquel lugar mal iluminado se apilaban equipo y herramientas de excavación. Fischig encontró una puerta en la parte trasera del cobertizo, detrás de las

cajas con el equipo y forzó la cerradura. De esta manera, los cuatro pudimos deslizamos fuera del cobertizo entrando al poblado por detrás en lugar de tener que pasar por la entrada principal de la mina y arriesgarnos a ser vistos.

Estábamos ahora en una calle de Qualm Septentrional, con las laderas del volcán a nuestras espaldas. Todo en derredor eran destartalados edificios abandonados y el aire traía ráfagas de ceniza y hollín. Nos mantuvimos pegados a las paredes, ocultándonos cuando pasaba alguien.

Detrás del siguiente grupo de ruinas había un área despejada y protegida en parte por más tableros antiaéreos cuya finalidad era no dejar entrar la ceniza. Había dos lanzaderas estacionadas sobre el suelo chamuscado: un gran transporte imperial y un transbordador más pequeño y antiguo. Éste tenía una capa más espesa de cenizas.

En torno a las rampas de acceso a ambos vehículos había figuras yendo y viniendo. Guardias y trabajadores subían los cajones de madera que contenían los artefactos sacados de las excavaciones a la bodega de la mayor de las naves. Pude ver a Locke y Malahite de pie por allí cerca con varios de los supervisores y tres oficiales de la flota de combate en traje de faena. Uno de ellos, un hombre delgado, llevaba la insignia de capitán. Nuestro traidor, Estrum. Mientras estábamos allí observando, el eclesiarca Dazzo salió de un edificio cercano y se acercó a ellos, levantando sus lujosas vestiduras para no mancharse de ceniza.

De repente sonaron unos gritos en la pista. Una voz humana llena de furia seguida por un sonido más profundo y salvaje que me puso los pelos de punta.

Lord Oberon Glaw, vestido con una capa y armadura salió dando un portazo del edificio del que había salido Dazzo y atravesó la pista a grandes zancadas. Un segundo después lo siguió la figura enorme y repugnante del Marine Espacial del Caos dando gritos y maldiciendo.

Glaw giró sobre sus talones y se enfrentó al gigantesco monstruo, reanudando su discusión a todo volumen. A pesar de su aventajada estatura, lord Glaw se veía empequeñecido por aquella blasfemia andante. El Marine traidor se había despojado del casco: su cara era un máscara blanca, empolvada y sin vida que sólo expresaba odio; tenía restos de polvo de oro y purpurina en torno a los ojos hundidos, y una boca seca, sin labios, llena de dientes incrustados de madreperla. Su cara, con reminiscencias humanas muy lejanas, parecía haber sido cosida al cráneo,

cuyas partes visibles eran de oro repujado. Despedía un hedor terrible y empalagoso a corrupción y descomposición orgánica. Me costaba imaginar el valor, o la locura, que se requerían para mirar cara a cara a un Marine del Caos manteniendo una furiosa discusión con él.

Teníamos el viento en contra y no nos llegaban las palabras sino el tono violento de las voces. Dazzo y Malahite se pusieron rápidamente al lado de Glaw y la mayor parte de los guardias y trabajadores presentes se apartaron.

El viento cambió un poco.

—¡... ya no me desmentirás más, escoria humana! —se oyó la espantosa voz del Marine traidor.

—¡Me mostrarás respeto, Mandragore! ¡Respeto! —le respondió Glaw con voz tonante que sin embargo parecía frágil al lado de la del guerrero del Caos.

El Marine vociferó algo más que terminó en:

—... ¿matarte y terminar yo mismo este trabajo? ¡Mis señores esperan que esta tarea termine a la perfección! ¡No están dispuestos a perder el tiempo mientras vosotros andáis por ahí holgazaneando y ganduleando!

—¡Te atendrás a nuestro pacto! ¡Mantendrás nuestro acuerdo!

Me di cuenta de que me sentía casi hipnotizado. Mirando a aquella figura monstruosa, atraído por su poder y su horror supremo, mis ojos se habían detenido demasiado tiempo en las obscenas tallas rúnicas que marcaban las articulaciones de su armadura, en los descabellados sellos que decoraban su pectoral. Me encontraba en trance, cautivado por las cadenas doradas que cubrían su armadura pintada con colores chillones, las gemas y la delicada filigrana que lo cubría, la seda traslúcida de su capa y las palabras, las palabras alienígenas, abominables, inscritas sobre su forma, aquellos secretos enrevesados e insidiosos más antiguos que el tiempo... secretos... promesas, mentiras...

Me obligué a no mirar. Las marcas y señales del Caos tienen un efecto destructor del alma si uno las mira durante demasiado tiempo.

Mandragore se estremeció de furia y levantó un enorme puño enguantado del que sobresalían unas púas herrumbrosas para aplastara lord Glaw.

El golpe no llegó a descargarse. Me sobresalté, como si me hubieran abofeteado, cuando un estallido de poder psíquico se extendió en ondas

por el lugar.

Mandragore retrocedió un paso. Dazzo avanzó hacia él. De menor estatura que Glaw o que Locke, Dazzo parecía aún más insignificante al lado del monstruo, pero a cada paso que daba el Marine del Caos retrocedía otro.

De su boca no salía una palabra, pero yo podía oír su voz en mi cabeza. La presencia de las palabras era tan repugnante que me costaba no vomitar.

—Mandragore Carrion, hijo de Fulgrim, enviado de Slaanesh, paladín de los Hijos del Emperador, aniquilador de los vivos, profanador de los muertos, guardián de los secretos...tu presencia aquí nos honra y celebramos nuestro pacto con los tuyos... pero nunca tratarás de hacernos daño. Nunca volverás a levantar la mano contra nosotros. Nunca.

Dazzo era simplemente el psíquico más potente que hubiera conocido jamás. Valiéndose únicamente de su mente, había sometido a uno de los traidores más viles, a un Marine Espacial que había jurado servir a las corruptas fuerzas del Caos.

Mandragore se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas por la pista. Pude ver entonces que lord Glaw había quedado extenuado por el enfrentamiento ya que había empleado en él todo su valor. Muchos de los trabajadores presentes sollozaban por la impresión de la escena presenciada, y dos guardias estaban vomitando.

Temblando, me volví para mirar a mis compañeros. Fischig tenía la cara cenicienta y temblaba con los ojos cerrados. Rhizor se había encogido sobre el suelo lleno de cenizas con la espalda contra la pared.

Bequin había desaparecido.

QUINCE

Descubiertos en medio del enemigo una guerra desigual
Vuelo

Me bastó un segundo para darme cuenta de que fuera donde fuese que se había ido Bequin, nos había dejado al descubierto, fuera de la protección de su aura intocable. Oí un grito, una advertencia ahogada del viejo eclesiarca, a la que siguió inmediatamente el aullido de las sirenas.

En la pista de aterrizaje, los guardias empezaron a correr hacia nosotros. Dazzo estaba señalando directamente a la sección de las ruinas donde nos ocultábamos. Locke sacó una pistola láser de entre sus ropas. Voces airadas y el ladrido rabioso de los cígnidos.

—¡Fischig! —grité—. ¡Fischig! ¡Muévase ahora o estamos perdidos!

Fischig parpadeó. Todavía estaba pálido, como si no reconociera su propio nombre. Le asesté una bofetada.

—¡Muévase, purificador! —grité.

El primero de los guardias había llegado a las ruinas y otro se abría paso a patadas a través de la puerta de tablero antiaéreo. Vi su cara expectante a través de un sucio visor negro. Levantó su rifle láser.

Levanté la potente carabina y lo cosí a la puerta con una lluvia de disparos láser. Los múltiples impactos hicieron saltar fragmentos de piedra y madera.

Los disparos láser salieron zumbando por las grietas de la piedra y explotaron contra la pared exterior.

La ametralladora pesada de Fischig cobró vida. Hizo un barrido con proyectiles trazadores por las oscuras cavidades de las ruinas que quedaban a nuestra izquierda aniquilando a otros dos guardias que trataban de abrirse paso.

Más guardias, a mi derecha, dispararon sus armas. Mi carabina láser tableteó en modo totalmente automático, produciendo un zumbido atronador, cuando derribé a otros tres que estaban en la estrecha entrada.

Sin dejar de disparar, Fischig retrocedió hacia las profundidades de las ruinas.

—¡Vamos! —dijo con un gruñido. Retrocedí con él mientras nuestras armas lanzaban una andanada de metal explosivo y energía devoradora que resonaba entre las paredes en ruinas, sembrando escombros, diseminando ceniza y despedazando cuerpos.

Rhizor, absolutamente obnubilado por el terror, estaba en el suelo. Lo cogí por sus andrajosos pantalones y lo arrastré con nosotros aunque, desesperado, se resistía.

Una figura corpulenta se introdujo a través de la ventana por la cual habíamos estado observando los acontecimientos que tenían lugar en la pista. Era Locke. Cayó rodando mientras disparaba con su pistola láser.

Un disparo me alcanzó en el hombro izquierdo. Otros tres hirieron en la espalda a Rhizor que se desplomó sobre mí haciéndome caer de espaldas.

Fischig vio a Locke y giró sobre sus talones sin apartar el dedo del gatillo de la ametralladora. El mecanismo de revoluciones rápidas de la pesada arma hizo un rechinante ruido metálico superpuesto a las ráfagas frenéticas de los disparos.

La escasa cobertura de que disfrutaba Locke saltó por los aires y el armador gritó al tiempo que saltaba para esconderse detrás de una sección de muro. Disparó al tiempo que se movía, y Fischig gimió de dolor cuando un disparo de láser lo alcanzó en un costado.

—¡Eisenhorn! ¡Maldito bastardo! —bramaba Locke. Logré salir de debajo del cuerpo de Rhizor, lamentando que aquel andrajoso esclavo hubiera pagado un precio tan alto por ayudar a un inquisidor. Otro asesinato sobre los hombros de Gorgone Locke.

Maldiciendo el nombre del armador, saqué de mi mochila una granada de fragmentación y la arrojé hacia donde estaba Locke. A continuación, Fischig y yo nos movimos lo más rápido que pudimos por la parte trasera de aquella ruina llena de humo.

La granada hizo reventar hacia afuera el fondo de la estructura. Rogué al Emperador que hubiera desmembrado totalmente a Locke.

Tosiendo y escupiendo Fischig y yo salimos a un foso que pasaba por detrás de las viviendas en ruinas de Qualm Septentrional y de los edificios modulares más modernos. Por encima de nosotros los grandes tableros antiaéreos que protegían de las cenizas formaban un ángulo.

Los disparos de láser golpeaban contra los tableros arrancando astillas y después caían al foso resbalando por las paredes. Algunos guardias se dejaron caer al foso a unos veinte metros de donde estábamos, y junto con ellos los cígnidos que aullaban enloquecidos.

Fischig transformó el foso en su propio campo de exterminio y vació su segundo tambor de munición pulverizando a guardias y cánidos sin distinción. Salimos corriendo en la dirección opuesta mientras él trataba de introducir un tambor nuevo.

Los guardias nos disparaban a través de las ruinas, arrancando trozos de las paredes de piedra humeante. Seguimos corriendo, perseguidos por su inclemente ataque.

El foso terminaba en una pequeña pista donde estaba estacionado el vehículo de ocho ruedas. Intercambiamos disparos con tres guardias que aparecieron por una esquina de la pista y los abatimos, pero apareció un cuarto que soltó a tres cígnidos que llevaba sujetos por correas. Ladrando se lanzaron hacia donde estábamos. Maté a uno con mi carabina, pero el vehículo me impedía disparar a los demás. El camión se estremeció cuando uno saltó dentro. Un momento después saltaba encima de nosotros. Le atravesé el cráneo con un disparo de láser mientras caía y me salvé por un pelo de que me aplastara. El otro salió de debajo del camión, lleno de grasa de los ejes y saltó sobre Fischig derribándolo mientras sus enormes mandíbulas se cerraban sobre su antebrazo protegido por la armadura.

Saqué mi espada de energía y lo atravesé con su hoja crepitante.

Más disparos se estrellaron contra el camión.

—¡De pie! —le grité a Fischig mientras apartábamos de él al pesado cánido muerto.

Con todo el recinto cerrándose a nuestro alrededor, saltamos a la parte trasera de un cobertizo modular y entramos derribando la puerta.

Era un almacén de equipo, repleto de hojas de repuesto para sierras radiales, rollos de cable, células de iluminación y toda clase de equipamiento para minería. Avanzamos entre los montones de objetos mientras oíamos gritos y pisadas en la parte exterior.

Hice una pausa para reponer las células de mi carabina y conecté mi enlace de voz.

—Espina desea égida, bestias furiosas debajo.

—Égida, levantándose, los colores del espacio —fue la respuesta inmediata.

—Cuchilla, trayectoria delphus —indiqué—. ¡Modelo marfil!

—Modelo confirmado. En seis. Égida, elevándose.

Unos guardias irrumpieron en la parte trasera del almacén y Fischig los hizo atravesar la pared prefabricada con una ráfaga de su arma.

Miré alrededor y vi una pila de cajas negras de metal sobre una paleta en una esquina del cobertizo. Las etiquetas de papel eran viejas y estaban medio borradas, pero levanté la tapa de una de las cajas y confirmé su contenido.

—Dispóngase a salir pitando —dije mientras armaba mi segunda granada.

—¡Oh, mierda! —exclamó Fischig al ver lo que estaba haciendo. Ya estaba saliendo por la puerta cuando coloqué la granada encima de las cajas.

Salimos disparando y nos topamos con una docena o más de guardias que estaban revisando la calle para dar con nosotros. La mayor parte iban vestidos con la fea armadura negra, pero había tres con uniforme de faena de la seguridad naval, sin duda pertenecientes al contingente del capitán traidor.

No dejamos de disparar mientras corríamos. La granada tenía un fusible de diez segundos. El hecho de que corriéramos en medio de ellos los desconcertó y no fueron capaces de apuntar debidamente.

Fischig y yo nos tiramos de cabeza por encima de una derruida sección de muro de lo que había sido otrora el mercado de Qualm Septentrional.

La granada estalló, y con ella la pila de explosivos sobre los que la había colocado.

La onda expansiva lo arrasó todo en treinta metros a la redonda. La fuerza ascendente de la explosión produjo una bola de fuego, levantó el cobertizo modular veinte metros por encima de la superficie y luego desperdigó los restos destrozados de la estructura por encima de los edificios vecinos.

Sobre Fischig y sobre mí llovieron trozos de metal y de tableros antiaéreos así como una profusión de cenizas. Se produjo un silencio total, sólo interrumpido por el ulular de las sirenas, los gritos de los heridos y alaridos desesperados. El polvo de ceniza no dejaba ver nada. Nos pusimos nuestros recirculadores de aire y avanzamos a tientas entre las tinieblas.

Sentí un dolor punzante en la cabeza. Dazzo tendía los tentáculos de su mente profunda, insidiosa, terrible, tratando de encontrarnos.

A tumbos recorrimos un callejón entre dos cobertizos modulares cuyas ventanas habían volado con la detonación.

El dolor se hizo más intenso.

—Eisenhorn. No puedes ocultarte. Muéstrate.

Traté de respirar hondo mientras el dolor me atenazaba, de repente, cesó.

—¡Fischig! ¡Aquí dentro!

Lo arrastré hacia un viejo edificio de piedra. Supuse que habría sido un lavadero en los tiempos en que Qualm Septentrional era un enclave más rural.

Bequin se había refugiado en un rincón, sucia y llorosa. La vista del Hijo del Emperador Mandragore la había hecho huir presa del pánico. Al igual que yo, había cometido el error de mirar las runas y las marcas de su asquerosa armadura, pero no había tenido el sentido necesario para apartar la vista.

No podía hablar. A duras penas se dio cuenta de nuestra llegada, pero por el momento estábamos dentro de su aura protectora y fuera del alcance de Dazzo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Fischig. No tardarán en reagruparse.

—Midas está de camino. Tenemos que volver a la pista de aterrizaje. Es el único lugar lo bastante grande como para que él pueda aterrizar.

Fischig me miró como si dudara de mi salud mental.

—¿Va a venir aquí? ¡Lo matarán! Y aun cuando consiguiera recogernos, enviarán vehículos de interceptación desde la flota. ¡Los lanzarán justo cuando ponga la máxima potencia para despegar!

—No va a ser fácil —admití.

Arrastramos a Bequin con nosotros y salimos del semiderruido lavadero. Afuera, el poblado seguía envuelto en las cenizas levantadas por la explosión. En medio del humo se veía el resplandor de fieros incendios. Se oían grandes voces y el ladrido de los cígnidos, y al fondo un bramido más furioso. Tuve el funesto presentimiento de que se trataba del Marine del Caos.

—Espina esperando égida, zona de pista principal —transmití.

—Egida, pista principal en tres, los cielos se desploman. —Y así era. La flota había enviado naves en persecución del cúter.

Echamos a correr. El humo se iba disipando lentamente.

Un grupo de guardias pasó cerca de nosotros y nos vimos obligados a dar un rodeo. La calle siguiente estaba bloqueada por más guardias.

—¡A través de los edificios! —indicó Fischig.

Nos encontrábamos detrás de un edificio modular, uno de los más grandes y nuevos que había levantado la misión maldita de Dazzo. No tenía puerta, pero trepamos a un bajo tejadillo, subimos a Bequin con nosotros y nos introdujimos a través de un tragaluz.

El lugar en el que caímos estaba alfombrado y bien amueblado, sin duda era la oficina o estudio privado de uno de los supervisores principales. Había soportes llenos de placas de datos, pilas de mapas y estanterías de almacenamiento. En un rincón había algunos grandes baúles de viaje con una capa y dos abrigos doblados encima de ellos. Alguno de los que acababan de llegar en las naves había dejado estas cosas aquí y todavía no había desempacado.

—¡Vamos! —dijo Fischig comprobando la puerta que comunicaba la oficina con el resto del edificio.

—¡Espere! —repliqué. Corté las correas de los baúles con mi espada de energía y abrí las tapas. En la primera, ropa, placas, un rifle láser en su caja, adornado con el nombre Oberon grabado, y otros efectos personales.

—¡Vamos! —repitió Fischig, frenético.

—Egida, pista principal en dos —sonó en el auricular.

—¿Eisenhorn? ¿A qué está jugando? —preguntó Fischig.

—¡Es el equipaje de Glaw! —dije mientras rebuscaba.

—¿Y qué? ¿Qué está buscando?

—No lo sé. —Me dirigí al segundo baúl. Más ropa. Algunos iconos religiosos burdos e inquietantes.

Fischig me cogió por el hombro.

—Con todo respeto, inquisidor, creo que ahora no es momento para esto.

—Tenemos que salir de aquí, tenemos que salir de este maldito lugar —murmuró Bequin. Sus ojos iban de un lado a otro al menor ruido que llegaba de afuera.

—Tiene que haber algo... una pista, una clave... algo que podamos usar cuando salgamos de aquí...

—Podremos darnos por satisfechos si conseguimos salir vivos de este lugar.

—¡Sí! —me volvía mirarlo—. Saldremos, y si lo hacemos querremos seguir nuestra lucha contra Glaw, ¿no es así?

Levantó las manos con desesperación.

—Por favor... por favor... —imploraba Bequin.

—Égida, pista principal en uno —llegó la voz de Midas.

El tercer baúl. Un envoltorio con un juego de instrumental quirúrgico de acero inoxidable cuya aplicación ni siquiera me atreví a imaginar. Un pequeño dado y un tablero en una caja de madera. ¡Ropa! ¡Maldita sea! ¡Más ropa!

Y algo envuelto en medio de ella. Lo cogí.

—¿Satisfecho? —preguntó Fischig.

Habría sonreído si Locke no me hubiera dejado incapacitado para ello.

—¡Vamos! —dije.

Más allá del despacho había un anexo exterior. Más baúles sobre el suelo de rejilla, así como cajas de madera envueltas en plástico.

—¡Ni se le ocurra! —me espetó Fischig al ver que yo miraba los baúles.

—Égida, presente —el sonido de la voz quedó parcialmente apagado por el rugido vibrante de una poderosa nave por encima de nuestras cabezas. Se oyó el tableteo de armas de pequeño calibre y el latigazo de los rifles láser.

Salí el primero del anexo a través de una compuerta que daba a la pista de aterrizaje. Todo era un ir y venir de guardias y tropas navales que miraban arriba y disparaban al cúter que se cernía sobre ellos. Desde el lado opuesto de la pista, Malahite nos vio y dio la voz de alarma. Los hombres se dieron la vuelta y empezaron a disparar contra nosotros..

Entonces vi a Mandragore a la derecha de la pista dirigiéndose hacia nosotros con un espantoso bramido.

—¡Atrás! ¡Adentro otra vez! —grité, retrocediendo y volviendo a atravesar la puerta.

La pared exterior de la construcción no aguantó el embate de la bestia del Caos. Tampoco lo hizo la compuerta. Sus puños de acero y ceramita rompieron el metal, retorcieron las vigas de adamita, atravesaron los paneles de plástico como si fueran de papel. Los bramidos de Mandragore lo precedían, sacudiéndonos hasta la médula.

Bequin dio un grito.

El vilmente llamado Hijo del Emperador, entró como una explosión a través de la pared del anexo, mostrando los dientes de madreperla mientras seguía profiriendo sus bramidos aumentados por la cámara de resonancia de su tórax. El bolter que llevaba en la mano era enorme.

—¡Ni un paso más! —grité levantando la mano en la que llevaba la granada cebada para que pudiera verla.

Su respuesta fue una profunda y sonora carcajada de desprecio.

—Lo digo y lo haré —añadí golpeando con el pie la caja que tenía ante mí. Estaba cargada con lápidas de la mina envueltas en plástico.

—El segundo fusible, un paso más y todo volará por los aires.

Vaciló.

Lord Glaw y varios guardias irrumpieron a través de la pared derribada, detrás de él.

—¡Por piedad! ¡Haz lo que te dice! —gritó Glaw.

Con un gruñido de rabia, Mandragore bajó el arma.

—¡Atrás, Glaw! ¡Atrás y sáquelos a todos de aquí!

—No tiene escapatoria posible, inquisidor —dijo Glaw.

—¡Atrás!

Glaw indicó a sus hombres que retrocedieran y se retiraran. Mandragore lo hizo lentamente sin dejar de gruñir.

—¡Recoja la caja! —le dije a Fischig, que se colgó la ametralladora al hombro e hizo lo que le decía.

Salimos hacia la humeante luz diurna. Fischig y yo íbamos uno junto al otro yo sostenía la granada encima de la caja que él transportaba. Bequin nos seguía pegada a nosotros.

En la pista, Glaw estaba ordenando a sus hombres que se replegaran. Había unos cuarenta hombre o más entre guardias, soldados navales y supervisores. Vi a Dazzo, Malahite y el capitán traidor Estrum entre ellos. Mandragore no retrocedió tanto como los demás. Permanecía a nuestra derecha, con su tenue capa flotando al viento y su armadura resplandeciente. El gruñido seguía sonando en su garganta.

—Midas —dije por el transmisor—, aterriza, escotilla abierta.

—Entendido —respondió—. Quedas advertido de que hay a la vista tres interceptores de la armada. Llegada en tres.

El cúter sobrevoló la pista proyectando una gran sombra mientras sus propulsores levantaban nubes de cenizas. Mientras se posaba sobre sus

voluminosas patas hidráulicas de aterrizaje, la rampa de carga que había debajo de la cabina se desplegó con un zumbido.

Lentamente fuimos avanzando hasta tener el cúter y la rampa a nuestras espaldas. Todos los allí reunidos nos observaban intensamente con las armas preparadas.

—Empatados, inquisidor —dijo Glaw.

—Haga que sus hombres bajen las armas, incluso los que no están a la vista. Ni siquiera piense en derribarme a mí. Midas... apunta con los cañones del ala hacia mí y el purificador. Si nos sucede algo, abre fuego.

—Confirmado.

Los potentes cañones del ala se desplazaron hasta apuntar directamente hacia nosotros.

—Si nos dispara, el cajón saltará por los aires.

—¡Bajen las armas! —gritó Glaw y los soldados le obedecieron.

—Ahora haga que esos interceptadores salgan de nuestro camino. Ordene que vuelvan a su base.

—Yo...

—¡Ahora!

Glaw se volvió hacia Estrum que empezó a decir algo por su transmisor.

—Los interceptadores han abortado su trayectoria —me comunicó Midas—. Están volviendo.

—Muy bien —le dije a Glaw.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Eso me preguntaba yo. ¿Y ahora qué? Por un momento llevábamos las de ganar; no se atrevían a dispararnos ni a lanzarse sobre nosotros, y Bequin estaba bloqueando a Dazzo y a cualquier otro psíquico que tuvieran.

—Una o dos respuestas —sugerí.

—¡Eisenhorn! —me susurró Fischig.

—¿Una respuesta? —Glaw se rió y lo mismo hicieron algunos de sus hombres. Mandragore rumió una expresión desdeñosa. Me di cuenta de que ni Dazzo ni Malahite parecían divertidos.

—Este material es arqueoxénico, de algún antiguo yacimiento saruthi —dije, levantando una de las antiguas lápidas asimétricas de la caja que llevaba Fischig en la mano que le quedaba libre—. Es evidente que tiene

mucho valor para usted porque debe haberlo tenido también para los saruthi. Las está recuperando para ellos ¿a cambio de qué?

—No pienso decirle nada —dijo Glaw—. Ni siquiera voy a confirmar sus suposiciones.

—Valía la pena intentarlo —respondí encogiéndome de hombros.

—Mi pregunta sigue en pie —dijo Glaw—. ¿Y ahora qué?

—Ahora nos vamos —respondí—. Sin ser molestados.

—Váyanse entonces —dijo con un leve gesto de la mano—. Pongan el cajón en el suelo y váyanse.

—Este cajón es lo único que le impide matarnos. Se va con nosotros, como garantía.

—¡No! —gritó Dazzo avanzando—. ¡Es inaceptable! ¡Lo perderíamos para siempre! —miró a Glaw—. Este hombre es nuestro acérrimo enemigo. Nunca podríamos recuperar los artefactos. Aunque nos comprometiéramos a dejarlos marchar, no respetaría el trato. No los recuperaríamos.

—Por supuesto que no —intervine—. Del mismo modo que ustedes no respetarían ningún trato que hicieran conmigo. Es triste, pero es así. No es posible ningún trato entre nosotros. Por eso este cajón se viene conmigo. No tenemos ninguna otra garantía.

—No estamos aquí para ofrecerle garantías, sabandija —dijo Mandragore con voz tonante—. Sólo la muerte. Y si no tiene suerte, dolor y muerte.

—Debería mantenerlo al margen de las negociaciones —acompañé mis palabras a Glaw con un gesto referido a Mandragore—. Nos vamos con el cajón porque de lo contrario nos destruirían.

—No —dijo Glaw. Dio un paso adelante y sacó un rifle láser—. Su lógica no tiene sentido, inquisidor. Si vamos a perder esos artefactos para siempre, prefiero que sea aquí para que nos quede el consuelo de su muerte. Si trata de irse con el cajón, dispararemos de todos modos sin que me importen las consecuencias. Déjelo en el suelo y le daré diez segundos para marcharse.

Me di cuenta de que no era un farol. Estaban dispuestos a todo por recuperar sus baratijas. Y no eran tontos, sabían perfectamente que no se las devolvería jamás. Diez segundos. Si tratábamos de subir a bordo con el cajón dispararían enseguida. Si lo poníamos en el suelo... tal vez

dispararan, pero no con tanta seguridad por temor a dañar la mercancía. Y los cañones del cúter seguían siendo un punto a nuestro favor.

—Retrocedan hacia la rampa —les susurré a Bequin y a Fischig—. Dejen caer el cajón cuando yo lo diga.

—¿Está seguro?

—Hagan lo que digo. ¿Midas?

—Listo para elevarnos, preparados los cañones.

—¡Ahora!

El cajón cayó en el polvo. Los motores del cúter aumentaron la potencia. No esperaron diez segundos. Los tres estábamos en la rampa que se estaba cerrando debajo de nuestros pies y el cúter ya despegaba. Una descarga cerrada dio contra el casco del cúter y nuestros cañones rugieron.

El cúter hizo un súbito viraje y caímos al suelo al inclinarse la nave. Fischig dio un grito y a punto estuvo de caerse de la rampa. Lo cogí y lo alcé al interior antes de que las piernas, que le habían quedado colgando, fuesen cortadas por la rampa o recibieran los disparos del enemigo.

Ya estábamos en marcha. Por el ángulo de la cubierta y por la vibración de la estructura de la nave supe que Midas estaba acelerando a fondo mientras se mantenía en vuelo rasante, usando el paisaje como escudo contra el fuego de superficie. Unos testigos indicaban en los mandos que habíamos sufrido daños.

—¡Sujétate con el cinturón! —le grité a Aemos que trataba de ponerse en pie para ayudarnos—. ¡Fischig, sujete a Bequin con el arnés! ¡Y sujétese usted también!

El purificador arrastró a la aterrorizada chica hasta un asiento. Yo seguí hacia adelante, por la escotilla de bajada, hacia la cabina.

Midas estaba manejando los controles para ganar altura. El paisaje de Damasco se veía debajo de nosotros como una sucesión de manchas. Me dejé caer en el asiento del copiloto.

—¿Los tenemos muy cerca?

—Los cazas han vuelto a una trayectoria de interceptación. Tienen la altitud a su favor.

—¿A qué distancia?

—Seis minutos. ¡Maldita sea!

—¿Qué?

Señaló a la pantalla táctica principal. Detrás de los cursores brillantes más pequeños había unas formas más grandes que avanzaban por el mapa

magnético tridimensional de la magnetosfera del planeta.

—Su flota también se está moviendo. Incluso las naves capitanas. Y han lanzado otros dos cazas —hizo una pausa y añadió—: No quieren que escapemos ¿verdad?

—¿Con lo que sabemos?

—No nos van a dejar salir vivos del sistema ¿no es cierto?

—Midas, creo que ya he respondido a eso.

Sonrió. La blancura de sus dientes formaba un marcado con traste con su piel oscura en la penumbra de la cabina.

—Entonces vamos a divertirnos un poco —decidió. Sus manos desnudas, en las que brillaban los biocircuitos glavianos, se deslizaron por encima de los controles ajustando nuestro rumbo.

—¿Ideas? —pregunté.

—Unas cuantas, déjame que le dé un repaso a los datos.

—¿Qué?

—Confía en mí, Gregor, si tenemos una esperanza, por ínfima que sea, de salir vivos del sistema de Damasco, será gracias a la pericia y la sutileza. Cállate y déjame computar sus velocidades y vectores de interceptación.

—El fuego de superficie nos produjo daños —insistí. Otra vez se apoderaba de mí la sensación de impotencia, de incapacidad para influir sobre la situación.

—Daños menores. Nada de importancia —respondió con aire distraído—. Los servidores se han ocupado de ello.

Hizo una corrección en el rumbo. En la pantalla vi que esto nos ponía casi en el flanco de los elementos de la flota que nos perseguían, reduciendo drásticamente el tiempo de interceptación y el alcance de tiro.

—¿Qué estás haciendo?

—Jugando con los porcentajes. Jugando con ventaja.

El globo brillante de Damasco se iba quedando muy por debajo de nosotros y nos dirigíamos al espacio planetario, más allá de las órbitas mas altas, a toda velocidad.

—¿Ves? —señaló. Otra luz había aparecido en la pantalla táctica y daba vueltas delante de nosotros.

—Dispersión imperial estándar de la flota de combate. Siempre hay una nave de vigilancia apostada en el lado oculto del mundo en cuestión.

Si hubiéramos volado en línea recta habríamos caído justo en su campo de tiro.

Unas luces parpadearon en el vacío al otro lado de los cristales de la cabina. La nave vigía, una fragata mediana, estaba disparando de todos modos, y se dirigía hacia nosotros tratando de interceptarnos.

—Ha lanzado cazas —señaló Midas con cierto sonsonete—. Alcance en dos. Los cazas tienen alcance en cuatro.

Así de simple.

Miré los niveles de potencia. Todos los potentes propulsores del cúter estaban al límite.

—Midas...

—Relájate. Ahí está.

—Que ahí está qué.

La pequeña luna llenó de repente nuestras portillas frontales mientras virábamos. No parecía tan pequeña. Daba la impresión de que nos iba a hacer papilla.

Lancé un juramento.

—¡Relájate, maldita sea! —me tranquilizó. Luego añadió—: Alcance en uno.

Ibamos lanzados hacia la roca verdosa, llena de cicatrices, que ocupaba todo nuestro campo visual, a toda velocidad. Los cañones del morro empezaron a destellar. Seis interceptadores de la escuela de élite de vuelo de la Flota de Combate Scarus nos seguían.

DIECISÉIS

Duelo en el vacío
La última baza de Betancore
Rastros

La luna se llamaba Obol y era el más pequeño y cercano de los catorce satélites de Damasco. Era una pepita dentada, irregular, de níquel, zinc y selenio que tenía seiscientos kilómetros de extremo a extremo en su punto más ancho. Carecía de atmósfera y estaba plagada de cavidades y simas; brillaba con una tonalidad verdosa a la luz de la estrella que ponía de relieve las características rugosas del terreno y los cráteres.

Trataba de tranquilizarme, de controlar los latidos de mi corazón, aplicando las técnicas mentales que Hapshant me había enseñado.

Me concentré en el fichero de datos de Obol que tenía en pantalla: níquel, zinc, selenio, el más pequeño de los catorce satélites... no porque quisiera conocerlos, sino para que actuaran como bombas psíquicas, como fetiches con los que ocupar mi mente y apartarla del peligro.

Aparté la vista de la brillante barra de texto. Un cráter mellado, de tamaño suficiente como para engullir enterosa la ciudad de Dorsay y su laguna, se abría ante nosotros.

—Preparaos —nos dijo Midas.

A apenas un kilómetro de la superficie, ejecutó su maniobra. Para entonces ya estábamos totalmente entregados a la gravedad de Obol y caíamos a toda velocidad. No se trataba de hacer un aterrizaje, ni siquiera de hacer un viraje convencional.

Sin embargo, Midas llevaba volando desde su juventud, había asistido a las escuelas de vuelo de Glavia. Gracias a los circuitos que llevaba incorporados tenía de los matices del vuelo, de la potencia y de la maniobra una comprensión cabal de la que yo carecía, y mejor que la de la mayoría de los pilotos del Imperio. Además había puesto a prueba las posibilidades del cúter hasta el límite, y sabía con exactitud lo que podía y lo que no podía hacer.

Lo que más me preocupaba es lo que él esperaba que hiciera. Cortó la propulsión, disparó todos los impulsores de aterrizaje y giró el morro de tal modo que el cúter entró en una espiral.

El panorama empezó a girar delante de mis ojos y empecé a sentir la fuerza centrífuga dentro de mi arnés.

La barrena parecía incontrolable, pero estaba calculada y era perfecta. Con los impulsores de aterrizaje que nos alejaban de la vertical flotábamos como una hoja, aprovechando el movimiento en espiral para frenar el impulso descendente de la nave. A noventa metros del polvo del fondo de cráter, nos nivelamos, con los quemadores al rojo vivo, y a continuación describimos un arco al volver a conectar Midas el propulsor principal.

El suelo se alejó y lo sobrevolamos ascendiendo en una sacudida brutal para salvar el borde del cráter.

Desde la pantalla táctica, vi que los seis cazas estaban ahora a seis minutos de nosotros. Ninguno se atrevía a imitar esa maniobra. Preferían lanzarse en arcos más convencionales, más lentos.

Midas se ceñía a la luna, sobrevolando a baja altura los acantilados y las planicies polvorientas, penetrando profundamente en los secos valles ocultos del sol, atravesando planicies jamás holladas. En un momento dado pasamos entre dos enormes salientes de roca estriada.

—Están entrando —dijo Midas inclinándose sobre la portilla. Así era. Cuatro se lanzaron a perseguirnos por encima del paisaje. Los otros dos habían entrado en la atmósfera y avanzaban en sentido antihorario por la cara oculta de Obol.

—¿Contacto?

—Los encontraremos de frente en ocho minutos —dijo Midas sonriendo.

Hizo un viraje cerrado a estribor por un valle escarpado que la pantalla del topógrafo acababa de iluminar.

Luego redujo la marcha a lo que parecía una velocidad penosa, fácil. Ladeó el cúter para rodear un pico que brillaba con una tonalidad verde y amarilla bajo el sol implacable.

—¿Qué estás haciendo?

—Espera... espera...

La pantalla táctica indicó que las cuatro naves que nos perseguían habían pasado el valle de los promontorios.

—A esta distancia de la superficie les llevará un rato darse cuenta de que ya no estamos delante de ellos.

—¿Y ahora qué?

Puso los motores a tope y salimos disparados por encima de una polvorienta cuenca en persecución de los perseguidores.

—Ahora el ratón se transforma en gato —dijo.

En cuestión de segundos, una mancha brillante de la distribución de las armas se había cubierto de retículas rojas.

Ante nosotros, a través de un paisaje de rocas gigantescas y altas mesetas que pasaban a nuestro lado a velocidad de vértigo, vi el resplandor de los quemadores traseros.

—Primer golpe —dijo Midas disparando los cañones del ala. La estela del motor que se veía delante lanzó un fogonazo y a continuación se transformó en una bola de gases candentes en expansión que enviaba hacia nosotros trozos de metal mellado.

Me sentí empujado hacia atrás en mi asiento mientras nos adentrábamos en otro valle. Vimos entonces otro destello, del sol sobre metal, a un kilómetro por delante de nosotros.

—Y dos —dijo Midas.

La lectura de los cargadores automáticos apuntó indicadores rojos mientras se vaciaban los tambores. El destello se expandió con la luz mientras caía en barrena hasta estrellarse contra la pared del valle.

Algo de brillo enceguecedor estalló a nuestra derecha y la cabina se estremeció al tiempo que se disparaban las alarmas.

—Chico listo, demasiado cerca —dijo Midas manipulando la palanca para evitar un acantilado que se nos venía encima.

Uno de los cazas había calculado nuestra maniobra y había venido hacia nosotros dando un rodeo.

—¿Dónde está el otro? ¿Dónde está? —murmuraba Midas. Teníamos a nuestro favor la potencia de tiro, y teníamos a Midas. Los cazas eran Relámpago, pequeños, rápidos y manejables, apenas un cuarto de nuestro tamaño. A todos los fines, el cúter era un transporte, pero su propulsión y el armamento añadido, así como su capacidad de impulso vertical, lo convertían en una nave de combate formidable en escaramuzas a poca altura como ésta.

Algo golpeó fuertemente el casco y empezamos a caer. Midas lanzó una maldición y describió una curva cerrada. Un caza imperial, apenas un

destello plateado, atravesó nuestro campo visual.

Midas volvió a girar y salió en su persecución. Se escabulló y se metió entre las profundas gargantas de la luna, volando en las frías sombras ayudado sólo por el instrumental.

Los sensores de las armas captaron su rastro térmico. Midas disparó. Erró el tiro.

Intentó describir un rizo para volverse contra nosotros. Midas disparó otra vez. Otro fallo.

Vino directo contra nosotros. Podía ver las brillantes estelas de los disparos que nos pasaban rozando.

Frente a frente, en una garganta profunda y empinada. No había lugar para maniobrar. No cabían errores.

—¡Adiós! —dijo Midas, accionando el botón de disparo.

Una explosión iluminó el estrecho desfiladero y atravesamos las llamaradas justo por el centro.

—¿Ya has tenido suficiente? —me preguntó Midas.

No respondí. Estaba demasiado ocupado aferrándome a los posabrazos de mi asiento.

—Yo sí —dijo—. Es hora de pasar a la fase dos. Hay otro caza dispuesto a atacarnos, y en noventa segundos tendremos encima a los que han ido por la otra cara de la luna. ¿Qué tal un poco de teatro, Uclid?

El servidor principal canturreó una respuesta.

Entramos en picado. Una pantalla me dijo que dejábamos una huella de gases del motor.

—¿Una avería? —pregunté.

—Sólo estamos haciendo teatro —me dijo.

El suelo del oscuro cañón se acercaba peligrosamente.

—Lanzamiento de camuflaje, Uclid —ordenó Midas.

Se oyeron un golpe y una explosión. El cúter se estremeció. Detrás de nosotros se encendió algo.

—¿Qué fue eso?

—Dos toneladas de repuestos, trastos y provisiones prescindibles. Además de todas las granadas de tu almacén de armas.

La nave se ladeó y entramos como una centella en una cavidad más oscura, una cueva ancha y profunda en la base del cañón. Las paredes y el techo parecían peligrosamente próximos.

Cuando nos hubimos internado seiscientos metros en la cueva, Midas hizo virar el cúter hacia la izquierda, apagó los propulsores. Las luces de inundación perforaban las tinieblas y se reflejaban en la cavidad desigual.

Otros cien metros y nos posamos sobre el polvo con nuestros montantes de aterrizaje. Midas cortó el suministro de energía, apagó las luces, lo apagó todo salvo el soporte vital más rudimentario.

—Y ahora, que nadie haga un solo ruido —dijo.

La espera, que duró casi sesenta y seis horas, no fue cómoda ni agradable. Nos pusimos nuestros trajes térmicos y permanecimos sentados en la oscuridad mientras, por encima de nuestras cabezas, la flota herética inspeccionaba Obol y su zona inmediata en busca de nuestras huellas. Ocho veces durante las primeras diez horas registraron nuestros sensores pasivos movimiento de vehículos y de exploración en la garganta en la que habíamos simulado nuestra destrucción. Al parecer, el engaño fue convincente.

No obstante, nos tomamos nuestro tiempo. No había forma de saber lo insistentes o pacientes que serían. Midas pensó en la posibilidad de que estuviesen usando la misma treta que nosotros y se estuvieran quietos y expectantes a que algún movimiento o señal nos traicionase.

Después de cuarenta horas, Lowink manifestó su certeza de haber oído intercambios de tráfico astropático indicando la partida de la flota, seguidos poco después por un temblor en la trama del insondable lmmaterium. Con todo, seguimos esperando, esperando lo único que yo podía considerar realmente convincente.

Llegó justo cuando se cumplía la hora sexagésimo sexta: Nunc dimitís, una señal astropática en Glossia.

Salimos de la oscuridad de Obola la luz de las estrellas. Todos los que viajábamos en la nave, yo mismo incluido, debo reconocerlo, empezamos de pronto a hablar demasiado y en tono excesivamente alto mientras nos movíamos de un lado para otro, disfrutando de las luces y de la calefacción reactivadas. La espera silenciosa, fría, había sido como un castigo.

El Essene, lento y majestuoso, vino a nuestro encuentro. Una vez que la flota herética hubo abandonado el sistema, Maxilla había salido de su escondite en la corona de la estrella y había enviado su señal.

En cuanto atracamos me dirigí directamente al puente donde Maxilla me saludó como a un hermano.

—¿Estamos todos vivos? —preguntó.

—De una pieza, aunque por un pelo.

—Lamento haber tenido que abandonarlos, pero ya vio usted las proporciones de la flota de combate.

—Espero que pueda decirme a dónde se dirigieron —dije tras asentir.

—Por supuesto —respondió. Sus astronavegadores no habían estado ociosos. El jefe del grupo salió de su anexo a un lado del puente abovedado y recorrió con un zumbido el mármol rojinegro del suelo hasta nosotros. Como todos los miembros de la tripulación, era esencialmente mecánico. Su componente orgánico, humano, que según mis suposiciones no debía pasar de un cerebro y algunos órganos clave, tenía su soporte tanto físico como biológico en un servidor de placa pulida esculpido con la forma de un grifo, cuyo cuello draconiano describía una curva hacia atrás de tal modo que su cara rematada por un hocico nos miraba directamente desde arriba. Flotaba sobre placas antigravitatorias incorporadas en sus alas de águila.

Se detuvo ante nosotros y proyectó desde su pico abierto un mapa holográfico. El mapa estelar era complejo e ininteligible para ojos inexpertos, pero encontré algunos detalles reveladores.

Los navegadores habían analizado la estela de disformidad dejada por la flota al partir y habían hecho numerosos cálculos algorítmicos. Los herejes estaban abandonando el subsector helicano, el propio espacio imperial, para dirigirse hacia los territorios estelares prohibidos de una raza conocida como los saruthi.

—Eso ya lo suponía, pero se trata de una zona muy considerable, más de una docena de sistemas. Necesitamos datos más específicos.

—Aquí —dijo Maxilla señalando un punto del rutilante mapa tridimensional con su mano enguantada—. En las cartas figura como KCX-1288. En condiciones óptimas, está a treinta semanas de aquí.

—¿Y cuál es el margen de error en esos cálculos?

—No superior a coma cero seis. La estela de disformidad de la flota era bastante considerable. Por supuesto siempre cabe la posibilidad de que interrumpan el viaje y tomen una nueva ruta, pero permaneceremos atentos a los cambios en dicha estela.

—Por supuesto —añadió—, supondrán que los vamos a seguir. Aunque crean que ustedes están muertos tienen que saber que tenían una

nave estelar que los había traído hasta aquí. Una nave que no consiguieron encontrar.

Aquella idea también me había cruzado por la cabeza. Glaw y sus secuaces tenían que suponer que los perseguirían, o al menos que alguien informara de su paradero y de su destino. Ahora confiarían en su vigilancia, en su enorme poder de fuego y en su ventaja.

Yo ya tenía ocupado a Lowink en la preparación de un comunicado de emergencia para enviar a Gudrun y al comando de la Inquisición.

—¿Qué sabe usted de los saruthi y de su territorio?

—Nada —respondió—. Nunca he viajado allí.

Pensé que era una respuesta extrañamente breve para un hombre tan dado a la verborragia.

—O sea que —dijo por fin—, aparte de saber a dónde se dirigen ¿qué otra ventaja tenemos?

—Tenemos... —saqué del bolsillo de mi chaqueta el objeto que había tenido allí guardado desde que lo había sacado del baúl de Glaw en Qualm Septentrional. Maxilla se lo quedó mirando con absoluta perplejidad.

—... esto —le dije—. Es el Pontius.

Utilizamos una gran bodega vacía de las profundidades del Essene. Algunos de los servidores de Maxilla la habían equipado con iluminación y energía. Mis propios servidores, Modo y Nilquit, llevaron hasta allí el arcón con patas en forma de garra y lo colocaron sobre el frío suelo de acero.

Me quedé allí mirando, con las manos en los bolsillos del abrigo para protegerlas del frío del lugar. Aemos se inclinó sobre el arca y, con ayuda de Nilquit, empezó a conectar los cables. Miré a Bequin. Estaba junto a Fischig arrebujada en un pesado abrigo rojo y una bufanda gris, en su cara se veía una expresión de sombrío rechazo. Al principio todo le había parecido divertido, una especie de juego, incluso al enfrentarse al peligro en la Casa Glaw, pero Damasco lo había cambiado todo para ella. Al ver al monstruo Mandragore, supo que aquello ya no era un juego. Había presenciado cosas que la mayoría de los ciudadanos del Imperio no veían nunca. La mayoría de ellos pasa toda su vida en mundos seguros, a los que jamás llegan la guerra ni el horror ni las obscenidades que acechan ahí fuera, en las partes más oscuras del vacío. Todas esas cosas les llegan como mitos o como rumores en el mejor de los casos.

Pero ahora Bequin lo sabía. Tal vez eso la hiciera cambiar de idea. Tal vez no quisiera estar ya aquí. A lo mejor se estaba arrepintiendo de haber aceptado tan rápidamente la oferta que le había hecho.

No se lo pregunté. Ya me lo diría si tenía que hacerlo. Ahora estábamos todos demasiado comprometidos.

—¿Eisenhorn? —Aemos alargó las manos y yo deposité en ellas la bola oscura y fría del Pontius. Con un cuidado casi sacerdotal la colocó en su sitio.

Ordené que todos salieran de la bodega, incluso los servidores. Todos menos Bequin y Aemos. Fischig cerró la puerta al salir.

Aemos me miró y yo asentí. Hizo la conexión final y luego se apartó del arcón con toda la velocidad que le permitían sus miembros viejos y potenciados.

Al principio, nada. Pequeños testigos que se encendían en la parte exterior del arcón, el arcón de Eyclone, y el cableado interior que relucía.

Luego percibí un cambio en la presión del aire. Bequin me miró intensamente. También lo había sentido.

Las paredes metálicas de la bodega empezaron a sudar. Gotas de humedad empezaron a escurrirse por las placas de las paredes.

Se oyó un leve crujido, como el crepitar del papel en llamas. Se fue expandiendo y subiendo de tono. Se formó escarcha sobre el arcón, en el suelo a su alrededor y se fue difundiendo por toda la bodega, subiendo por las paredes, cubriendo el techo. Un espesor brillante de escarcha diamantina cubrió todo el interior de la bodega en menos de diez segundos. Nuestra respiración empezó a concentrarse y tuvimos que sacudirnos la nieve en polvo de las ropas y pestañas.

—Pontius Glaw —dije.

No hubo respuesta, pero después de unos instantes una serie de gruñidos y alaridos animales empezaron a llegar por los altavoces que el arcón tenía incorporados.

—Glaw —repetí.

—¿Qué...? —replicó una voz artificial. Bequin se puso tensa.

—¿Para qué me habéis despertado?

—¿Qué es lo último que recuerdas, Glaw?

—Promesas... promesas —dijo la voz sonando unas veces próxima y otras lejana como si se apartara del micrófono para volver luego a acercarse—. ¿Dónde está Urisel?

—¿Qué promesas te hicieron, Glaw?

—La vida... —murmuró—. ¿Dónde está Urisel? —ahora se percibía cierto enfado o impaciencia—. ¿Dónde está?

Empecé a formular otra pregunta, pero hubo un súbito destello de actividad, un crepitar de sinapsis electrónicas que se disparaban a través de la superficie de cristal de la bola. Había tendido hacia fuera los tentáculos de su mente, sus potentes poderes psíquicos. De no haber estado allí Bequin para anularlos, sin duda Aemos y yo habríamos muerto.

—Tranquilízate... —dije dando un paso hacia el arcón—. Yo soy Eisenhom, inquisidor imperial. Eres mi prisionero y si disfrutas de función cognitiva es porque yo lo permito. Responderás a mis preguntas.

—No... lo... haré.

Me encogí de hombros.

—Aemos, desconecta esta amenaza y prepárala para su desintegración.

—¡Espera! ¡Espera! —la voz imploraba a pesar de su desabrida artificialidad.

Me arrodillé enfrente del arcón.

—Sé que tu vida y tu intelecto se conservaron en este artilugio, Pontius Glaw. Sé que llevas dos siglos esperando, atrapado en este estado incorpóreo, desesperado por recuperar tu integridad. Eso fue lo que te prometió tu familia ¿no es cierto?

—Urisel prometió... él dijo que sería así... que los métodos estaban preparados...

—Para sacrificara la nobleza de Hubris para poder insuflarte sus energías vitales a través de este arcón. Para darte el poder de crear un cuerpo.

—¡Lo prometió! —acentuó la segunda palabra con angustia y pesar.

—Urisel y los demás te han abandonado, Pontius. Abandonaron el proyecto de Hubris en el último momento para dedicarse a otra cosa. Ahora están bajo la custodia de la Inquisición.

—Noooo... —la palabra se convirtió en un susurro hasta desvanecerse —. No serían capaces...

—Seguro que no...a menos que se tratara de algo tan vital, tan irrenunciable que no tuvieran elección. Tú sabes lo que sería eso ¿verdad?

Silencio.

—¿Pontius?

—No los habéis capturado.

—¿Qué? ¿A quiénes?

—Mis hermanos, mi estirpe... Si los tuvierais no me estarías haciendo estas preguntas. Están libres, y tú estás desesperado.

—Te equivocas. Ya sabes cómo son estas cosas... tantas mentiras, tantas historias contradictorias. Tu penosa familia tratando de venderse los unos a los otros por su libertad. He venido a ti en busca de la verdad.

—No, es probable, pero no.

—Tú sabes lo que es, Pontius.

—No.

—Tú sabes de qué se trata. Ellos te despertaban de vez en cuando para mantenerte informado, te despertaban del olvido que te rodea en ese globo. Debajo de la Casa Glaw, por ejemplo, en aquella capilla que construyeron para contenerte. Yo te vi allí. Tú me sometiste con tu poder.

—Y volvería a hacerlo —dijo. Otra vez volvieron a circular chispazos de fuego por los dorados filamentos y la maraña de circuitos que encerraban el trozo de piedra semejante al cuarzo.

—Tú sabes lo que es. Te lo dijeron.

—No.

Cogí con la mano un haz de cables.

—Estás mintiendo —dije y arranqué los cables.

De los altavoces salió un breve quejido que fue desvaneciéndose. Las luces del arcón se apagaron. La temperatura y la presión del aire empezaron a subir otra vez y la escarcha empezó a disolverse.

—No sacamos mucho —observó Bequin.

—Es sólo el comienzo —respondí—. Tenemos treinta semanas.

DIECISIETE

Discursos
Especulación sobre un tema asimétrico
Traición

Todos los días visitaba la bodega acompañado de Bequin y Aemos y repetía el procedimiento. Durante varios días ni siquiera quiso responder. Después de una semana, aproximadamente, empezó a insultarnos y a proferir amenazas e imprecaciones. Cada tanto trataba de asaltarnos psíquicamente, coartado cada vez por la presencia intocable de Bequin.

Mientras tanto, el Essene volaba por el Immaterium hacia el distante grupo de estrellas.

A la cuarta semana, cambié de táctica y empecé a hablarle de cualquier cosa que se me venía a la cabeza. No le hice una sola pregunta sobre el genuino. Los primeros días no respondía, pero seguí mostrándome cordial y paciente en todas las sesiones. Por fin empezaron las conversaciones: sobre navegación astral, sobre elevada música eclesiarca, sobre arquitectura, sobre demografía estelar, sobre armas antiguas, sobre buenos vinos...

No podía evitarlo. El aislamiento en que lo sumía su estado le hacía anhelar el contacto con un mundo real, vibrante. Estaba ávido de gustar, leer, ver y vivir otra vez. Yo no era su amigo y él seguía mostrándose cauto y dispuesto a insultarme a la primera ocasión, pero le gustaban nuestras conversaciones. Cuando, deliberadamente, falté un día, se quejó con amargura, como si se sintiera herido o decepcionado.

Por mi parte, tuve ocasión de comprobar lo peligroso que era Glaw. Su mente era brillante, atractiva, ingeniosa, incisiva y tenía un gran bagaje de conocimientos. Era un placer hablar con él y aprender de él. Era un recordatorio saludable de la calidad mental que puede robar el Caos. De entre nosotros, los más grandes, los más brillantes, los más cultos y eruditos, pueden caer presas de él.

Un día de la décima semana entré en la cámara con Bequin y Aemos, como de costumbre, y lo desperté, pero una sensación desusada me inquietó.

—¿Qué es esto? —pregunté. Me pareció que el arcón no estaba exactamente en el mismo lugar de siempre—. ¿Has estado aquí, Aemos? —pregunté—. ¿Aunque sea para hacer las comprobaciones de rutina?

—No —me aseguró. La bodega se cerraba, por supuesto, después de cada sesión.

—Entonces es mi imaginación —dije.

Nuestras conversaciones continuaron en el mismo tono agradable durante una hora poco más o menos todas las mañanas. A menudo hablábamos de la política imperial y de la ética, cuestiones sobre las que estaba sorprendentemente informado. Jamás divagaba, jamás se permitía expresar una creencia o un concepto que pudiese considerarse contrario a los principios del Imperio, como si se diera cuenta de que una admisión semejante forzosamente pondría fin a nuestra tregua. A veces le daba pie para que lo hiciera, le ponía la zancadilla para que formulara una crítica o denunciara algo. Se resistía, aunque por momentos tenía la sensación de que estaba desesperado por expresar sus creencias contrarias. Pero primaba su necesidad de actividad y contacto. No quería correr el riesgo de perder nuestra interacción.

Era capaz de citar largos capítulos y versos de los textos imperiales de filosofía y poesía y del acerbo eclesiarca. Su erudición rivalizaba con la de Aemos, pero del mismo modo que se abstenía de condenarse con manifestaciones heréticas, también evitaba profesar lealtad al trono de oro. Dirigía nuestras conversaciones dentro de un campo subjetivo, no comprometido. No intentaba fingir ni representar el papel del ciudadano leal. Tenía la sensación de que esto expresaba su respeto por mí. No insultaba mi inteligencia mintiéndome.

Más que de política y de ética hablábamos de historia. También en este campo tenía conocimientos amplísimos, pero también noté, por primera vez, una ansiedad, una avidez. Nunca preguntaba directamente, pero estaba claro que se moría por conocer los pormenores de lo que había sucedido en los doscientos doce años que llevaba muerto. Era evidente que su familia le había contado muy poco. Hacía observaciones para sacarme respuestas. Yo le daba algunas y a veces contaba por propia iniciativa hechos importantes, cambios políticos y progresos imperiales. Había

tomado la determinación de no mencionar ni derrotas ni pérdidas imperiales para no darle nada que le produjese regocijo. La idea que Pontius Glaw obtuvo a través de mí fue la un Imperio más fuerte y más vigoroso que nunca.

Aun así, encontraba en ello gran deleite. Eran atisbos preciosos de una galaxia de la que llevaba ausente mucho tiempo.

El resto de tiempo de aquel largo viaje lo dedicábamos a la preparación y el estudio, a la instrucción sobre el uso de las armas y la práctica del combate. Fischig tenía todas las tardes sesiones de entrenamiento en las que se dedicaba a fomentar la destreza y velocidad naturales de Bequin. Yo levantaba pesas en un improvisado gimnasio y corría diez kilómetros diarios por los pasillos y corredores vacíos del Essene. Poco a poco iba recuperando mi plena forma física.

También ejercitaba mi mente. Un régimen disciplinado de ejercicios psíquicos, a veces con la ayuda de Lowink.

Aemos y yo estudiábamos muchísimo. Revisábamos todos los datos de archivo de que disponíamos siguiendo el rastro de los saruthi. Se sabía cuál era la extensión de sus territorios, pero prácticamente nada más. Sólo había habido un puñado de contactos de los que hubiera registro oficial en los últimos dos mil años. Me preguntaba cuánto sabrían sobre ellos los corsarios que navegaban trascendiendo los límites imperiales, hombres como Gorgone Locke.

Lo único que sabíamos con cierta seguridad era que los saruthi eran una antigua cultura xénica, aislada, secreta, que quedaba fuera de los confines del Imperio. Era una cultura muy avanzada en el aspecto tecnológico, madura y consolidada. Nada se sabía de sus creencias, de su lengua... ni siquiera de su aspecto físico.

—Al menos podemos conjeturar que tienen ciertas creencias religiosas o valores —me dijo Aemos—. O, cuando menos, tienen en gran estima algunas reliquias del pasado para algún fin simbólico o sagrado. Nuestros enemigos sólo excavaban ese material de Damasco porque sabían que tenía valor para los saruthi.

—¿Reliquias sagradas? ¿Iconos?

—O espíritus ancestrales —Aemos se encogió de hombros—, o simplemente el deseo de recuperar o repatriar vestigios materiales de su pasado.

—Y sabemos que su territorio fue más extenso en otra época, que llegaba hasta Damasco, aunque éste fuera sólo un destacamento remoto —intervino Lowink.

Estábamos sentados en torno a una mesa taraceada en uno de los aposentos de Maxilla. Sobre la superficie pulida de la mesa había profusión de libros abiertos, de rollos de papel, de placas de datos y de registro.

—Y Bonaventure —dije—. Las tumbas circulares. Bequin observó que el yacimiento de Qualm Septentrional le recordaba a su país de origen.

—Es posible —observó Aemos—, pero yo no soy un experto en arqueoxénica. Las tumbas circulares de Bonaventure están clasificadas como «manufactura xénica de origen desconocido» en todos los textos que he encontrado. No son más que uno de los cientos de yacimientos de reliquias no identificadas del subsector helicano. Rastros de una civilización saruthi desaparecida hace tiempo, o al menos reducida en su extensión...o los restos de muchas especies mixtas precursoras que camparon por sus respetos en esta parte del espacio antes de que el hombre llegara a él.

Dejé una placa de datos y cogí el objeto que estaba en el centro de la mesa, envuelto en fieltro. Era la única lápida antigua que había podido sacar de Damasco. La había sacado del cajón mientras negociábamos con Glaw, y la llevaba en la mano cuando abordamos el cúter. Al igual que las piedras extraídas de la mina de la montaña, estaba hecha de un material duro y pálido en el que brillaban trozos de mica y todos estábamos de acuerdo en que no era propio de Damasco. Además era de forma octogonal, aunque no regular ya que tenía dos lados especialmente largos. La parte posterior estaba quemada y mellada por acción de las herramientas con que la habían desprendido. El anverso tenía un símbolo tallado en bajo relieve, un sello en forma de estrella de cinco puntas. Pero también éste era irregular ya que las puntas de la estrella eran de largo desigual y sobresalían en distintos ángulos.

—De lo más extraño —dijo Aemos mirándola por enésima vez—. La simetría, al menos la simetría básica, es una constante en prácticamente toda la galaxia. Todas las especies, hasta las xénicas más obscenas como la de los tiránidos, tienen un principio de simetría.

—Hay algo raro en los ángulos —coincidió Lowink frunciendo su ceño hundido y enfermizo. Sabía a qué se refería. Era como si los ángulos

de la estrella simbólica sumaran en total más de trescientos sesenta grados, por imposible que eso fuera.

—¿Quién ha estado aquí? —pregunté al comienzo de mi siguiente sesión con Pontius. Eché una mirada a las paredes cubiertas de escarcha. Bequin se encogió de hombros y se calentó las manos con el aliento. Aemos también parecía sorprendido.

—El arcón ha sido movido otra vez, sólo un poco. ¿Quién ha estado aquí?

—Nadie —respondió Pontius con su voz artificial y descolorida.

—No te dirigía la pregunta a ti, Pontius, sé que de ti no puedo esperar la verdad.

—Eso me hiere, Gregor —respondió en voz baja.

—¿Estás seguro de que no es tu imaginación? —preguntó Aemos—. Ya dijiste antes...

—Puede ser —dije con expresión preocupada—. Sólo tengo la sensación de que algo ha... cambiado.

Casi todas las noches cenaba con Maxilla, a veces en compañía de los demás, otras veces solos los dos. Una noche de la vigésimo quinta semana, estábamos solos ante la mesa del comedor mientras los servidores traían la comida.

—Tobius —dije rompiendo el silencio—, cuénteme sobre los saruthi.

Hizo una pausa y volvió a colocar el tenedor cargado de comida sobre el planto.

—¿Y qué quiere que le diga?

—¿Por qué afirmó que no sabía nada de ellos cuando le dije que nos dirigíamos a su territorio?

—Porque se trata de lugares prohibidos. Porque usted es un inquisidor y no se pueden admitir transgresiones ante alguien como usted.

Jugueteé con el borde de mi copa medio vacía.

—Hasta el momento usted me ha ayudado con buena disposición y con generosidad, Tobius. Al principio dudaba de sus motivaciones, y de ello me he disculpado ya. Ahora estoy convencido de que usted tiene tanta voluntad de servir al Emperador de la especie humana como yo. Por eso me inquieta que ahora trate de ocultarme información.

Dejó a la vista sus dientes incrustados de madreperla y se enjugó los labios con la esquina de su servilleta.

—Pues a mí me inquieta mucho más, Gregor. Es algo que me atormenta, una crisis de conciencia.

—Es hora de hablar de ello, entonces —rellené las copas del vino que había en una jarra—. El conocimiento imperial sobre los saruthi es escaso y, como usted dice, prohibido. Estoy más que convencido de que los corsarios saben mucho más que nosotros sobre los sistemas exteriores y las especies que los habitan. Usted no es un corsario, pero pertenece a la elite mercante. Me parece poco creíble que nunca se haya topado con información sobre esta raza xénica.

—Cuando era joven —suspiró—, hace más de noventa años, viajé al espacio de los saruthi. Era un tripulante novel que viajaba en una nave corsaria llamada Prometeo. El armador era Vaden Awl. Supongo que habrá muerto hace ya tiempo. Ese sí era un verdadero corsario y estaba seguro de poder hacer un trato comercial con estos desconocidos, o al menos de despojarlos de sus tesoros.

—¿Y fue así?

—No. Recuerde que yo era joven. Jamás salía de las entrañas de la nave ni bajaba a la superficie de ningún mundo. Lo único que sabía era lo mucho que duraba el viaje. Los tripulantes mayores no soltaban palabra. Por lo que pude entender, les llevó mucho tiempo encontrara los saruthi, y cuando lo hicieron no fueron bien recibidos. El tercer oficial, un hombre al que conocía bastante bien, me confió que los saruthi les ponían trampas a los enviados comerciales de Awl, se ocultaban de ellos, los atormentaban.

—¿De qué manera?

—Sus mundos eran fantasmagóricos, desconcertantes, inquietantes... el oficial dijo que era algo relacionado con los ángulos.

—¿Los ángulos?

Rió amargamente y se encogió de hombros.

—Como si sus dimensiones estuviesen distorsionadas por algo maligno y retorcido. Después de un año, volvimos con las manos vacías. Muchos miembros de la tripulación dejaron el Prometeo a nuestro regreso, especialmente cuando Awl, que por entonces era ya un hombre enfermo y alterado, dijo que iba a volver a intentarlo. Yo también abandoné la nave entonces, pero sólo porque no podía soportar la idea de otro año allí encerrado.

—¿Y Awl?

—El volvió. Al menos eso supongo. Algunos años más tarde oí que su nave había sido apresada en los Confines Boreales por renegados eldar. Y eso es todo. Tal vez se dé cuenta del motivo por el que no le conté antes estas cosas... porque no hay nada útil que contar. Lo único que habría conseguido era incriminarme al reconocer que había trascendido los límites.

Hice un gesto afirmativo.

—En el futuro no me oculte información.

—No lo haré.

—Y si llegara a recordar algo más...

—Se lo diría enseguida.

—Tobius —dije tras una pausa—, dice usted que el viaje del Prometeo fue largo e infructuoso y que los miembros de la tripulación fueron atormentados por los seres con los que se encontraron. ¿No le inspira a usted recelos la perspectiva de volver allí?

—Claro que sí —sonrió un poco forzadamente—, pero estoy obligado a servir a un agente del Emperador, y lo haré sin rechistar. Además, tengo cierta curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Quiero ver a los saruthi con mis propios ojos.

Tendría que hablar de los sueños.

No me molestaron excesivamente durante el viaje, pero persistían, aunque no todos los días. Pocas veces soñaba específicamente con el bello hombre de la mirada vacía, pero estaba presente de una manera indirecta en otros sueños, como observador, sin hablar.

Siempre llegaba acompañado de fogonazos, más próximos en cada sueño.

Al amanecer del tercer día de la vigésimo novena semana, me desperté silenciosamente y abandoné mi habitación encaminándome a la zona de la bodega en la que estaba encerrado Pontius. Faltaban unas buenas cuatro horas para que empezara nuestra conversación diaria.

Me introduje en un pasadizo de servicios que había junto a la bodega y me arrastré hasta llegar a una rejilla de circulación desde la que se veía abajo la bodega.

Había escarcha en la rejilla.

Abajo se veía una figura agazapada junto al arca, envuelta en mantas e iluminada sólo por una lámpara de mano. Las luces del techo estaban

apagadas.

Pontius estaba despierto. Lo supe por la escarcha y porque además se podían ver los diminutos chispazos de las sinapsis y se oía el murmullo de su voz.

—Cuéntame sobre las Guerras Fronterizas, las que mencionaste la última vez. ¿Dijiste que había habido muchas bajas imperiales?

—Yo te cuento mucho y tú me cuentas muy poco —replicó la figura—. No fue ése nuestro acuerdo. Dije que te ayudaría en secreto si tú me ayudabas a mí. Poder, Pontius, información. Si quieres que te represente, necesito una prueba de confianza. ¿Cómo podré comunicar tu voluntad a tus aliados si no sé nada del genuino?

Una pausa.

—¿De qué se trata? —insistió la figura—. ¿Qué es lo que está en juego? ¿Es algo muy valioso?

Otra pausa.

—Deberías irte antes de que te descubran. Eisenhorn sospecha algo.

—Dímelo, Pontius. Ya estamos llegando. Sólo quedan unos cuantos días. Dímelo para que pueda ayudarte.

—Te lo diré. El Necroteuco. Eso es lo que andan buscando, Alizebeth.

DIECIOCHO

KCX-1288a la luz de la estrella pluma
En el interior de la Herida
La equivocación

Al primer día de la trigésimo primera semana, apenas un día antes de lo que había calculado Maxilla, el Essene volvió al espacio real en las profundidades del sistema designado KCX1288. El peligro nos salió al encuentro casi de inmediato.

La estrella local era una bola de fuego enorme, hinchada, palpitante que afrontaba con dificultad sus últimos millones de años de vida. Estaba distendida, había perdido su forma esférica y resplandecía con un malévolo fuego rosado por debajo de una corteza en fase de enfriamiento formada por jirones negros, como si una putrefacción afectara su piel granulosa. Por su superficie ampliada soplaban vientos huracanados que arrojaban al sistema gotas de materia estelar. Una inmensa columna de humo en la que se mezclaban gas y materia salía de la grotesca estrella, casi de una longitud de un año luz. Parecía una enorme pluma luminosa clavada en el cuerpo blando de aquel sol.

Desde nuestra llegada al punto de traslación, en el puente empezaron a sonar sirenas y alarmas. Los niveles exteriores de radiación era casi incalculables, y nos movíamos y cabeceábamos entre oleadas de desechos estelares. Todo el sistema estaba infestado de bancos radiactivos a la deriva, nubes de cenizas, trozos de materia incandescente y anomalías magnéticas. Nuestros escudos estaban a pleno rendimiento, y a pesar de ello sufríamos daños.

Maxilla no decía nada, pero fruncía el ceño en actitud reconcentrada mientras guiaba la nave bamboleante por su peligrosa trayectoria, tratando de esquivar los pozos de gravedad y las zonas radiactivas.

—Se está desmoronando —dijo Aemos examinando la pantalla principal de proyección y las barras de datos que llenaban la pantalla—. Todo el maldito sistema está próximo al colapso.

—¿Algún rastro de ellos? —le preguntéa Maxilla.

—Debemos ir pisándoles los talones. Nos llevaban medio día de ventaja a lo sumo. Maldita interferencia. Espere...

Dijo algo que no pude oír con toda aquella barahúnda.

—¡Repita, por favor!

Maxilla desconectó las sirenas. Las sacudidas seguían y ahora podíamos oír los gemidos y crujidos del casco del Essene bajo la tensión a la que estaba sometido. Señaló la pictoplaca que supervisaba el funcionamiento de los sensores del Essene.

—Estoy captando la estela de su trayectoria y el desplazamiento gravitacional, pero en estas condiciones se hace realmente difícil leerlas con precisión. Ahí... —dijo apoyando un dedo enguantado sobre la placa —. Indudablemente ésa es una estela, pero ¿cómo se explica?

Sacudí la cabeza, yo no soy marino.

—Se han dividido —dijo Midas mirando por encima de nuestros hombros—. La parte principal se ha quedado rezagada, tal vez fuera del sistema, a una distancia segura, y un grupo más reducido ha seguido adelante. Un grupo compuesto por unas cinco naves, tal vez seis.

—Ésa es también la lectura que yo hago —coincidió Maxilla—. Una división de la flota. Yo diría que no quieren correr el riesgo de enviar sus naves más grandes al interior de esta vorágine.

—Me pregunto por qué —murmuró Bequin mientras observaba el amenazante torbellino en la pantalla principal.

—Olvidémonos de los que se han rezagado. Sigamos al grupo que se adentra en el sistema —dije.

—Yo aconsejaría... —empezó Maxilla.

—¡Hágalo!

Con ayuda de sus servidores de navegación, ajustó la trayectoria del Essene y siguió la estela del grupo más reducido hacia el interior del sistema.

—¡Ahí! ¡Ahí, miren! —exclamó Maxilla de pronto, ajustando una pantalla secundaria para ampliar una imagen. Estaba lejos, pero pudimos ver la forma de un crucero imperial moviéndose en un halo de energía que se disipaba lentamente.

—Sin duda una de las naves de Estrum rodeada por tormentas de meteoritos. Se encontraron con problemas en cuanto apuraron la marcha.

El Essene experimentó otra sacudida.

—¿Y qué me dice de nosotros? —pregunté.

Maxilla intercambió opiniones con Betancore. Se produjo una sacudida especialmente violenta y las luces principales se apagaron durante un segundo.

—Tenemos que buscar refugio —fue la respuesta sincera de Maxilla.

Según la lectura de los atónitos y saturados sensores del Essene, en el sistema había quince planetas y millones de planetoides fragmentados, la mayoría de ellos, ascuas de roca desgastada que iban quemando energía. Nuestra trayectoria nos llevaba directamente a uno de los mundos interiores, el tercero por su tamaño. Era una bola costrosa, ruinosa, semidestrozada, con restos de una atmósfera azulada y arremolinada. Su hemisferio norte estaba cubierto de cráteres; algunos impactos habían sido tan fuertes que habían abierto la corteza dejando ver por debajo el núcleo incandescente, como un cráneo abierto por devastadoras heridas. Ante nuestros ojos los meteoros surcaban la superficie e impactaban sobre continentes enteros incinerándolos.

Nos abrimos camino por la convulsa trama del espacio dejando atrás lunas de sangre y nubes de polvo aborregadas y estriadas. Una gran sábana de fuego estelar se abatió sobre nosotros desviando ostensiblemente a la nave de su curso y arrojando trozos plateados de roca y hielo sobre nuestro casco.

—¡Es una locura! —gritó Fischig—. ¡No pueden haberse metido aquí! ¡Esto es la muerte!

Maxilla me miró como si esperaba que yo coincidiera con el purificador y decidiera interrumpir la persecución por el bien del Essene.

—¿Está seguro de su rastro?

Flexionando las manos sobre los controles, Maxilla tragó saliva y asintió.

—Pues allá vamos entonces, hasta cualquier refugio que pueda proporcionarnos el volumen del planeta. Al menos cerciorémonos de que están muertos antes de irnos.

El descenso tardó veinte minutos, ninguno de ellos transcurrió con tranquilidad y nada nos decía que fuéramos a llegar al siguiente. Quise aprovechar el tiempo para que Lowink o los astrópatas de Maxilla comprobaran la aproximación de las fuerzas enviadas desde Gudrun, siguiendo mis instrucciones dadas treinta semanas antes para que se

encontrasen con nosotros aquí, pero era imposible. La distorsión estelar hacía imposible la astrotelepatía.

Proferí una maldición.

Nos lanzamos en un descenso empinado hacia el lado oscuro del planeta herido. Explosiones ígneas consumían las masas de tierra perforadas por los cráteres en la oscuridad de allí abajo, y las tormentas amoniacales alcanzaban unas proporciones huracanadas. Incluso aquí, con el planeta interpuesto entre nosotros y el convulsivo sol, el viaje fue difícil y accidentado. Durante un segundo, vimos al pasar los restos de otra nave de la flota de Estrum hecha trizas. Un mundo de muerte, un sistema de muerte.

—Nuestros enemigos deben haber cometido un error —dijo Aemos sujetándose al borde de una consola para estabilizarse—. Los saruthi no pueden estar aquí. Si alguna vez habitaron este sistema, tienen que haberlo abandonado hace tiempo.

—Sin embargo —insistí—, la vanguardia de la flota herética sigue adelante con gran determinación y empeño.

El Essene seguía descendiendo, acercándose más de lo que es habitual a un cuerpo planetario. Sólo quedaban jirones de atmósfera, y Maxilla se aferraba a la superficie deteriorada, sobrevolando la roca desnuda a apenas diez kilómetros de altura. Una lluvia de estrellas fugaces pasó a nuestro lado.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Maxilla ajustó sus sensores y la resolución de la pantalla. Una herida enorme en la corteza del planeta se abría ante nosotros. Tenía mil kilómetros de ancho; un reborde semejante a un acantilado de roca desplazada por el impacto y una vasta cavidad por debajo.

—Los sensores no pueden identificarlo. ¿Es eso daño meteórico?

—Es posible, producido por un impacto en ángulo —dijo Aemos.

—¿Entraron o siguieron de largo? —pregunté.

—Entraron —respondió Maxilla con incredulidad.

—¿Entraron? ¿Entraron ahí?

Aemos estaba inclinado sobre el servidor del puesto de sensores.

—La estela llega a su punto culminante y desaparece aquí. O se pulverizaron en masa o entraron.

Miré a Maxilla. El Essene volvió a sacudirse al caer en un pozo de gravedad, y las luces del puente se apagaron otra vez.

—Esta es una nave estelar —dijo—, no está hecha para aterrizar en superficie.

—Lo sé —repliqué—. Las que ellos llevan tampoco. Ellos cuentan con más información que nosotros... y han entrado.

Sacudiendo la cabeza, Maxilla dirigió al Essene hacia el interior de la vasta herida.

La falla era oscura y no tenía límites según la lectura de los sensores, aunque en mi opinión los sensores no servían de nada en esta situación. Un reflejo rojo apagado alivió la oscuridad a lo lejos. Las violentas sacudidas habían cesado, pero el casco seguía crujiendo y protestando por la tensión gravitacional.

Tuvimos la súbita impresión de estar atravesando una especie de estructura, luego otra, y otra más. La pantalla mostró la cuarta antes de que pasáramos por debajo de ella: un aro o arco angular de ochenta kilómetros de ancho. Más allá de ése, otros más de la serie se levantaban a nuestro alrededor mientras avanzábamos, como si estuviéramos pasando por dentro de una gigantesca caja torácica.

—Son octogonales —dijo Aemos.

—E irregulares —añadí.

No había dos arcos iguales, aunque tenían la misma forma y falta de simetría que sus compañeros: la forma que ahora asociamos sin dudar con los saruthi.

—Esto no puede ser natural —dijo Maxilla.

Seguimos internándonos en la falla por debajo de los arcos ciclópeos. Pasamos por unos doce, y luego otros doce más.

—Fuentes luminosas al frente —anunció un servidor.

Un resplandor verdoso y apagado empezó a tomar cuerpo a lo lejos, al final de la avenida de arcadas octogonales.

—¿Seguimos? —preguntó Maxilla. Asentí.

—Envíe un zángano señalizador a la superficie.

Un momento después, la pantalla trasera reveló a un pequeño zángano servidor abriéndose camino por el vasto canal hacia la superficie, con sus luces parpadeantes.

Por fin superamos la última arcada. Otra trepidación y a continuación nos encontramos navegando en calma mientras nos adentrábamos en una verde luminosidad suave y pálida.

El lugar donde nos encontrábamos, fuera lo que fuera, no parecía tener techo, aunque no cabía duda de que estábamos dentro de la cavidad planetaria. Sólo una brumosa luminosidad verde y, por debajo, una etérea alfombra de nubes.

Había desaparecido todo vestigio de turbulencia. Eramos como un barco navegando en medio de la calma chicha.

La atmósfera del lugar, que la lógica procuraba demostrar que era la corteza de un planeta, era poco densa e inerte, un vapor vagamente amoniacal. Ninguno de nosotros era capaz de explicar la fuente de la penetrante luminiscencia ni el hecho de que el Essene se encontrara tan a sus anchas en su ancla gravitatoria en medio de aquella serena quietud. Tal como Maxilla había indicado, no era una nave transatmosférica y debería haber resultado imposible estabilizarse en este cuerpo casi planetario sin sufrir graves daños debido a la tensión.

Por los registros de su sistema, el Essene daba la impresión de haber atravesado las perniciosas tormentas estelares del KCX-128 8 hasta llegar a este puerto seguro.

Aparte de los daños producidos por impactos menores, sólo había dos de los sistemas de la nave que no funcionaban. Los sensores estaban ciegos y no indicaban nada más que ecos extraños e inertes. Además, todos los cronómetros de la nave se habían parado, excepto dos que corrían hacia atrás.

Betancore y Maxilla estudiaron el retorno imperfecto de los sensores y entonces llegaron a la conclusión de que había tierra de alguna clase debajo de donde nos encontrábamos nosotros, más allá del banco de nubes. Calculamos que estaría a unos seis kilómetros directamente por debajo, aunque en esta falla vaga, brumosa, era difícil saberlo.

Si los herejes de Glaw estaban aquí, no habían dejado ni rastro, pero con nuestros sensores tan interferidos, su flota de vanguardia podría estar anclada al otro lado de las nubes.

Poco después descendíamos al banco de nubes desde el Essene en el cúter. Todos nos habíamos puesto trajes de vacío con armadura rígida de los armarios de Maxilla. Lowink, Fischer, Aemos y yo nos movíamos por la sala de la tripulación tratando de acostumbrarnos al peso y al volumen de los trajes.

Bequin estaba en la cabina con Betancore, observando cómo nos llevaba hacia abajo. También ellos se habían agenciado trajes de vacío, y

ella se estaba sujetando el pelo para que no interfiriera con el sello del casco.

—Buena caza, inquisidor —llegó la voz crepitante de Maxilla desde la altura del Essene.

—El estará allá abajo ¿verdad? —preguntó Bequin, y supe que se refería a Mandragore.

—Es probable. El... y sea lo que sea todo esto.

—Bueno, usted oyó lo que dijo Pontius —replicó.

Cómo no iba a oírlo. El Necroteuco. Uno no olvida una palabra como ésa cuando la ha escuchado una vez. Ella había tardado semanas en ganarse la confianza de su prisionero incorpóreo, pero lo había conseguido con paciencia y una dosis muy medida de teatralidad. Había sido un riesgo permitirle ir sola a ver a Pontius. Me había asegurado que podría hacerlo y no se había equivocado.

El Necroteuco. Si Pontius Glaw no mentía, nuestra empresa se hacía ahora mucho más imperiosa. Yo me había preguntado qué podría ser tan valioso, tan importante como para galvanizar así a nuestros enemigos, como para hacerles arriesgar tanto. Ahora tenía la respuesta. Según la leyenda, la última copia existente de aquella obra abominable había sido destruida hacía ya milenios, pero, por algún medio, en épocas antiguas, una copia había ido a parar a manos de los saruthi. Y ahora se disponían a vendérsela a los herejes de Glaw.

Descendimos a través de las nubes y vimos la tierra que había abajo: una gran extensión ondulada de polvo que llegaba hasta lo que parecía un mar. El líquido se encrespaba y rompía a lo largo de una costa curva de cien kilómetros de largo. Todo era de un color verde desvaído, bañado por la luz que atravesaba las etéreas nubes. Todo estaba rodeado de una suavidad brumosa, como si estuviera desenfocado. Parecía interminable, apagado, lento. Había una calma, una sensación etérea que era a un tiempo tranquilizador a y desconcertante. Hasta el movedizo mar parecía lánguido. Me recordaba a la costa de Tralito en Caelum Dos, donde, hacía unos años, había pasado un verano recuperándome de unas heridas. Leguas interminables de dunas de mica, el mar tranquilo, el aire balsámico, nebuloso.

—¿De qué extensión? —le preguntéa Midas.

—¿De qué extensión qué? —me replicó.

—Este... lugar.

Señaló los instrumentos.

—No puedo saberlo. Cien kilómetros, dos... tres... mil.

—¡Tienes que tener algo!

Se volvió a mirarme con una sonrisa en la que había preocupación.

—Los sistemas dicen que no tiene fin. Lo cual es imposible, por supuesto. Por eso pienso que los instrumentos están averiados. De todos modos no me fío mucho de ellos.

—Entonces ¿de qué te vales para volar?

—De mi ojo... o del fondillo de mis pantalones. Lo que te tranquilice más.

Seguimos la leve curva de la interminable bahía durante unos diez minutos. Por fin surgieron algunos detalles que vinieron a romper aquella uniformidad anónima.

Una hilera de arcos octogonales salían de la arena a algunos cientos de metros de la costa y corrían paralelos al agua. Cada uno de ellos tenía unos cincuenta metros de ancho, en todo menos en la escala eran iguales a los arcos que habíamos atravesado con el Essene. Se extendían en la distancia hasta donde podíamos abarcar con la vista en aquella niebla verde.

—Llévanos a la superficie.

El cúter se posó sobre la blanda arena polvorienta a medio kilómetro de la orilla, sellamos los cascos y nos aventuramos a salir al exterior.

La radiación superaba a lo que habíamos pensado ya que las portillas del cúter tenían cristales tintados. Bajamos los cristales marrones de nuestros visores para no quedar deslumbrados.

Detesto los trajes de vacío. La sensación de estar acolchado y constreñido, el movimiento laborioso, el sonido de mi propia respiración en los oídos, el chasquido esporádico del intercomunicador. El traje me aislaba de todos los ruidos del exterior y lo único que oía era el crujido de mis propios pasos sobre la arena fina y seca.

Nos dirigimos al borde del agua desplegados. El único que no iba armado era Aemos.

Se parecía a un mar. Agua verde que se volvía blanca en las rompientes.

—Amoníaco líquido —dijo Aemos cuya voz llegó crepitante a través del enlace de voz.

Había algo extraño.

—¿Te has fijado? —me preguntó.

—¿En qué?

—Las olas parten de la orilla.

Volví a mirar. Era evidente y se me había escapado. El líquido no llegaba a la orilla para romper allí, sino que desde la orilla se retiraba y se replegaba.

Era escalofriante. Tan simple. Tan ilógico. Mi confianza empezó a flaquear. Tenía ganas de despojarme de aquel traje claustrofóbico y gritar. Y lo hubiera hecho de no haber sido por las luces rojas de advertencia del lector de atmósfera que llevaba incorporado al puño izquierdo de mi pesado traje.

¿Qué había sido lo que había dicho Maxilla? ¿Que los saruthi habían atormentado a los hombres del Prometeo? Por un momento me pregunté si el comportamiento antinatural del mar sería obra suya... ¿cómo podía ser? Pero comprendí lo que podría haberles hecho ese tormento insidioso, angustioso.

Fischig y Betancore se habían acercado al primero de los arcos. Los seguí con la mirada y los vi empequeñecidos por la estructura asimétrica. El siguiente estaba a trescientos metros de distancia y daba la impresión de que estaban colocados a una distancia regular, pero por lo que pude observar cada uno de ellos tenía una irregularidad peculiar a pesar de ser idénticos su tamaño y sus proporciones.

Bequin se había arrodillado en la orilla apartando suavemente la arena con su mano enguantada. Había descubierto lo que tal vez era el detalle más angustioso de todos.

Bajo la arena, a unos centímetros de la superficie, el suelo estaba embaldosado. Era de mosaico, formado por piezas octogonales como las que habíamos descubierto en el suelo de la mina de Qualm Septentrional. También en este caso encajaban a la perfección, de una manera inverosímil atendiendo a su forma.

A medida que descubría más mosaicos, mayor era la cantidad de arena que apartaba Bequin.

—Déjalo —le dije—. Creo que es mejor para nuestra salud mental no tratar de descubrir si abarcan toda la playa.

—¿Es posible que todo esto sea... artificial? —preguntó la chica.

—No es posible —dijo Aemos—. Puede ser que los mosaicos y los arcos formen parte de alguna estructura antigua, abandonada hace tiempo

y que desde entonces esto haya sido inundado y cubierto de polvo... como consecuencia de... de...

Lo que decía no era nada convincente.

Me acerqué a Fischig y Betancore y me puse a examinar con ellos el primero de los arcos. Estaba hecho de aquel metal extraño, desconocido, que habíamos visto en Damasco.

—¿Qué sabemos? —preguntó Fischig.

—Bueno, detesto decir lo que es evidente —respondió Aemos desde otro punto de la playa—, pero la última fila de estos arcos que encontramos formaba un paso deliberado que condujo al Essene hasta aquí dentro. ¿Deberíamos suponer que éstos sirven al mismo propósito?

Di un paso y atravesé la forma enorme y elevada del primer arco.

—Vamos —dije.

Anduvimos durante veinte minutos según mis cálculos. Digo según mis cálculos, porque todos nuestros cronómetros estaban parados. Al cabo de algunos minutos empezamos a oír unos estampidos distantes y repetitivos. Era un retumbar casi subsónico, como un trueno que desde algún lugar se extendiera sobre el mar. O al menos eso parecía. Se oía aproximadamente cada medio minuto. Se producían largos intervalos de silencio, y cuando empezábamos a pensar que había sido el último, se oía uno nuevo. Lo mismo que el crujido de nuestras pisadas, nos llegaba a través de los trajes, incluso si apagábamos nuestros circuitos auditivos.

Me comuniqué con Maxilla.

—¿Ha oído eso?

Ruido de fritura y ninguna respuesta inmediata. Luego, una ráfaga inesperada de transmisión. La voz de Maxilla:

... de acuerdo con sus instrucciones, Gregor, pero no va a resultar fácil. Repita... ¿qué fue lo que dijo sobre Fischig?

—¡Maxilla! ¡Repita! —pero su voz seguía sonando, diciendo cosas incoherentes. No era una respuesta. Sólo recogía su voz. Sentí que un escalofrío me subía por la espalda.

Más corriente estática.

—¡Dígale a Alizebeth que estoy de acuerdo con eso! ¡Ja! Luego nada más.

Miré a los demás. A través de sus visores tintados sus caras tenían una expresión fantasmagórica.

—¿Qué... qué era eso? —murmuré.

—¿Un eco? —sugirió Aemos—. Algún tipo de transmisión causada por alguna anomalía de la atmósfera y el...

—No es una conversación que haya mantenido jamás.

Otra estampida se propagó por la costa seca, tenuemente iluminada.

Después de los veinte minutos que había calculado, pasamos de repente a través del último arco. Todos hicimos un alto. Ante nosotros, la tierra se elevaba en una pendiente más marcada formando colinas y elevaciones bajas. Allí el terreno era más oscuro, inhóspito. La luz era más apagada, y el cielo adquirió una tonalidad verde oscura que se hacía casi negra por encima de las colinas.

—¡Allí... todavía hay más! —exclamó Fischig—. ¡Hay más arcos!

Tenía razón. La columnata octogonal había desaparecido tras atravesar el último arco. Retrocedí, imaginando que tal vez desde el otro lado reaparecerían los arcos. Pero no era así. Los estampidos continuaban.

Nos dirigimos hacia las montañas. Por nuestras unidades de voz silbaban las descargas estáticas.

—Transmisiones —dijo Lowink tratando de reajustar sus canales de voz—. No puedo sintonizarlos, pero son mensajes. Mensajes militares que van y vienen.

Era posible que fueran los nuestros.

—¡Mirad! —dijo Betancore señalando hacia atrás. Más allá de la orilla y de la línea de los arcos que se perdía en la distancia, dos fragatas imperiales y una antigua nave mercante no estándar flotaban en sus anclas gravitatorias.

—¿Cómo es posible que no los hayamos visto cuando pasamos?

—No lo sé, Midas. A estas alturas ya no estoy seguro de nada.

Al volverme hacia el resto del grupo vi que Aemos se desprendía el casco.

—¡Aemos!

—Tranquilízate —dijo, descubriendo su anciana cabeza arrugada. Con el ancho aro de cierre abierto parecía una tortuga que asomase la cabeza a través de su caparazón. Levantó el brazo izquierdo y me señaló el lector de atmósfera. Las luces estaban verdes.

—Atmósfera humana perfecta —dijo—. Un poco fría y estéril, pero perfectamente humana.

Todos abrimos nuestros cascos y nos los quitamos. Sentí el aire helado en la cara, pero fue un gusto poder prescindir de los trajes. El aire

no olía a nada, absolutamentea nada. Ni a sal ni a amoníaco ni a polvo.

Nos ayudamos los unos a los otros a sujetar los cascos a nuestras mochilas. Los estampidos se oían más apagados y distantes ahora que no resonaban en la oquedad de los cascos. Podíamos oír las pisadas de los demás, la respiración de los demás, el ir y venir de las olas. Me llegó de repente el perfume de Bequin. Era tranquilizador.

Me puse al frente del grupo y empezamos a subir la cuesta lentamente. Ahora que me había despojado del casco, me daba cuenta de que si nuestra marcha resultaba pesada era sobre todo por los trajes. Algo hacía difícil calcular la distancia y la profundidad. De vez en cuando teníamos algún tropiezo. Todo el lugar parecía totalmente equivocado.

Dimos con ellos de forma totalmente repentina. La reanudación súbita del tráfico de voz fue la única advertencia. Nuestros altavoces cobraron vida simultáneamente.

—¡Rápido! ¡Moveos! ¡Segmento dos!

—¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis!

—¡Cubriendo por la izquierda! ¡Es una orden! ¡Cubriendo por la izquierda!

—¡Los tengo detrás de mí! Están detrás de mí y no...

Una descarga de corriente estática.

Al frente, descendiendo por las pendientes de las oscuras colinas vimos soldados. Llevaban las armaduras rojas y doradas de combate de la Guardia Imperial. Fusileros gudrunitas.

—¡A cubierto! —ordené. Nos refugiamos entre el relieve de las dunas y preparamos las armas.

Eran sesenta o más que corrían hacia nosotros ladera abajo.

No guardaban ningún orden. Huían. En medio de ellos un oficial agitaba los brazos y gritaba, pero nadie le hacía caso. Muchos habían perdido los cascos y los rifles.

Un segundo después, sus perseguidores llegaron a la cima y cayeron sobre ellos por detrás. Tres motos negras, blindadas con el escudo de la seguridad naval y tras ellas una línea de treinta soldados con sus características armaduras negras, ordenados, disciplinados, marchando en una línea espaciada, disparando sus armas antiabominación contra los soldados que huían en desbandada. Las motos les pisaban los talones, barriendo las dunas con el fuego de sus cañones. Los disparos lanzaban al aire columnas de polvo y los cuerpos deshechos de los hombres. Un

segundo más tarde los tres vehículos nos pasaron por encima a toda velocidad disparando desde el aire sobre el mar amoniacal y girando para hacer otra pasada.

Algunos de los gudrunitas respondían a los disparos, y vi a un soldado trastabillar y caer, pero había una falta absoluta de coordinación y de control.

—¡Qué infierno! ¿Seguimos ocultos?

—No tardarán en vernos —dijo Fischig deslizando el alimentador del cargador de su ametralladora pesada.

Las perspectivas eran espantosas, y desde el incidente a bordo del Essene sentía un rechazo patológico por los soldados de negra armadura.

Y sin embargo...

Saqué mi pistola automática pesada, se la di a Aemos y preparé la carabina láser que llevaba sujeta en mi mochila. Bequin sacó sus propias armas, un par de pistolas láser. Lowink y Midas ya empuñaban sus armas de fuego, una carabina láser y un rifle de agujas glaviano respectivamente.

—Atención a las tropas —les dije a Fischig, Lowink y Bequin—. Haz lo que puedas Aemos. Midas, ya tenemos encima a los que huyen.

Avanzamos arrastrándonos entre las dunas y empezamos a disparar. El arma pesada de Fischig disparó y dio contra la cresta de la cadena montañosa levantando polvo. Después ajustó el alcance y derribó a tres de los corpulentos soldados.

Oí el retroceso de la carabina de Lowink y Aemos disparó vacilante su pistola automática.

Bequin me dejó boquiabierto. Había aprovechado bien las treinta semanas de viaje, y era evidente que Midas le había dado una buena instrucción. Con una pistola láser en cada mano lanzó un grito de batalla y derribó con sus disparos certeros a otros dos soldados.

Los soldados frenaron su avance implacable al darse cuenta del súbito cambio de la situación. Los gudrunitas que huían en desbandada también vacilaron, y algunos de ellos, incluido el oficial, se volvieron y empezaron a hacer frente a sus perseguidores. Yo ya había contado con esto, no nos podíamos enfrentar solos a ellos. Había confiado en que nuestra repentina intervención diera nuevas fuerzas a los guardias.

A pesar de todo, muchos seguían huyendo.

Un feroz fuego cruzado se entabló en la cumbre entre los perseguidores que se habían detenido allí y los gudrunitas de abajo que

ahora les plantaban cara. Lowink, Aemos y Bequin avanzaron para apoyarlos.

Las motos hicieron otra pasada lanzando una nueva andanada sobre la costa.

Betancore puso una rodilla en tierra, levantó su arma exótica y disparó. El largo cañón vibró y produjo un sonido semejante a un grito ahogado. La metralla explosiva impactó sobre el vehículo más próximo cuando pasaba por encima de nuestras cabezas y lo hizo estallar en pleno vuelo.

Los restos en llamas se esparcieron por la arena.

Yo intenté derribar al segundo con mi carabina. Estaba girando para atacarnos de frente, y eso le restaba velocidad. Mis disparos erraron el blanco o rebotaron sobre el blindaje. Cuando su cañón pesado empezó a disparar, pulverizando la arena en una trayectoria que venía directa hacia mí, alcancé al piloto a través de su visor.

Sin dejar de disparar, se precipitó a la playa cayendo a unos cincuenta metros por detrás de mí. Dio un bote, se partió, golpeó otra vez contra el suelo y se estrelló en la rompiente lanzando al aire una lluvia de fragmentos que produjeron otros tantos chapoteos.

El tercer speeder hizo un viraje y en otra pasada mató a seis gudrunitas que huían y que eran blancos fáciles sobre la arena. Midas disparó sobre él con su arma mientras le pasaba por encima, pero erró. Volvió a disparar y lo alcanzó en la parte trasera incendiándola. No sé a qué le dio, si a la tripulación o al sistema de control, pero el caso es que siguió su marcha, atravesó la playa en dirección al mar y siguió adelante, sin parar, hasta que se perdió de vista.

Seguimos subiendo la ladera, ahora entre los gudrunitas. Todos ellos iban desaliñados. Ninguno tenía más de veinticinco años. Al ver el daño que habíamos infligido al enemigo dieron vivas imaginando, quizá, que formábamos parte de alguna fuerza de rescate más numerosa.

En la cumbre caían los últimos soldados. Fischig cargó contra ellos, disparando su ametralladora, y una docena de gudrunitas se sumaron a él, ansiosos de acabar con sus perseguidores.

El fuego duró allí otros dos minutos. Fischig perdió a dos de los gudrunitas que lo acompañaban, pero se aseguró de que no sobreviviera ninguno de los enemigos. Recuerdo haber pensado que las fuerzas de

seguridad habían despojado al ejército de un buen soldado con el purificador Fischig.

Fui en busca del oficial gudrunita mientras sus hombres caían al suelo exhaustos y aliviados. Algunos sollozaban. Todos parecían asustados. El humo de la batalla bajaba desde la cima en el aire inerte.

El oficial, un sargento, no era mayor que sus hombres. Había tratado de dejarse la barba, pero su vello facial no estaba a la altura. Me hizo el saludo militar antes incluso de que le hubiera mostrado mis credenciales, y luego cayó de rodillas.

—Levántese.

Así lo hizo.

—So y el inquisidor Eisenhorn. ¿Y usted es...?

—Sargento Enil Jeruss, segundo batallón, 50° de Fusileros Gudrunitas, señor. ¿Está aquí la flota? ¿Nos han encontrado?

Levanté la mano indicándole que se tranquilizara.

—Póngame al tanto. Sea conciso y rápido.

—No queríamos participar en esto. Nos reunieron en la fragata Exaltada, a la espera de partir. Cuando abandonamos el ancla en altura de Gudrun, el capitán nos dijo que Gudrun había caído y que partíamos a un nuevo destino.

—¿El capitán?

—El capitán Estrum.

—¿Y entonces?

—Viajamos treinta semanas hasta llegar aquí. En cuanto llegamos supimos que algo no iba bien. Protestamos, exigimos que se nos informara de lo que estaba pasando. Dijeron que era un motín e hicieron fusilar a muchos. Nos dieron a elegir entre aceptar órdenes o morir.

—No había mucho donde elegir.

Sacudió la cabeza.

—No, señor. Por eso traté de sacara los hombres de allí. Huimos en cuanto llegamos allí dentro, en cuanto estuvieron ocupados.

—¿Dentro de dónde?

—De la oscuridad —dijo señalando las montañas con un gesto vago.

—Dígamelo que vio —agregué.

DIECINUEVE

Jeruss presenta su informe
En la meseta
El genuino

—Ni siquiera sé en qué mundo estamos —dijo el sargento Jeruss—. Jamás nos lo dijeron. Eso sí, la entrada fue muy dura.

—No tiene nombre por lo que yo sé. Continúe.

—Nos desembarcaron aquí desde las naves como escolta para el grupo principal.

—¿Cuántos hombres?

—Más de cien soldados de la seguridad naval, y alrededor de trescientos de la guardia.

—¿Vehículos?

—Speeders como los que usted vio y un par de vehículos pesados para el transporte de personal en los que viajaban algunos cajones de carga y el grupo principal.

—¿Qué sabe de ellos?

—De la carga, nada. En el grupo principal estaban el capitán y lord Glaw, de Gudrun. Un noble principal de mi patria.

—Lo conozco. ¿Quién más?

—Un capitán mercante, un eclesiarca y un guerrero grande y terrible al que trataban de mantener alejado de los regulares.

Mandragore, sin duda, Dazzo y Locke. El núcleo de la camarilla de Oberon Glaw.

—¿Qué pasó después?

Jeruss señaló hacia las oscuras tierras prohibidas.

—Avanzamos adentrándonos en aquella zona. Me dio la impresión de que sabían a dónde íbamos. Las cosas cambiaron a medida que nos íbamos internando. El paraje se volvió más oscuro y tórrido, y era difícil seguir adelante, como si...

—¿Cómo si qué?

—Como si no pudiéramos calcular las distancias. A veces era como andar por cera caliente, otras casi no conseguíamos frenar la marcha. Algunos de los hombres fueron presa del pánico. Encontramos polígonos como esos de la playa.

Así fue como describió los extraños arcos.

—Había filas de ellos, formaban pasadizos que se adentraban en las tierras altas. Eran tan irregulares que perturbaban la mente. Era como si variaran, como si cambiaran.

—¿Qué quiere decir con eso de irregulares?

—Yo no fui a ninguna escuela oficial, señor, pero tengo una educación. Tengo conocimientos básicos de geometría y era como si los ángulos del polígono no fueran correctos, y sin embargo ahí estaban.

Con un escalofrío recordé lo que había dicho Maxilla de los ángulos «malsanos» y pensé también en las marcas de la lápida que había sacado de Damasco.

—Seguimos algunas de esas filas, pasando a veces a través de polígonos. Parecía que los que nos guiaban eran el capitán mercante y el eclesiarca. También había otro hombre, uno que parecía un tecnosacerdote.

—¿Delgado? ¿De ojos azules?

—Sí.

—Su nombre es Malahite. ¿También participaba en la elección del camino?

—Sí, lo consultaron en varias ocasiones. Por último llegamosa una meseta. Un espacio amplio y elevado dominado por grandes montañas rocosas. La meseta era artificial, cubierta de piedras lisas que...

Trató de dibujar una forma con sus dedos índices y pulgares, pero se encogió de hombros y desistió.

—¿Más polígonos imposibles?

Rió nerviosamente.

—Sí. La meseta era grande. Esperamos allí, los hombres agrupados en el perímetro del espacio y el grupo principal y los vehículos en el centro.

—¿Y entonces?

—Esperamos lo que a mí me parecieron horas, aunque era imposible saberlo porque todos nuestros cronómetros se habían parado. Luego hubo una especie de disputa. Lord Glaw discutía con algunos de los otros. Me pareció que era una oportunidad. Preparé a los hombres, unos noventa,

dispuestos y ansiosos de aprovechar la primera oportunidad para escapar. Todas las miradas estaban fijas en los que discutían. En ese momento, el que gritaba era el guerrero gigantesco. ¡Que el Emperador me proteja! Creo que lo que nos decidió fue el sonido de su voz. Nos fuimos escabullendo en grupos de dos o tres, desde las últimas filas, bajando por las laderas de la meseta, y rompimos a correr por el camino por el que habíamos llegado hasta allí.

—¿Y descubrieron su huida?

—Sí, en un momento dado se dieron cuenta y empezaron a perseguirnos. El resto ya lo sabe.

Esperé un rato a que se recuperara y reagrupara a sus hombres. Quedaban unos cincuenta fusileros, todos asustados, y otros tres o cuatro heridos. Aemos hizo por ellos lo que pudo.

Me puse de pie y me dirigí a ellos.

—Al desafiara sus oficiales y líderes han prestado un servicio al Emperador. Los hombres que los trajeron aquí son herejes imperiales, y sus actividades son clandestinas. Yo estoy aquí para impedir que sigan adelante. Mi intención es proseguir con mi misión. No puedo garantizar la seguridad de los que vengan conmigo, pero el hecho de que lo hagan se considerará como un punto honorífico para el propio Emperador. El necesita aquí sus servicios y si toman en serio los juramentos hechos al Imperio cuando se unieron a la Guardia, entonces no lo dudarán. No hay ninguna batalla más importante a la que dedicar sus vidas.

Todos me miraban con expresión desorbitada y espantada. Hubo un murmullo de aprobación, pero eran jóvenes sin experiencia, algunos casi unos niños, que habían sido arrojados a las aguas profundas de la locura.

—Reúnan todas sus fuerzas y sepan que el Emperador está con ustedes y los protege en esta misión. No exagero cuando digo que tienen el futuro en sus manos.

Ahora los asentimientos fueron más firmes. Estos hombres no eran cobardes, sólo necesitaban un ideal, saber que estaban combatiendo por una causa digna.

Susurré algo a Fischig y él se adelantó inmediatamente y se puso a cantar el credo imperial y la canción de la alianza, himnos conocidos de todos los hijos del Imperio. Los gudrunitas se unieron a él con devoción y ello centró y concentró sus voluntades.

Los estampidos seguían propagándose por la costa.

Con ayuda de Betancore despojé a los caídos de sus armas y su equipo. Había armas suficientes como para que todos los hombres tuvieran un rifle láser o un arma antiabominación. También nos las arreglamos para reunir tres uniformes intactos de soldados navales cogiendo distintas piezas de los muertos.

Me quité mi voluminoso traje de vacío y empecé a ponerme la pulida armadura negra de combate de un soldado de la seguridad naval. Midas intentó otro tanto, pero su complexión era demasiado delgada para aquel pesado equipo. Los soldados eran unas bestias enormes para ser hombres.

En su lugar se la puso Fischig y, para no desperdiciar el tercer traje, elegimos a un gudrunita muy corpulento del grupo de Jeruss, un cabo llamado Twanc.

—¿Cuál es el canal de mando de los gudrunitas? —le preguntéa Jeruss mientras ajustaba el equipo de voz del casco.

—Beta, fi, beta.

—Y de los hombres que dejó allí, en la meseta ¿cuántos estarían dispuestos a unirse a nosotros?

—Yo diría que todos los gudrunitas. La unidad del sargento Creddon, sin duda.

—Su tarea consistirá en reunirlos a todos cuando estemos dentro. Yo daré la orden.

Asintió.

Dejamos a los heridos en la orilla lo más cómodos que pudimos, y avanzamos hacia las oscuras tierras altas.

Tal como me había contado Jeruss, pronto aumentaron la oscuridad y el calor. La elegante armadura negra que llevaba puesta tenía un sistema integral de refrigeración, pero no parecía ayudar mucho. Además, la inexactitud seguía perjudicándonos. Era difícil andar sin tropezar cada pocos pasos.

Llegamos al primero de los arcos y Jeruss nos indicó que lo atravesáramos, aunque hubiéramos podido seguir el camino sin dificultad ya que las pisadas y la huella de los vehículos pesados habían dejado profundas marcas en el suelo polvoriento.

Subimos un grupo de colinas oscuras e inhóspitas cubiertas por un cielo brillante. Había muchas filas de arcos, algunas de ellas superpuestas. Llegamos a desorientarnos. Por momentos parecía que al pasar un arco salíamos por otro de una fila diferente. Las huellas eran algo fijo y

continuo, pero daba la impresión de que parpadeábamos entre una hilera de arcos y otra. Además, los ángulos de las uniones de los arcos eran, tal como había dicho Jeruss, geométricamente incorrectos.

—Creo que la falta de simetría —dijo Aemos en voz baja mientras avanzábamos— está en cada detalle y en todas las dimensiones.

—¿Y eso significa...?

—Las tres que podemos ver, y la cuarta: el tiempo. Las dimensiones han sido alargadas y distorsionadas. Puede haber sido algo accidental. Puede que sea para fastidiarnos. A lo mejor por alguna otra razón, pero creo que es por eso que las cosas están tan retorcidas e incorrectas.

Por fin llegamos al lugar que Jeruss había denominado la meseta. Era un montículo de cumbre plana de casi un kilómetro de ancho, cubierto todo él de mosaicos octogonales que se burlaban de la lógica. Las laderas descendían hasta el suelo polvoriento y el lugar estaba totalmente rodeado por picos y despeñaderos rocosos. En lo alto, el cielo se veía oscuro y moteado de estrellas.

En el lado de la meseta más cercano a nosotros había varios centenares de hombres sentados en semicírculo, esperando. Podía sentir su tensión. Más de la mitad de ellos eran gudrunitas; los demás eran soldados. Grupos más pequeños de soldados permanecían en filas ordenadas cerca del centro de la meseta, escoltando dos transportes navales de tropas en los que había gente sentada, y un par de speeders. Habían sacado de los transportes una serie de cajas y las habían apilado sobre el suelo de mosaicos.

En el otro extremo de la meseta, una fila de arcos se perdía en el interior de las rocas circundantes.

Permanecimos ocultos y esperamos sin perder detalle.

Después de un período interminable, hubo movimiento en el otro extremo y de entre los arcos salieron algunas figuras. A pesar de la distancia, pude distinguir a Dazzo y Malahite, escoltados por cuatro soldados navales. Salieron a buen paso señalando al grupo principal que se encontraba en los vehículos. Todas las tropas situadas en el perímetro se pusieron de pie.

Entonces salieron de los arcos otras formas. Eran unas figuras imposibles de definir a primera vista: grises, reflectoras carentes de forma humana o de movimiento inteligible.

Saqué mi catalejo y lo enfoqué sobre ellas, ajustando cuidadosamente el aumento. Y fue de esa forma que vi a los saruthi por primera vez.

Pude distinguira nueve. En cierto modo los encontré parecidos a arácnidos o crustáceos, pero ninguna de las dos comparaciones era totalmente precisa. De sus cuerpos planos y grises salían cinco miembros sustentadores unidos de tal modo que la articulación del miembro central se elevaba por encima del torso horizontal. No había simetría en la disposición de los miembros ni en la forma en que se movían. Su paso desarticulado era irregular y sin un orden de repetición. Sólo verlos andar causaba desazón. Cada uno de los miembros terminaba en un compás de plata bruñida, un zanco metálico unido a los dígitos de cada miembro, que los levantaba aproximadamente un metro del suelo. Las puntas metálicas del zanco producían un golpeteo sobre los mosaicos duros que podía oírse a pesar de la distancia. Tenían unas cabezas achatadas en los extremos que salían de una columna gruesa, sin huesos, en la parte superior del cuerpo. Sus cráneos eran alargados y no había el menor vestigio de ojos o bocas, aunque en sus hocicos había varias aberturas fulgurantes. Tampoco había simetría en la disposición de estas aberturas ni en la forma del cráneo, además el cuello estaba descentrado respecto del torso.

Eran cosas repugnantes, asquerosas, con una estatura que duplicaba la de un hombre y una carne gris y brillante.

De los hombres que esperaban brotaron gritos y murmullos de alarma. Algunos se dieron media vuelta y huyeron de la meseta, tropezando y chillando.

Los nueve saruthi salieron al espacio abierto desplegándose hasta formar una línea semicircular frentea Dazzo y Malahite. Vi a Oberon Glaw, a Gorgone Locke, a Estrum, y la forma monstruosa de Mandragore, que descendieron de los vehículos para unirse a sus compañeros.

Confieso que, a esas alturas, yo tenía tanto miedo como los que me rodeaban. He visto horrores, y el horror mismo no me aterroriza. No es que hubiera algo horripilante en estos seres. Sin duda eran alienígenas, y de un puritanismo que resultaba alarmante, pero objetivamente, eran criaturas impresionantes, sorprendentes, de una seguridad casi majestuosa.

Mi miedo era algo más profundo, un instinto visceral. Lo mismo que en el mundo en el que habíamos entrado, había en ellos, en su forma, en su movimiento, en su diseño, algo equivocado. Cada uno de sus miembros desarticulados, de sus cabezas bamboleantes, hablaban de una naturaleza

impropia. Jamás había reparado en lo tranquilizadora que resulta la simetría y en lo inquietante que es su ausencia. Eran cosas disformes, despojadas de toda gracia civilizada, de toda concepción humana de la estética. Sus cuerpos y sus miembros eran tan irregulares que hasta parecía que no tenían sentido, que lo mismo que en los mosaicos y los arcos, la suma de sus ángulos no era correcta.

Así pues, el miedo me conmovía. Miró a mis compañeros y también vi miedo en sus caras. Miedo, repulsión, incredulidad.

Aemos me salvó la vida y preservó mi salud mental. Él era el único que miraba a los saruthi con asombro, con una sonrisa perpleja de deleite intelectual en su anciano rostro.

—Muy inquietante —le oí murmurar.

Ese simple detalle me hizo reír. Recuperé mi confianza, y con ella mi resolución. Hice señas a Fischig y a Twane, el soldado, para que se acercaran a mí, y luego me aseguré de que Bequin, Midas y Jeruss estaban en condiciones de quedar al mando. Jeruss y Twane tenían una gran necesidad de apoyo. Bequin ya estaba lista, con las armas preparadas. La vista de Mandragore había fortalecido su voluntad.

—Espera mi señal —le indiqué a Midas, y a Fischig le dije—: No pierda de vista a nuestro amigo —refiriéndome a Twane.

Los tres salimos de nuestro escondite y nos acercamos al borde de la meseta. Los hombres estaban de pie, murmurando alarmados, observando la reunión que se estaba celebrando en el centro de la plataforma. Oficiales de seguridad naval regañaban a los gudrunitas y les hacían mantener su formación, pero me di cuenta de que también ellos estaban inquietos.

Subimos la ladera y nos confundimos entre la multitud expectante. Los gudrunitas se apartaban a nuestro paso considerándonos tres más de aquellos opresores con visores negros y armas antiabominación.

Llegamos casia la primera línea de la multitud.

—¡Yo no me alisté para esto! —protestó un soldado próximo a mí.

—¡Tranquilícese! —le solté y me miró con aspereza.

—¡No está bien! —murmuró.

—Ya lo veremos ¿no le parece? —dije dando unos golpecitos a mi arma—. Si Estrum y los demás nos han metido en una pesadilla, ya verán cómo reaccionan los soldados de la Flota de Scarus.

Asintió y preparó sus armas.

Twane, Fischig y yo volvimos a avanzar. Nadie nos prestaba atención. En realidad, muchos soldados avanzaban también para flanquear ios vehículos.

Volví a prestar atención a la reunión. Oberon Glaw, con las largas vestiduras colgando de sus brazos levantados mientras saludaba a los saruthi con palabras que no pude oír, y así durante un rato.

Cuando por fin se volvió y señaló los cajones que esperaban, me llegó su voz.

—Y en prueba de buena fe hemos traído las propiedades tal como acordamos.

Locke se separó del grupo.

—¡Ayudadme! —ordenó a los soldados navales que tenía alrededor. Me adelanté enseguida, lo mismo que Fischig. Un segundo después formábamos parte de un equipo de más de doce soldados que avanzaban con la primera de las cajas. Yo estaba justo al lado de Locke, y mis manos cubiertas por los guantes negros sujetaban el asa junto a sus puños brutales.

Pusimos la caja en el suelo frente a los saruthi y nos retiramos unos pasos. Locke se quedó allí y abrió la tapa mientras uno de los saruthi se adelantaba.

Viéndolos así, de cerca, mi impresión no mejoró. Tenían la piel gris cubierta de poros en espiral y las fosas de sus hocicos se contraían y expandían. Pude ver que cada uno de sus miembros terminaba en algo que se parecía abominablemente a una mano humana de piel grisácea que sujetaba la barra transversal de los zancos de plata.

El saruthi que se había adelantado puso dos de los zancos sobre los mosaicos y buscó en la caja abierta con unos dedos movedizos. Durante un momento estuvo buscando al tacto y luego retiró las manos vacías. Su cráneo sin ojos se balanceó levemente sobre el cuello y a continuación levantó las manos hacia lo alto juntándolas como un hombre que levantase las manos sobre la cabeza en un gesto triunfal.

Los dedos largos, como de goma, de las dos manos, de cuyo número no puedo dar fe, ni siquiera de que tuviera la misma cantidad en ambas manos, se retorcieron y plegaron los unos en torno a los otros y configuraron una forma. Un rostro. Una cara humana: los ojos, la nariz, una boca ancha. Perfecto, imposible, escalofriante.

Dio la impresión de que el rostro que se cernía sobre nosotros nos estudiaba. Entonces la boca se movió.

—Cumplido habéis el pacto que con nosotros teníais, humano.

Un murmullo de alarma se difundió entre las filas que estaban a mi espalda al oír el sonido impersonal, monótono, sin inflexiones, pero la boca hecha de dedos vocalizó el mensaje con espantosa precisión.

—¿Entonces podemos negociar? —balbuceó Glaw.

Las manos se separaron y la cara se desvaneció. La criatura volvió a coger sus zancos y se retiró un poco. Sus congéneres hicieron lo mismo, retirándose del arco.

Aparecieron más criaturas, más saruthi idénticos a los anteriores, flanqueando a otros seres. Al parecer eran cuatro, con estructuras corporales similares a las de los alienígenas, pero hinchadas y contrahechas. Tenían la piel rugosa, blanca y enfermiza e hinchada con marcas que parecían de una enfermedad. En lugar de zancos sus miembros se apoyaban en pesadas estructuras metálicas sujetas por alambres que parecían grilletes. Estas cosas pálidas, maltrechas, seguramente esclavos de los saruthi, se quejaban al moverse, llenando el aire de lamentos enfermizos. Los saruthi que esperaban los aguijoneaban con las puntas de sus zancos mientras se adelantaban hacia la meseta.

Los esclavos transportaban sobre sus espaldas un arca trapezoidal de metal negro cubierto de protuberancias semejantes a verrugas distribuidas de forma irregular. Hicieron un alto y se dejaron caer sobre sus vientres.

Dazzo y Malahite avanzaron, acercándose a los portadores del arca. Un saruthi con zancos se puso a su lado, extendió un largo miembro para presionar, con la punta de su compás de plata, una de las protuberancias.

El arca se abrió sobre unas bisagras invisibles, como los pétalos de una flor disforme. Creo que yo esperaba que de dentro saliera luz o alguna muestra de poder.

No pasó nada de eso. Malahite pasó entre los miembros doblados de los esclavos y alargó la mano, pero Dazzo lo empujó hacia atrás con una maldición y una descarga de poder psíquico que lo hizo tambalearse.

Una especie de respuesta recorrió el grupo de los saruthi, haciéndolos removerse en el sitio.

Ahora Dazzo metió la mano en el arca y sacó un objeto diminuto y oblongo, no mayor que el cargador de un bolter, y lo sostuvo con manos temblorosas mientras lo observaba.

Un libro. Pergamino antiguo encerrado en unas tapas de negro metal saruthi, cerradas con un broche.

—¿Y bien, eclesiarca? —se impacientó Glaw—. Necesitamos confirmación.

Dazzo abrió la tapa y volvió la primera de las antiguas páginas.

—El genuino es nuestro —balbuceó, y cayó de rodillas. El Necroteuco. Tenían el Necroteuco.

Ahora o nunca, pensé.

VEINTE

Mi aliada, la confusión
La ira de Mandragore
Contra Oberon

—Cuidado! ¡Nos atacan! —grité a voz en cuello, y me eché contra los dos soldados que tenía a mi lado. Mientras nos revolvíamos torpemente en un montón, moviendo manos y piernas, disparé mi arma antiabominación a ciegas, como precaución.

Entre los humanos reunidos en torno a la meseta se produjo una gran tensión. Los saruthi, estoy convencido, habían usado deliberadamente sus recursos y su entorno para fomentar esa tensión, tal vez con la intención de debilitar y acobardara los humanos con los que tenían que negociar. En todo caso, habían hecho un buen trabajo. Tanto los gudrunitas como los soldados estaban a punto de estallar, con el espírituy la mente desbocados por el lugar donde estaban y por lo que habían visto. Un grito de alarma y unos cuantos disparos fueron la gota que hizo rebosar el vaso de la tensión.

A mi alrededor todo eran gritos y disparos. Suponiendo un ataque contra sus líderes de alcurnia, los soldados que todavía eran leales a Glaw y a Estrum avanzaron, disparando sobre los saruthi con sus rifles de asalto. Otros vacilaron, confundidos, y se lanzaron contra los que tenían a su alrededor. Los gudrunitas que estaban en el borde de la meseta apuntaron a sus opresores o dispararon a los vehículos.

Entre ellos, Midas y Bequin dirigían una carga de nuestra retaguardia, con sus armas escupiendo fuego.

En un segundo, el aire se llenó de gritos y alaridos, de disparos de armas de fuego y de rifles láser. No tardó en reinar una total confusión.

Pude oír a Jeruss en el canal de voz de la guardia arengando a sus camaradas, incitándolos a volverse contra el personal de la armada. El canal de combate de la seguridad naval era una con fusión de órdenes y contraórdenes, de gritos de rabia y de maldiciones. Oí a Oberon Glaw

pidiendo ordena voz en cuello, y el atronador rugido de Mandragore detrás de él.

—¡Fischig! ¡Twane! ¡Sembrad la confusión! ¡Id a por el objetivo!

Disfrazados como yo, ambos avanzaron. el alboroto era demasiado confuso como para que pudiera haber algún principio de partes enfrentadas. Los guardias luchaban contra los soldados navales, o incluso los unos con los otros, y se disparaba indiscriminadamente en todas direcciones.

Yo derribé a un soldado que pasaba junto a mí, y a otro muy próximo que me miró consternado. Más allá de ellos vi la figura alta y delgada del capitán traidor, Estrum, que me miraba a través del humo con incredulidad. Tenía los ojos más desorbitados que nunca.

—¿Qué diablos está haciendo, soldado? —consiguió articular mientras su pronunciada nuez de Adán subía y bajaba frenéticamente.

—Cumpliendo el ministerio de la sagrada Inquisición —le respondí al tiempo que le descerrajaba un tiro en la cabeza.

Los saruthi se encontraban en un estado de gran agitación. Yo no tenía manera de saber qué emociones estaban experimentando, si es que sentían alguna, pero reaccionaron como horrorizados por el cariz que habían tomado las cosas, afligidos y espantados. El fuego de las armas antiabominación de soldados convencidos de que los alienígenas eran los agresores alcanzó a dos de ellos. Uno se abrió por la mitad y cayó sobre los mosaicos en medio de un charco de ícor y cartílago gris. El otro perdió un miembro y empezó a arrastrarse hacia los arcos con los zancos que le quedaban.

Por encima del tumulto de disparos y voces humanas, se impuso el lamento de los saruthi. No sé si se trataba de una amenaza, una advertencia, una llamada de aflicción o una orden de retirada. Se movían como maníacos y su grito alienígena hacía retemblar el aire.

De repente, dos de ellos avanzaron hacia los atónitos soldados de la escolta. Alrededor de sus cabezas se formó un aura azul eléctrica y empezaron a escupir rayos de energía brillante como el hielo sobre sus atacantes. Dos soldados quedaron pulverizados, disipándose su materia en fogonazos de luz.

Vi a Mandragore. La bestia ya había matado a un soldado en un intento de poner fin a aquella lucha sin sentido, pero ahora que los saruthi habían disparado sobre ellos, los soldados se sentían totalmente

justificados y redoblaron su ataque. Un rayo alienígena le cercenó un brazo a Mandragore que estallaba de rabia. El mismo atacó a los saruthi con una enorme hacha-sierra.

Deseé que lo mataran.

Me abrí camino entre un amasijo de cadáveres y salí al otro lado de los vehículos estacionados. Al frente via Dazzo, todavía arrodillado junto a una de las bestias blancas esclavas, como si estuviera en trance. La pieza maldita estaba en sus manos.

Corrí hacia él.

Fischig, que había perdido su casco, apareció junto a mí. Su armadura negra prestada estaba cubierta de sangre.

—Twane —llamó por encima del hombro. El gudrunita disfrazado apareció detrás de él, corriendo, disparando desde la altura de la cadera. Ahora se oía la explosión de granadas entre los confundidos combatientes. Saltaban por los aires cuerpos y trozos de los mosaicos octogonales. Uno de los vehículos de transporte de tropas estaba en llamas.

Nosotros tres éramos los que estábamos más cerca de aquel maldito «genuino». Un saruthi se abalanzó hacia adelante, haciendo a un lado a los enloquecidos esclavos con sus zancos mientras se dirigía hacia Dazzo.

Con un golpe de uno de sus zancos, derribó al hombre arrodillado e hizo que el Necroteuco se le cayera de las manos.

Malahite, a cuatro patas junto a los esclavos, dejó escapar un grito y se lanzó tras el libro. El saruthi se volvía para detenerlo justo en el momento en que Fischig y Twane lo despedazaron con los disparos de sus armas antiabominación. Un líquido gris y gelatinosose derramó por los mosaicos.

Otro saruthi de cuya cabeza salían descargas de energía eléctrica, derribó a los asesinos de su congénere. Twane cayó entre convulsiones y murió despedazado. Fischig fue derribado por la enceguecedora detonación, con la armadura desgarrada.

No tenía tiempo para ayudarle. Malahite escapaba con el libro en la mano a través de la meseta, lejos de la barahúnda desordenada y brutal. Le corté la pierna izquierda a la altura de la rodilla con un disparo de mi rifle antiabominación, y cayó de bruces al suelo. Cuando llegué hasta él, se arrastraba hacia adelante, bañado en sangre, tratando de alcanzar el libro caído.

—¡Déjelo! —le ordené quitándome el casco y apuntándolo con el arma que sostenía con una sola mano. Vio mi cara y profirió un juramento. Me arrodille y recogí el pequeño volumen. Incluso a través de mis guantes blindados pude sentir su calor y comprendí por qué Dazzose había quedado allí arrodillado tanto tiempo después de cogerlo por primera vez. El contenido del libro, de aquel volumen antiguo, tenía vida propia, se movía, crujía, me llamaba.

Me llamaba por mi nombre. Me conocía. Me instaba a que lo abriera y experimentara sus maravillas. Ni siquiera pensé en resistirme. Lo que me prometía era tan sobrenatural, tan sublime, tan hermoso... Las propias estrellas y, por detrás de las estrellas, los mecanismos de la realidad, la intrincada y absolutamente perfecta acción de una fuerza natural trascendente a la que equivocada y despreciativamente llamábamos Caos.

Abrí los broches semejantesa alambres que mantenían el libro cerrado...

De repente, una poderosa y horrible fuerza psíquica se apoderó de mi mente rompiendo el encantamiento. Empecé a girar la cabeza, a apartar la vista del libro que se abría. Esa media vuelta fue suficiente para evitarme la muerte.

Fui derribado por un golpe monumental en el hombro. Mientras caía, el libro salió dando tumbos de mi mano ansiosa. Debajo de mí los mosaicos estaban bañados en sangre, mi sangre.

Rodando evité el golpe siguiente. Me salvé de los dientes chillones del hacha-sierra por un pelo, el arma destrozó los mosaicos ensangrentados.

Era Mandragore, ese hijo bastardo del Emperador.

Me arrastré hacia atrás presa del pánico. El hediondo guerrero del Caos estaba encima de mí, con su espeluznante armadura llena de sangre humana e ícor alienígena. Mi gesto de volver la cabeza en el último momento había hecho que fallara su primer golpe, pero a pesar de todo, el dorso de mi armadura de combate estaba destrozada; la hombrera izquierda había sido arrancada y tenía una herida brutal y profunda. A través de la carne lacerada y la armadura rota salía sangre a borbotones bañando mi brazo izquierdo. Al escabullirme hacia atrás mis manos resbalaron sobre los octógonos llenos de sangre.

Traté de atacarlo psiquicamente. Aunque no podía luchar contra su temible capacidad psíquica fue suficiente para desviar su golpe. La

chirriante hoja del hacha atravesó el aire por encima de mi cabeza.

Mi arma antiabominación estaba en el suelo, fuera de mi alcance, y de todos modos dudaba de que pudiera hacer mella en el monstruo. Lo único que veía era la piel suturada que se extendía en torno a sus mandíbulas abiertas.

Tenía el brazo izquierdo entumecido e inutilizado. De un salto me puse de pie y saqué mi espada de su funda.

Es una buena arma, de las antiguas. No tiene hoja material como otros modelos más burdos que he visto, pero sí una empuñadura de veinte centímetros de largo incrustada y rodeada de hilos de plata en cuyo interior hay una célula de fusión que genera una hoja de luz coherente de un metro de largo. El propio preboste de Inx la bendijo para mí, encargándola de «protegera nuestro hermano Eisenhorn en todo momento de los acechos del mal».

Rogué ahora que sus palabras no hubiesen caído en saco roto. Activé la espada y paré con ella el siguiente golpe del hacha.

Del choque de ambas salieron chispas y esquirlas de metal, y la fuerza imponente de la bestia estuvo a punto de arrebatármela de la mano. De un salto me aparté uno o dos pasos del siguiente golpe. Me zumbaba la cabeza. ¿Sería por la pérdida de sangre o porque aún perduraban los efectos de aquel libro seductor?

Ahora Mandragore ardía de furia. Yo estaba resultando difícil de matar para ser un simple mortal.

Tuve la funesta sensación de que no iba a durar mucho. Arremetió otra vez contra mí y conseguí desviar la fuerza del hacha-sierra, pero inmediatamente volteó el largo mango del arma y me dio un golpe en el pecho que me lanzó por los aires. No exagero si digo que me elevé por encima del suelo y fui a caer varios metros más allá, sobre mi hombro herido. El dolor me quitó el aliento durante un segundo, y eso era todo lo que él necesitaba.

En dos zancadas recorrió la distancia que nos separaba enarbolando el hacha en el aire y lanzando un rugido infernal. Con un movimiento inseguro, di una patada al Necroteuco en la dirección en que él estaba y fue a golpear en la puntera de su descomunal bota.

—¡No olvides a qué has venido, abominación! —dije con voz ronca.

Mandragore Carrion, hijo de Fulgrim, siervo de Slaanesh, paladín de los Hijos del Emperador, azote de los vivos, mancillador de los muertos,

ocultador de secretos, se detuvo. Con una risotada y sin apartar de mí sus ojos desalmados, se detuvo a recoger el libro.

—Eres buen consejero, inquisidor, para... un...

Rodeó el Necroteuco con sus dedos cubiertos de metal, haciendo que pareciera aún más pequeño. Su voz se fue apagando y la expresión de triunfo desapareció de su cara abominable mientras su sed asesina se debilitaba y la luz de sus ojos inyectados en sangre se apagaba.

El Necroteuco se adueñó de todas las fibras de su ser corrupto desconectándolo totalmente del mundo exterior.

Me puse de pie, vacilante, y sujetando con todas mis fuerzas la espada de energía le separé la cabeza de los hombros.

Antes incluso de que hubiera llegado al suelo, el cráneo entró en combustión y se puso al rojo vivo, derramando llamas líquidas sobre los mosaicos. La bola de fuego rebotó y fue rodando hasta consumirse en un fuego impuro y feroz que sólo dejaba a su paso fragmentos ennegrecidos de cráneo y una huella chamuscada.

El cuerpo se mantenía de pie, quemándose por dentro con unas llamaradas de color verde enfermizo que salían por la cavidad del cuello. Una columna de sucio humo negro se elevó hacia el aire quieto. No tardaron en quemarse el llamativo traje y la flotante capa, y enseguida aquella ruina metálica y descabezada quedó envuelta en espesas llamas.

En el último momento le cercené el puño con la brillante hoja de mi espada y el Necroteuco que sujetaba cayó fuera de las llamas. Sentí como si me implorara que volviera a recogerlo, que me sumergiera una vez más en las maravillas que encerraba.

¡Y qué maravillas! Me incliné. Me debatía entre el deber y la avidez. ¡El libro debía ser destruido, pero contenía tales secretos!

¿No podrían beneficiarse la Inquisición y el Imperio de las verdades infinitas que contenía? ¿Acaso tenía derecho a destruir algo de valor incalculable?

La parte puritana de mi ser no tenía duda. Pero otra parte aborrecía la idea de desperdiciar aquello. El conocimiento es el conocimiento ¿verdad? el mal surge del uso indebido que se hace del conocimiento. Y este libro contenía tales conocimientos...

Tal vez si leía una o dos páginas podría tomar una decisión más aquilatada.

Sacudí la cabeza para desechar esas ideas insidiosas. De repente volví a oír el ruido de la batalla. Tendí la mirada por la meseta, por encima de los informes restos de Mandragore, de su cadáver ardiente y del cuerpo yacente de Malahite. Ya iban quedando pocos focos de lucha, y la gran plataforma de mosaicos estaba cubierta de cadáveres y de chatarra. Los dos vehículos de transporte estaban en llamas. Los saruthi se habían ido llevándose a sus muertos. Me pareció que los gudrunitas habían vencido a los soldados por simple superioridad numérica. Todavía quedaban de pie unas cuantas figuras, y no veía a ninguno de los míos.

Con su majestuosa capa hecha jirones y la cara ensangrentada, Oberon Glaw se dirigía hacia mí a grandes zancadas con una pistola láser en la mano derecha.

—Tire el arma, Glaw. Se ha terminado.

—Para usted, sí —levantó el arma. El fuego alcanzó el depósito de municiones de uno de los vehículos en llamas que explotó haciendo saltar por los aires el transporte con gran estruendo. Trozos del blindaje volaron en todas direcciones, como misiles. Una sección de un eje atravesó a lord Glaw penetrándole por la nuca y el noble cayó sin emitir un solo grito.

Con un trozo humeante de blindaje recogí el Necroteuco. No estaba dispuesto a dejarme llevar por sus seductoras promesas. Lo llevé con la improvisada pala hasta el cadáver en llamas de Mandragore y lo dejé caer por el cuello abierto de la armadura en el horno del torso.

Las llamas se volvieron rojas y luego de un color más oscuro. La llamarada se hizo más intensa y se oyó un alarido que no brotaba de boca alguna.

Me aparté renqueando de la hoguera. Malahite estaba vivo y despierto y llamaba a gritos a Locke con voz ronca.

Al otro lado de la meseta, uno de los speeders navales levantó el vuelo. Gorgone Locke iba en los controles y a su lado, Dazzo.

En cuestión de segundos, el vehículo desapareció sobre las montañas hacia la playa interminable.

Midas, Bequin, Aemos y Lowink habían sobrevivido a la prueba y a la batalla, aunque todos tenían heridas de poca importancia. También quedaban con vida dos docenas de gudrunitas, Jeruss entre ellos.

Aemos quiso ver mi herida, pero yo la había vendado fuertemente para frenar la hemorragia y no quería perder más tiempo.

—Creo que lo más prudente es salir de aquí —les dije. Colocamos a Fischig en una camilla improvisada. El arma saruthi que había acabado con Twane le había costado a él un brazo y la mitad de la cara. Por fortuna, estaba inconsciente. Lo llevaban entre dos gudrunitas.

—No me gusta decir esto, pero nos lo llevamos también —les dije a Midas y Jeruss señalando al conmocionado Malahite.

—¿Estás seguro? —me preguntó Betancore.

—La Inquisición querrá sondear su cerebro.

Nuestro grupo, agotado y maltrecho, abandonó las tierras altas y desanduvo el camino hasta la brumosa playa. Los estampidos habían intensificado su volumen y su frecuencia y el cielo se estaba oscureciendo.

—Es como si este lugar —dijo Aemos con tono siniestro— estuviera llegando a su fin.

Desde la playa pudimos ver que las dos fragatas imperiales y la nave mercante habían partido. Se estaba levantando un viento espeso, cargado de emanaciones amoniacales. Con sus trajes de vacío más o menos intactos, Midas y Lowink se adelantaron para recuperar el cúter.

Se oyó una crepitación en mi enlace de voz y después la voz de Maxilla.

—¿Eisenhorn? Por lo que más quiera ¿está ahí? ¡Tres naves acaban de marcharse y pasaron justo a mi lado! ¡Las condiciones están empeorando. No me puedo quedar aquí mucho más tiempo! ¡Responda! ¡Por favor, responda!

—¡Maxilla! ¡Aquí Eisenhorn! ¿Me oye? Necesitamos que venga a recogernos. Tenemos heridos... Fischig y varios más. Es posible que todo este entorno esté próximo a la destrucción. ¡Necesito que traiga el Essene hasta nuestra posición y nos recoja!

Su respuesta llegó después de algunos ruidos.

—... de acuerdo con sus instrucciones, Gregor, pero no va a resultar fácil. Repita... ¿qué fue lo que dijo sobre Fischig?

Más corriente estática.

—¡Está herido, Maxilla! ¡Venga a recogernos!

—¡Dése prisa! —gritó Bequin por encima de mi hombro—. ¡Ya no queremos estar aquí más tiempo!

Más estática.

—¡Dígale a Alizebeth que estoy de acuerdo con eso! ¡Ja!

Los ecos, los retrasos y las distorsiones empezaban a coordinarse. Se estaba corrigiendo el sentido de lo erróneo y eso no mejoraba en nada nuestra situación, pensé con ironía.

VEINTIUNO

Una reunión de iguales
Lord Rorken reflexiona
Los secretos de Malahite

Dos días después, a bordo del Essene anclado fuera de los confines del sistema K.CX-1288, tuvimos nuestro primer encuentro con las fuerzas imperiales provenientes de Gudrun.

Habíamos conseguido huir del mundo de la meseta en menos de dos horas. Tal como había anunciado Aemos, el lugar parecía desmoronarse a nuestro alrededor, como si aquel reino aparentemente intemporal del mar, la playa y las tierras altas no hubiese sido otra cosa que una construcción ingeniosa, un espacio creado por los saruthi para servir de escenario a su encuentro con los «invitados» humanos. Mientras volvíamos con el cúter hasta el Essene que nos esperaba, la radiación brumosa había empezadoa atenuarse y la presión atmosférica había bajado. Fuimos asediados por las turbulencias, y la gravedad natural empezó a reafirmar su influencia. La cavidad imposible había empezado a descomponerse. En el momento en que Maxilla recorría con toda la velocidad que podía el oscuro corredor de arcos, el espacio interior donde nos habíamos enfrentado a los alienígenas ya no era más que una vorágine tenebrosa de vapores amoniacales y arsenicales. Nuestros cronómetros y relojes habían empezado a funcionar otra vez.

Dejamos atrás el planeta fracturado, sorteando llamas y tormentas de gravedad en nuestra precipitada huida hacia el sistema exterior. Cuarenta minutos después de abandonar el lugar, los sensores traseros alineados no pudieron encontrar el menos rastro de la «herida», como si hubiera desaparecido o jamás hubiera estado allí.

Yo no tenía la menor idea de cómo iban y venían los saruthi, y Aemos no me sirvió de mucha ayuda. No habíamos visto ni señal de otras naves ni otros puntos de salida de la corteza del planeta.

—¿Viven en ese planeta? —le pregunté a Aemos mientras estábamos en una plataforma de observación mirando hacia la estrella que se perdía a lo lejos por los portillos oscurecidos para evitar el resplandor.

—Supongo que no. Sus tecnologías están fuera de mi comprensión, pero supongo que podrían haber llegado a la meseta a través de aquellas arcadas desde otro mundo, a un lugar que habían construido para el encuentro.

Semejante idea era un desafío para mi imaginación. Aemos hablaba de algo así como teletransporte interestelar.

Fuera del sistema no habíamos encontrado muchos rastros de la flota hereje. Según lo que pudo averiguar Maxilia por las estelas de impulso y de disformidad, las tres naves, en las que sin duda iban Locke y Dazzo, se habían reunido con la flotilla que los esperaba y se habían trasladado casi de inmediato al immaterium.

Otros indicadores de disformidad nos informaron de que las fuerzas que esperábamos venían de camino. Estaban a no más de dos días de distancia. Pusimos el ancla gravitacional, y nos dedicamos a curar nuestras heridas y a esperar.

Treinta semanas antes, al abandonar Damasco, había enviado una petición de ayuda a Gudrun a través de Lowink, por vía astropática. Había descrito la situación lo mejor que había podido, ofreciendo cuanto detalle y conjetura tenía a mi alcance y había esperado que el Comandante General me enviara una expedición de apoyo. No exigí, como solían hacerlo los de la escuela de Commodus Voke. Estaba seguro de que la urgencia y la importancia de mi comunicado hablarían por sí mismos.

Once naves emergieron del empíreo ante nuestros ojos en formación de combate: seis fragatas imperiales en vanguardia con cazas en formación delante de ellas. Detrás de la punta de lanza de las naves de guerra venían las naves de combate Vulpécula y Saint Scythus, cada una de las cuales triplicaba en tamaño a las fragatas, unos monstruos de naves que ponían los pelos de punta. Cerrando la formación había un trío imponente de cruceros, naves negras de la Inquisición Imperial. No se trataba de una expedición militar, sino de una misión inquisitorial.

Intercambiamos códigos, nos identificamos y fuimos escoltados al interior de la flota por una guardia de honor de thunderhawks. Los transbordadores trasladaron a nuestros heridos, entre los cuales iban Fischig, todavía inconsciente, y el prisionero Malahite, hasta donde

estaban los equipos médicos, a bordo del Saint Scythus. Una hora más tarde, por petición del almirante Spatian, también yo me trasladé en un transbordador hasta la nave de combate. Estaban esperando mi informe.

Llevaba el brazo izquierdo vendado y en cabestrillo e iba vestido con un traje negro y mi chaqueta de cuero de mangas desmontables, con la roseta inquisitorial al cuello. Me acompañaba Aemos, ataviado con una sobria túnica verde.

En la reverberante cúpula del muelle de atraque del Saint Scythus, nos esperaban el procurador Olm Madorthenc y un comando de choque para saludarnos. Madorthene llevaba el impresionante uniforme blanco con el que lo había visto la primera vez, y la armadura azul de gala de los hombres estaba profusamente adornada con galones dorados.

Madorthene me hizo el saludo militar y en grupo nos dirigimos hacia los ascensores que nos llevarían a los niveles de mando de la nave.

—¿Cómo va la rebelión? —pregunté.

—Bastante bien, inquisidor. Tenemos entendido que el Comandante General ha declarado terminado y resuelto el Cisma Helicano, aunque todavía no han acabado las guerras de pacificación en Tracian.

—¿Pérdidas?

—Considerables. Sobre todo en lo que respecta a la población y a los materiales del mundo afectado, aunque algunas unidades de la flota y de la guardia han recibido una paliza. La traición de lord Glaw le ha costado cara al Imperio.

—Lord Glaw ha pagado su traición con su propia vida. Su cuerpo se pudre en un mundo innominado del sistema que hemos dejado atrás.

—Su señor estará complacido —dijo con aprobación.

—¿Mi señor?

El Gran Inquisidor Philebas Alessandro Rorken estaba sentado en un trono de mármol en el fondo de una sala de audiencias semejante a una capilla, dos niveles por debajo del puente principal del Saint Scythus. Yo lo había visto dos veces antes, y esas experiencias no me permitían tener mucha confianza. Llevaba unas vestiduras sencillas de color carmesí y por debajo traje y guantes negros. Su único adorno era el sello de oro que lucía en uno de los dedos. La austera simplicidad de su vestimenta parecía acentuar su autoridad. Llevaba la noble cabeza afeitada, salvo el mentón donde se había dejado una perilla en forma de horquilla. En sus ojos, profundos y sabios, brillaba la inteligencia.

Estaba rodeado de su séquito. Diez novicios inquisitoriales de rango interrogatorio como máximo, portadores de estandartes, armas incendiarias sagradas, rollos y placas de datos, instrumentos brillantes de tortura sobre cojines de satén rojo y libros de himnos abiertos. Todos ellos estaban flanqueados por cuatro guardaespaldas de uniforme rojo armados con sables que sostenían con ambas manos delante de sus rostros. Sus armaduras estaban muy adornadas y tenían los rostros totalmente cubiertos con visores que habían sido pintados como los rostros de cuatro santos apostólicos: Olios, Jerido, Manezzer y Kadmon. Las máscaras tenían los ojos planos, inexpresivos y casi de estilo naive, copia exacta de representaciones de antiguos manuscritos iluminados. Un grupo de sabios con túnicas oscuras esperaban por allí cerca, y una docena de servidores querubines en forma de regordetes niños de tres años de rizos dorados y con caras malévolas de gárgolas revoloteaban por allí, entre burlas y chanzas, con sus alas doradas antigravitatorias.

—Acérquese, Eisenhorn —dijo lord Rorken con su voz apacible que se difundió sin esfuerzo por toda la cámara—. Acérquense todos.

Al oír sus palabras, otras figuras surgieron de las antesalas distribuidas a los lados de la sala y ocuparon sus asientos a uno y otro lado. Uno de ellos era el almirante Spatian, un gigante esquelético de edad avanzada, con su uniforme blanco, acompañado por varios miembros de su estado mayor. Los demás eran inquisidores. Titus Endor, con su chaqueta marrón y acompañado sólo por una mujer sabia y encorvada, me dirigió un gesto de aprobación cuando pasé por su lado. Comniodus Voke, marchito y lento, a quien un hombre alto, de negro, ayudó a subir hasta su asiento. El hombre era totalmente calvo, salvo por unos mechones ralos. Tenía el cuero cabelludo, el cuello y la cara cubierto de cicatrices de heridas y de operaciones. Era Heldane. Su encuentro con el carnodonte no había contribuido a mejorar su aspecto. Al igual que Endor, Voke me saludó con una inclinación de cabeza, pero en ella no había el menor rastro de amistad.

Junto a él, el inquisidor Schongard, robusto y macizo, con su máscara de metal negro que lo ocultaba todo salvo sus ojos exageradamente maquillados. Ocupó su asiento flanqueado por dos mujeres delgadas y obsequiosas que, por su aspecto, eran miembros de algún culto a la muerte. Las dos iban casi desnudas pero llevaban el cuerpo muy adornado, unas capuchas claveteadas y correajes de los que colgaban armas.

Frente a Schongard estaba Konrad Molitor, un miembro ultrarradical de los ordos que no me inspiraba ni gran afecto ni mucho respeto. Molitor era un hombre en buena forma física, atlético, cubierto de pies a cabeza por una armadura de malla a cuadros amarillos y negros muy ajustada al cuerpo y una coraza de plata bruñida sobre el torso. Tenía el pelo negro muy corto y un aire que recordaba a un monje guerrero de la Primera Cruzada. Detrás de él había tres acólitos cubiertos con túnica y capucha. Uno de ellos llevaba la ornamentada espada de energía de Molitor, otro un cáliz y una patena de plata y el tercero un relicario y un incensario. Los ojos de Molitor eran de un color amarillo brillante y no los apartó de mí ni un instante.

El último en ocupar su asiento, a la derecha de lord Rorken, fue un gigante con una servoarmadura negra. Era un Marine Espacial del capítulo de los Guardianes de la Muerte, la unidad consagrada del Ordo Xenos. Los Guardianes de la Muerte era uno de los Militantes de las Cámaras, capítulos de los marines, fundado exclusivamente para la Inquisición, oscuro y secreto incluso para el bendito Adeptus Astartes. Al aproximarme, el guerrero se quitó el casco y lo apoyó sobre su rodilla, dejando ver un rostro pálido, de mandíbula cuadrada, y un pelo gris muy corto. Tenía la boca de labios finos plegada en un gesto preocupado.

Los servidores trajeron un asiento para mí y ocupé mi lugar frente al Gran Inquisidor. Aemos se quedó de pie a mi lado, extrañamente silencioso.

—Hemos leído su informe preliminar, hermano Eisenhorn. Es toda una historia. Realmente apasionante —lord Rorken saboreó la última palabra—. Persiguió usted a la flota herética de Glaw a este mundo exterior olvidado del Emperador en la seguridad de que pretendían traficar con un objeto xénico. Ese tráfico, dice usted, implicaba un objeto cuya mismísima naturaleza constituiría una amenaza para la seguridad y la moralidad de nuestra sociedad.

—Informé correctamente, hermano.

—Sabemos que siempre ha sido usted empeñoso y veraz, hermano. No hemos puesto en duda sus palabras. Después de todo ¿no hemos reunido unas... fuerzas poco habituales?

Con un gesto señaló a los circundantes y hubo algunas risas, la mayor parte forzadas, sobre todo las de Voke y Molitor.

—¿Y de qué objeto se trataba?

—Los alienígenas poseían un ejemplar único de una obra profana y prohibida conocida como el Necroteuco.

La reacción fue inmediata. Todo en derredor se oyeron murmullos en los que se mezclaban la sorpresa, la alarma y el escepticismo. Oí a Voke, Molitor y Schongard que hacían preguntas y se burlaban. Los criados, novicios y acólitos que nos rodeaban susurraban o charlaban animadamente. Los querubines gimotearon y corrieron a refugiarse detrás del trono de lord Rorken. El propio Rorken se quedó mirándome dubitativo. Observé que incluso el adusto Marine Espacial miraba con gesto interrogante al inquisidor.

Lord Rorken alzó la mano y el murmullo se aquietó.

—¿Y eso fue confirmado, hermano Eisenhorn?

—Así fue, señor. Lo vi con mis propios ojos y sentí su poder maléfico. Era el Necroteuco. Por lo que pude averiguar, esa especie alienígena conocida como los saruthi, dieron con un ejemplar perdido hace miles de años, y a través de líneas de comunicación establecidas recientemente con la secta de los Glaw acordaron intercambiarlo por ciertos artilugios de su propia cultura.

—¡Ridículo! —intervino Commodus Voke—. ¡El Necroteuco es un mito y de los más despreciables! ¡Esos retorcidos y asquerosos alienígenas lo fabricaron como señuelo para los ambiciosos herejes!

—Lo vi con mis propios ojos y sentí su poder maléfico —repetí mirando a Voke—. Era el Necroteuco.

El almirante Spatian miró a lord Rorken.

—Ese objeto, ese libro... ¿es tan valioso como para que esos herejes provocaran un cisma en todo el subsector a fin de ocultar sus maniobras para conseguirlo?

—¡Es de un valor incalculable! —intervino Molitor desde el otro extremo de la cámara—. ¡Un valor indecible! Si la leyenda es cierta, aunque sea en parte, el saber qué contiene supera nuestro entendimiento. ¡No hubieran dudado un instante en arrasar todos los mundos que fuera necesario para conseguirlo, ni en sacrificar todos sus recursos para conseguir el poder que les otorgaría!

—Siempre ha sido obvio —dijo Endor con tono sosegado—, que en esto había mucho en juego. Aunque lo que nos revela el hermano Gregor es aterrador, no me sorprende. Sólo un icono tan potente como el Necroteuco podría haber desatado semejante derramamiento de sangre.

—¡Pero el Necroteuco! ¡Semejante cosa! —dijo Schongard entre dientes.

—¿Lo consiguieron, inquisidor Eisenhorn? —preguntó de repente el Marine Espacial fijando en mí su mirada.

—No, hermano capitán, no lo consiguieron. El esfuerzo fue desesperado y muy difícil, pero mis fuerzas consiguieron desbaratar su contacto con los saruthi. Pudimos alejara los alienígenas, y la mayoría del grupo de vanguardia de los herejes, incluidos lord Glaw y un hijo blasfemo del Emperador, aliado con su causa, fueron eliminados.

—Ya leí acerca de ese tal Mandragore en su informe —dijo el Marine espacial—. Su presencia fue fundamental en la decisión de que mi unidad se uniera a esas fuerzas.

—Los Hijos del Emperador, que Tierra los confunda, evidentemente querían el libro para sí. Habían enviado a Mandragore para que ayudara a Glaw a recuperarlo. Creo que el hecho de que esos seres se lo tomaran en serio no hace sino confirmar la veracidad de mi historia.

El noble Marine asintió.

—¿Y dice usted que Mandragore está muerto?

—Yo mismo lo maté.

El guerrero de la Guardia de la Muerte se enderezó levemente en su asiento y enarcó un poco las cejas, sorprendido.

—¿Escapó algún hereje a su purga? —preguntó Schongard.

—Dos de los principales conspiradores, hermano. El capitán mercante Gorgone Locke, que creo que fue una pieza fundamental para establecer el contacto original entre los saruthi y la secta de Glaw, y un eclesiarca de nombre Dazzo al que considero la fuerza espiritual de la empresa. Huyeron en medio del combate reuniéndose con los elementos de la flota que se mantenían a la espera y abandonaron el sistema.

—¿Destino? —preguntó Spatian.

—Todavía lo estamos investigando, almirante.

—¿Y cuántas naves? Ese bastardo traidor de Estrum escapó con quince.

—Perdió por lo menos dos fragatas en ese sistema estelar. Una nave mercante no estándar que creo que pertenece a Locke quedó con ellas.

—¿Salieron huyendo y derrotados o todavía se traen algo entre manos? —preguntó lord Rorken.

—Tengo que seguir investigando para poder responder a eso, señor.

Spatian se puso de pie y miró al Gran Inquisidor.

—Aunque hayan huido, no podemos permitir que escapen. Deben ser perseguidos y aniquilados. Solicito permiso para reorganizar la flota de combate y salir tras ellos.

—Permiso concedido, almirante.

Entonces se oyó la voz de Molitor.

—Nadie ha hecho todavía la pregunta más importante a nuestro heroico hermano Eisenhorn —dijo, subrayando la palabra heroico como para que no sonase halagadora—. ¿Qué sucedió con el Necroteuco?

Me volví y lo miré de frente.

—Hice lo que habría hecho cualquiera de nosotros, hermano Molitor, lo quemé.

Se produjo un gran alboroto. Molitor estaba de pie acusándome a voz en cuello de nada menos que herejía. Schongard elevó su tono sinuoso para apoyar la acusación, mientras que Endor y Voke trataban de acallarlos. Las comitivas aullaban y golpeaban el suelo con los pies. Los únicos que permanecíamos sentados y en silencio éramos el capitán de la Guardia de la Muerte y yo.

Lord Rorken se puso de pie.

—¡Ya basta! —gritó volviéndose hacia el vociferante Molitor—. Formule su objeción, hermano Molitor, de una manera simple y concisa.

Molitor asintió, se pasó la lengua por los labios y recorrió con su mirada penetrante toda la sala.

—¡Sobre Eisenhorn debe caer todo el peso de nuestra censura por este acto de vandalismo! el Necroteuco puede ser una obra maldita y proscrita, pero somos la Inquisición, señor. ¿Qué derecho tenía a destruirlo sin más? Ese objeto debería haber sido secuestrado y traído para que nuestros sabios más eruditos lo estudiaran. ¡El contenido del Necroteuco podría habernos dado mucha información sobre el archienemigo de la especie humana, conocimientos incalculables! ¿Hasta qué punto podría habernos armado para la lucha interminable? ¡Eisenhorn ha dado un duro golpe al centro mismo de nuestra sagrada Inquisición!

—¿Hermano Schongard?

—Mi señor, coincido con todo. Fue una acción desesperada e irreflexiva por parte de Eisenhorn. Cuidadosamente tratado, el Necroteuco nos habría proporcionado un saber inconmensurable. Sus secretos arcanos habrían sido armas contra el enemigo. Puedo aplaudir sus denodados

esfuerzos por detener a Glaw y a sus conspiradores, pero esta eliminación de conocimientos ocultos sólo merece mi reprobación.

—¿Hermano Voke? ¿Qué es...? —empezó a decir lord Rorken, antes de que yo lo interrumpiera.

—¿Es esto un tribunal, mi señor? ¿Se me acusa de traición?

—No hermano, pero la magnitud de sus acciones debe ser analizada y considerada. ¿Hermano Voke?

—Eisenhorn hizo lo correcto —dijo Voke poniéndose de pie—. El Necroteuco era una abominación. Hubiera sido una herejía permitir que siguiera existiendo.

—¿Hermano Endor?

Titus no se puso de pie. Se volvió en su asiento y miró a Konrad Molitor que estaba en el otro extremo de la sala.

—Gregor Eisenhorn cuenta con todo mi apoyo. Por sus lamentos, Molitor, me pregunto a qué clase de hombre estoy escuchando. Un radical, sin duda, pero ¿un inquisidor? Tengo mis dudas.

Molitor volvió a ponerse de pie, furioso.

—¡Bellaco! ¡Maldito bellaco bastardo! ¿Cómo se atreve?

—Nada más fácil —replicó Endor echándose atrás en su asiento y cruzando los brazos—. Y usted, Shongard, no es mejor que él. ¡Son una vergüenza! ¿Qué secretos piensan que podrían aprender a menos que fuera cómo contaminar nuestras mentes y destruir nuestra salud mental? El Necroteuco ha estado prohibido desde antes de nuestra fundación. ¡No necesitamos saber lo que contiene para aceptar esa prohibición! Todo lo que necesitamos es saber que debe ser destruido para que nadie lo lea ni lo vea. ¡Díganme, les hace falta contraer las fiebres de Uhlren para saber que son fatales?

Lord Rorken sonrió al oír esto y miró al Marine Espacial.

—¿Hermano capitán Cynewolf?

El capitán se encogió modestamente de hombros.

—Yo comando equipos encargados de exterminar a los alienígenas, mutantes y herejes, señor. La ética de la erudición y la sabiduría la dejo a los sabios. Pero, a pesar de todo su valor, yo lo habría quemado sin vacilar.

Se produjo un prolongado silencio. A veces casi me alegraba de que nadie pudiera ver cuándo sonreía.

Lord Rorken se reclinó en su trono.

—Se toma nota de las objeciones de mis hermanos. Por mi parte, yo apruebo la actuación de Eisenhorn. Dada la extrema gravedad de la situación, tomó la decisión más adecuada.

—Gracias, mi señor.

—Ahora retirémonos y consideremos esta cuestión. Quiero oír propuestas sobre lo que debemos hacer a continuación dentro de cuatro horas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Titus Endor mientras estábamos sentados en su departamento privado a bordo del Saint Scythus. Una servidora nos trajo unas copas de amasec reserva, envejecido en cubas de madera de nal.

—Hay que acabar con los que quedan —dije—. Dazzo y el resto de la flota herética. Puede que les hayamos arrebatado su botín y hayan huido. Puede que sigan huyendo durante años, pero cuentan con un grupo de combate y tienen voluntad de usarlo. Voy a recomendar que les demos caza y que terminemos con este bochornoso asunto de una vez por todas.

Aemos entró en la habitación, saludó a Endor con una respetuosa inclinación de cabeza y me entregó una placa de datos.

—Los astronavegantes del almirante han terminado de trazar la ruta de evasión de la flota herética. Coincide con las estimaciones que me acaba de enviar Maxilla.

—¿Tienes un mapa, Titus?

Asintió y conectó una unidad cogitadora con superficie de cristal. Ésta se encendió y él introdujo los códigos de referencia de la placa.

—De modo que...no escapan hacia el interior del espacio imperial. No me sorprende. Ni abandonan las distancias anárquicas de las Estrellas Halo.

—Su trayectoria los trae hacia aquí: hacia 56-Izar. A diez semanas de aquí.

—Hacia territorio saruthi.

—Hacia el corazón mismo del territorio saruthi.

El Gran Inquisidor Rorken asintió con gesto grave.

—Como usted dice, hermano, es posible que este asunto esté menos acabado de lo que pensábamos. El acuerdo entre las fuerzas de Glaw y esa raza xénica era cuando menos frágil, y si alguna paz existía entre ellos, se vio quebrantada por la violencia. Dazzo debe tener alguna otra razón para ir allí.

Lord Rorken recorría de un lado a otro su cámara con aire caviloso mientras jugueteaba con el anillo de sello que lucía en su dedo enguantado. Su séquito de querubines revoloteaba intranquilo sorteando los respaldos de las sillas y los sillones de la habitación. Inclinando las cabezas de gárgola ora hacia un lado, ora hacia otro, me observaban con atención mientras yo esperaba una respuesta.

—Mi imaginación está desatada, Eisenhorn —me dijo finalmente.

—Tengo intención de interrogar a ese arqueoxenólogo, a Malahite, personalmente. Estoy seguro de que carece de la capacidad de resistencia de que dio muestras su aristocrático amo, Urisel.

Rorken dejó de pasearse y por fin batió sus manos enguantadas. Asustados, los querubines se dispersaron revoloteando por el aire, hasta cerca del techo.

—Debe fijarse el rumbo hacia 56-Izar de inmediato —dijo lord Rorken, sin parar mientes en su parloteo—. Tráigame sin demora los resultados de sus investigaciones.

Seguridad naval había encarcelado a Girolamo Malahite en el ala de seguridad de las instalaciones médicas de la nave. Lo habían tratado de la herida que yo le había infligido, pero no habían hecho el menor esfuerzo por proporcionarle una prótesis. Yo no veía la hora de hacerle revelar sus secretos.

Atravesé la enfermería fríamente iluminada y fui a ver cómo se encontraba Fischig. Seguía inconsciente, aunque un médico me dijo que se había estabilizado. El purificador se encontraba dentro de una tienda plástica, conectado a bombas de respiración y circulación, con sus dañadas facciones cubiertas por vendas, ungüentos mágicos y grapas óseas.

De la enfermería pasé por una fría escotilla de bajada, presenté mi identificación a los guardias y entré en el ala de seguridad restringida. Me encontraba ante un segundo control, a la entrada del mismísimo bloque de las celdas, cuando oí un grito que venía de una celda que estaba más allá.

Me abrí camino entre los guardias que salieron corriendo detrás de mí y llegué a las grasientas celosías de la celda.

—¡Abran! —ordené mientras uno de los guardias se enredaba con su manojo de llaves—. ¡Rápido, hombre!

La puerta se abrió con un chirrido y quedó fijada en su posición de abierta. Konrad Molitor y sus tres acólitos encapuchados se volvieron a

mirarme, furiosos por haber sido interrumpidos. Sus manos enfundadas en guantes quirúrgicos estaban manchadas de sangre.

Detrás de ellos, yacía entre quejidos Girolamo Malahite en una jaula metálica horizontal sujeta al techo con cadenas. Estaba sin sentido y prácticamente le habían desollado todo el cuerpo.

—Traed cirujanos y médicos y haced venir a lord Rorken. ¡Ahora! —les ordené a los guardias de la celda—. ¿Le importaría explicarme lo que está haciendo aquí? —le dije a Molitor.

Pensé que habría preferido no contestarme, y su trío de criados parecía dispuesto sacarme a empellones de la celda, pero como tenía encañonado con mi pistola automática a Konrad Molitor, ninguno de ellos se atrevió a moverse.

—Estoy interrogando al prisionero... —empezó.

—Malahite es mi prisionero.

—Está bajo la custodia de la Inquisición, hermano Eisenhorn...

—¡Es mi prisionero, Molitor! ¡El protocolo inquisitorial me concede al derecho a ser el primero en interrogarlo!

Molitor trató de apartarse, pero yo seguía apoyando con firmeza la pistola sobre su sien. No cabía duda alguna sobre la furia que reflejaban sus ojos por el tratamiento, pero se contuvo, consciente de que yo casi no tenía necesidad de que me provocara.

—Yo... yo estaba preocupado por su salud, hermano —empezó tratando de aplacar mi ánimo—, las heridas que ha sufrido, su fatiga. Era necesario interrogar a Malahite rápidamente, y pensé que podría aligerar su carga comenzando el...

—¿Comenzando? ¡Si prácticamente lo ha matado! No creo ni por un momento en sus excusas, Molitor. Si realmente hubiera querido ayudarme, habría solicitado mi permiso. Lo que quería era quedarse con sus secretos.

—Es una vil mentira —me espetó.

Amartillé la pistola con el pulgar. En aquella celda cerrada, el chasquido sonó alto y amenazador.

—¿De veras? Entonces, comparta conmigo lo que ha averiguado hasta el momento.

—Se mostró reacio —dijo tras una vacilación inicial—. No le hemos sacado casi nada.

Se oyeron fuertes pisadas fuera y los guardias volvieron con dos cirujanos de la flota vestidos de verde y un cuarteto de enfermeros.

—¡Por el Trono de Tierra! —gritó uno de los cirujanos al ver aquella ruina de hombre en la jaula.

—Haga lo que pueda, doctor. Estabilícelo.

Los médicos se pusieron inmediatamente a su trabajo, pidiendo instrumental, aparatos y vendas frías. Malahite se quejó otra vez.

—Amenazar a un inquisidor imperial con la fuerza es un crimen capital —dijo uno de los acólitos encapuchados dando un paso adelante.

—A lord Rorken no le va a gustar —añadió otro.

—Baje el arma y nuestro señor colaborará —intervino un tercero.

—Dígales a sus secuaces que se callen —le dije a Molitor.

—Por favor, inquisidor Eisenhorn —volvió a intervenir el tercer acólito con una voz suave que salía de las profundidades de su capucha. Nos disculparemos. Deje el arma.

La voz sonaba extrañamente confiada y daba muestras de una sorprendente autoridad al interceder por Molitor, pero no más de lo que Midas o Aemos hubieran hecho por mí en una situación equivalente.

—Llévese a sus asistentes y salgan de aquí, Molitor. Volveremos sobre esto cuando haya hablado con lord Rorken.

El jefe del equipo médico se acercó a mí y sacudió la cabeza.

—Este hombre está muerto, señor.

Atendiendo a una solicitud de lord Rorken, el eclesiarca mayor de la nave de guerra puso a nuestra disposición una gran capilla. Creo que la curia de a bordo estaba impresionada por la furia del Gran Inquisidor.

Apenas teníamos tiempo para reparar el daño producido por el incidente, aun cuando los médicos habían colocado el lamentable cadáver de Malahite en un campo de estasis.

Lord Rorken quería hacerse cargo personalmente de la cuestión, pero se dio cuenta de que estaba obligado a ofrecerme primero la oportunidad. Habérmela negado no habría hecho más que agravar el insulto de Molitor, aun cuando Rorken era el Gran Inquisidor.

Le dije a Rorken que aceptaba con gusto la misión, añadiendo que mi conocimiento práctico del caso me convertía en el candidato más idóneo.

Nos reunimos en la capilla. Era una sala larga de columnas aflautadas y suelo de mosaico. Las vidrieras de cristal emplomado representaban los triunfos del Emperador y a través de ellas se veían los torbellinos que formaba el empíreo fuera de la nave. La cámara se sacudió con la vibración de los motores del Saint Scythus.

Las filas de bancos y las sillerías que se elevaban a ambos lado se iban llenando con el personal inquisitorial y los eclesiarcas. Todos mis hermanos estaban presentes, incluso Molitor, que yo sabía que no podía quedar al margen.

Recorrí con Lowink toda la extensión de la nave hasta el plinto donde yacía Malahite en estasis. Los astrópatas, unos treinta, pertenecientes a la dotación de la nave y la delegación inquisitorial, se habían reunido detrás de él. Todos iban encapuchados y su estado físico era bastante lamentable. Algunos eran llevados en estructuras mecánicas sobre ruedas o transportados en literas por austeros servidores e iban susurrando y murmurando. Lowink acudía a informarlos. Parecía disfrutar de este momento de superioridad sobre astrópatas que normalmente eran sus superiores. Lowink no tenía el poder necesario como para manejar este rito por sí mismo; sus recursos eran suficientes para las auditorías psicométricas más simples, pero su conocimiento de mis capacidades y métodos hacía de él una pieza fundamental para orquestar sus esfuerzos.

Miré a Malahite, descolorido y patético bajo la envoltura de la estasis. Por grotesco que parezca, me recordó al propio Dios Emperador que descansaba por toda la eternidad en el gran campo de estasis del Trono Dorado, preservado hasta el fin de los tiempos de la muerte que Horus había tratado de infligirle.

Lowink me hizo una señal. El coro astropático estaba listo. Miré a mi alrededor y descubrí el rostro de Endor entre los congregados. Se había colocado cerca de Molitor y había prometido mantener vigilado a aquel bastardo por mí. Schongard estaba sentado cerca del fondo, como si quisiera apartarse de la transgresión de su camarada radical.

Vi al hermano capitán Cynewold y a otros dos Marines Espaciales que inspiraban terror mientras ocupaban su lugar detrás del altar. Todos ellos llevaban su armadura completa e iban armados con bolters de asalto. No estaban allí para hacer acto de presencia, sino para salvaguardar el rito.

—Proceda, hermano —dijo lord Rorken desde su asiento.

El coro empezó a separar los pliegues de la disformidad con sus plegarias. Un frío psíquico se difundió por la bóveda, y algunos de los reunidos se estremecieron, o bien de frío o bien por una vibración empática involuntaria.

Commodus Voke, a quien ayudó a levantarse de su asiento el maltrecho Heldane, avanzó con dificultad para unirse a mí. Como

concesión a lord Rorken por haberme concedido este honor, había accedido a que el veterano inquisidor participara en la autosecuencia a mi lado. Después de todo, el riesgo era grande. Dos mentes eran mejor que una, y, en honor a la verdad, me vendría bien contar con el poder mental del viejo reptil.

—Bajen el campo de estasis —dije. Los gemidos de los astrópatas subieron de tono. Mientras el campo traslúcido se desvanecía, Voke y yo extendimos las manos desnudas y tocamos el rostro rezumante, desollado.

El velo de la disformidad se retrajo. Veía como a través de un embudo de humo de un blanco fantasmal que me envolvió. A mis oídos llegaban los gritos horrendos de la infinitud y de miles de millones de almas arrojadas a su interior.

Una luz azul, mezclada con fuegos fatuos. Un sonido que era una mezcla de un retumbar sísmico y del etéreo canto llano de templos desaparecidos hacía tiempo. Olor a humo, a incienso, a agua salada, a sangre...

Un vacío cósmico tan enorme y tan eterno que mi mente se estremeció al atravesarlo. Pasó en un abrir y cerrar de ojos, pero con la rapidez suficiente para evitar que su mera escala me volviera loco.

Otro destello. Destellos rojos. Galaxias en colisión que se incendiaban. Almas como cometas que surcaban el immaterium. Voces de dioses monstruos llamando desde detrás del telón de fondo del espacio.

DESTELLO. NEGRURA OCEÁNICA. Otro fragmento de canto llano.

DESTELLO. CRIADEROS de ESTRELLAS, llenos de soles en embrión.

DESTELLO. LUZ FRÍA, de eones de antigüedad. DESTELLO.

—¿Gregor?

Miré alrededor y vi a Commodus Voke. No había reconocido su voz en un primer momento. Parecía como si se hubiera suavizado, como si aquello lo hubiera vuelto más humilde. Estábamos sobre una pendiente de esquisto verde, bajo un par de soles que irradiaban un calor enorme. Montañas disecadas delineaban el horizonte, imponentes como fortalezas.

Avanzamos cruzando el esquisto hacia el sonido de una excavadora. Una antigua monotarea, de pistones brillantes de aceite, excavaba en el lado de una superficie rocosa con sus miembros en forma de pala. De su motor salían vapor y humo, y por una cinta transportadora que había en su

parte posterior salían restos de roca que formaban montones de despojos brillantes.

Pasamos a su lado y dejamos atrás otras excavaciones de la superficie rocosa donde servidores más pequeños cepillaban y pulían fragmentos de los estratos expuestos y los disponían con cuidado sobre bandejas.

Malahite estaba mirando cómo trabajaban. Estaba más joven, casi un adolescente, bronceado y en forma gracias al sol y al trabajo. Llevaba pantalones cortos y una camiseta holgada y tenía la piel cubierta de polvo.

—Pensé que vendrían —dijo.

—¿Va a cooperar?

—Tengo poco tiempo para hablar —dijo, inclinándose para examinar objetos que un servidor acababa de colocar en una bandeja. Hay trabajo que hacer. Mucho que descubrir antes de que lleguen las lluvias dentro de una o dos semanas.

Sabía quiénes éramos, pero no podía divorciarse del todo de la realidad que lo rodeaba.

—Hay tiempo de sobra para hablar.

Malahite se incorporó.

—Supongo que tiene razón. ¿Sabe dónde estamos?

—No.

—En un mundo marginal —dijo tras una pausa—. Ahora que lo pienso, yo también he olvidado su nombre. Creo que aquí es donde soy más feliz. Aquí es donde empieza todo para mí. Mi primera gran recuperación, la excavación a la que debo mi fama como arqueoxenólogo.

—De lo que queremos hablar es de sucesos posteriores —dijo Voke.

Malahite asintió, se desató el pañuelo y enjugó el sudor de sus mejillas.

—Pero es aquí donde empieza todo. Seré honrado por esos descubrimientos, se me festejará en los altos círculos. Se me invitará a cenar en la noble y famosa Casa Glaw y entraré a su servicio como prospector. El propio Urisel Glaw me contratará y me ofrecerá un lucrativo estipendio por trabajar para él.

—¿Y a dónde conducirá todo eso? —pregunté—. Cuéntanos sobre los saruthi.

Se puso tenso y miró hacia otro lado.

—¿Por qué? ¿Qué pueden ofrecerme? ¡Nada! ¡Han acabado conmigo!

—Tenemos medios, Malahite. Podemos facilitarte las cosas. La Casa Glaw te ha condenado a un destino inimaginable.

Me miró a la cara con curiosidad.

—¿Pueden salvarme, incluso ahora?

—Sí.

Hizo una pausa y recogió una de las bandejas. De pronto estaba llena de los mosaicos octogonales del yacimiento de Damasco.

—Tenían un imperio ¿saben? —dijo, buscando entre los mosaicos y mostrándonos algunos. Las piezas no significaban nada—. La historia está aquí, inscrita pictográficamente. Nuestros ojos no pueden leerla. Los saruthi no tienen funciones ópticas ni auditivas. El olfato y el gusto, ambos combinados, son sus principales sentidos. Pueden detectarlos olores de la realidad, incluso los del espacio dimensional. Los ángulos del tiempo.

—¿Cómo?

—El Necroteuco —respondió con un encogimiento de hombros—. Los hizo disformes. Su imperio era pequeño, no más de cuarenta mundos, y muy antiguo cuando el libro cayó en sus manos. Lo llevaban humanos perseguidos en Tierra en los mismísimos principios. Gracias a su aparato sensorial basado en el gusto, extrajeron del Necroteuco más de lo que podía leer el ojo humano. A partir de ese sabor, los conocimientos profundos del Necroteuco se extendieron por su cultura como el fuego, como un agente patógeno, transformando y retorciendo, invistiéndolos de gran poder. Eso desembocó en la guerra, una guerra civil, que hizo caer su imperio dejando mundos arrasados o abandonados, reduciendo su territorio al remoto fragmento que hoy conocemos.

—¿Están corrompidos, como especie quiero decir? —preguntó Voke.

—No tienen salvación, inquisidor —respondió Malahite asintiendo con la cabeza—. Son precisamente la especie de desecho xénico que ustedes nos enseñan a despreciar y temer. Me he encontrado con varias razas alienígenas en mi carrera y he llegado a la conclusión de que no merecen en absoluto el odio que la Inquisición y la Iglesia profesan a todo lo que no es humano. Son ustedes unos condenados tontos. Serían capaces de acabar con todo sólo porque no se parece a ustedes. Pero en este caso tienen razón. El contagio del Necroteuco ha sobrepasado a los saruthi. No importa que sean xénicos, pero son hijos del Caos.

Se estremeció, como si se hubiera levantado un viento he lado, aunque los soles seguían brillando implacables.

—¿Qué recursos tienen? ¿Qué fuerzas militares?

—No tengo ni idea —dijo, estremeciéndose otra vez—. Hace siglos que abandonaron su tecnología aeroespacial. Ya no tenían necesidad de ella. Como ya dije, el Necroteuco había deformado sus capacidades sensoriales. Habían adquirido la capacidad de deshacer los ángulos del espacio y del tiempo, de moverse a través de las dimensiones, de un mundo a otro. Dominaban el arte de construir espacios en cuatro dimensiones, entornos que existen sólo en puntos específicos del tiempo.

—Como ese en el que iban a tener lugar las negociaciones.

—Sí. KCX-128 8 fue antiguamente parte de su imperio y quedó arrasado en su guerra civil. Lo eligieron para la reunión porque estaba alejado de sus principales centros de población. Construyeron el paisaje interior específicamente para nosotros.

—¿Un tetrapaisaje?

—Perdonen. Yo acuñé el término. Pensé que podría usarlo algún día en un documento erudito. Un entorno tetradimensional hecho a medida. En ese caso particular, con un clima humano para nosotros, sus huéspedes.

—¿Cómo negociaron el acuerdo?

—Locke, el corsario. Trabajaba para la Casa Glaw desde hacía años. Un mercenario que vagaba por las estrellas en nombre de los Glaw. Se aventuró en territorio saruthi y en un momento dado entró en contacto con ellos. Entonces descubrió la existencia del Necroteuco y supo que sus amos lo apreciarían.

—¿Y accedieron a negociar? —me estaba impacientando. El tiempo se nos agotaba.

Volvió a estremecerse.

—Hace frío —dijo—. ¿No les parece? Cada vez hace más frío.

—¿Accedieron a negociar? ¡Vamos, Malahite! No podemos ayudarle si se demora.

—Sí... sí, accedieron. A cambio de que les devolvieran artefactos y tesoros de los mundos que habían abandonado y a los que ya no tenían acceso.

—¿No atesoraban el Necroteuco?

—Para entonces, lo tenían en el alma, en la mente, entrelazado en su código genético. El libro ya no era importante.

—¿Y te emplearon para excavar y extraer los materiales con que los Glaw pretendían comerciar?

—Por supuesto. Se me prometió tanto poder...

Su voz decayó. Al otro lado de las montañas distantes, el cielo estaba oscureciendo. Una brisa cada vez más fuerte amontonaba la arena alrededor de nuestros pies.

—¿Las lluvias? —dijo—. No es posible tan pronto.

—¡Concéntrate, Malahite, o perderás tu oportunidad! El Necroteuco fue destruido, la negociación frustrada y la Casa Glaw vencida y aniquilada! Entonces ¿por qué Locke y Dazzo llevan su flota al interior del territorio saruthi?

—¿Qué es eso? —preguntó de repente levantando una mano para que nos calláramos. Era cierto que ahora hacía más frío, y unas nubes amenazadoras oscurecían los soles. A lo lejos sonaba, apenas audible, un canto plañidero.

—¿Qué están haciendo? —Voke se impacientaba.

Nos miró como si fuéramos incapaces de entender nada.

—¡Reparando el daño que ustedes le hicieron a su casa! Los altos y poderosos señores de la secta de los Glaw tienen a su vez señores a quienes complacer. ¡Tienen que apaciguarlos por la pérdida del Necroteuco!

Miré a Voke.

—¿Te refieres a los Hijos del Emperador? —le pregunté a Malahite.

—¡Por supuesto! Los Glaw no podían hacer todo esto solos, ni siquiera con su poder e influencia. Hicieron un pacto con ese maldito capítulo para que les proporcionase apoyo y seguridad a cambio de compartir con ellos el Necroteuco. Y ahora que se ha perdido, los Hijos del Emperador estarán muy descontentos.

—¿Y cómo esperan apaciguarlos y restablecer las relaciones? —preguntó Voke. Al igual que yo, estaba empezando a alarmarse por la oscuridad del cielo y por el ruido del viento.

—Consiguiendo otro Necroteuco —dije dándome cuenta y respondiendo por Malahite.

El arqueoxenólogo batió palmas y sonrió.

—¡Por fin un atisbo de inteligencia! Justo cuando empezaba a perder las esperanzas con ustedes. ¡Muy bien!

—¿Ha y otro? —preguntó Voke con voz balbuceante.

—Los saruthi prometieron entregar su ejemplar humano porque tenían el suyo propio —dije, maldiciendo para mis adentros por no haber visto antes algo tan obvio.

—¡Bien otra vez! Claro que lo tienen, inquisidor —Malahite estaba radiante y sonriente a pesar de que ahora temblaba visiblemente y ansiaba con desesperación un poco de calor—. Es una transcripción xénica, por supuesto, compuesta en su, como diría, en su lengua, pero tal vez fuera mejor decir sabor. Dazzo y sus señores tendrán el Necroteuco a pesar de los problemas que ustedes han causado.

Un relámpago cruzó el cielo y el viento levantó en torno a nosotros un remolino de polvo y partículas esquistosas.

—Se nos acaba el tiempo —me gritó Voke.

—Es cierto —dijo Malahite—. Y ahora, lo que prometieron. Les he respondido a todas las preguntas. ¿Son ustedes hombres de palabra?

—No podemos salvarte de la muerte, Malahite —le dijo Voke—, pero la abominación a la que has decidido servir se apresta a consumir tu alma. Al menos podemos ser clementes y extinguir ahora tu espíritu, antes de que lleguen.

Malahite hizo una mueca y enseñó sus dientes contra los que golpeaban las partículas de esquisto transportadas por el viento.

—Maldita oferta, Commodus Voke. ¡Y malditos sean ustedes!

—¡Muévase, Voke! —grité. Malahite no había hecho más que entretenernos mientras desgranaba su historia. Bien sabía él que no teníamos nada que ofrecerle como no fuera un fin rápido. Eso no le interesaba. Lo que quería era vengarse. Ese había sido su precio por hablar. Quería asegurarse de que todavía estuviéramos allí cuando llegara el fin, de que muriéramos con él.

El desierto que tenía a sus espaldas se abrió arrojando hacia lo alto rocas y polvo en una ráfaga ciclónica. Una columna de sangre salió de la tierra como un géiser. Tenía medio kilómetro de ancho y doce de altura. Creció como un árbol gigante que se retorcía hacia lo alto con una carne llena de pústulas, tendones y músculos y un millón de ojos fijos que la recubrían como una espuma reluciente.

Del remolino salían extensiones de hueso y tejido a modo de ramas que se apoderaron de Malahite y lo destrozaron.

Era el destino más completo, más devastador que jamás había visto sufrir a un hombre, pero él seguía sonriendo y manteniendo su gesto

triunfal mientras sucedía.

VEINTIDÓS

En las fauces de la disformidad
Un mandato de purga
56-Izar

El recuerdo manifestado por medios psíquicos del mundo marginal y de su yacimiento se desvaneció, rompiéndose en mil pedazos como una imagen en un espejo roto, pero la imponente forma demoníaca permaneció, amenazadora en la letal oscuridad, empujando hacia nosotros la tempestad de maldición.

Sentí que Voke luchaba mentalmente contra ello, pero era un gesto inútil, como el de un hombre que sopla contra un huracán.

—¡Atrás! —grité. Mi voz sonaba perdida y distante incluso para mí.

Lo vi caer en el vacío a mi lado, tendiendo las manos hacia mí. Volví a gritar su nombre mientras intentaba sujetarlo. Me respondió a voz en cuello algo que no logré entender.

En lugar de eso oí gritos, alaridos y descargas de armas de fuego.

Me encontré tirado sobre el frío pavimento de la capilla, dolorido, empapado de sangre y de residuos plásmicos, respirando con dificultad y con el corazón a punto de estallar. Ahora los ruidos me rodeaban por todas partes, ensordecedores y distintos.

Me arrastré hacia un lado.

El pánico estaba dejando vacía la capilla. Sacerdotes y novicios, acólitos y criados, todos huían, chillando, derribando los bancos a su paso. Lord Rorken estaba de pie, con el rostro pálido, y sus devotos guardaespaldas, con sus máscaras de santos, cargaban hacia adelante describiendo ochos en el aire con sus sibilantes espadones.

Vi a Voke inconsciente cerca de mí. Como yo, estaba cubierto de sangre humana coagulada y de fluido viscoso del immaterium.

No podía recuperar el equilibrio y sentía una especie de embotamiento en la cabeza. Sentí náuseas y escupí coágulos de sangre.

Sabía que estaba tocado. Tocado por la disformidad, arruinado y contaminado. Había estado demasiado cerca y demasiado tiempo.

Los astrópatas se tambaleaban y gritaban frenéticamente. Algunos ya estaban muertos y otros sufrían convulsiones y hemorragias. Dos explotaron al mismo tiempo ante mis ojos como ampollas llenas de sangre. Entre ellos centelleaban arcos de energía de disformidad, que les freían el cerebro, les fundían los huesos y les hacía hervir los fluidos corporales.

El cadáver de Malahite había desaparecido. En su lugar, sobre el plinto, había un resto retorcido de huesos en descomposición y carne chamuscada. Los astrópatas habían roto el vínculo después de haberlo sostenido el tiempo suficiente como para que Voke y yo pudiésemos escapar, pero algo había vuelto con nosotros.

No tenía forma, pero sugería muchas, como una sombra sobre una pared o una nube en el cielo que puede cambiar y parecerse a muchas cosas en un momento. Dentro de sus vestiduras flotantes de humo había un brillo de estrella y destellaban unos dientes.

El primero de los guardias de Rorken estaba sobre él, asestándole golpes con su espada. La afilada hoja, grabada con bendiciones votivas y sacramentos curiales pasaba sin hacer mella a través de la niebla fina y etérea.

Como respuesta, una garra larga y desvaída de huesos articulados armada con un alfanje de cuyo filo salían dientes humanos, lo partió de arriba abajo de un solo golpe.

Busqué como loco un arma, cualquiera.

A mis oídos llegaba el horror de los disparos.

Con sus bolters de asalto atronando el aire, los Marines de los Guardianes de la Muerte avanzaban hacia aquel horror. Sus negras armaduras estaban cubiertas de escarcha psíquica. Se podía oír a Cynewolf gritando por su altavoz, increpando al enemigo y dando instrucciones tácticas a sus camaradas.

Los bolters labrados de su capítulo siguieron disparando al unísono hasta que el fuego implacable obligó a aquel ser de la disformidad a retroceder convertido en una mancha retorcida y chillona de tinieblas y miembros óseos. Cayó del plinto entre los astrópatas que retrocedían, aplastando tanto a los muertos como a los vivos.

El hermano capitán Cynewolf se adelantó a sus compañeros más rápido de lo que parecía posible para alguien con una armadura tan pesada. Tirando a un lado su bolter descargado, sacó su espada-sierra y la descargó una y otra y otra vez sobre la retorcida masa, haciéndola retroceder hacia las sillerías cuyas astillas saltaban por todas partes.

Lord Rorken pasó a mi lado portando un lanzallamas de plata ceremonial que había cogido de manos de uno de sus asistentes. El acólito corría detrás de él, tratando de sostener los depósitos de combustible incrustados en oro y de seguir el paso de su señor.

La voz de Rorken resonó por encima de aquella barahúnda.

—Espíritu de inmateria abominable, abandona este lugar, porque al igual que el Emperador de la Especie Humana, cuyas bendiciones sean mil veces loadas, no temeré yo a la sombra de la disformidad...

El arma del Gran Inquisidor derramó su fuego sagrado sobre aquella cosa surgida de la disformidad. Lord Rorken recitaba con todas sus fuerzas el ritual del destierro.

Endor me ayudó a ponerme de pie y ambos sumamos nuestras voces a la suya.

Se produjo un temblor que hizo vibrar toda la nave.

Poco después sólo quedaban de la envilecida criatura una capa de cenizas y la devastación que había dejado a su paso.

Como castigo por la transgresión cuyo resultado había sido esta invasión de la disformidad, se encargó a Konrad Molitor la restauración y reconsagración de la capilla profanada. Esta tarea, supervisada por los archisacerdotes de la curia y los tecnoadeptos del Glorioso Omnissiah, ocuparon las primeras seis semanas de las diez que duró nuestro tránsito a 56-Izar. Molitor se tomó en serio sus obligaciones, se vistió con el sucio hábito de arpillera como señal de contrición e hizo que sus sirvientes lo azotaran con mimbres y látigos psíquicos durante las ceremonias.

Yo pensaba que había salido demasiado bien parado.

Me pasé un mes recuperándome del trauma fisiológico de la autosecuencia en uno de los departamentos de la nave de combate. Las consecuencias del daño psicológico que sufrí me duraron años. Todavía sueño a veces con aquel géiser de sangre cubierto de miles de ojos llevando todo el cielo. Nunca se olvida una cosa como ésa. Todos dicen que con el tiempo se olvida, pero ese recuerdo en particular nunca me abandona. Me consuelo pensando que haberlo olvidado sería todavía peor,

eso habría equivalido a una negación, y la negación de esas visiones acaba tarde o temprano en la locura.

Me pasé todo el mes en la ancha cama de aquella habitación, entre soportes y cojines. Los médicos acudían a verme con regularidad, lo mismo que los miembros del personal de lord Rorken, vestidos con sus adornados trajes. Examinaban el estado de mi cuerpo y de mi mente y vigilaban el progreso de mi recuperación. Yo sabía que lo que buscaban era la contaminación de la disformidad. No la había, de eso estaba seguro, aunque por supuesto ellos no podían conformarse con mi palabra. Voke y yo habíamos estado muy cerca, del precipicio, muy cerca de la maldición irreversible. Habrían bastado unos cuantos segundos más...

Aemos permanecía a mi lado. Me traía libros y placas para entretenerme. A veces me leía en voz alta sermones o leyendas o libros de historia. Otras veces ponía música en un antiguo celiáfono de altavoz en forma de cuerno al que le daba cuerda manualmente. Escuchábamos los sutiles preludios orquestales de Daminias Bartelmew, las brillantes sinfonías de Hanz Solveig, los devotos cánticos del Claustro de Ongres. Aemos canturreaba con las operetas de Guinglas hasta que yo le rogaba que parara, e imitaba al director mientras escuchaba el Requiem de Macharius, bailando por la habitación sobre sus piernas potenciadas de una manera tan ridícula que yo acababa riendo a carcajadas.

—Me alegro de oírte reír, Gregor —dijo, mientras soplaba el polvo de un nuevo carrete antes de colocarlo en el celiáfono.

Yo estuve a punto de contestarle, pero los estridentes himnos marciales del Coro del Regimiento Mordiano no me lo permitieron.

Midas también venía a visitarme, y jugaba conmigo al regicida o tocaba su lira glaviana. Para mí estos recitales eran un cumplido muy especial. Llevaba años arrastrando tras de sí el instrumento, desde nuestro primer encuentro, y a pesar de que se lo había pedido reiteradamente, nunca la había tocado para mí.

Era un maestro, sus dedos de circuitos incorporados tocaban las cuerdas codificadas con la misma pericia con que manejaba los controles de vuelo.

En su tercera visita, después de un trío de animadas danzas glavianas, apoyó el instrumento de caparazón de tortuga sobre el brazo de su butaca y dijo:

—Lowink está muerto.

Cerré los ojos y asentí con la cabeza. Ya lo sospechaba.

—Aemos no quería decírtelo todavía, dado tu estado, pero pensé que era un error ocultártelo por más tiempo.

—¿Fue una muerte rápida?

—Su cuerpo sobrevivió a la invasión de la sesión, pero su mente estaba muerta. Murió una semana después, simplemente se fue apagando.

—Gracias, Midas. Prefiero saberlo. Ahora vuelve a tocar para que pueda sumergirme en tus melodías.

Por extraño que parezca, las visitas de Bequin fueron las que más llegué a disfrutar. Solía traer consigo gran animación, se ocupaba de arreglar la habitación, de comprobar si tenía agua en la jarra, de acomodar mis almohadas. Después me leía en voz alta de los libros y placas que había dejado Aemos y otras veces de obras que él ya había recitado para mi aleccionamiento. Ella las leía mejor, con más colorido y animación. La voz que solía ponerle a Sebastian Thor me hacía reír tanto que me dolían las costillas. Cuando llegó a la lectura de la narración de Kerloff sobre la Guerra de Horus, la imitación que hizo del Emperador resultó casi herética.

Le enseñé a jugar al regicida. Perdió al principio unas cuantas partidas, confundida con la piezas, la complejidad del tablero y las jugadas y estrategias aún más complejas. Era demasiado táctico para ella, dijo. No tenía «alicientes». De modo que empezamos a jugar por monedas, hasta que le tomó el gusto y empezó a ganar todas las partidas.

En su siguiente visita, Midas me preguntó con amargura:

—¿Has estado enseñándole a jugar a esa chica?

Hacia el final de la tercera semana de recuperación, Bequin llegó a mis habitaciones y dijo que había traído una visita.

El lado destrozado de la cara de Fischig había sido reconstruido con tejido muscular potenciado y metal y cubierto a continuación con una semimáscara de ceramita. También le habían reemplazado el brazo por una potente prótesis de metal. Iba vestido con una chaqueta y unos pantalones muy sencillos de color negro.

Se sentó junto a mi cama y me deseó que tuviera una rápida recuperación.

—Tu coraje no ha sido olvidado, Godwyn —le dije—. Cuando esta empresa haya terminado es posible que quieras reincorporarte a tus

deberes en Hubris, pero serías bien recibido en mi personal si ése es tu deseo.

—Que se fastidie Nissemay Carpel —respondió—. Es posible que el Alto Custodio de las Catacumbas de los Durmientes me reclame, pero yo sé dónde quiero estar. Esta vida tiene una finalidad y me gustaría quedarme aquí.

Fischig se quedó a mi lado varias horas, hasta bien entrada la noche en tiempo de la nave. Hablamos, hicimos bromas y luego jugamos al regicida mientras Bequin nos observaba. Al principio, sus dificultades para manipular las piezas al no estar familiarizado todavía con su nuevo miembro nos depararon gran diversión. Sólo después de vencerme en tres partidas sucesivas me confesó que Bequin, en su infinita sabiduría, llevaba ya tres semanas enseñándole.

Todavía tuve un último visitante, uno o dos días antes de que empezara a caminar otra vez y pudiera reincorporarme a mis tareas sin constantes interrupciones por los momentos de fatiga. Heldane lo trajo en una silla de ruedas.

Voke estaba encogido y enfermo. Hablaba a través de un amplificador y tuve la certeza de que sólo le quedaban meses de vida.

—Usted me salvó, Eisenhorn —dijo lentamente a través del amplificador.

—Fueron los astrópatas los que hicieron posible que viviéramos —corregí.

Voke sacudió la cabeza arrugada, hundida.

—No... yo estaba perdido en un mundo maldito y usted me arrebató de él. Su voz. Lo oí llamarme por mi nombre y eso bastó. Sin eso, sin esa voz, habría sucumbido a la disformidad.

Me encogí de hombros. ¿Qué podía decir?

—No nos parecemos, Gregor Eisenhorn —prosiguió con voz trémula—. Nuestro concepto de la Inquisición es muy diferente, pero a pesar de todo alabo su valentía y su dedicación. Ha demostrado su valía ante mí. Formas diferentes, medios diferentes ¿no es ésa la auténtica ética de nuestra orden? Moriré pronto, creo... y en paz... sabiendo que hombres como usted seguirán luchando.

Me sentí honrado. Pensara lo que pensase de su modus operandi, sabía que los dos teníamos el mismo fin.

Con un gesto débil indicó a Heldane que se adelantara. El aspecto de su cabeza llena de cicatrices no había mejorado nada desde la última vez que lo había visto.

—Quiero encomendarle a Heldane, de todos mis discípulos es el mejor. Pienso recomendar su promoción al nivel de alto interrogador, desde el cual se puede optar al de inquisidor. Si yo muero, ocúpese de él por mí. No tengo la menor duda de que la Inquisición se beneficiará contando con él.

Le prometí a Voke que así lo haría, y eso pareció complacer a Heldane. No es que me gustara mucho aquel hombre, pero se había mostrado valiente e inquebrantable al enfrentarse a una muerte salvaje, y no me cabía duda alguna de su capacidad y dedicación.

Voke me cogió la mano con la suya, sudorosa, y dijo con voz ronca:

—Gracias, hermano.

Resultó que Commodus Voke vivió otros ciento tres años. Fue realmente duro de matar. Cuando Golesh Constantine Pheppos Heldane fue ascendido finalmente a la categoría de inquisidor, fue por obra de Voke.

Los pecados del padre, como suele decirse.

La preparación para la invasión comenzó cuando nos encontrábamosa tres semanas de 56-Izar. Al principio, los planes del almirante Spatian contemplaban una acción de la flota, una simple aniquilación de todos los objetivos desde órbita, pero lord Rorken y los Guardianes de la Muerte insistieron en la necesidad de una invasión física. Era necesario corroborar la recuperación y destrucción del Necroteuco xénico, o nunca sabríamos con certeza que había desaparecido realmente. Sólo después de haber conseguido ese objetivo podría procederse a la destrucción total de 56-Izar.

Todo lo que pudo averiguarse por mis colaboradores y los supervivientes gudrunitas sobre los tetrapaisajes saruthi —por irónico que parezca seguíamos usando el término acuñado por Malahite—, se sometió a un escrupuloso cotejo en series de entrevistas realizadas por los estrategas navales y por Brytnoth, el respetado bibliotecario y estratega de los Guardianes de la Muerte.

La información reunida fue perfilada por los cogitadores de la flota y se crearon simulaciones para aclimatara las fuerzas de tierra. A mi modo de ver, las simulaciones no reflejaban en absoluto la sensación de inexactitud que habíamos experimentado en el mundo de la meseta.

El propio Brytnoth, acompañado de Olm Madorthene, se ocupó de mis entrevistas. Brytnoth, un hombre de cabeza rapada, gigantesco incluso sin armadura, era sorprendentemente cordial y atento y en todo momento se dirigió a mí con respeto y escuchó mis respuestas con genuino interés. Traté de reflejar fielmente mis recuerdos y además conté las teorías que había expuesto Malahite durante aquella malhadada sesión.

Renunciando al lujo de un servidor escriba o secretario, Brytnoth tomaba sus propias notas mientras escuchaba. Me sorprendí contemplando fascinado la manaza del guerrero que recorría casi con delicadeza la placa de notas con el estilete que parecía enano entre sus dedos.

Las sesiones, que solían durar horas, las realizamos en mis habitaciones. Bequin solía acudir a veces trayendo infusiones, y por increíble que parezca, Brytnoth extendía el dedo meñique cuando levantaba la taza de porcelana por el asa. Para mí era la personificación de la guerra en tiempos de paz, un enorme poder incorporado a una conducta gentil aplicada a evitar la liberación de su fuerza arrolladora. Por lo general, levantaba la taza con el meñique extendido, consultaba sus notas y hacía otra pregunta antes de tomar el primer sorbo.

El hecho de que el meñique tuviera el tamaño y la forma de la porra de un Arbites no añadía ni quitaba nada.

—Lo que trato de establecer, hermano inquisidor, es si el entorno de los saruthi afectará a nuestras tropas impidiéndoles combatir con absoluta eficacia.

—De eso puede estar seguro, hermano bibliotecario —serví un poco más de infusión de olicet de la tetera—. Mis camaradas estuvieron desorientados durante toda la misión, y lo que más desbarató la acción de los fusileros gudrunitas fue la influencia de aquel lugar. Hay en todo una inexactitud que marea a los sentidos. Algunos han supuesto que se trata de un efecto deliberado del que se valen los saruthi para conmocionara los seres acostumbrados a tres dimensiones físicas, aunque en mi opinión, lo que dijo el traidor Malahite tenía más sentido. La inexactitud es un producto secundario de los entornos favoritos de los saruthi. Podemos estar seguros de que ese efecto estará presente en cualquiera de los mundos que habitan.

Brytnoth asintió y volvió a tomar nota.

—Estoy seguro de que la experiencia y los equipos sensores especializados de su capítulo podrán enfrentarse a ello —intervino

Madorthene—. En cuanto a mí, me preocupa la guardia, que será la baza principal en esta acción.

—Todos han estado presentes en las simulaciones preliminares —murmuró Brythoth.

—Con todo respeto, yo también, y pienso que no reflejan ni remotamente los lugares en los que nos encontraremos —dije mirando a través de la mesa a Brytnoth. Sus rasgos desiguales se veían pálidos, algo que les sucede a todos los que pasan su vida escondidos bajo un casco de combate. Sus ojos hundidos me miraban con interés. Qué guerras, qué victorias habrían presenciado aquellos ojos, me pregunté. ¿Qué derrotas?

—¿Qué sugiere usted? —se interesó Brytnoth.

—Instrucción transversal adversa —repliqué. Llevaba tiempo dándole vueltas a esto—. Olm, aquí presente, sabe perfectamente que no soy hombre de armas, hermano bibliotecario, pero así es como lo veo. Someta a los soldados a ejercicios de sobrecarga y desequilibrio. Hágales hacer algunos ejercicios a ciegas y otros con las manos atadas, modifique la gravedad en las bóvedas de instrucción. Haga que las mochilas que lleven estén descentradas y les dificulten la marcha. Cambie los niveles de luz sin previo aviso. Haga subir y bajar la temperatura y la presión. Simplemente póngales las cosas difíciles. Acostúmbrelos a correr, ocultarse, disparar y recargar en situaciones extremas. Enséñeles todos los procedimientos esenciales de combate tan bien que puedan ejecutarlos en cualquier circunstancia. Cuando pisen el suelo en 56-Izar, que sólo tengan que preocuparse por luchar. Todo lo demás tiene que ser instintivo.

Madorthene sonrió confiado.

—Las fuerzas de infantería de que disponemos son fundamentalmente soldados de la armada y la elite ligera de Mirepoix de la Guardia Imperial, soldados avezados todos ellos, nada que ver con los pobres reclutas gudrunitasa los que le tocó vigilar, Gregor. Los haremos pasar por todas las dificultades y los prepararemos para la embestida final. Tienen las horas de combate y las agallas para ello.

—No escatime esfuerzos —le advertía Madorthene—. Y esos reclutas a los que se refiere, el sargento Jeruss y sus hombres, los quiero conmigo cuando desembarque.

—¡Pero Gregor! Podemos darle un escuadrón de choque de Mirepoix que...

—Quiero a los sobrevivientes gudrunitas.

—¿Por qué? —preguntó Brytnoth.

—Porque con toda su inexperiencia, ya han estado en un tetrapaisaje. Ésos son los hombres que quiero a mi lado.

Madorthene y Brytnoth se miraron y el procurador se encogió de hombros.

—Como desee.

—En cuanto a los demás, como ya le dije, no escatime esfuerzos en la instrucción.

—¡No lo haremos! —dijo con una risita, como si lo considerara una burla—. Los instructores los harán trabajar tan duro que desearán encontrarse en situación real de combate.

—Hablo en serio —le dije—. Todos los hombres que despleguemos en 56-Izar, incluido el venerado capítulo de los Guardianes de la Muerte, a la que el Emperador bendiga, deben estar preparados para perder el control de sus sentidos, el juicio, la fortaleza e incluso sus facultades mentales básicas. No me importa si todos los hombres se olvidan del nombre de su madre y se mojan los pantalones, pero no tienen que olvidarse de mantener la formación, de disparar y recargar, de honrar al Emperador y de acatar órdenes.

—Dicho con toda crudeza —dijo Brytnoth—. Por supuesto que suavizaré sus propuestas antes de exponerlas a mis hermanos de batalla.

—No me importa lo que les diga —bromeé—, siempre y cuando no les diga dónde lo oyó.

—Su anonimato queda garantizado —sonrió. Un auténtico milagro. Me considero uno de los pocos mortales que ha conseguido hacer sonreír a un bibliotecario del Adeptus Astartes, incluso de haberlo visto sonreír.

Brytnoth dejó a un lado la placa y el estilete y me miró con curiosidad.

—Mandragore —dijo.

—El hijo bastardo del Emperador. ¿Qué pasa con él?

—Me dicen que usted lo mató con sus propias manos, en combate singular. Una verdadera hazaña para un hombre como usted... dicho con todo respeto.

—Así lo interpreto.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó abiertamente.

Se lo conté con toda sencillez. Brytnoth no mostró reacción alguna, pero Madorthene se veía asombrado aunque no dijo nada.

—El hermano capitán Cynewolf quedará fascinado —dijo Brytnoth —. Le prometí que averiguaría los detalles. Se moría de ganas de preguntarle, pero no se atrevió.

Eso sí que tenía gracia.

Nos preparamos para la inminente guerra. Iba a ser difícil y, a diferencia de la mayor parte de las campañas, no iba a estar dividida en dos partes. Observé las sesiones de instrucción, impresionado por los esfuerzos y por la disciplina. Incluso tuve al inmenso placer de ver al equipo del capitán Cynewolf llevar a cabo una cacería de un blanco-señuelo por los distintos niveles de la bodega.

Estábamos listos, todo lo listos que podíamos estar.

Llegada la novena semana de tránsito, el Gran Inquisidor Rorken y el almirante Spatian hicieron una declaración conjunta respaldada por la aprobación de la Eclesiarquía. Un Mandato de Purga de 56-Izar, tal como se entienden el término y los parámetros en el código imperial. Era el marchamo sobre la acción. No había posibilidad de vuelta atrás. Estábamos atravesando el immaterium en la alta disformidad para invadir y, en caso necesario, destruir el mundo de los saruthi.

A lo largo de mis semanas de convalecencia soñé poco, pero la noche anterior a nuestra llegada a 56-Izar, el bello hombre de la mirada vacía volvió a introducirse en el paisaje de mis sueños.

Me hablaba, pero yo no podía oír sus palabras ni entender lo que se proponía. Me condujo a través de los salones con corrientes de aire de un palacio en ruinas y luego se alejó silenciosamente hacia los parajes no hollados de los sueños dejándome solo, desnudo, en un edificio en ruinas que se derrumbaba a mi alrededor.

En mi sueño también aparecían los saruthi. Se abrían camino entre los muros derruidos del palacio sin esfuerzo, encontrando ángulos y caminos que yo no podía ver. Las múltiples fosas nasales de sus bamboleantes cabezas se encendían al percibir mi olor. Sus cerebros crepitaban con la energía...

Me desperté, empapado en sudor, más fuera que dentro de mi cama. Las barandillas desprendidas, caídas en el suelo.

El enlace de voz de mi mesa de noche estaba pitando.

—¿Inquisidor Eisenhorn? Lamento despertarlo —dijo Madorthene—, pero pensé que le gustaría saberlo. Hace veintiséis minutos que la flota

abandonó el immaterium. Estamos entrando en órbita de invasión de 56-Izar.

VEINTITRÉS

Invadiendo la invasión
Ángulos disformes
En los huertos de los saruthi

La guerra había comenzado.

El planeta 56-Izar estaba suspendido en el espacio como una perla de color blanco lechoso y reluciente. Destellos vividos y estallidos más lentos de destrucción iluminaban desde abajo su traslúcida piel de nubes. La flota herética había llegado dos días antes que nosotros y había iniciado el asalto del planeta.

Yo seguía pensando en ella como la flota de Estrum, pero ya no lo era, por supuesto. De eso me había asegurado bien. Ahora era la flota de combate de Locke, eso era indudable.

Las trece naves habían establecido un bloqueo de 56-Izar en una formación de conquista no tradicional pero sí efectiva. Oleadas en serie de sus cazabombarderos, interceptadores y naves de desembarco caían sobre el planeta y las naves pesadas en órbita bombardeaban la superficie con todo el peso de sus baterías.

Detectaron nuestra presencia en el momento mismo en que salimos de la disformidad. Sus naves de vigilancia, los destructores pesados Nebuchadnezzar y Fournier, giraron en redondo para proteger su retaguardia.

El almirante Spatian mantuvo a nuestras fuerzas fuera de órbita y envió a las fragatas Defensa de Stalinvast, Maza del Emperador y Voluntad de Hierro para despejar el camino.

Mandó a los escuadrones de combate de la fuerza expedicionaria detrás de ellos, y al acorazado Vulpécula para atacar a la nave insignia del enemigo, un pesado crucero llamado Leoncour.

El Maza del Emperador y el Voluntad de Hierro cogieron en una pinza al Nebuchadnezzar y lo convirtieron en una antorcha tras un breve pero feroz enfrentamiento. La explosión iluminó el vacío. El Defensa de

Stalinvast y el Fournier se enzarzaron en una danza más larga y más lenta de naves de guerra hasta que por fin chocaron uno con otro, lanzaron pasadizos de abordaje y enviaron unidades de seguridad naval el uno hacia el casco del otro.

Las naves enlazadas empezaron a dar vueltas en un abrazo mortal.

El Vulpécula inició una carrera hacia adelante y malinterpretó la evasión del Leoncour, recibiendo tres andanadas por estribor. Acercándose, diseminando chatarra en el abismo, el acorazado imperial elevó sus cañones y atacó al Leoncour con tanta fuerza y ferocidad que la nave insignia enemiga se partió en dos y explotó como un sol moribundo.

Renqueante, el Vulpécula hizo un lento viraje y empezó una larga persecución de las naves enemigas más cercanas a la atmósfera del planeta. Spatian hizo entrar en combate, entonces, al resto de su grupo, disponiéndolo en una formación de tres puntas, encabezada la central y más larga por el majestuoso Saint Scythus.

Las distancias se redujeron. El espacio próximo al 56-Izar se pobló de estelas de fuego y de las colas veteadas de los misiles. Empezó en ese momento la fase feroz de las naves pequeñas. Bandadas de interceptadores y bombarderos ligeros de ambas flotas se encontraban y revoloteaban los unos en torno a los otros como nubes de insectos rivales. Las diminutas luces daban vueltas y bailaban en el vacío, cada vez más rápidas y numerosas, dificultando su seguimiento por el ojo humano. Hasta las pantallas tácticas saturaban los sentidos; en las placas pictóricas pululaban miles de marcadores y de cursores parpadeantes que giraban a velocidad de vértigo, se desvanecían y volvían a aparecer.

Los herejes habían establecido una zona tampón detrás de su despliegue sembrada de minas, y el Maza del Emperador, en su marcha hacia adelante para introducirse entre la flota enemiga, sufrió graves daños y se vio forzado a retirarse. Los interceptadores de las fuerzas heréticas le cayeron encima como las moscas carroñeras sobre una bestia moribunda.

El Voluntad de Hierro pasó junto al Maza del Emperador y empezó a abrir un camino en medio de la zona minada con dispositivos especializados de limpieza. Disparadas por conos de energía usados como sondas, las armas flotantes empezaron a detonarse por miles.

Lo que Spatian pretendía era abrir una cuña en medio de la ancha formación enemiga y acercar algunas de sus naves a la superficie del planeta. Una vez conseguido ese objetivo, podría lanzar el asalto

planetario, en la confianza de proporcionara las naves de desembarco cierto fuego de cobertura.

El Saint Scythus fue el primero en conseguir esa posición. Sus cañones principales acabaron sin piedad con el crucero hereje Scutum y forzaron a la fragata de transporte Gloria de Algol a una retirada desesperada.

Cientos de naves de desembarco salieron como una ráfaga del interior del acorazado y de las dos fragatas y también de la negra nave inquisitorial que se había desplazado detrás.

La mayor parte de las naves de desembarco eran las cápsulas grises de desembarco de la Guardia Imperial cuyos motores de retropropulsión se encendían al entrar en la nubosa atmósfera de 56-Izar. Pero diseminados entre ellas había un puñado de naves negras como escarabajos y cápsulas de desembarco del capítulo de los Guardianes de la Muerte.

La contrainvasión había comenzado.

En la primera hora de la guerra conseguimos desembarcar a más de dos tercios de los ciento veinte mil hombres de la Infantería Ligera de Elite de Mirepoix en la superficie de 56-Izar, casi la mitad de las brigadas blindadas motorizadas y los sesenta guerreros del Adeptus Astartes de los Guardianes de la Muerte.

Los datos recogidos por los sensores nos decían que 56-Izar era un mundo de superficie blanda, poco notable, debajo del pesado velo de su atmósfera. Unos continentes enormes y de poco relieve de cieno inorgánico, sembrado aquí y allá por cadenas de tierras altas cristalinas y rodeados de océanos químicos inertes. Los únicos vestigios de vida avanzada, de vida, al fin y al cabo, eran una serie de estructuras del tamaño de una ciudad dispuestas en cadena a lo largo de la región ecuatorial del continente principal, La naturaleza y composición de esas estructuras era casi imposible de averiguar desde órbita. Los herejes habían concentrado sus fuerzas invasoras sobre las tres estructuras mayores, y el almirante Spatian centró en ellas sus esfuerzos, considerando que el enemigo no iba a perder el tiempo invadiendo lugares inviables.

Hubo muchas bajas. Los accesos estaban plagados de interceptadores enemigos, de microminas y de fuego de superficie de las defensas aéreas. Pero todo esto era guerra humana, no había el menor indicio de participación de los saruthi.

Detrás de las principales fuerzas de desembarque venían los escuadrones inquisitoriales, cinco unidades de asalto especializadas diseñadas para seguir a los militares a través de la brecha que lograran abrir y supervisar los objetivos primarios: la captura o destrucción de los conspiradores heréticos y la eliminación de cualquier material relacionado con el Necroteuco. Yo iba al frente de un escuadrón; los otros los dirigían Endor, Schongard, Molitor y el Gran Inquisidor Rorken en persona. Voke estaba demasiado enfermo para comandar un escuadrón, y su emisario, Heldane, formaba parte del grupo de Endor.

Mi propia fuerza de ataque, denominada Purga Dos, estaba formada por veinte fusileros gudrunitas, Bequin, Midas y un Marine Espacial de los Guardianes de la Muerte llamado Guilar. A cada inquisidor se le había asignado un miembro del Astartes. Fischig había solicitado acompañarme, pero a causa de las heridas y la cirugía a la que lo habían sometido estaba demasiado débil y yo renuncié a llevarlo conmigo con gran dolor de corazón. Se quedó a bordo del acorazado con Aemos, que no era en modo alguno un combatiente.

Nuestro transporte, una nave de desembarco de la Guardia Imperial, abandonó el Saint Scythus directamente detrás de la fuerza designada como Purga Uno, en el módulo de descenso de lord Rorken. Hicimos el descenso estremecedor, vibrante, amarrados a las sillas-g de la bodega de la tropa.

Los hombres de Jeruss cantaban mientras descendíamos. El equipo estándar de los fusileros gudrunitas había sido potenciado con nuevas armaduras de cuerpo entero de los almacenes de la flota, y les habían cosido emblemas inquisitoriales en las mangas, al lado de la insignia del 50º de Fusileros Gudrunitas. Estaban de buen humor, ansiosos y decididos, alentados, según creo, por la fe que yo había mostrado al elegirlos. Madorthene me contó que habían obtenido una puntuación por encima de la media en el programa de instrucción adversa. Bromeaban, hacían alardes y cantaban himnos de batalla inquisitoriales como los veteranos. A decir verdad, las experiencias por las que habían pasado desde la fundación en Dorsay fueron un bautismo muy precoz.

También a Bequin la había transformado la experiencia en los meses transcurridos desde nuestro primer encuentro en Hubris. La chica de placer frivola, egoísta, de la Cúpula del Sol se había convertido en una mujer dura y seria, como si por fin hubiera encontrado una ocupación que se le

adecuara. Indudablemente se había lanzado a su nueva vida con dedicación y empeño. Consideré que los cambios eran un progreso indudable. Muchos son llamados al servicio de nuestro amado Emperador, y muchos demuestran no estar a la altura de la misión. A pesar de las pruebas por las que había pasado, Alizebeth Bequin se había mostrado digna de la misión. Si hubo un momento en el que fue posible comprobar esa transformación, fue en la meseta. La vista del cadáver de Mandragore había exorcizado sus temores.

Iba sentada a mi lado, vestida con su negra armadura ceñida y una chaqueta larga de terciopelo también negro, comprobando concienzudamente su carabina láser. El purificador le había dado una buena instrucción. Sus manos enguantadas manipulaban el arma con movimientos ágiles y profesionales. El adorno de plumas negras que remataba el cuello de su traje era el único vestigio de aquella chica pintada y casquivana de antaño.

Tenía al otro lado a Midas, que daba muestras visibles de intranquilidad. Era un pasajero deplorable y yo sabía que en ese momento deseaba estar en la cabina de la cápsula en el puesto del piloto. Vestía su chaqueta color cereza, a pesar de las objeciones del austero Guilar, quien consideraba que ese color era «inadecuado para el combate». Llevaba enfundadas sus pistolas de aguja y un largo rifle glaviano descansaba sobre sus rodillas.

Yo llevaba una armadura de cuero marrón y mi chaqueta de mangas desmontables para el asalto, una solución intermedia entre la protección y la movilidad. Llevaba prendidos los símbolos de mi oficio en el pecho, por encima de mi fajín. El bibliotecario Brytnoth, en un gesto que me honraba, había enviado una pistola bolter para mi uso personal. Era un modelo compacto, hecho a mano, con una cubierta de acero verde mate. Los cargadores de forma rectangular se introducían en la empuñadura, y yo llevaba uno en su sitio y otros ocho en las cartucheras de mi cinturón.

Después de ocho minutos de descenso violento, nos nivelamos y la vibración se redujo. Guilar, que iba sentado junto a la escotilla de salida, hizo en el aire la señal del águila y cerró su casco.

—¡Veinte segundos! —anunció el piloto por el altavoz de la cabina.

Atravesamos la capa de nubes y penetramos en el fuego y la oscuridad de la zona de guerra próxima a la superficie, avanzando a toda velocidad hacia una de las estructuras urbanas identificadas desde la

órbita. El lugar estaba rodeado por una serie de lo que parecían lagos o balsas colosales, y el líquido que contenían lanzaba unas llamaradas que formaban una cortina de fuego de miles de metros de altura. De esos fuegos salía un humo negro como la noche que bloqueaba la luz del día; el mundo que quedaba por debajo estaba iluminado por el resplandor color ámbar de las llamaradas y del fuego cruzado de las armas.

La nave de desembarco se sacudió al activarse los reactores de desaceleración, y fuimos dando bandazos como borrachos antes de posarnos en la superficie. Guilar activó una palanca de la pared y se abrieron las rampas con un chirrido de metal contra metal. La cabina se llenó de aire frío y humo.

Salimos a un llano ancho y brillante de cieno blanco que se aplastaba, como si estuviera húmedo, bajo nuestras botas al correr y saltar. La llanura cenagosa se extendía entre dos de los lagos ardientes y podíamos sentir el calor de los inmensos fuegos sobre nuestras caras. Las llamas danzantes proyectaban figuras fantasmagóricas en el cieno húmedo.

Había restos al rojo vivo de una nave de desembarco que se había estrellado sobre el suelo blanco, así como los cuerpos calcinados de varios Mirepoix. El fuego de las armas láser atravesaba el aire por encima de nuestras cabezas. Un kilómetro por delante de nosotros vimos las formas familiares de arcos elevados, «tetrapuertas» como las habían denominado los tecnosacerdotes de la flota, algunas rotas por el asalto. Más allá de ellos se veían los flancos de color blanco perlado de un gran edificio, la estructura objeto del asalto, curva y segmentada como un gigantesco caracol marino, señalada con montones de pequeñas marcas chamuscadas de los disparos.

Avanzamos tras Guilar. El aire olía a vapor de combustible y a algo parecido al regaliz que no pude identificar de inmediato.

—Purga Dos, desplegándose en superficie en marca siete del mapa —informé por el transmisor.

—Entendido, Purga Dos. Purga Uno y Purga Cuatro comunican desembarco y despliegue exitosos.

De modo que los grupos de Rorken y de Molitor ya estaban en tierra. Sin noticias todavía de Endor y Schongard.

Al pasar el primero de los arcos rotos, Guilar vaciló y se llevó las manos a la cabeza cubierta con el casco. De inmediato percibí la inexactitud, la insidiosa distorsión del entorno saruthi. Era como si el

efecto se viera acentuado por la ruptura de las tetrapuertas. Estos dispositivos silenciosos proyectaban y sostenían los tetrapaisajes de los saruthi, y ahora estaban defectuosos e incompletos.

Los gudrunitas también lo notaron, pero no pareció afectarles.

—¡Abra la marcha! —le dije a Jeruss. Guilar me miró con aspereza.

—Usted necesita tiempo para acostumbrarse a esto, hermano Guilar. No discuta.

Jeruss y tres gudrunitas se pusieron en primera línea. Incluso ellos estaban teniendo problemas y avanzaban con torpeza, como si estuvieran borrachos.

A nuestras espaldas se oyó el ruido de los reactores de nuestra nave de desembarco que alzaba vuelo desde el reluciente cieno mientras plegaba la rampa y los soportes de aterrizaje hacia el interior de su vientre. Estaba a apenas sesenta metros del suelo cuando un misil le dio de lleno y voló su unidad central. La cabina en llamas salió despedida por la onda expansiva y fue a caer en uno de los lagos de fuego. Restos metálicos de la unidad central destrozada sembraron el cieno blanco.

Dimos gracias al Dios-Emperador, ya que todos hubiéramos podido estar a bordo.

Avanzando a un trote poco firme, llegamos al edificio saruthi. Su gran forma luminosa tenía el tamaño de una colmena imperial, y sus cimientos se hundían profundamente en el cenagoso suelo blanco. Traté de hacerme una idea de la estructura, pero sin resultado, con lo cual desistí enseguida para no correr el riesgo de desorientarme. Era como una amonita con sus segmentos pulidos y sus curvas perfectas, pero mis ojos humanos eran incapaces de interpretar su forma auténtica. Las superposiciones y los bordes no se unían como habría podido esperarse, y provocaban ilusiones ópticas disuasorias ante el menor intento de seguirlas de un punto a otro.

Llegamos al pie del edificio. No había puertas ni entradas, y los que habían llegado antes que nosotros habían tratado de abrirse paso a través de la lustrosa superficie disparando sobre ella para llegar a la conclusión de que aparentemente era sólida en su interior.

Hice retroceder a mi destacamento y reemprendimos el camino bajo las tetrapuertas. Las más próximas a la estructura todavía estaban intactas.

Tal como yo había supuesto, tan pronto como atravesamos la última nos encontramos en el interior del edificio, como si hubiéramos atravesado los muros perlados.

Avanzamos con las armas preparadas. El corredor, palabra que utilizo en su sentido más amplio, parecía describir una trayectoria en espiral, como si fuera el interior de una gran concha o los canales del oído humano, pero en ningún momento tuvimos una sensación que no fuese de verticalidad.

La espiral se abrió por fin en un cono parecido a un cuerno que daba a una cámara casi esférica, no había posibilidad de calcular su verdadero tamaño ni de definir su forma. Parecía una especie de jardín o de huerto. Unas pasarelas de plata, suspendidas por medio de la gravedad o de alguna otra fuerza invisible, pasaban por entre depósitos de líquido donde crecían unas enormes cicadas multicolores y otras plantas bulbosas y primitivas. Aquellas plantas carnosas lo dominaban todo a nuestro alrededor, rezumaban humedad y estaban cubiertas por gruesas trepadoras. Emparrados y ramas de follaje florido colgaban de soportes invisibles sobre nuestras cabezas. También había insectos que iban de un lado para otro entre las formas acampanadas e hinchadas, medias lunas y columnas de gigantesca vegetación. Uno se posó en mi manga y lo espanté, observando con asco, que tenía cinco patas, tres alas y carecía absolutamente de simetría.

Seguimos el sendero de plata que pasaba por una tetrapuerta y enseguida nos encontramos en otra cámara ajardinada en la que abundaban, como en la anterior, plantas brillantes que crecían en el interior de depósitos. Aquí las más altas eran unas gigantescas colas de caballo amarillentas con nervaduras color naranja que llegaban a medir ochenta o noventa metros.

Guilar dio una voz de alarma, y su bolter de asalto empezó a disparar, abarcando de lado a lado esta segunda cámara desde la pasarela de plata por la que avanzábamos. Los disparos hicieron saltar por el aire unas plantas que parecían calabazas esparciendo su pulpa fibrosa y fragmentos de hojas y de zarcillos por todas partes.

Nos respondieron disparos de láser y el tableteo de los rifles automáticos. A través de la vegetación de esta jungla de interior nos atacaban los soldados de las fuerzas heréticas.

VEINTICUATRO

Purga Dos entra en acción
Una revolución silenciosa
La victoria de Dazzo

Aparecían entre las plantas por las pasarelas de plata, disparando. Eran hombres vestidos con los uniformes manchados del 50° de Fusileros Gudrunitas y otros de la seguridad naval vestidos con sus negras armaduras. Dos de los gudrunitas de mi destacamento vacilaron y cayeron desde la pasarela desapareciendo en las aguas aceitosas de los tanques de abajo, pero la mayoría de los disparos del enemigo eran al aire.

Purga Dos respondió, y los rifles láser rugieron. Me puse al frente del grupo y empecé a disparar mi pistola bolter. La pasarela no daba mucho margen de maniobra, y mucho menos cobertura.

Mi primer disparo salió desviado, tanto, que me pregunté si estaría mal alineado. Entonces recordé la naturaleza distorsionada del tetraespacio saruthi y compensé. Dos disparos, dos blancos. Tanto Bequin como Midas habían descubierto también el truco, y los chicos de Jeruss iban aprendiendo.

Guilar armaba mucho jaleo, destrozando las plantas con su bolter de asalto, pero me daba la impresión de que todavía estaba confundido por el entorno.

Fue una satisfacción ver que uno de esos guerreros que parecían dioses a los que había mirado con gran admiración desde aquel día, hacía ya treinta años, en que había visto a los Cicatrices Blancas tomar Almanadae, también era falible. A pesar de todo su poder, su valor, su vigor sobrehumano y sus armas avanzadas, no daba una, mientras que Yeltun, el más joven de los chicos de Gudrun, ya había derribado a tres.

¿Sería una cuestión de arrogancia, de confianza excesiva en su habilidad?

—¡Guilar! ¡Hermano Guilar! ¡Ajuste la puntería!

Le oí proferir una maldición y decir algo sobre la insolencia mientras avanzaba por la pasarela destrozando plantas con sus disparos.

—¿Por qué no escuchará ese bastardo? —se quejó Midas mientras apuntaba su rifle glaviano y decapitaba a un soldado he rético que estaba a cien metros de él.

—¡Cierren filas!—ordené—. ¡Jeruss! ¡Arrójeles granadas!

Jeruss y tres de sus hombres empezaron a lanzar granadas de fragmentación por encima de las plantas. Los fogonazos explosivos levantaron agua y materia vegetal de los tanques y el aire se llenó de una especie de niebla con la dispersión de fibra vegetal y pulpa desmenuzadas.

Se produjo un repentino cambio de tono en el fuego contra rio. El retumbar de un bolter resonó sobre el traqueteo y el silbido de las armas láser.

Miré adelante justo a tiempo para ver cómo Guilar trastabillaba al ser alcanzado en el pecho por varias ráfagas de bolter. Con un grito en el que había más de rabia que de dolor se inclinó cayendo de la pasarela al tanque que tenía detrás y desapareció.

Apartando de su camino a los soldados heréticos apareció el responsable de su muerte avanzando hacia nosotros.

—¡Oh, no! —gritó Bequin—. ¡Por el Trono Dorado, no, por favor!

Otro de los Hijos del Emperador, hermano, si no gemelo, del vil Mandragore. Su capa flotaba al aire por detrás de él, y sus pies calzados de acero hacían temblar la pasarela. Venía graznando como un urogallo. Disparó su bolter y destripó al gudrunita que estaba a mi lado.

Los Hijos del Emperador, patrocinadores en la sombra de aquella empresa, estaban allí para proteger su inversión. ¿Habrían acudido espontáneamente después de la muerte de Mandragore? ¿O acaso los habían llamado Dazzo y Locke?

Disparé mi bolter contra él, uniéndome a la andanada desesperada de mis hombres que trataban frenéticamente de frenar su avance. El miedo hacía que los hombres olvidaran lo mejor de su instrucción, y muchos de los disparos salían desviados, pero los pocos que daban en su armadura no parecían hacer mella en él.

—¡Purga Dos! ¡Aquí Purga Dos! ¡Los Hijos del Emperador están aquí! —grité por mi transmisor. Sabía que podría estar muerto en un instante y era indispensable que el Comando de la Flota conociese esa espantosa realidad.

En ese momento, una forma negra surgió de las oscuras aguas entre una cascada de cieno y de espuma. El hermano Guilar se lanzó sobre el Marine del Caos derribándolo, y ambos cayeron chapoteando en el tanque que tenían al lado. Algo, probablemente el bolter del hereje, disparó repetidamente debajo del agua y la pared del tanque que estaba por debajo de la pasarela flotante se rompió dejando salir un torrente de líquido. El agua espesa inundó el suelo y fue engullida por los desagües que había entre las estructuras ajardinadas. Al bajar el nivel de líquido, los dos combatientes titánicos emergieron, negros de barro, luchando e intercambiando golpes inhumanos entre la maraña de raíces y tubos de alimentación que había en el fondo cenagoso del tanque.

Los puños cubiertos de ceramita resonaban sobre las placas de las armaduras arrancando esquirlas de plastiacero. Las enormes manazas del Marine del Caos se aferraban al visor y a las hombreras de Guilar. Este lo empujó hacia atrás mientras sus pies chapoteaban en el agua poco profunda y densa. Fueron a dar contra el tronco de una cicada. El enemigo manoteó y se sujetó mejor, introduciendo una de las púas de su guantelete en la articulación del brazo de la armadura del Marine de los Guardianes de la Muerte. Guilar vaciló y cayó hacia atrás. Un revés de la enorme mano lo derribó e hizo caer su casco.

El Marine del Caos se lanzó sobre el cuerpo caído de Guilar, agitando sus manazas delante de la cara del Marine en el intento de aferrarlo por el cuello.

Se oyó la explosión de un arma y saltó un fogonazo. Con la cara destrozada y el cerebro ardiendo por dentro, la escoria del Caos cayó de espaldas sobre el agua estancada.

Guilar se puso de pie con el bolter de asalto en la mano, vertiendo sangre por las heridas que tenía en la cara y en el cuello.

Fue una victoria formidable. Jeruss y sus hombres lo vitorearon antes de reanudar su arremetida contra el resto de los heréticos. El enemigo, habiendo flaqueado su impulso, retrocedió y desapareció en la espesura de los jardines.

Chorreando, Guilar volvió a encaramarse en la pasarela y me miró desde su altura.

—Me alegro de que siga con nosotros, hermano Guilar —le dije.

Seguimos avanzando a través de los huertos de los saruthi sin encontrar oposición. Los enemigos con los que tropezamos, tirados en el

camino o flotando en los tanques, tenían en la cara señales del Caos, grabadas en la carne más por la fuerza del mal que por el fuego. El almirante Spatian había esperado que algunas de las fuerzas heréticas, en especial la Guardia Imperial Gudrunita, pudieran ser recuperadas para la causa imperial. Al igual que Jeruss y sus hombres, la mayor parte no habían sido más que peones cogidos en medio de la traición de Estrum, y los estrategas de la flota habían presentado modelos de victoria en los que Locke y Dazzo se encontraban con que la mayor parte de sus fuerzas de tierra se volvían contra ellos.

Esa esperanza se había desvanecido. Las mentes de estos hombres buenos habían sido infectadas y envenenadas por el Caos. Los herejes habían impuesto la lealtad a sus ejércitos robados.

Seguimos adelante atravesando otras seis esferas ajardinadas para pasar después a unos anchos patios y salones de mosaico y columnas asimétricas cuya función no podíamos imaginar. En dos ocasiones tuvimos breves escaramuzas con fuerzas heréticas y dos veces las obligamos a retroceder hacia las cavidades disformes del edificio. Muchas veces oíamos ruido de enfrentamientos encarnizados, de batallas que parecían venir de allí mismo pero de las que no había ninguna señal física ni visual.

El contacto con el comando de la flota era fragmentario. Purga Uno, el destacamento de Rorken, estaba luchando en algún punto, y no habíamos oído nada de Purga Cuatro, el grupo de Molitor. El destacamento de Schongard, Purga Cinco, estaba perdido en algún lugar del tetraespacio. De vez en cuando nos llegaban sus llamadas pidiendo ayuda, penosas divagaciones medio desquiciadas sobre espacios imposibles y espirales de locura.

De Titus Endorno teníamos ninguna noticia.

El núcleo de la guerra de superficie todavía seguía activo. Los comandantes de las fuerzas Mirepoix comunicaban progresos en las inmediaciones de los lagos de fuego que bordeaban los edificios, uno de los cuales estaba empezando a sufrir una implosión como si le hubieran infligido un gran daño desde dentro.

En una bóveda de un suave color beige que daba la impresión de no tener techo, tuvimos nuestro primer encuentro con los saruthi. Había una docena y estaban muertos, con señales de haber sido muy maltratados. Les habían arrancado los zancos de plata. Al pasar la siguiente puerta llegamos a una sala en espiral donde había otros cien. Entre los muertos grises, con

sus miembros pálidos chorreando ícor, se movían varias de las bestias blancas esclavas que habían transportado el Necroteuco por la meseta. Me dio la impresión de que se habían liberado ya que muchas arrastraban sus sujeciones de alambre. Algunas se habían apoderado de los zancos de plata y los clavaban lenta y reiteradamente en los cadáveres de sus grises amos.

Me pregunté si esas penosas formas blancas serían una raza diferente esclavizada por los saruthi o una casta mutante degradada a la que habían esclavizado. Al parecer, la invasión los había dejado libres para atacar a sus amos y matarlos. Ese es el precio de la esclavitud, tarde o temprano.

Los esclavos no constituían una amenaza para nosotros. Daba la impresión de que ni siquiera reparaban en los humanos que se movían entre ellos. Con una determinación silenciosa y metódica, se dedicaban a mutilar los cadáveres de los saruthi.

En otra cámara, una especie de concavidad ovalada con piso de mosaico y una atmósfera extrañamente caldeada, había cientos de saruthi que iban de un lado a otro sin rumbo. Algunos habían perdido sus zancos y renqueaban, otros yacían en montones temblorosos, con la cabeza caída sobre el pecho. Aquí era más fuerte el olor a regaliz, o a lo que fuera. Mientras observábamos, esclavos blancos entraron pesadamente en la sala por otra tetrapuerta y empezaron a desmembrar y maltratara los saruthi uno por uno, con movimientos calmos y metódicos, como los de los insectos. Los saruthi no ofrecían resistencia.

La escena se repitió en otras salas y cámaras curvas, saruthi muertos o deambulando sin rumbo, esclavos liberados que daban con ellos por el tacto y los desmembraban.

Todavía hoy me pregunto por el significado de esas escenas alienígenas. ¿Acaso los saruthi se habían rendido, resignados a su destino fatal, o alguna otra circunstancia les había robado la voluntad de vivir y resistir? Ni siquiera los tecnosacerdotes o los xenobiólogos han podido darme una respuesta. En última instancia, la única explicación posible está en la propia naturaleza alienígena: abstracta, inescrutable y fuera del alance de la mente humana.

Cuando encontramos al arcipreste Dazzo estaba al borde de la muerte.

Una batalla de proporciones titánicas había tenido lugar en el tetrapaisaje donde yacía. Había miles de muertos en el suelo embaldosado. Entre los caídos había infantería Mirepoix y también soldados heréticos, dos Hijos del Emperador y tres miembros de los Guardianes de la Muerte.

El tetrapaisaje, el más grande con diferencia de cuantos habíamos visto en el edificio, sobrepasaba la curva de todas las dimensiones humanas, y los cadáveres amontonados cubrían el suelo interminable hasta la infinitud.

Dazzo yacía al pie de un bloque asimétrico levantado sobre los mosaicos como un menhir. Tenía el cuerpo destrozado por heridas de bala. Heldane estaba sentado con la espalda apoyada contra el gran bloque vigilando al arcipreste con una pistola automática. Tenía el torso cubierto de sangre y respiraba con dificultad.

Nos vio pasar a través de la tetrapuerta y bajó el arma débilmente.

—¿Qué ha pasado aquí, Heldane?

—Una batalla —dijo jadeando—. Llegamos en el momento culminante. Cuando el inquisidor Endor vio a este miserable nos hizo tomar parte en la lucha para apoderarnos de él. Después de eso todo fue confusión.

—¿Dónde está Endor? —pregunté mientras miraba en derredor esperando no ver su cuerpo entre los muertos.

—Se fue... iba persiguiendo a Locke.

—¿Por dónde?

Señaló débilmente una tetrapuerta al otro lado del mar de cadáveres.

—¿Tiene Locke el Necroteuco? Me refiero al Necroteuco saruthi.

—No —replicó Heldane—, pero tiene el intérprete.

—¿El qué?

—Dazzo lo sacó de esta cosa —dijo, dando una palmada al bloque de piedra en el que se apoyaba—. Un intérprete lingüístico. Un instrumento de traducción. Sin él, no podemos leer la versión saruthi del texto.

—¿Y cómo lo consiguió, en nombre el Emperador? —preguntó Guilar.

—Con su mente —dijo Heldane—. ¿No notan el calor residual del esfuerzo psíquico?

Sí, claro que podía. El sabor mental de una mente casi extinguida. Era evidente que aquella piedra era otra parte de la misteriosa tecnología de los saruthi, tal vez el equivalente de un cogitador imperial, quizás algo más sensible, incluso algo vivo. Dazzo, de quien ya sabía que tenía unas capacidades psíquicas monstruosas, lo había identificado y lo había asaltado psíquicamente obligándolo a revelarle sus secretos. Una proeza extraordinaria de la mente, un triunfo de la voluntad.

—Un poliedro —añadió Heldane—. Irregular, pequeño, hecho de madreperla, eso me pareció. Simplemente salió del bloque y fue a caer en sus manos. Lo vi mientras me abría camino hacia ellos. Pero el esfuerzo destruyó su mente. Endor lo hirió de muerte, ya no tenía fuerzas para resistirse.

—¿Cómo sabe que era ese... intérprete? —preguntó Bequin.

—Lo leí en su mente moribunda. Como ya dije, no hay en él sombra de resistencia. Pueden comprobarlo.

Me acerque a Dazzo y me arrodillé a su lado. De su boca ensangrentada sólo salía el ronquido de la respiración. Conecté mi mente con la suya haciendo a un lado sus intentos patéticos de resistencia y confirmé lo que había dicho Heldane. Con una fuerza de voluntad sobrehumana, Dazzo había arrancado el intérprete lingüístico de los saruthi, y junto con él el paradero del Necroteuco xénico. Moribundo ya, se los había entregado a Locke para que completara la tarea.

—¡Gregor! —susurró Midas. Me volví. A lo lejos, al otro lado de la curva del tetrapaisaje, tropas heréticas avanzaban entre los muertos. Empezaron a dispararnos.

Guilar y los gudrunitas empezaron a contraatacar cubriéndose como podían.

—Hermano Guilar, necesito que mantenga a raya a estos bastardos.

—¿A dónde va, inquisidor? —preguntó mientras colocaba un cargador nuevo a su bolter de asalto.

—A buscar a Locke y a Endor, a hacer lo que pueda.

VEINTICINCO

El Necroteuco xénico
Fin del juego
El hombre de la mirada vacía

Bequin, Midas y yo, dejamos atrás el combate y salimos por la tetrapuerta corriendo a todo lo que nos daban las piernas a través de las inquietantes espirales y segmentos imbricados del moribundo edificio de los saruthi.

Mientras corríamos comuniqué la situación al comando de la flota, pero no tuve respuesta ni manera de saber si me habían escuchado. Probé a continuación con Titus Endor, pero el transmisor no funcionaba.

Al desplazarnos rápidamente, el lugar se asemejaba más a un laberinto en cuatro dimensiones, pero ahora yo tenía en la mente el engrama que había sacado de Dazzo, el rastro memorizado de la ruta hasta el Necroteuco xénico que él había arrancado del bloque.

Según mis cálculos, que no eran muy de fiar, estábamos cerca del corazón del edificio. Tal vez no el corazón físico o geográfico, sino la parte de la construcción dimensional más profundamente inmersa en la lámina trabada del espacio y el tiempo disformes.

Encontramos más saruthi, deambulando sobre sus zancos sin rumbo ni propósito. El olor a regaliz llenaba los túneles calurosos, brillantes y las cámaras de mosaicos.

Oímos gritos por delante de nosotros, y el tableteo de las armas de fuego.

—¿Titus? ¡Titus! ¡Soy Eisenhorn! ¿Me recibes? El transmisor empezó a funcionar.

—¡Gregor! ¡Por el amor del Emperador! Necesito...

Volvió a cortarse. Más disparos.

Atravesamos corriendo la puerta y tuvimos que ponernos a cubierto casi inmediatamente por los disparos de armas láser que nos salieron al encuentro. La cámara en la que habíamos entrado no era en modo alguno

la más grande del lugar, pero sí la más singular. Oscura, tenebrosa, le faltaba el brillo que irradiaba de las demás las paredes y el suelo. El material brillante de que estaba hecho el resto del edificio era aquí gris e inerte, como si estuviera muerto.

Otro bloque de piedra, como aquel en el que se había apoyado Heldane pero mucho mayor, salía del suelo ceniciento. Por su superficie chorreaba aceite, una sustancia verdosa que corría por los lados y se depositaba en la base. Del bloque salía un estante asimétrico justo por encima de la altura de un ser humano, y encima de éste, un octaedro iluminado por un brillo interior.

El Necroteuco xénico. El engrama de Dazzo lo confirmó de inmediato.

La cámara estaba infestada de su maléfico olor a regaliz, tan intenso que daba náuseas. Detrás y por encima de la columna principal había esculturas disformes de metal, hueso y otras sustancias orgánicas que salían de las paredes y del techo curvo. De estos salientes colgaban unas cadenas horrorosas con ganchos siniestros. Esto no era de fabricación saruthi, sino pura invención del Caos, engendrado por el Necroteuco que infectaba la trama xénica de su santuario.

Unos pilares más pequeños, irregulares y todos diferentes sembraban el suelo en torno al bloque principal. Entre ellos tenía lugar una pelea con fuego cruzado. Los tres nos apartamos de la tetrapuerta iluminada y corrimos a refugiarnos detrás de los bloques menores más próximos. Disparos láser iban y venían, rebotando entre las pétreas formas.

—¡Titus!

—¡Gregor! —estaba a veinte metros, en el primer tercio de la cámara, detrás de un bloque de piedra y disparando su pistola láser contra unas figuras más próximas al lugar donde descansaba el Necroteuco.

Conseguí ver a Locke y a ocho o nueve soldados heréticos. Miré a uno y otro lado, a Bequin y Midas.

—¡Escoged vuestros blancos! —les dije. Empezamos a disparar para apoyar a Endor, derribando al menos a uno de los herejes. Mientras se refugiaban de la andanada, Endor se puso de pie y saltó hacia adelante. Un disparo de láser lo alcanzó y lo arrojó hacia atrás contra una de las piedras.

Yo también avancé, disparando mi pistola bolter que sujetaba con ambas manos. Mis disparos arrancaban esquirlas de los bloques de piedra

que tenía delante y alcanzaron al menos a uno de los fusileros enemigos. Llegué donde estaba Endor.

Estaba herido en el pecho. No tenía salvación a menos que pudiéramos evacuarlo rápidamente. Lo puse a cubierto y esperé mientras Bequin llegaba corriendo hasta donde estábamos.

—¡Presiona aquí! —le dije, enseñándole como con las manos empapadas de la sangre de mi viejo amigo. Hizo lo que le decía.

Tomé conciencia de un ruido atronador que llegaba desde más allá de la cámara. El lugar se sacudió. Se repitió el ruido y una sección del techo curvo se abrió de repente y se derrumbó, arrojando un montón de escombros y dejando entrar el frío interior. Un segundo después se abrieron otros tres orificios en el techo y desde fuera me llegó el golpeteo amortiguado del bombardeo.

—¡Midas!

Ya se aproximaba a mí por la izquierda, cambiando su rifle de aguja por las pistolas, más adecuadas para lugares cerrados. Sus letales agujas glavianas silbaron en el aire. El suelo seguía sacudiéndose. Cayó otra parte del techo.

Dejé a Endor con Bequin y fui avanzando ocultándome cada vez detrás de una columna para protegerme de la lluvia de disparos. Midas y yo pasamos a nuestros enlaces por auricular y empezamos a intercambiar mensajes en glossia.

—Espina acompaña a Egida, una tempestad siniestra.

—Egida atenta, tempestad en tres.

Conté tres segundos y corrí hacia adelante mientras Midas arrojaba su granada de fragmentación por la izquierda antes de abrir fuego con ambas pistolas.

El fogonazo y el ruido de la explosión eclipsaron por un momento el bombardeo exterior. Un hereje salió disparado hacia arriba con las piernas amputadas y rebotó en una columna antes de caer al suelo.

La tempestad de fuego de Midas sembró la confusión y me permitió acercarme a diez metros de Locke. Sin embargo, ya no podía verlo. Sin soltar mi pistola bolter, saqué la espada de energía con la mano izquierda y rodeé la columna.

Locxe y uno de sus hombres habían elegido ese preciso momento para salirme al encuentro. Salimos de nuestros respectivos escondites y nos encontramos frente a frente en el estrecho espacio entre dos columnas.

El primer disparo de mi pistola, que estaba destinado a Locke, pasó de largo y le arrancó el brazo izquierdo a su cómplice. Antes de que el hombre hubiese siquiera alcanzado el suelo, Locke me había disparado con su pistola láser y me había alcanzado en el brazo derecho mientras que avanzaba la mano izquierda con una daga de hoja larga. Chocamos uno con otro. Traté de descargar sobre él mi espada de energía, pero tropezó con algo y Locke se hizo a un lado. La empuñadura de su daga me golpeó en la cara y me hizo caer de espaldas. Con una sonrisa que él sabía que nunca podría copiar, levantó su pistola láser para dispararme en la cabeza.

Dos toneladas de columna de piedra de una cantera xénica cortada a la altura de la cadera por mi espada de energía, le cayeron encima aplastándolo contra el suelo cubierto de escombros.

Me puse de pie. Locke todavía estaba vivo. Tenía el abdomen y la pelvis aplastados bajo la columna y sus brazos habían quedado aprisionados. Me miró parpadeando, sorprendido.

—Gorgone Locke, a los ojos de la Santa Inquisición estáis tres veces maldito por acción, asociación y creencia —dije, empezando a recitar la oración de la abolición.

—Nno... —susurró.

Mientras terminaba la oración, dibujé la marca de la herejía en la piel de su frente con la punta de la espada. Para cuando hube terminado, ya había muerto a consecuencia de sus heridas.

La cámara semiderruida seguía temblando. Los ganchos se sacudían en el extremo de las largas cadenas. Por las aberturas del techo se filtraban polvo y fragmentos que caían a través de los rayos de luz fría. Me agaché y busqué el poliedro perlado en la chaqueta empapada de sangre de Locke. El intérprete. Lo deslicé en mi bolsillo y al volverme vi a Midas que se acercaba.

—Todas las ratas han huido —dijo enfundando sus pistolas. Miró al armador muerto en el suelo—. Así acaban todos los herejes ¿verdad?

Estiré una mano para coger de su estante el Necroteuco xénico y descubrí que no podía moverme. Una enorme fuerza psíquica me tenía paralizado.

—Así es realmente como acaban todos los herejes —dijo una voz—. Vuélvelo para que pueda verme.

Involuntariamente me volví, con la mano todavía levantada y estirada. Vi a Midas, también paralizado y rígido, con sus facciones

oscuras contraídas en un rictus de impotencia.

Konrad Molitor, mi hermano inquisidor, estaba de pie ante mí, sonriendo. Sus tres sirvientes encapuchados, a su lado.

—Tanto valor, Gregor, tanta dedicación. Pensé que serías tú el que encontrara el premio.

Traté de responder, pero la boca no me obedecía. La saliva burbujeaba entre mis dientes.

Molitor se volvió hacia sus acompañantes encapuchados.

—Dejadlo hablar —dijo.

La restricción psíquica sobre mi habla aflojó. Todavía me costaba hablar.

—¿Q... qué e... está ha... aciendo, Molitor?

—Recuperar el valiosísimo Necroteuco, por supuesto. No podemos permitir que destruya otra copia ¿no es cierto?

—¿P... podemos?

—Hay muchos que creen que la especie humana se beneficiará más del estudio de este artefacto que de su destrucción. Yo estoy aquí para salvaguardar esos intereses.

—R... rorken n... nunca lo p... permitirá... I... lo c... condenarán a la hoguera p... por...

—Mi estimado lord Rorken nunca se enterará. ¿Ve cómo tiembla este lugar? ¿Ve cómo se desploma el techo? Hace diez minutos mandé a la flota un mensaje de que el principal objetivo estaba cumplido. Di el código de Sanction Extremis. Creen que el Necroteuco ya ha sido encontrado y eliminado. Nuestras fuerzas se están retirando, a toda velocidad. Las baterías de la flota han empezado a destruir estos lugares xénicos. Nadie se enterar á de que el divino Necroteuco ha salido de aquí y está a salvo. Nada sobrevivir á al bombardeo. Nada. Ni una voz disidente.

Sus ojos de pupilas amarillas estaban fijos en mí.

—Dirán que ha sido muy valiente al dar su vida en el asalto a 56-Izar. Su nombre figurará en el cuadro de honor, se lo aseguro. Yo mismo me ocuparé de ello.

—B... b... bastardo... —luché mentalmente por liberarme, pero no pude. El que me tenía paralizado era uno de sus asistentes, o los tres de consuno, un poder al que no podía oponerme.

—Cógelo para mí —dijo Molitor a uno de sus hombres señalando el Necroteuco con un movimiento de su manga a cuadros—. Será mejor que

partamos cuanto antes.

El bombardeo se había transformado a estas alturas en un rugido constante. La figura encapuchada se adelantó, cogió el octaedro azul y lo sostuvo con su mano de elegantes dedos de uñas largas. Lo estudió un momento y se volvió a mirara Molitor.

—No sirve —dijo.

—¿Qué?

—No se puede leer. Está escrito en un lenguaje xénico codificado impenetrable.

—¡No! ¡Imposible!—balbució Molitor—. ¡Descodifícalo!

—Lo haría si pudiera. Está incluso fuera de mi alcance.

—¡Tiene que haber un medio!

El hombre encapuchado que sostenía el Necroteuco se volvió hacia mí.

—El tiene un intérprete. El único intérprete. Está tratando de no pensar en él, pero puedo verlo en su mente. Mire en el bolsillo de su chaqueta.

Molitor recuperó su sonrisa. Se acercó a mí y estiró la mano hacia mi chaqueta.

—Tortuoso hasta el final, Gregor. Maldito miserable.

Un disparo de láser le cortó la mano a la altura de la muñeca. Molitor dio un grito y trastabilló cogiéndose el muñón humeante.

Bequin, con una expresión de absoluta determinación y la carabina láser apoyada en el hombro y apuntando al corazón de Molitor apareció a mi lado.

—¡Mátalos! ¡Mátalos! —gritaba Molitor. Sentí la presión inmediata de la fuerza psíquica dispuesta a acabar conmigo. Pero me liberé de ella. El vacío psíquico de la naturaleza intocable de Bequin me protegía ahora que estaba a mi lado. El sirviente que sostenía el Necroteuco dio un paso hacia atrás, atónito.

Molitor, desesperado de dolor e ira, se dio cuenta de que su poderoso psíquico ya no podía con nosotros y gritó:

—¡Albaara! ¡T'harth!

Palabras en código, palabras desencadenantes. Los dos sirvientes que habían permanecido a su lado saltaron hacia adelante desprendiéndose de sus túnicas.

Arcoflagelantes. Herejes reprogramados y reconstruidos con implantes potenciadores y biónicos para actuar como esclavos asesinos. Las palabras desencadenantes los despertaron de su estado de reposo y los lanzaron a un frenesí maníaco.

Despojados de sus ropas eran unos seres horrorosos y contrahechos provistos de burdos implantes quirúrgicos y tratados con conjuros sagrados. Sus manos eran haces de electrolátigos, sus ojos, órbitas bulbosas e inexpresivas bajo los bordes de sus cascos bruñidos de pacificadores fundidos con el cráneo.

Midas, Bequin y yo disparamos nuestras armas al unísono, alcanzándolos de lleno mientras cargaban contra nosotros. El daño que les infligimos era inmenso, pero con todo, seguían adelante. Sus cuerpos rebosaban adrenalina intoxicante, bloqueadores del dolor y estimulantes químicos inductores del frenesí. No sentían lo que les estábamos haciendo.

Uno estaba a apenas dos palmos de mí cuando una lluvia ininterrumpida de disparos de mi arma por fin acabó con él. Un disparo abrió la matriz blindada de dispensadores químicos que tenía en el hombro haciendo saltar el líquido por los aires. En un segundo cayó a nuestros pies presa de convulsiones al quedarse sin suministro de drogas y encontrarse de pronto cara a cara con su agonía.

El otro apenas sentía las punzadas de las agujas de Midas, demasiado sutiles. Rápidamente nos separamos uno hacia cada lado. Bramando y restallando los látigos de sus manos salió en persecución de Midas que saltaba a izquierda y derecha refugiándose tras las columnas en un intento de evitarlo. Sólo su gracia y agilidad glavianas lo salvaban de su inexorable acercamiento.

Sabía que era cuestión de segundos. Bequin y yo avanzábamos, pero era muy poco lo que podíamos hacer.

Midas sacó su bolsa de granadas y cebó una sin dejar de deslizarse detrás de las columnas, evitando a duras penas el castigo mortal de los flexibles látigos de metal que dejaban surcos sobre la piedra.

Dio un salto hacia la izquierda, se arrojó sobre la bestia y le colgó al cuello la bolsa de granadas mientras se tiraba de cabeza por encima de su hombro.

Las granadas detonaron con un fogonazo arrollador y pulverizaron a aquella mezcla de hombre y bestia. Midas, arrojado contra una columna por la onda expansiva, quedó inconsciente.

—¡Eisenhorn! ¡Eisenhom! —gritaba Molitor mientras él y el sirviente que le quedaba venían a por mí. Su voz sonaba quebrada por el dolor y la furia.

—No te separes de mí —le dije a Bequin mientras nos internábamos más en la cámara—. Ese psíquico no puede conmigo si estoy a tu lado.

La mitad del techo y una gran parte de la pared se desplomaron hacia adentro. Durante un segundo el aire se llenó de un fuego crepitante de color naranja.

Ensordecidos y con la piel chamuscada por la ráfaga, Bequin y yo nos pusimos de pie otra vez. Ahora la cámara estaba abierta al cielo y entraban una luz blanca y fría y un humo espeso.

—¡Vamos! —ambos avanzamos a gatas hacia la pared dañada por la explosión, abriéndonos paso por la pendiente humeante llena de escombros del material que los saruthi usaban para construir. El material estaba fundido y burbujeaba, como si fuera plástico, o carne.

Nos encaminamos hacia la luz.

Salimos al exterior sobre la curva cara superior del edificio saruthi. Hacía frío, y el viento que corría por los surcos segmentados del pulido techo blanco era penetrante y venía cargado de olor a humo, ficelina y prometió.

Nos encontrábamos a una altura de vértigo y desde allí veíamos los flancos de la enorme estructura que de tan duros y pulidos parecían de hielo y que iban descendiendo en curvas hacia el lejano suelo. Bequin resbaló y la sujeté a tiempo de impedir que fuera deslizándose por la espiral.

Desde tan alto en el cielo alienígena, se podían ver los lagos de fuego y los inmensos bancos de humo que abarcaban cientos de kilómetros. También se veía una multitud de naves de desembarco que se elevaban atravesando la gruesa capa de humo en dirección a las naves que esperaban en órbita. Sobre los llanos de cieno blanco que se veían a nuestros pies, las tropas imperiales corrían hacia las cápsulas abandonando sus mochilas, sus cascos e incluso sus armas en la precipitación de la partida. Tanques y transportes blindados avanzaban a empellones por el cieno húmedo y subían por las rampas de las naves de transporte pesado. Por todas partes estallaban bombas y se veía la luz de las armas láser tratando de acabar con los últimos focos de resistencia de los herejes.

Lanzas y relámpagos de energía enceguecedora provenientes de las nubes destruían el paisaje. Obedeciendo las instrucciones de Molitor al pie de la letra, el almirante Spatian estaba arrasándolo todo. Cynewolf, miembros clave de los Guardianes de la Muerte y oficiales selectos de las fuerzas de invasión habían recibido las palabras en código para desatar la hecatombe. Molitor había determinado nuestro destino. Una vez desatada la Sanction Extremis no había vuelta atrás aun cuando mi transmisor hubiera estado funcionando en lugar de cortarse por las ráfagas electromagnéticas que acompañaban a cada ataque lanzado desde órbita. De acuerdo con los planes de batalla, Spatian estaba destruyendo el lugar lo más rápido posible, incluso a costa de sus propias fuerzas de tierra que todavía no habían terminado de retirarse.

Otro edificio saruthi, a veinte kilómetros de distancia, fue destruido. Su estructura, similar al casco del nautilus, y sus curvas opalescentes fueron resquebrajadas y partidas por láseres pesados de color azul. Los haces destructivos que atravesaban las nubes provenían directamente de naves situadas tan alto que resultaban invisibles y cayeron sobre el edificio con la contundencia del juicio final. Escuadrillas de cazabombarderos aparecieron sembrando sus municiones que estallaban formando un agitado mar de explosiones. Cabezas de combate teledirigidas partían de las naves estelares surcando el cielo como sibilantes tiburones aéreos hasta llegar al blanco que se les había asignado.

El edificio se resquebrajó y explotó con una luz que iluminó el hemisferio. Una columna desmesurada de humo blanco y cenizas se abrió creando una especie de hongo y formando una nube de quince kilómetros.

El espectáculo era escalofriante, Bequin y yo observábamos mudos de asombro. Unos segundos después se repitió a nuestras espaldas, a cuarenta kilómetros de distancia, cuando otro edificio saruthi fue derruido.

Era indudable que el edificio sobre cuya tersa superficie curva nos encontrábamos en ese momento iba a correr la misma suerte. Seguro que en ese momento se estaban introduciendo las coordenadas en los servidores de artillería de la flota.

Corrimos por el borde de otro segmento curvo. Las naves de desembarco, con los inyectores de combustible proyectando su resplandor rojo contra el humo negro, seguían llegando a la superficie donde las esperaban multitudes de soldados de infantería Morepoix que movían los brazos y las vitoreaban. Realmente las tripulaciones hacían gala de un

altruismo y un valor increíbles. El bombardeo lanzado por Spatian no esperaba a que descendieran y recogieran a los hombres. Lo arriesgaban todo por llegara la superficie y embarcar a la mayor cantidad posible de soldados.

—¡Gregor! —me gritó Bequin al oído.

Me volví. Por el trozo de techo en forma de caracol que había a nuestras espaldas habían aparecido Molitor y su hombre de confianza. Con paso inseguro venían hacia nosotros.

Un disparo láser me pasó rozando y dejó sobre la perlada superficie una marcha chamuscada.

—¡El intérprete, maldito bastardo! ¡Déme el intérprete! —gritaba Molitor.

Mi respuesta consistió en disparar contra él un cargador completo de mi bolter.

La primera de las balas trazadoras arrancó trozos del techo del edificio. A continuación di en el blanco y le destrocé el muslo izquierdo, el abdomen y la garganta.

Al ser alcanzado por los disparos, Konrad Molitor se dobló y retorció hasta caer. Su cuerpo acribillado resbaló por la curva del techo y desapareció dejando un rastro de sangre tras de sí.

Su acompañante avanzó, indiferente a los disparos, y arrojó a un lado su túnica con capucha.

Quedó desnudo. Era alto, musculoso, y su piel tenía una tonalidad dorada. Su rostro era hermoso y de su cráneo salían unos pequeños cuernos residuales.

Tenía la mirada vacía. ¡Mis sueños premonitorios se hacían realidad! El terror se apoderó de mí y sentí que se me encogía corazón dentro del pecho.

VEINTISÉIS

Cherubael
Al borde del precipicio
Exterminatus

El hombre de la mirada vacía, aunque en verdad no era un hombre sino un demonio con forma humana, venía por la curva superficie hacia mí. Llevaba el brillante octaedro del impío texto saruthi en una mano.

—Ahora quisiera el intérprete, Gregor, por favor.

—¿Qué eres tú?

—No es lugar para presentaciones —dijo señalando las explosiones y la destrucción que nos rodeaban.

—Compláceme... —dije con dificultad.

—Muy bien. Mi nombre es Cherubael. Ahora el intérprete. El tiempo se agota.

—El tiempo siempre se agota —declaré—. ¿Quién es tu hacedor?

—¿Mi hacedor? —el hombre de la mirada vacía sonrió aviesamente.

—Eres... un poseído. Eres fruto de un conjuro. Dime quién te hizo y quién os envió a ti y a Molitor a buscar el Necroteuco... y puede que te dé el intérprete.

Se rió y se pasó la lengua por los labios delgados, una lengua brillante y bífida.

—Dejemos las cosas bien claras, Gregor. Me vas a dar el intérprete. O me lo entregas ahora o voy ahí y te lo quito y destrozo todos los huesos de tu cuerpo además de violar a la chica que tienes al lado y de romperle también todos los huesos. Y después arrastro vuestros penosos cuerpos hasta la cámara de allá abajo y os cuelgo de aquellos ganchos y os quemo haciéndoos pasar por una horripilante agonía mientras espero que los bombardeos arrasen este lugar.

Hizo una pausa.

—Tú eliges.

—Has estado en mis sueños desde hace tiempo. ¿Por qué? —insistí.

—Tienes un don, Gregor. Además el tiempo no es esa flecha que imaginan los humanos. Un segundo en la disformidad te lo demostraría. Claro que un segundo en los hábitat tridimensionales de los saruthi también podrían habértelo revelado. Tus sueños no eran más que pesadillas de algo que todavía estaba por pasar.

—¿Quién es tu hacedor? —volvía insistir. Su respuesta fue la que menos esperaba y me dejó totalmente atónito.

—La Sagrada Inquisición, Gregor. Uno de tus hermanos fue mi hacedor. Ahora, por última vez, dame ese...

El poseído se volvió de repente al oír voces que llamaban desde abajo. El hermano capitán Cynewolf salía del agujero abierto por la explosión acompañado de Midas y de otro Marine de los Guardianes de la Muerte que llevaba el cuerpo exánime de Titus Endor.

Cynewolf levantó su bolter de asalto y disparó contra el hombre de la mirada vacía.

Cherubael extendió la mano y recogió los proyectiles en pleno vuelo.

—¡Fuera de aquí, Astartes bastardo! —le gritó desde arriba a Cynewolf—. ¡Esto no tiene nada que ver contigo!

El demonio se fue acercando hasta llegar frente a mí. Podía ver los pequeños arcos de energía que salían de su piel brillante y hasta mí llegó el hedor de la corrupción.

Ahora estábamos frente a frente.

Estiró la mano con la palma hacia arriba, una mano de uñas largas y pulidas como garras.

—Muy inteligente por tu parte haber encontrado a una intocable para neutralizarme —dijo mirando a Bequin—. ¿Cómo lo conseguiste?

—El destino, como el tiempo, no es lineal, Cherubael. Seguro que lo sabes. Encontré a Bequin del mismo modo que mis sueños sobre ti me encontraron a mí.

—Me gustas, Gregor Eisenhorn —dijo con gesto aprobador—. Tan desafiante y estimulante... para ser humano. Me gustaría que tuviéramos tiempo para hablar y compartir cosas... ¡pero no es así! —dijo tajante—. ¡Dame el intérprete!

Saqué el poliedro y su sonrisa se hizo más ancha.

Lo dejé caer sobre el techo y, antes de que tuviera tiempo de resbalar hacia abajo, lo aplasté con el tacón de mi bota.

El poseído dio un paso atrás y entonces se quedó mirando los fragmentos.

Me miró otra vez con su mirada vacía.

—Eres un hombre de determinación singular, Gregor. Me habría gustado matarte en su debido momento, pero ya estás muerto. Dentro de doscientos cuarenta segundos este edificio estará destruido. Toma esto...

Me pasó el Necroteuco xénico y lo cogí con mi mano enguantada.

—Has ganado. Llévate ese consuelo a la otra vida.

Empezó a correr hacia el borde del tejado y se arrojó con un salto perfecto, los brazos levantados. Por un momento quedó suspendido en el espacio, luego dobló el cuerpo, ejecutó un salto mortal y desapareció abajo, dentro del lago de fuego.

Atraje a Bequin hacia mí mientras se acercaban Cynewolf, Midas y el otro Marine. Endor no se movía en brazos del Astartes, parecía muerto. Rogué que lo estuviera porque en un momento este lugar quedaría disuelto en medio del fuego.

—A espina de rosa de Egida, arriba y... bien, arriba ¡por amor del Emperador! ¡Maldita sea esta Glossia disparatada! ¡Moveos!

Mi cúter estaba encima del edificio con las fauces abiertas y la rampa desplegada. Por la cristalera de la cabina pude ver a Fischig al timón gritándome. Aemos estaba a su lado.

Desde el puente del Saint Scythus contemplé la muerte de 56-Izar mientras abandonábamos la órbita. Unos pétalos llameantes del tamaño de continentes se abrieron debajo de su piel lechosa. Sanction Extremis. Exterminatus.

Tras el diluvio de fuego, las bombas biológicas. Jamás se volvió a tener contacto con la raza saruthi, y la luz contaminada, resplandeciente, del Necroteuco se extinguió para siempre.

EPÍLOGO

En Pamophrey

En Pamophrey descansamos.

Cuarenta semanas de viaje a través del immaterium habían desvanecido la euforia triunfal. La flota se dispersó en Tracian Primaris y lo último que vi del sargento Jeruss fue una mano diciéndome adiós entre el humo con olor a cerveza de un bar.

Alquilé una villa junto al Estrecho, en Pamophrey. Midas se pasaba la mayor parte del día durmiendo y dedicaba las noches a jugar al regicida con Aemos y Fischig. Bequin tomaba el sol y se bañaba en el mar.

Yo pasaba las horas sentado en el pórtico hasta el que llegaba la brisa cargada de sal y observaba la playa como un dios que se ha olvidado de sus creaciones.

Nos esperaban grandes trabajos. Quedaban informes por redactar, entrevistas por hacer y explicaciones por dar. Lord Rorken había convocado un tribunal de investigación y los Altos Señores de Tierra esperaban un informe completo de lo sucedido. Teníamos por delante meses de papeleo, audiencias y estudio de pruebas. La identidad de la fuerza que estaba por detrás de Molitor y su demonio encarnado seguía siendo un misterio. Aunque lord Rorken estaban tan ansioso como yo de encontrar una respuesta, no creía que se consiguiera fácilmente. Era posible que la cuestión se fuera pudriendo y estancando y siguiera sin respuesta años y años en medio de la lenta y desesperante burocracia de la Inquisición.

No estaba dispuesto a permitirlo. En cuanto estuviera libre para ocuparme de otro caso, me dedicaría a encontrar al amo de Cherubael. El bendito reinado de los hombres había estado al borde de la calamidad gracias a sus maquinaciones.

No me olvidaría de los saruthi. Eran una verdadera lección, si es que nos hacía falta una, de cómo toda una cultura avanzada podía ser consumida por el Caos.

Las aves marinas volaban en círculos en el viento racheado de la marea. Las olas rompían en la orilla.

El hombre de la mirada vacía continuaba persiguiéndome en sueños.

¿Ecos de lo pasado o premoniciones del futuro? Tendría que esperar y ver.